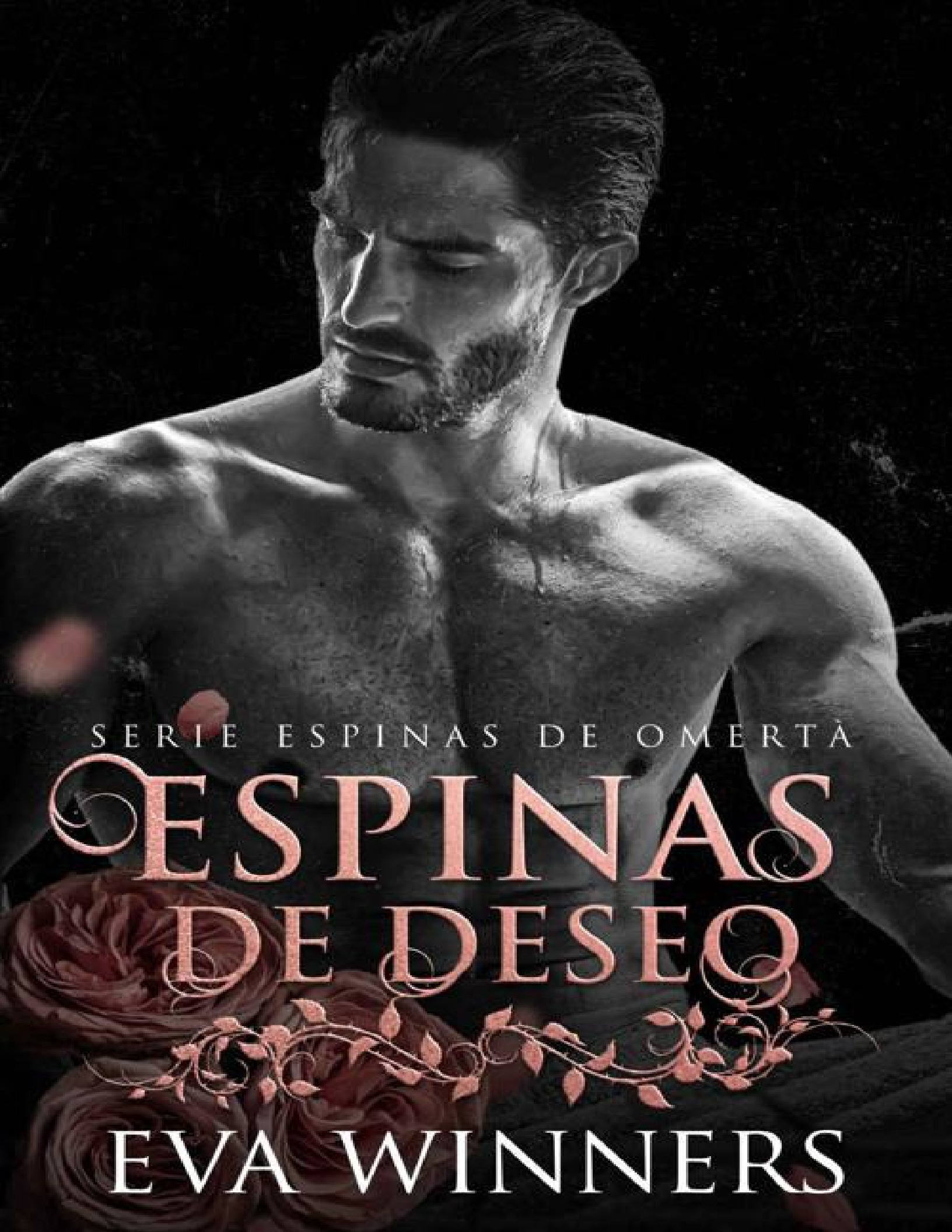




SERIE ESPINAS DE OMERTÀ

# ESPINAS DE DESEO

EVA WINNERS

# **ESPINAS DE DESEO**

ESPINAS DE OMERTÀ

## EVA WINNERS

**Copyright © 2024 por Winners Publishing LLC y Eva Winners**

Diseñador de la imagen de portada: Eve Graphic Design LLC

Fotógrafo: Rafa G. Catala

Traducción, edición y corrección al español: Sirena Audiobooks LLC

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Visita [www.evawinners.com](http://www.evawinners.com) y suscríbete a mi boletín.

Grupo FB: <https://bit.ly/3gHEe0e>

Página FB: <https://bit.ly/30DzP8Q>

Insta: <http://Instagram.com/evawinners>

BookBub: <https://www.bookbub.com/authors/eva-winners>

Amazon: <http://amazon.com/author/evawinners>

Goodreads: <http://goodreads.com/evawinners>

TikTok: <https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/>

# ÍNDICE

[SERIE ESPINAS DE OMERTÀ](#)

[Lista De Reproducción](#)

[Nota De La Autora](#)

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta Y Uno](#)

[Capítulo Treinta Y Dos](#)

[Capítulo Treinta Y Tres](#)

[Capítulo Treinta Y Cuatro](#)

[Capítulo Treinta Y Cinco](#)

[Capítulo Treinta Y Seis](#)

[Capítulo Treinta Y Siete](#)

[Capítulo Treinta Y Ocho](#)

[Capítulo Treinta Y Nueve](#)  
[Capítulo Cuarenta](#)  
[Capítulo Cuarenta Y Uno](#)  
[Capítulo Cuarenta Y Dos](#)  
[Capítulo Cuarenta Y Tres](#)  
[Capítulo Cuarenta Y Cuatro](#)  
[Capítulo Cuarenta Y Cinco](#)  
[Capítulo Cuarenta Y Seis](#)  
[Capítulo Cuarenta Y Siete](#)  
[Capítulo Cuarenta Y Ocho](#)  
[Capítulo Cuarenta Y Nueve](#)  
[Epílogo](#)

[¿Qué Sigue?](#)  
[Sobre La Autora](#)  
[Encuentra a Eva:](#)

## SERIE ESPINAS DE OMERTÀ

*Cada libro de la serie Espinas de Omertà puede leerse por separado, a excepción de Espinas de Lujuria y Espinas de Amor, la biología de la historia de Tatiana Nikolaev.*

*Espinas de Deseo es un libro completamente autoconclusivo. Sin embargo, dado que esta historia transcurre durante la línea cronológica de los libros anteriores de la serie, podría tener spoilers de algunos acontecimientos.*

*Para más información sobre los libros de Eva Winners, por favor visita [www.evawinners.com](http://www.evawinners.com)*

# LISTA DE REPRODUCCIÓN

<https://spoti.fi/3L9nwHX>

## NOTA DE LA AUTORA

Hola, lectores.

Por favor, tengan en cuenta que este libro contiene algunos elementos oscuros y escenas perturbadoras. Se recomienda proceder con cautela. No es para los débiles de corazón.

No olviden suscribirse al boletín de Eva Winners [www.evawinners.com](http://www.evawinners.com) para recibir noticias sobre futuros lanzamientos.

*Para todas las chicas que secretamente esperan ser raptadas por un sexy papi italiano que les diga buena chica.*

*Dale la vuelta a la página.*

# SINOPSIS

Un diablo vestido con un traje Brioni.  
Mi inolvidable aventura de una noche.  
Y un miembro muy conocido del imperio de la *Omertà*.

Me enteré de ese último detalle un poco tarde.

No esperaba volver a verlo. Pero resulta que el destino tenía otros planes y me lo entregó completamente durante varias horas increíbles.

Luego salí corriendo de nuevo, por segunda vez en mi vida.

Era Manuel Marchetti.  
Fuera de los límites. Prohibido. Peligroso.

Entonces, ¿por qué era incapaz de olvidarlo?

Mi cuerpo y mi alma cobraban vida únicamente por él. Esperaba no volver a verlo, pero no estaba destinado a ser así. A dondequiera que iba, el hombre estaba allí, robándome besos, haciéndome promesas y pintando las calles de rojo.

Parecía deleitarse provocándome y exigiéndome más. Y para mi desgracia, sentía que era incapaz de resistirme a él.

Después, un encuentro inesperado requirió de su protección. Me llevó a su remoto castillo italiano y sentí que mi determinación se derrumbaba bajo su mirada ardiente y su tacto abrasador.

Cuanto más intentaba resistirme, más rápido cedía mi cuerpo.

Cada día que pasaba, empezaba a darme cuenta de que, al final, sería yo quien sucumbiría.

Ya fuera por los secretos que rodeaban mi vida o por ser consumida bajo su tacto.

# PRÓLOGO

## ATHENA, DOCE AÑOS



**A**brí la boca y grité. No me detuve hasta que me ardieron los pulmones. Hasta que se me quebró la voz y me zumbaron los oídos.

Mis gritos debieron de enfadar a los dioses, porque un relámpago cruzó el cielo, furioso y cegador, y la tierra tembló. La brisa sopló, apenas rozando mi piel acalorada, todavía con los destellos del cielo y las ramas dobladas a la vista.

Metida en un ataúd, la madera astillada me oprimía las palmas de las manos, clavándose bajo mis uñas, pero el dolor no se comparaba con el terror asfixiante. Me agitaba de un lado a otro, girando la cabeza de izquierda a derecha, con cada fibra de mi ser desesperada por escapar de aquella pesadilla.

Excepto que nadie vendría.

Jadeando y ahogándome, intenté incorporarme, pero fracasé rotundamente. Se escuchó una risita, siniestra y oscura, y al girar la cabeza me encontré con tres caras que me miraban con repulsión.

Ya no tenían máscaras, pero no importaba. Reconocía sus voces. Eran los mismos hombres que habían entrado a nuestro apartamento hacía apenas una semana, amenazando a mamá.

¿Por qué no huimos? ¿Por qué no nos escondimos?

—¿D-dónde e-está mi madre? —balbuceé entre el rechinar de mis dientes.

Uno de ellos se agachó y me agarró la barbilla.

—Será mejor que te preocupes por ti, niña. Bienvenida a tu tumba —indicó, con una sonrisa retorcida y los ojos brillantes con malicia.

—¿Por qué? —Carraspeé, estremeciéndome en la pequeña caja—. Quiero a mi madre.

El golpe que siguió hizo que mi cabeza volara hacia un lado, que me zumbaran los oídos mientras el dolor me desgarraba la mejilla. Levanté mis muñecas atadas, manchando todo con el líquido pegajoso y caliente que me goteaba por la cara: sangre y lágrimas.

Volvió a sujetarme la barbilla entre dedos ásperos y habló con maldad.

—¿Mi hermana pudo pedir por su madre antes de que la quemaran viva? —Parpadeé, con el corazón retumbándome dolorosamente. No entendí las palabras que me espetó. No conocía a su hermana—. Una hermana por una hija. Arderás en este ataúd.

Me agarró del cabello, enroscándolo alrededor de su puño, y pronto le siguió otro puñetazo. Mi cabeza chocó contra la madera, el aire se me escapó mientras jadeaba. «*Respira. Respira. No puedo respirar*».

Le clavé las uñas rotas en la muñeca. Luché, mas fue en vano. Estaba débil y sentía más dolor del que jamás hubiera creído posible.

Mis gritos se convirtieron en llantos antes de disolverse finalmente en respiraciones ásperas y

patéticas. Sin embargo, mi cuerpo no estaba dispuesto a rendirse. Intenté arrastrarme fuera de la caja. Necesitaba vivir. Necesitaba a mi madre. Necesitaba...

No lo sabía. Solo sabía que no podía morir así. Sin esperanza, intenté respirar, sollozando por mi madre. Por cualquiera que estuviera dispuesto a salvarme.

Pero nadie vino.

Un hombre me jaló del cabello y me obligó a bajar a la caja. Forcejeé y me retorcí, luchando con todas mis fuerzas. Un tercer hombre se acercó y me sujetó antes de que la tapa de madera empezara a cerrarse lentamente.

Me quedé mirando impotente cómo desaparecía lo poco que veía del cielo gris. Me concentré en su belleza y elevé una plegaria. A quién, no lo sabía, pero esperaba que alguien la escuchara.

Inhalé profundamente, la sal del aire calmó el dolor de mi alma mientras las olas me arrullaban hacia mi última morada.

Dejé que la fría y oscura realidad se apoderara de mí. Era el fin. No era justo, pero nadie me preguntó. Era la realidad de la vida.

Así que cerré los ojos y empecé a tararear para llenar el silencio y la oscuridad inquietante. Cualquier cosa para alejar el miedo de mi mente. Y no paré. No cuando la angustia me lamió la piel. Ni cuando el fuego se encendió.

Tararearía hasta que la muerte viniera a por mí.

# **CAPÍTULO UNO**

## MANUEL



### *Once Años Después*

**L**as farolas iluminaban las calles de París con una luz romántica mientras me dirigía al local Marchetti, donde iba a comenzar el desfile de Reina Romero. Aunque Enrico era técnicamente mi sobrino, solo era cinco años menor que yo, hijo de mi hermano mayor. Enrico y yo, junto con su hermano, nos criamos como primos, ya que teníamos edades muy cercanas, pero todos crecimos en el mundo de la *Omertà*, donde el único voto que contaba era el que se hacía a la mafia.

En las últimas décadas, la organización en Italia había cambiado y se había adaptado, lo que le había permitido prosperar. Las cinco familias gobernantes: Marchetti, DiMauro, Agosti, Romero y Leone, habían desarrollado un afinado sentido de la lealtad entre sus ciudadanos, pero también habíamos establecido poderosas alianzas con irlandeses, rusos, brasileños y griegos. Y a través de Kingston, el infame *Ghost*, incluso con los Ashford. Juntos dirigíamos una de las organizaciones criminales más exitosas del mundo, las *Espinas de Omertà*.

Teníamos mucha gente que se nos oponía, y nunca dudaban en atacar desde las sombras.

Como en ese momento.

Percibí la presencia detrás de mí y me detuve frente al escaparate. Eché un vistazo despreocupado y mis ojos se fijaron en el reflejo que había detrás de mí.

Me giré lentamente y me encontré de frente con el cabrón, pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, mi acosador salió corriendo.

A ese ignorante habría que enseñarle que a mí nunca se me escapaba nadie. Entrenaba demasiado, mantenía mi cuerpo en un estado físico demasiado fuerte como para permitirme ser un blanco. Y si por casualidad se me escapaban... bueno, siempre los encontraba.

Empecé a correr, agradecido por la pistola cargada que llevaba en la funda, aunque molesto por mi traje y mis zapatos hechos a la medida. Si no estuviéramos en medio de la ciudad, le dispararía al hijo de puta y seguiría con mi velada.

Mis mocasines golpearon el pavimento cuando me acerqué a él, estiré el brazo y lo agarré por el cuello. Vi un callejón y lo empujé hacia él. Cayó de rodillas y, antes de que pudiera levantarse, apoyé el pie en su hombro como si fuera mi reposapiés personal.

—No sirve de nada correr —dije, con voz cortante. Mis ojos se posaron en el tatuaje de su mano, un símbolo chino en la boca de una calavera—. No hay adónde huir.

Levantó las manos en señal de rendición.

—Piedad.

Sabía que no era así. No había piedad en este mundo.

—¿Por qué me estás siguiendo? —inquirí en su lugar.

—N-no lo hago —tartamudeó, con un acento muy marcado.

Suspiré.

—Entonces, ¿a quién estás siguiendo? —La luna llena brillaba sobre nosotros mientras esperaba su respuesta. Saqué mi pistola y le empujé el cañón contra el cráneo—. ¿A quién?

—Atticus. —Se atragantó—. Está en París.

Fruncí el ceño. Atticus Popov era un enigma, causaba problemas dondequiera que fuera y desaparecía antes de que pudieras ponerle las manos encima. Su hijo, Danil Popov, había expandido lo que Atticus empezó y lo había convertido en una de las organizaciones más exitosas en los Balcanes, posiblemente más allá también. Sin embargo, esto no era territorio balcánico.

—¿Por qué está en París? —pregunté, apretando más mi pie contra su cuerpo.

—Para asistir a un evento de modas en el salón de Marchetti.

Me burlé.

—¿Por qué iría al salón Marchetti?

—No lo sé, hombre. Simplemente cumplo órdenes.

—¿Cuáles son tus órdenes exactamente? —Vaciló, y le clavé más el cañón de la pistola—. Odio repetir lo que he dicho.

—Encontrar a Atticus y a una antigua amante suya. Hay un precio por sus cabezas. Eso es todo lo que sé.

Atticus realmente la jodió cuando fue contra Lykos Costello, el jefe de la mafia griega. Algunos de nosotros éramos de la vieja escuela, lo que significaba nada de tráfico de mujeres. Si una mujer se dedicaba al comercio sexual, de *manera voluntaria*, era asunto suyo. Pero Atticus, siendo joven y ambicioso, pensó que se las sabía todas y se alió con los albaneses, la *Tríada*, la mafia china, y el cártel de Tijuana para traficar con las mujeres en territorio griego.

Su primer error.

Ningún movimiento se hacía en territorio griego sin el permiso de los Costello, y si te atrapaban pagarías muy caro. Especialmente si la transacción comercial podía iniciar una guerra.

Sin embargo, Atticus se creía más inteligente. Luego, para empeorar las cosas, cambió de rumbo y comenzó a traficar con el cártel de Cortes, jodiendo a los albaneses, al cártel de Tijuana y a la *Tríada*, convirtiéndose a sí mismo y a cualquiera relacionado con él, en un blanco permanente. Con el paso de los años, las organizaciones perdonaron y olvidaron, pero la *Tríada* nunca lo hizo.

Hasta hace unos once años.

Se corría el rumor de que las cuentas estaban saldadas, y todos sabíamos que era mejor no hacer preguntas.

—¿La *Tríada* está tras Atticus Popov otra vez? —No tuvo que responder, estaba escrito en su rostro—. Pensé que la cuenta estaba saldada.

—Nosotros pensábamos lo mismo, pero nos equivocamos.

—¿Qué quieres decir?

Sus labios se apretaron en una línea delgada, y supe que no revelaría nada más.

—Bueno, cazar en territorio que no te pertenece a ti o a Atticus se castiga con la muerte —comenté.

—Por favor, tengo una familia, un hijo...

Apreté el gatillo antes de que pudiera terminar la frase y vi cómo su cuerpo caía al suelo con

un fuerte golpe.



Para cuando volví a casa a ducharme y ponerme un traje limpio, el desfile de modas en el salón Marchetti había terminado. En lugar de regresar a casa, por alguna razón inexplicable para mí, Enrico se fue a una maldita discoteca.

La música sonaba a todo volumen y me provocaba dolor de cabeza incluso fuera del club, y me planteé seriamente abandonar a Enrico a su suerte. Estaba demasiado viejo para esta mierda. Éramos italianos, acostumbrados a la gente ruidosa y a las familias numerosas, pero ni siquiera eso se acercaba al sonido del bajo que asaltaba mis oídos en ese instante.

—¿En qué carajo estaba pensando Enrico viniendo a un club como este? —murmuré en voz baja. Justo cuando preparaba mis sentidos para más insultos, lo vi salir del club con una pelirroja del brazo, y lo comprendí. Mi sobrino estaba a punto de acostarse con alguien. La comisura de mis labios se levantó—. Menos mal, maldición.

Realmente no estaba de humor para lugares abarrotados y gente ruidosa, sobre todo después del encuentro con el hombre de la *Tríada* que había puesto a Atticus Popov y el apellido Marchetti en la misma frase. ¿Qué carajos les hacía creer que Atticus acudiría a un establecimiento de los Marchetti? No hacíamos negocios con la familia Popov.

Enrico metió a la chica en el coche, su chofer se los llevó, y yo decidí tomar un desvío. Como mi sobrino, que en ese momento se dirigía a toda velocidad por la calle parisina hacia su casa, era la única razón por la que yo estaba aquí, la expectativa de quedarme y sufrir se desvaneció. *Libre para irme*. Estaba a punto de darme la vuelta cuando una joven me llamó la atención. Era bajita y tenía curvas, cabello castaño largo y ondulado, piel clara y ojos verdes como los de un gato. Su nariz era pequeña y recta, y su boca exuberante y rosada. Incluso en la oscuridad de la noche, imaginé lo bien que se vería envuelta alrededor de mi polla.

Había estado con innumerables mujeres en mis cuarenta y cinco años en esta tierra: actrices, modelos, incluso una cantante de ópera, mas ninguna me había hecho quedarme inmóvil. Sí, despertaban mi interés y me ponían la verga dura, pero nunca me había dado un vuelco el corazón al verlas. Hasta ese instante. A riesgo de parecer un completo bobo, mi corazón latía el triple por esta mujer. Por un momento, me olvidé por completo de dónde estaba, el mundo entero cediendo el paso a la hermosa mujer que movía las caderas al ritmo de la música.

Justo cuando estaba a punto de darme la vuelta, una melodiosa carcajada recorrió el estruendo del club, cautivándome. Estaba doblada por la cintura, riendo tan fuerte que todo su cuerpo temblaba. Era contagioso, y me di cuenta de que mi boca se movía, sonriendo junto con ella. Entonces me dio un vuelco el corazón. *De nuevo*.

Fruncí el ceño. Mierda, esto no era normal. Tal vez necesitaba un chequeo. Tenía que ser el primer síntoma de un infarto.

Sus amigas se alejaron por la calle pero ella se quedó atrás, con la atención puesta en el teléfono que llevaba en la mano. Frunció el ceño y empezó a teclear, sin darse cuenta de que sus amigas estaban siendo engullidas por la multitud.

Los buitres no tardaron en descender y rodearla como si fuera su próxima comida. Algo en ella pareció despertar en mí un instinto protector y me abrí paso entre el grupo de hombres.

—Tócame, hijo de puta, y juro por Dios que haré que te corten las manos con un serrucho.

Me detuve a medio paso y se me escapó un suspiro incrédulo. Ella era fuego puro.

Dejé que mis ojos recorrieran la curva de su espalda, su cintura y bajando hasta sus caderas.

Fue entonces cuando uno de los imbéciles le puso la mano en el hombro y, con un movimiento rápido, lo apartó de ella.

—¡No la toques, maldita sea! —rugí, sorprendido por mi propia reacción. Di un paso adelante, enderecé los hombros y lo fulminé con la mirada—. Y será mejor que te alejes de *esta* mujer o me aseguraré de que el serrucho que acaba de mencionar esté bien afilado. —Para ser honesto nada me gustaría más—. Ahora, discúlpate y lárgate de aquí.

Los hombres se dispersaron más rápido que una bala, corriendo con el rabo entre las piernas.

—Ninguno se disculpó. —Una vocecilla burlona atrajo de nuevo mi atención hacia la mujer, cuyos ojos brillaban ahora con picardía.

—Siempre podemos ir tras ellos, *Bella*. —Ofrecí, observándola como nunca antes había observado a una mujer—. Te gustaría, Sì?

Sus labios rosados se curvaron y... esta vez realmente me apreté el pecho. ¿Qué carajo? La miré fijamente, intentando entender qué demonios estaba pasando.

—Es tentador, pero se me ocurren mejores formas de pasar la noche —agregó con picardía. Tenía una voz agradable y una sonrisa deslumbrante. Radiante e hipnotizante. Y sus luceros... Nunca me habían cautivado tanto los ojos de una mujer, atrayéndome hacia su telaraña, con sus largas pestañas mirándome y llenándome de ideas pecaminosas.

Debió entender mi silencio como un rechazo, porque su expresión decayó.

—Bueno, gracias por intervenir como un caballero —soltó—. Te invitaría un trago, pero no parecen...

—No será necesario. —Su ceja se arqueó con sorpresa y la comisura de mi boca se levantó en una mueca—. Después de todo, un caballero siempre paga.

Soltó una risita suave, su mirada me atravesó. Algo me decía que olvidar a esta mujer hipnotizante de cabello castaño sería imposible.

—Sí... no creo que seas un caballero.

—Guapa e inteligente —comenté—. Una combinación mortal.

Echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Supongo que lo descubrirás. —Se quedó observándome, con las mejillas sonrojadas—. Un trago. —Exhaló.

Asentí con la cabeza.

—Solo uno.

Famosas últimas palabras.

## CAPÍTULO DOS

## ATHENA



Intentando no pensarlo demasiado, dejé que me guiara de nuevo al interior del club nocturno sumido en la penumbra, con el inconfundible aroma de la cerveza y el *whiskey* a nuestro alrededor. Una vez que mi vista se adaptó, nos dirigimos hacia la esquina de un bar largo de madera, en vez de hacia la pista de baile.

—¿Qué te gustaría tomar? —me preguntó mientras me ayudaba a sentarme en un asiento de respaldo alto y se sentó en el más cercano a mí mientras le hacía señas al *barman*.

—Un *Freak shot* —respondí con seguridad. Necesitaría todo el valor del mundo.

Sus cejas se movieron hacia arriba, pero no lo cuestionó.

—Ya escuchaste a la dama. Y *whiskey* en las rocas para mí.

Nuestras bebidas no tardaron en llegar y, como un caballero, la colocó frente a mí.

—¿Brindamos por algo?

Sonreí.

—¿Por sexo indecente?

Reprimió una sonrisa y levantó su vaso antes de chocar con el mío.

—El sexo solamente es indecente si se hace bien. *Salute*.

Y nos tomamos nuestras bebidas.

Había encontrado la definición de alto, moreno y guapo en la forma de un *papi italiano*.

Una sola mirada suya me dejó sin aliento. La cantidad de cabello gris en sus sienes me dio una idea aproximada de su edad, lo que me pareció aún más atractivo. Tenía una mandíbula fuerte y masculina cubierta por una barba de unos pocos días, la piel aceitunada y los ojos oscuros delineados con las pestañas negras más espesas que jamás había visto. Me encantaría pasar mis dedos por su cabellera castaña oscura mientras me tocaba con sus manos expertas. A mi lado medía más de metro ochenta, con su camisa blanca arremangada, dejando al descubierto sus antebrazos bronceados.

Y su voz. Era el tipo de voz ronca y con un profundo acento que derretiría las bragas de una virgen santa. Afortunadamente, yo no lo era. Mis bragas caerían de una manera más agradable si me saliera con la mía.

Nunca había visto un espécimen más hermoso, y si jugaba bien sus cartas, tendría un papel principal en mi próximo libro. Demonios, podría tomarlo como mi muso en un futuro indefinido.

El alboroto en el club nocturno continuaba. El aroma a *whiskey*, *bourbon* y cuero con un toque de madera pulida nos rodeaba mientras nos observábamos bajo las luces tenues.

Había perdido a mis amigas y el cabello se me pegaba a la nuca de lo húmedo que estaba el lugar, pero lo único en lo que podía concentrarme era en saber más de este italiano tan atractivo. Su mano me rodeaba la cintura, evitando que la multitud borracha chocara conmigo, y algo en

ello me envolvía en nuestro propio mundo, como si estuviera a solas con este hombre.

Cuando mis ojos se cruzaron por fin con los suyos, arqueó una ceja, moviendo el labio.

—¿Ves algo que te guste?

Me reí entre dientes y arqueé una ceja, pero algo en su confianza descarada me pareció refrescante.

—Cualquiera con dos ojos que le funcionen lo vería —murmuré, recorriéndolo con la mirada—. Aunque la ropa puede ocultar deficiencias, y ese traje Brioni podría hacer que hasta Homero Simpson fuera *sexy*.

Se rió mientras se llevaba la mano a la corbata y sus dedos se detenían en ella.

—No sé quién es Homero, aunque me encantaría poner a prueba esa teoría.

Sus movimientos eran tan suaves, tan expertos, que iban más allá de nuestra evidente diferencia de edad. No, este hombre tenía *experiencia*. Me invadieron unos celos irracionales al pensar que otra mujer viera lo que había debajo de aquella ropa. Los aplasté de inmediato. Los celos eran el estilo de mi madre, no el mío.

—Homero es... —Sacudí la cabeza. ¿Acaso emitían *Los Simpson* en Italia?—. No importa. Y no hace falta que te quites la ropa —dije con despreocupación. No había duda de que estaba bueno, mas no iba a decirlo directamente—. Sin embargo, primero lo primero, vamos a lo básico. —Sus cejas se alzaron—. ¿Casado?

—No.

Mis ojos se posaron instintivamente en su mano, complacida de encontrarla sin anillo y también carente de líneas de bronceado o hendiduras sospechosas.

—¿Novia?

—No.

—¿Gay?

Echó la cabeza hacia atrás y su risa de barítono llenó el pequeño espacio que nos separaba.

—Si lo fuera, no estaría junto a la mujer más bella del continente.

Me sentí aliviada y dirigí la mirada al espejo que había detrás del bar para ver mi reflejo. Mis mejillas estaban sonrojadas y mis ojos brillaban como diamantes. Tenía puesto mi minivestido con corpiño blanco, sofisticado pero *sexy*, de Dolce y Gabbana, que mostraba mis curvas como a mí me gustaba. Combinado con mis zapatos de tacón Louboutin, que siempre daban a mis piernas una longitud extra... Sí, sabía que me veía bien.

—Tú tampoco estás nada mal —halagué, deseando poder ver más de él. Puede que fuera octubre, pero el calor que irradiaba bajo su traje de tres piezas era suficiente para encenderme.

Me giré hacia él y su mirada ardiente y penetrante me atrajo hacia sus profundidades. Además, olía muy bien.

—¿Tienes nombre? ¿O debería llamarte señor papi ardiente? Porque otros cinco minutos y se te quedará para siempre.

Soltó una risita y extendió su mano. Cuando puse la mía en la suya, se la llevó a los labios, la giró y me dio un ligero beso en los nudillos. Sentí un hormigueo.

—Soy Manuel.

—Manuel —repetí, mirándole los labios, hipnotizada por su voz suave y profunda.

—Ahora es justo que me digas cómo te llamas.

—Athena.

En su rostro se reflejó un gesto de sorpresa.

—Diosa de la sabiduría, la artesanía y la guerra.

Fruncí los labios.

—Preferiría ser Aphrodite, pero nadie me preguntó.

—Está sobrevalorada. —Se encogió de hombros y sus ojos recorrieron mi cuerpo—. Aunque, ciertamente, eres tan tentadora como Aphrodite.

Sabía que los italianos eran famosos por su pasión y su encanto, no obstante, este hombre iba un paso más allá. El aire crepitaba entre nosotros, la tensión tejía su hilo invisible entre nosotros y se tensaba.

Me relamí los labios y me temblaban las manos por el repentino deseo de tocarlo. Pero no me moví, resistiéndome al hechizo. Tenía el cuerpo tenso, la mandíbula contraída y las manos en puños a los lados, casi como si luchara contra la misma necesidad intensa de tocarme.

Dejé que mi mirada lo recorriera de arriba a abajo y... *Santo cielo, maldición*. Había un bulto inconfundible en sus pantalones.

Los dedos de mis pies se enroscaron y mi coño palpitó mientras me tambaleaba en el borde de lo que quería hacer, arrojarme sobre él en ese instante, y lo que debía hacer, que era llegar a conocerlo.

«A la mierda con eso. Lo conozco lo suficiente».

—Tienes un bulto —solté.

Una sonrisa lenta y *sexy* se dibujó en su rostro.

—Sí.

Sus ojos oscuros se encendieron y, por una vez, decidí no ser cautelosa. Durante mucho tiempo, había sopesado mis decisiones y me había asegurado de elegir a hombres que fueran seguros y cuidadosos, *aburridos*, pero todo lo que me dejaban eran decepciones.

Probablemente era la razón de mi actual bloqueo de escritor. Mi inspiración últimamente era aburridísima. Así que estaba decidida. Me arriesgaría por el lado salvaje, empezando por este italiano.

Él sería cualquier cosa menos una decepción, estaba segura de eso. Por la forma en que se comportaba, no había duda de que sabía exactamente qué hacer bajo las sábanas.

Me mordí el labio inferior mientras todo tipo de imágenes sensuales pasaban por mi mente.

—¿Haces esto a menudo?

Arqueó la ceja.

—¿Hacer qué?

—Conquistar chicas al azar en los bares —contesté.

Echó la cabeza hacia atrás y volvió a reírse.

—Yo no conquisto chicas.

—¿Pero conquistas mujeres?

Le brillaron los ojos.

—Eres la primera.

Sonreí.

—Me gustas.

Sonrió perversamente y pareció meditar sus próximas palabras. Se inclinó más hacia mí y su aliento rozó mi oreja.

—Eso es bueno, porque voy a hacerte mía. Voy a enterrar mi cara en tu coño esta noche y hacer que te vengas sobre mi lengua. Y cuando estés gritando mi nombre, estarás rogándome por mi polla.

Mis mejillas se calentaron. Al parecer, los italianos no perdían el tiempo.

—Rogando, ¿eh?

Me agarró un mechón de cabello y lo enrolló en su dedo antes de pasármelo por detrás de la

oreja.

—¿Qué dices, *Amorina*?

*Oh, Dios.*

¿Era normal que mi cuerpo reaccionara así? Era una novedad, algo que quería explorar.

—¿*Amorina*? —Carraspeé, con la voz temblorosa—. Me llamo Athena.

Sus nudillos me rozaron la mejilla, luego me pasó un dedo por mi cuello, deteniéndose en mi pulso acelerado, antes de susurrar:

—Es un apodo. Te queda perfecto.

La piel se me erizó y mis bragas se empaparon de una excitación resbaladiza. Tenía la boca seca y el corazón me golpeaba las costillas. Necesitaba esto. Lo necesitaba a *él*, y nada se interpondría en mi camino.

Justo cuando abrí la boca para sugerir que buscáramos la salida inmediatamente, mi teléfono sonó y dejé escapar un gemido frustrado mientras miraba hacia abajo para comprobar quién era.

Reina: ¿Dónde diablos están todas?

Quería mucho a mis amigas, a todas y cada una de ellas. Pero esta noche, los únicos planes que tenía incluían a este hombre guapísimo y todo lo que sabía que podía ofrecerme.

Escribí una respuesta rápida en nuestro *chat* de grupo. Ellas sabrían lo que significaba.

Yo: 🍆🍷🐱🤔

Manuel se alejó para darme privacidad.

—¿Una emergencia?

Su mirada me recorrió mientras me observaba desde debajo de esos preciosos ojos marrones con pestañas oscuras.

—Ninguna emergencia.

Me llegó otro mensaje, aunque esta vez no me molesté en abrirlo. Tenía cosas más importantes que hacer, como sentarme en la cara de este magnífico italiano.

Tomé mi trago recién llenado del bar, me lo bebí de golpe y me bajé del asiento.

—¿Nos vamos o quieres quedarte hablando toda la noche?

Una leve sonrisa curvó sus labios y me puso la mano en la espalda para guiarme hacia la salida.

—No pierdes el tiempo, ¿no?

Le mostré una sonrisa confiada.

—Esta noche no.

No sería hasta el día siguiente cuando me daría cuenta de que nunca presioné el botón de enviar, dejando los mensajes de mis amigas sin respuesta.

## CAPÍTULO TRES

## MANUEL



Athena.

El nombre le quedaba perfecto, una diosa de la sabiduría y la belleza. Aún no sabía su apellido, pero lo averiguaría.

Me gustaba su espíritu. Mucho.

Mi chofer, al que le envié un mensaje mientras estábamos en el bar, nos esperaba afuera.

Athena vaciló a mi lado y aparté mi mano de su espalda, no queriendo hacer suposiciones. La decepción me golpeó con fuerza, porque no había dejado de pensar en arrancarle ese vestido desde el momento en que la vi.

—¿Cambiaste de opinión?

Respiró profundamente antes de mirarme.

—No, pero... —Levantó la barbilla en dirección al coche que me esperaba—. Tener sexo en el coche no es un problema, pero las calles siguen llenas de gente, así que creo que nos costará encontrar un sitio privado. Además, tu chofer podría ponerse cachondo, y a mí no me gustan los tríos ni el voyerismo.

No pude evitar reírme. Había tenido mi buena ración de mujeres, mas ninguna había conseguido desconcertarme tanto. La necesitaba como a ninguna otra.

—No te preocupes —dije, con voz baja y firme—. Esto no es un baile de graduación escolar y, desde luego, no voy a follarte en el asiento trasero de un coche. —La guié hacia adelante, donde mi chofer sostenía la puerta abierta. Se metió en el asiento trasero y me miró mientras yo la seguía—. Gracias, Giuseppe. Llévanos a La Réserve.

Mientras Giuseppe conducía el vehículo, mi mirada se detuvo en Athena. Tantas imágenes me venían a la cabeza, tendida sobre las sábanas mientras me la comía, con la cara hundida en la almohada mientras la tomaba por detrás, sujetándole el cabello con el puño mientras ella gritaba de placer.

Sus ojos verdes se desviaron hacia mí, con las mejillas sonrojadas, y se lamió los labios. Y justo en ese momento, mi polla se agitó.

—¿La Réserve como el hotel?

Asentí con la cabeza.

—A menos que prefieras que elijamos otro sitio.

Tomó su labio inferior entre sus labios.

—Bueno, creo que son bastante exclusivos. Puede que no... —Se interrumpió, frunciendo el ceño—. No creo que acepten encuentros casuales. —Sus ojos brillaron con una mezcla de picardía y lujuria mientras se centraba en mis labios—. Y de verdad, en serio, necesito acostarme con alguien esta noche.

Me pasé una mano por la boca y sonreí. Su sinceridad era refrescante.

—Teniendo en cuenta que es mío, estoy seguro de que encontrarán la manera de hacer una excepción. —Le aparté el cabello de sus hombros—. No te preocupes, *Amorina*. Me enterraré tan profundo dentro de tu apretado coño, que te vendrás más fuerte que nunca, sobre mi polla. —Pasé mis nudillos por sus mejillas encendidas—. Conseguirás, como a ustedes los americanos les gusta decir, *acostarte con alguien*.

Ella se retorció en el asiento de piel, apretando los muslos, y yo pasé oficialmente de medio duro a completamente erecto.

El auto se detuvo y la puerta se abrió. Salí y extendí mi mano para ayudarla. La tomó, alisándose el vestido con la otra mano, y luego me lanzó una mirada, dedicándome una sonrisa que hizo que se me calentara la sangre.

—Bien. Me encantan las cosas seguras.

*Cristo.*

Me encantaba su descaro, aunque me encantaría aún más llenarle esa boca.

La guié hacia la entrada del hotel, intentando verlo a través de los ojos de Athena y esperando que cumpliera sus expectativas. El edificio, con una fachada de estilo barroco adornada con esculturas y barandillas, era la atracción de muchos visitantes, pero pocos podían costearlo.

Sus tacones repiquetearon en el vestíbulo de mármol y percibí miradas discretas hacia nosotros. La guié hasta el ascensor, pasé mi tarjeta y presioné el botón del último piso.

Arqueó la ceja.

—¿La *suite* del *penthouse*?

Curvé los labios.

—Solo lo mejor para ti.

—¿Este sería un buen momento para preguntarte a qué te dedicas?

De ninguna manera le contaría mis negocios con la mafia, así que me conformé con algo un poco más vago.

—A esto y aquello. ¿Y tú?

Se rio.

—A esto y a aquello también, sin embargo, por lo visto no lo hago tan bien como tú.

El ascensor sonó y las puertas se abrieron al llegar al último piso. Me aparté, dejándola pasar primero, y vi cómo sus ojos se abrían de par en par. Era algo cotidiano para mí, pero ni siquiera yo podía negar la belleza de este antiguo edificio. Techos altos, un candelabro de cristal colgando sobre la mesa del comedor privado, pisos de mármol y lujosos sillones de piel frente a una chimenea crepitante. Todo era de lo más moderno, restaurado con minuciosa atención al detalle por algunos de los arquitectos y diseñadores de interiores más afamados del país.

Pero nada se acercaba a la vista sin obstáculos del horizonte de París, el río Seine serpenteando bajo el Pont Alexandre III y dando paso a algunas de las mejores *boulangeries* o *panaderías* y centros comerciales de la ciudad.

Hasta esta noche.

La mujer que estaba frente a la ventana, con sus dedos apoyados contra el cristal mientras contemplaba la ciudad que se extendía a sus pies, no tenía comparación con la vista de diecisiete mil dólares la noche desde la *suite* más exclusiva de mi hotel, sin ninguna duda.

—¿Quieres tomar algo? —Ofrecí. Después de todo, no quería ser el canalla empeñado en follármela por encima de todo, aunque era lo único que tenía en mente en ese momento.

Sus ojos se desviaron hacia mí por un momento y dijo:

—No, estoy bien, gracias. —Antes de devolver la mirada a las luces parpadeantes de la ciudad.

Estudié su complexión pequeña, con su cintura estrecha y su hermosa cadera con curvas, mientras por mi mente pasaban visiones de ella inclinada sobre el respaldo del sofá y nuestros cuerpos bañados en sudor moviéndose juntos.

Me aflojé la corbata, acariciando el sedoso material mientras imaginaba que se la enrollaba en las muñecas, sujetándolas por encima de su cabeza, mientras penetraba su canal estrecho. Pero antes tenía que cumplir mi promesa.

Me coloqué detrás de ella y mi polla, dolorosamente dura, rozó su trasero redondo. Inhaló con fuerza y me miró por encima del hombro. No se dio la vuelta, simplemente esperó, y eso me excitó muchísimo.

Le bajé la cremallera del vestido y el sonido, mezclado con su suave respiración, produjo un eco seductor en la habitación. El vestido cayó silenciosamente al suelo mientras mi atención se centraba en la cicatriz de su omóplato izquierdo.

La recorrí ligeramente con el dedo, con cuidado de no lastimarla, ya que la textura era áspera. Se puso tensa, pero no se apartó.

—¿Qué es esto? —pregunté.

Miró por encima de su hombro.

—Una quemadura.

Agaché la cabeza y la besé.

—¿Cómo ocurrió?

Inhaló profundamente y soltó el aire lentamente.

—Incendio —murmuró—. No me gustan. —Luego apartó su rostro de mí. —Ahora, ¿vamos a hablar o vamos a hacer algo?

Solté un suspiro sardónico.

—¿Qué prefieres?

Su respuesta fue una demostración. Su sostén de encaje y sus bragas se unieron a su vestido en el suelo, dejándola en nada más que sus tacones de tiras.

Con una mano, incliné su cabeza hacia un lado y rocé con mis labios la suave piel de su cuello, recorriendo con la lengua su pulso agitado. No pude evitar morderla suavemente, necesitaba marcarla de algún modo, el impulso me era ajeno.

—Date la vuelta —ordené, con voz ronca.

Cuando se giró hacia mí, mis ojos se posaron inmediatamente en sus pechos, que subían y bajaban, y en sus pezones rosas, que formaban pequeños picos duros y me suplicaban que les prestara atención.

Levanté la mano y agarré uno de sus pechos con la palma, inclinando la cabeza para llevarme el apretado pico a la boca. Ella arqueó la espalda, su cabeza cayó contra la ventana y sus manos se levantaron para agarrarme el cabello. Le pasé la lengua por el pezón y recibí un gemido como recompensa.

Desplacé mi atención a su otro seno, acariciando y mordiendo su punta sensible y luego aliviando el escozor con un ligero roce de mi lengua.

—Manuel. —Jadeó cuando rocé su pecho con los dientes—. Necesito... más.

Me enderecé, solté su pezón con un suave chasquido y me encontré con su mirada entrecerrada. Estaba allí desnuda, con el cielo nocturno como telón de fondo, deslizándose su mano por el vientre, bajando entre sus muslos y rozando con sus dedos su entrada húmeda.

Joder, era perfecta.

El hecho de que no fingiera timidez era tan increíblemente *sexy* que no pude resistirme a bajarme la cremallera de los pantalones para sacar mi polla adolorida. Los ojos de Athena se abrieron de par en par, fijándose en mi longitud.

—Mierda, eres enorme —resopló, moviéndose más deprisa. Rodeé mi verga con los dedos y empecé a bombear—. ¿Me vas a follar?

*Dio*, era preciosa.

Apreté con fuerza mi polla ante la clara invitación en su voz.

—No, *Amorina*. Primero voy a comerme tu coño empapado.

Solté mi polla y la agarré por la muñeca, deteniendo sus movimientos frenéticos mientras se masajeaba el clítoris.

—No —se quejó, con su excitación resbalando por el interior de sus muslos y perfumando el aire. Mierda, olía a rocío de miel en primavera. Se retorció, sus dedos buscando su clítoris, y luego soltó un puchero de protesta—. Manuel, estoy muy cerca.

Bajé una mano, la pasé por su muslo y observé su rostro mientras rozaba con mis dedos sus pliegues húmedos. Sus labios se entreabrieron y sus ojos se pusieron vidriosos cuando mi pulgar presionó su punto húmedo e hinchado. Sus caderas se agitaron y un gemido susurrado salió de sus labios.

—Te correrás con mi boca en tu coño —gruñí, bajando los labios hasta posarlos sobre los suyos antes de lamerle sensualmente el labio inferior. Presioné más profundamente y deslicé un dedo en su calor resbaladizo. Se me secó la garganta. Deseoso de sustituir mis dedos por mi boca, murmuré—: Voy a follarte el coño con mis dedos y prepararte para recibir cada centímetro de mi verga.

Metí los dedos más adentro al mismo tiempo que me llevaba la mano que usaba para darse placer a la boca y le chupaba los dedos hasta dejarlos limpios. Sus caderas empezaron a moverse al ritmo de mis dedos, entrando y saliendo. Separó los labios mientras me miraba, echando miradas furtivas hacia abajo, donde nuestros cuerpos estaban conectados.

Gimió y yo estuve a punto de hacerlo también, nuestras respiraciones eran el único sonido que llenaba el espacio entre nosotros. Tenía los ojos dilatados y las mejillas sonrojadas cuando dijo:

—Más. Más, por favor.

Sin más preámbulos, me arrodillé y enganché una de sus piernas sobre mi hombro. La lujuria latía con fuerza en mi sangre y mi dura polla se tensaba, pero lo importante era su placer. Enterré mi rostro en su coño humedecido y pasé la lengua desde la entrada hasta el clítoris de una sola pasada. Un gemido de satisfacción se escapó de mi boca, y su sabor hizo que se me pusieran los ojos en blanco.

Era jodidamente deliciosa, como un buen vino italiano. Alterné la succión con los golpecitos en el clítoris y volví a meterle un dedo. Su cabeza se golpeó suavemente contra la ventana y sus gemidos se hicieron más fuertes.

Le rocé el clítoris con los dientes y la miré.

—Toda la ciudad nos está mirando, con mi lengua en tu coño, *Amorina*.

Sus caderas se balanceaban contra mi boca, sus dedos me agarraban del cabello como si temiera que me apartara. El mundo podría dejar de girar y yo moriría feliz con su coño asfixiándome. Introduje la lengua en su entrada, gimiendo contra su piel resbaladiza mientras saboreaba la excitación que brotaba de ella.

—¡Manuel! —Jadeó, aspirando con fuerza. Sus manos se aferraron a mi cabello mientras seguía lamiéndola y metiéndole la lengua. Sus caderas chocaban contra mi boca con

desesperación y yo frotaba el pulgar contra su clítoris hinchado a un ritmo constante.

Sus manos se aferraron a mi cabello, su pelvis se sacudió hacia delante, restregándose contra mi cara, y se corrió entre gimoteos mientras sus músculos internos se apretaban alrededor de mis dedos.

Cuando se relajó, le pasé la lengua por última vez y me puse de pie. Me llevé a la boca todos los dedos que tenía dentro de ella y los lamí hasta dejarlos limpios.

—¿Estás lista para la siguiente ronda? —pronuncié. Sus ojos se posaron en mi polla terriblemente dura y su delicada manita se acercó a ella, acariciándola. Gemí de lo bien que se sentía—. *Sì, Amorina?*

Me observó con la mirada nublada y luego asintió tragando saliva.

—Camina hasta la habitación —ordené, dedicándole una sonrisa voraz—. Al fondo a la derecha.

Afortunadamente, obedeció. Estaba de espaldas a mí, me deshice de la funda de la pistola y la metí en el cajón que se abría y cerraba con mi huella dactilar. Cuando escuché que se cerraba, la seguí de cerca, admirando su hermoso y redondo trasero. Me desabroché despacio la camisa, me quité los zapatos y me despojé de los calcetines.

Con sus tacones repiqueteando contra la madera, llegó a la cama y me miró por encima del hombro justo cuando me bajaba los pantalones, dejándome en bóxers negros.

—Diablos —murmuró, su mirada de apreciación hizo que me dieran ganas de golpearle el pecho—. Estás buenísimo.

—Súbete a la cama, gatea hasta la parte superior y siéntate con la espalda apoyada contra la cabecera.

Hizo lo que le dije, luego se apoyó contra la cabecera de caoba y separó los muslos en señal de invitación, la necesidad en sus ojos reflejaba la mía.

Miré su piel resbaladiza y rosada, y me entraron ganas de meterme entre sus muslos y follarla hasta el fondo. No obstante, le prometí un orgasmo más. Cerré los ojos, haciendo uso de todo mi autocontrol, y cuando los abrí, la encontré jugueteando con su coño con una sonrisa traviesa en los labios.

—Prefiero tener tu polla dentro de mí —suspiró.

Viéndola jugar consigo misma, me quité los bóxers. La cama se hundió bajo mi peso cuando me subí a ella y me abrí paso entre sus piernas abiertas.

—Tendrás que esperar un poco más —agregué, y suavemente le aparté la muñeca de un manotazo—. Ahora quita las manos. Tu coño es mío.

Mi polla goteaba semen y lo unté en el interior de sus muslos mientras empujaba sobre ella, saboreando el aroma de su excitación, sabiendo que estaba lista para mí. Rodeé mi verga con los dedos y rocé lentamente su entrada caliente con la punta.

Su espalda se arqueó sobre la cama y la punta de mi polla se deslizó dentro de ella.

—Oh Dios mío...

Apreté los dientes, mis músculos se contrajeron, pero me aparté, queriéndola desesperada por mi polla. Fue su siguiente movimiento lo que me sorprendió.

Con toda la elegancia del mundo, se deslizó por debajo de mí e invirtió nuestras posiciones. Mis manos se aferraron a sus caderas mientras ella se sentaba a horcajadas sobre mí, con su coño resbaladizo cubriéndome el muslo.

—Athena, este no era el trato —gruñí.

Ella sonrió, con las mejillas sonrojadas y el cabello alborotado, parecía una diosa de la seducción, y lo supe.

Lo supe, maldición. Una noche nunca sería suficiente.

## **CAPÍTULO CUATRO**

## ATHENA



—**A**morina —gimió, con su acento marcado, mientras rozaba mi coño contra su dura longitud.

Sus manos me agarraron la cadera y me deslizó por su cuerpo, con mi coño restregándose contra su musculoso muslo. Una fricción deliciosa que me erizó la piel de la clavícula.

—Haz que te corras cabalgando mi muslo. —Me encantó su tono ronco, y aún más su acento marcado. De algún modo, sabía que era señal de que estaba tan excitado como yo—. Dame uno más y te recompensaré.

Mis mejillas se sonrojaron y tragué saliva, excitadísima.

Temblando un poco, me apoyé en sus abdominales, subiéndome por encima de su muslo izquierdo. Cuando lo miré, vi que estaba concentrado en mi coño húmedo, con un oscuro deseo dominando su hermoso rostro.

Mi ritmo cardíaco aumentó, aunque también mi excitación, y balanceé las caderas. Frotándome con fuerza, apretándome contra él. Era incómodo, mis movimientos eran bruscos y torpes. Sentí que la piel se me erizaba mientras lo utilizaba para masturbarme y mi sexo se volvía increíblemente resbaladizo.

Mi respiración se agitó y se volvió frenética al sentir lo cerca que estaba. Gemí y dejé que mi mirada se desviara hacia Manuel.

—Tócate. —Su tono era más áspero, sus músculos tensos. Metí la mano entre los dos y pasé un dedo por mi clítoris empapado. Gemí. Fuertemente. No obstante, antes de que pudiera rodearlo y correrme, sus dedos gruesos me agarraron la muñeca y se llevó mi mano a su boca, metiendo mi dedo entre sus labios y chupándolo.

Me estremecí mientras inclinaba la pelvis y me apoyaba en su muslo con fuerza, sosteniéndole la vista, y el placer me inundó. Se me escapó un grito: necesitado, desesperado, ruidoso. Me encantaba ser ruidosa.

El éxtasis puro me hizo arquear la espalda y sentir una pasión desbordante sobre la que únicamente había leído. Fuerte. Rápido. Húmeda. Ni siquiera había sido capaz de describir una escena tan erótica en los libros de los que me sentía más orgullosa.

Su mano me rodeó la nuca, atrayéndome hacia abajo y tomando mi boca en un beso duro y húmedo, su lengua dominando mientras yo gemía y gemía. Por fin, sentí los restos de mi liberación recorrer mi cuerpo.

Sin embargo, aún no era suficiente. Necesitaba más. Necesitaba su polla.

Cuando volví del borde, tendida sobre Manuel, con los músculos reducidos a gelatina, me soltó la boca.

Apoyé mi frente contra la suya y respiré con dificultad.

—Me darás uno más. —Carraspeó, volviendo a erizar mi piel resbaladiza.

Este hombre me había provocado dos de los orgasmos más intensos de mi vida. Era como si supiera mejor que yo lo que quería y necesitaba.

Su mano recorrió mi espalda cariñosamente y catalogué mentalmente su ternura para el héroe de mi próxima novela. Este hombre tenía todos los rasgos por los que una mujer perdería la cabeza: un apetito sexual salvaje, un cuerpo del que hasta los dioses antiguos estarían celosos y un toque de carisma. O tal vez mi mente lo estaba conjurando todo tras ver un único tatuaje en su espalda, una calavera envuelta en espinas y rosas.

Levanté la cabeza y presioné mi boca contra la suya.

—Dijiste tres —musité contra sus labios, y luego me desplacé para sentarme a horcajadas sobre su enorme cuerpo, sintiéndome como la diosa del sexo: poderosa, seductora e irresistible. La mirada de Manuel lo alimentaba.

—¿Vas a follarme y a hacerme olvidar mi promesa? —indagó, y me incliné hacia atrás, con las puntas de mi cabello cayendo sobre su piel bronceada y espolvoreando los abdominales más magníficos que jamás había visto.

—No, Manuel —repliqué, mirándolo por debajo de la nariz—. Voy a montarte como en un rodeo.

La reacción no fue exactamente la que buscaba. Parpadeó, mirándome con una expresión inexpresiva que indicaba una vez más la barrera del idioma.

Me aclaré la garganta, mi rubor de excitación sustituido de repente por una ligera vergüenza.

—Voy a montarte como a un semental.

Seguía sin reaccionar. ¿Quizá nunca había escuchado esa frase?

Lo miré fijamente, preguntándome cómo podía parecer una escritora pulida y seductora de un hombre mayor y atractivo que obviamente sabía lo que hacía. Estaba fuera de mí, buscando desesperadamente algo para volver a poner en marcha este espectáculo.

—Voy a montarte como a un... ¿papi italiano ardiente? —Me salió más como una pregunta de lo que pretendía, pero antes de que pudiera reflexionar sobre ello, Manuel sonrió y se movió, entrelazando sus manos detrás de la cabeza como para ponerse cómodo.

—Deberías haber empezado por ahí, *Amorina*. Olvídate de los caballos y los vaqueros. Ahora móntame.

## **CAPÍTULO CINCO**

## MANUEL



**H**abía destrozado a esta chica, pero *cazzo*, ella también me estaba destrozando a mí.

Mis fosas nasales se hincharon mientras intentaba meter aire en mis pulmones, cada músculo de mi cuerpo tenso, listo para inmovilizarla y penetrarla. Pero ella quería montarme, así que la dejé. Solo por esta vez.

Entonces la penetraría como una bestia. Como si hubiera perdido la maldita cabeza.

Le di una nalgada.

—Necesito que tu coño estrangule mi polla. Ahora mismo.

Puso una mano en mi pecho y me agarró con la otra. La puso en su entrada, y antes de que empezara a bajar, moví las caderas, ansioso por entrar hasta el fondo, llenándola completamente.

—Mierda, Manuel —suspiró, enroscando los dedos en mis hombros y apoyándose en mí—. Eres grande.

—*Cazzo, la tua figa è stretta.*

Su verde mirada se iluminó con lujuria y apretó mi longitud.

—Santos cielos, sigue hablando italiano mientras me follas. —Jadeó, restregándose contra mí—. ¿Qué significa?

—Significa que tu coño está muy apretado.

—Hablas sucio, ¿eh?

—Empieza a moverte o esta cabalgata se acaba —gruñí. Era una fanfarronada, ni los caballos salvajes podrían apartarme de ella en este momento.

—Demonios, tu polla es enorme.

Cerró los ojos, moviendo las caderas tentativamente, pero yo estaba demasiado ido y me dolían las pelotas, a punto de estallar. Necesitaba liberarme, pero maldita sea, no llegaría al orgasmo antes que ella.

Doblando mis rodillas, con los pies apoyados en el colchón, empujé hacia arriba mientras arrastraba sus caderas hacia abajo, atravesándola de nuevo por completo.

—*Cazzo.* —Apreté los dientes, con su aliento jadeante rozándome la boca.

Sus caderas se balancearon, sus movimientos medidos y dolorosamente lentos. Mis pelotas se tensaron al instante, la lujuria se disparó directa a mi entrepierna como un rayo. Me sentía tan bien, como en el cielo y en el infierno al mismo tiempo.

La agarré por la nuca y aplasté mi boca contra la suya.

—*Sei mia, Sì?*

—Diablos, lo que quieras —gimió, nuestras caderas se movían en sincronía y nuestros cuerpos estaban resbaladizos por el sudor—. Pero no te detengas.

—Buena chica —alabé, con la voz áspera por la necesidad de correrme. Metí la mano en su

cabello y apreté el puño con fuerza—. Ahora móntame como me prometiste.

Yo la sujetaba, sin dejarle mucho espacio para moverse, pero ella inclinaba su cadera, deslizándose su coño arriba y abajo por mi polla, con sus pechos rebotando contra mi pecho. Continuó moviéndose sobre mi verga, con los párpados cerrados y su hermoso cuerpo bañado en sudor.

Sentía cómo le temblaban las piernas, cómo se tensaban sus músculos, y ella tomaba todo lo que quería y me daba todo lo que yo necesitaba. Ya la había visto correrse dos veces y aún no era suficiente. Necesitaba verla correrse en mi polla. Bajando la mano, encontré su clítoris con el pulgar, pero apenas lo rocé, provocándola.

—Oh... por favor... sí —gimoteó, llevándose ambas manos al cabello mientras se echaba hacia atrás, con los párpados cerrados. Agarré uno de sus senos con la mano, apretando con fuerza y pellizcando su pezón, retorciéndolo entre las yemas de mis dedos.

—*Guardami* —exigí, forzando sus ojos hacia los míos—. Mírame.

Su mirada se desvió hacia la mía y gimió, con el coño contraído a mi alrededor. Volví a rodear su clítoris, frotando y presionando mientras ella se mecía, y bastó un minuto para que sus paredes se estrecharan y ordeñaran mi polla.

La expresión de placer en su rostro era espectacular, y sus suaves gemidos llenaban la *suite* del hotel. No pude contenerme más. Mis pelotas se tensaron y mi cuerpo se agarrotó cuando mi verga se hinchó dentro de ella, el orgasmo se apoderó de mí. Saqué la polla justo a tiempo, cubriéndole el coño, el vientre y el interior de los muslos con una explosión de semen.

Grité, el mundo se oscureció mientras el clímax me arrastraba hacia el fondo. Fue el orgasmo más intenso que jamás había experimentado.

—Serás mi muso—susurró entre sueños, su cuerpo relajado y saciado.

Luego se desplomó sobre mí mientras yo intentaba recuperar el aliento, con su piel untada y marcada por mí. La rodeé con mis brazos y supe que no la soltaría pronto.

## **CAPÍTULO SEIS**

## ATHENA



**N**o podía respirar.

*El mundo estaba oscuro y me asfixiaba a cada segundo que pasaba. Agité los brazos y las piernas, desesperada por escapar. El fuego se acercaba, lamiéndome la piel.*

Me desperté con un grito ahogado, una pierna musculosa enganchada sobre mí y un par de antebrazos fuertes y fornidos rodeándome la cintura. Miré a mi alrededor con desesperación, segura de que estaba de nuevo en aquella caja. Me ardía la cicatriz del hombro, pero resistí el impulso de llevarme la mano a la espalda. El pecho se me oprimió dolorosamente antes de que mis ojos encontraran la ventana y respirara aliviada. La luna brillaba sobre la ciudad. Había una forma de salir de aquí, una forma de escapar, aunque tuviera que saltar.

Todo estaba bien en el mundo.

Volví a fijar mi atención en el hombre que dormía a mi lado. El mismo hombre que me había follado exhaustivamente, dejando cada centímetro de mí en éxtasis y lánguida.

Sin embargo, la realidad me llamaba y tenía que orinar.

Con cuidado de no despertar a Manuel, salí de la cama y me dirigí al baño. Una vez que hice mis necesidades, me lavé y me puse una bata de baño cinco tallas más grande que la mía, pero que olía a él. Me lavé los dientes con un cepillo nuevo que había encontrado en un gabinete y me pasé los dedos por el cabello.

Me vi reflejada en el espejo y me detuve al ver a la mujer que me devolvía la mirada. Tenía los labios hinchados y la piel llena de quemaduras rosadas provocadas por su áspera barba incipiente. Estaba segura de que la expresión de mi rostro demostraba que había estado en el paraíso del sexo y había vuelto.

Caminé hasta la habitación, tomé la ropa que Manuel había tirado y, al hacerlo, una cartera cayó y su contenido se esparció por el suelo. Mierda. Me arrodillé, tomé el primer objeto, una licencia, y miré la foto. Me llamó la atención un nombre.

Manuel Marchetti.

*Marchetti...*

—¿Qué demonios? —murmuré en voz baja, convencida de que mis ojos me engañaban.

Enfoqué la mirada y volví a leer el nombre.

Mi corazón se detuvo. Un recuerdo parpadeó en el fondo de mi mente y el reconocimiento me golpeó con toda su fuerza.

—Manuel Marchetti —susurré el nombre que casi había olvidado.

Mi respiración se volvió superficial mientras el corazón me latía con tanta fuerza que temí que se me saliera del pecho. No podía ser... aunque en el fondo de mi corazón, sabía que lo era. Sí, era mayor, sus rasgos eran más definidos y, por Dios, era mucho más guapo, pero era el

mismo Manuel Marchetti que había salido con mi madre hacía tantos años, aunque por poco tiempo. El que nos había atrapado con las manos en la masa en nuestro pequeño engaño.

Y el que yo...

Oh. Mi. Maldito. Dios.



Caminata de la vergüenza.

Tenía que ocurrir en algún momento en la vida de todas las chicas, y hoy era mi turno. Simplemente deseaba que no tuviera que ocurrir después de una noche tan increíble. Y, desde luego, no esperaba perder mis bragas y mi sostén en el proceso. Tras conocer la identidad de mi aventura de una noche y ser incapaz de encontrar mi ropa interior, me puse el vestido y salí corriendo de allí.

Paseé por las calles de París mientras la ciudad se despertaba, la brisa agradable refrescaba mi piel aún caliente mientras las imágenes de mi noche pasaban por mi mente como un montaje de Hollywood de clase B. *¿Por qué* tuve que tomarme ese último *shot* en el club? Por desgracia, los recuerdos de todos aquellos años me invadieron, por mucho que intentara acallarlos.

*—¿Y si nos descubren, mamá? —susurré, mirando el abundante corrector que ocultaba los moretones de su cuello y su cara. Después de los acontecimientos de la noche anterior, ninguna de las dos durmió. Nos acurrucamos en nuestro apartamento, esperando el amanecer. Mamá no quería huir. Quería terminar su última actuación y cobrar por ella. Una parte de mí lo entendía, pero eso no significaba que tuviera que alegrarme.*

*—Cariño, no te pediría esto si no fuera absolutamente necesario —aseguró. —Me quieres, ¿verdad? —Asentí con la cabeza—. Hazlo por mí, entonces. No seas como tu padre.*

*Nunca quise ser como él. Todo lo que mamá hizo fue amarlo y él la lastimó, dejándola llena de dolor y sufrimiento.*

*—Tengo miedo —confesé bajito.*

*—Conoces las palabras, Athena —respondió con voz áspera y rota. Las cuerdas vocales de mamá estaban dañadas y necesitarían tiempo para curarse. Ahora mismo, sonaba como una fumadora—. Tu voz es incluso mejor que la mía.*

*Sacudí la cabeza.*

*—Pero tienes una cita después. ¿Cómo lo explicarás?*

*Mi madre era una mujer hermosa incluso cuando no llevaba un vestido dorado de Oscar de la Renta. Sus vibrantes ojos verdes, su piel aceitunada y su cabello oscuro hacían que los hombres cayeran rendidos a sus pies. No le importaba aprovecharse de ello para engañarlos. Todo lo que hacía era por nosotras.*

*—Deja que yo me preocupe por eso. —Raspó—. Tú canta como si nuestras vidas dependieran de ello. —Irónicamente, así era. Necesitábamos el dinero de esta actuación para escapar de vuelta a los Estados Unidos—. ¿Puedes hacer eso por mí, Yavrum? —Mi bebé. Mamá nunca hablaba griego a menos que estuviera estresada o asustada.*

*O si necesitaba algo de mí.*

*Con el corazón encogido, asentí y me dio un beso en la frente.*

*—Gracias.*

*Con una rápida prueba de micrófono y un seco movimiento de cabeza, me dejó en la esquina del escenario, justo detrás de la cortina, y salió apresuradamente.*

*Contuve la respiración, esperando a que cesaran los aplausos de recibimiento. A ella le encantaba la ópera, pero aún más la atención. Vivía para ello. Me encantaba cantar, esa sensación de dejarme llevar y que el mundo dejara de existir, mas odiaba ser el centro de atención. Por eso sabía que nunca seguiría los pasos de mi madre, por mucho que insistiera.*

*Las primeras notas viajaron por el aire y esa misma sensación flotante se apoderó de mí.*

*Canté para mamá, que siempre estuvo aquí. Para papá, que nunca estuvo.*

*Cerré los ojos, con los pulmones llenos, mientras cantaba un Do agudo, arrancando notas y emociones de algún lugar profundo, de algún lugar al que rara vez acudía. Lo di todo, sacándolo de mi diafragma. Las palabras me estrujaron los pulmones.*

*Cuando la última nota vibró en el espacio, se hizo el silencio.*

*Suave. Nostálgico. Oscuro.*

*Me quedé paralizada mientras la última nota salía de mis labios y las palabras tristes en italiano me hacían temblar los huesos. Los ojos me ardían tras los párpados cerrados, tantas emociones rebotando en mi pecho.*

*Estaba mal que mamá y yo hiciéramos trampa. Estaba mal que yo estuviera cantando, sin embargo, quería volver a América. Llevábamos demasiado tiempo de viaje y echaba de menos el olor de las hamburguesas, los cangrejos al vapor y la bahía.*

*Lo extrañaba todo.*

*El silencio se apoderó del gran teatro de la ópera y recordé, no por primera vez, cómo el escenario que tenía bajo mis pies había permanecido en pie durante siglos. Me sentí privilegiada por estar aquí, pero deseé que fuera en circunstancias menos fraudulentas. Casi como si el universo hubiera estado escuchando, mis ojos se abrieron y vi una forma que se alzaba sobre mí, las luces del escenario demasiado tenues para distinguirla. Entrecerré los ojos para ajustar la vista y me encontré con una mirada furiosa.*

*Solté un grito ahogado. Nos habían descubierto.*

*Intenté huir, pero tropecé y choqué con un cuerpo duro.*

*Levanté la cabeza y mis mejillas se encendieron.*

*Entonces me di cuenta de con quién había chocado... La cita de mi madre. La única razón por la que lo reconocí fue porque lo espiaba a través de las cortinas de nuestro apartamento temporal cuando mi madre salía a su encuentro. Pensé que era el hombre más guapo que había visto en mi vida.*

*Manuel Marchetti.*

*—Lo siento, señor —solté, buscando frenéticamente a mi madre, a cualquiera, para salvarme.*

*Luego, resignada a que me atraparan, me tragué un nudo en la garganta y miré esos ojos, para luego cometer una estupidez.*

*Cerrando las manos en puños, le golpeé el estómago, esperando que se cayera y nos diera a mamá y a mí una oportunidad de escapar. No fue así. En lugar de eso, se quedó inmóvil, me agarró por los hombros y me apartó. Sus ojos oscuros se encontraron con los míos y mi corazón retumbó, en parte por la incredulidad de lo que había hecho y en parte por el miedo, pero antes de que pudiera llevarnos ante el director de la ópera y acabar con la carrera de mamá, le di una patada en la espinilla y salí corriendo.*

Ese no fue mi primer encuentro con la violencia y, por desgracia, tampoco el último.

Durante muchos años después, me había preguntado por aquel hombre, pero con el paso de los años, cada vez recordaba menos sus rasgos. Y el horrible suceso que había seguido unos días después hizo que todo aquel incidente se desvaneciera en los rincones de mi memoria.

Aunque, ahora que lo pensaba, recordaba haber fantaseado durante varios días con campanadas de boda y el vestido blanco que llevaría cuando me casara con él. Porque, para mi alegría, ese mismo día terminó con mamá. Fue el primer hombre que lo hizo y, para mi alivio, ella nunca se enteró de que él había descubierto nuestra pequeña estafa.

Ni en un millón de años imaginé que acabaría teniendo una aventura de una noche con él.

—Que pequeño es el mundo —murmuré en voz baja. *Demasiado pequeño*.

Las aceras empedradas de la *City of Light* acogieron el repiqueteo de mis Louboutins. Maldije a la Athena de ayer, que había insistido en usar unos tacones altísimos que me hacían parecer un poco como una prostituta, una prostituta cansada y hambrienta.

Las calles estaban llenas de cafés que se preparaban para abrir, pero nada de eso me ayudaría a calmar el hambre. Suspiré agotada justo cuando un par de manos me rodearon.

—Diablos —siseé, dándome la vuelta y llevándome una mano al corazón acelerado—. Me asustaste, Raven.

Me miró con expresión divertida.

—Quizá deberías estar asustada. Llevo cinco minutos acechándote y no te diste cuenta.

—Tal vez deberías dejar de acosarme —devolví, entrecerrando los ojos mientras la miraba. También llevaba la misma ropa de anoche—. ¿De dónde vienes?

Se encogió de hombros.

—Me encontré con... *alguien* y decidí quitarme la picazón.

Levanté la ceja, esperando a que me diera más detalles, pero la mirada en sus ojos fue mi respuesta.

—No Aiden Callahan. —Respiré—. Jesucristo, debió de haber luna llena anoche.

Raven deslizó su mano en la mía y reanudamos la marcha.

—¿Por qué? ¿Tú también te acostaste con un mafioso? —Le lancé una mirada irónica y ella jadeó—. ¡Oh, Dios mío, lo hiciste!

—¿Por qué sueñas tan orgullosa? —suspiré.

Los labios carnosos de Raven se curvaron en una sonrisa.

—No lo sé. Tal vez me hace sentir mejor conmigo misma.

—Vaya, gracias.

—Así que, ¿cómo fue? ¿*Quién* era? —inquirió con curiosidad. Palidecí por un segundo, preguntándome cómo iba a explicar el desastre, cuando ella giró los temas y soltó—: Maldición, me duelen los pies y tengo el coño destrozado.

Compartimos una mirada y estallamos en una carcajada.

—Supongo que ya sé cómo fue tu noche. Y antes de que quieras demasiados detalles, la mía fue más o menos igual y prefiero no hablar de ello.

Chocó su hombro contra el mío.

—Bueno, quizá sea la inspiración que estabas buscando.

Una exhalación melancólica pasó por mis pulmones.

—No tienes ni idea.

Soltó una risita.

—Me muero por leerlo.

Hice un gesto con la mano, posponiendo la discusión por el momento.

—Por cierto, ¿recibiste un mensaje de Reina?

Una expresión de culpa apareció en su rostro.

—Sí, pero entonces Aiden me besó y me olvidé de ella. Santos cielos, ese hombre *sabe* lo que hace.

Esta vez sonreí.

—Así de bueno es, ¿eh?

—Tan bueno que podría llegar al orgasmo solamente con su lengua, y mierda, también *la usa* de todas las mejores maneras posibles.

Las imágenes de la lengua de Manuel enterrada en mi coño me incitaban, mi centro palpitaba de necesidad. Era alarmante sentir una atracción tan intensa por cualquiera. Sí, había escrito sobre el amor, la lujuria y la química, mas era totalmente distinto experimentarlo en carne propia. No es que fuera virgen, Dios no. Pero la mayoría de mis encuentros carecían de esa conexión más profunda.

Sacudí la cabeza sutilmente para alejar los recuerdos de mi mente.

—Bueno, no creerías cómo me avergoncé a mí misma. —Empecé—. Me entusiasmé mucho y solté que lo montaría como en un rodeo. —Pasó un rato de silencio antes de que se echara a reír a carcajadas, con lágrimas en los ojos—. No te preocupes, yo también me reiría —murmuré—. Deberías haber visto cómo me miraba.

Se secó las lágrimas.

—Lo siento, me lo estoy imaginando y... —Cayó en otro ataque de risa histérica. No pude evitar sonreír ante su entusiasmo—. Supongo que no era americano.

Puse los ojos en blanco.

—No, italiano. Ahora me doy cuenta de que los rodeos probablemente no existen allí.

—Parece que no.

Ansiosa por desviar la atención de mí, me concentré en ella.

—¿Crees que es sensato involucrarse con el jefe de la mafia Callahan? —pregunté, acercándome a ella y apretándole suavemente el brazo—. Los problemas siguen a los mafiosos a donde quiera que vayan. Y todas sabemos cómo acabaron las cosas la última vez.

Me dio un codazo en el estómago, mirándome con escepticismo.

—Se supone que tú eres la romántica.

—Lo soy, pero tienes que preguntarte si Aiden Callahan es un hombre con el que puedes tener sexo sin ataduras.

—No volveré a enamorarme de él —dijo, aunque en el fondo no me pareció que ni ella misma se lo creyera—. No puedo evitar que esté obsesionado con mi coño de oro. —Meneó las cejas y yo sonreí a mi pesar.

—Sí, ¿qué pasa con estos mafiosos que están obsesionados con nosotras? —bromeé, con una pizca de sarcasmo en mi voz.

Raven se mordió el labio y sus ojos brillaron con picardía.

—Probablemente sea toda tu charla sobre montar un burro.

Resoplé.

—No dije burro.

Agitó la mano en el aire.

—Un detalle sin importancia.

Solté una carcajada.

—La última vez que lo comprobé, no había burros en un rodeo.

—Sin embargo, hay muchos asnos frecuentándolo.

Sonreí.

—No me digas que tienes algo en contra de los vaqueros. —Negó con la cabeza, y yo la miré como diciendo: *Ah, ya veo*—. Prefieres a los mafiosos.

—Al parecer, tú también —comentó de manera acusadora—. Por tu aspecto de mujer a la que follaron muy bien, apuesto a que volverías a tener sexo con tu mafioso italiano.

Nos reímos.

No obstante, las mariposas que me revoloteaban en el estómago ante la idea de volver a estar con Manuel no tenían nada de divertido.

# CAPÍTULO SIETE

## ATHENA



—¡¿Vamos a hacer *qué*?! —grité, mirando fijamente los cuatro pares de ojos que tenía enfrente, apretujados en la sala de nuestro apartamento.

—Vamos a irrumpir en una librería —explicó Raven, como si acabara de recomendar un día de *spa*.

—¿Intentan hacer que me encarcelen por mi cumpleaños? —murmuré, mientras mi mirada recorría a mis amigas que sostenían despreocupadamente cajas con mis libros firmados.

—Claro que no —replicó Raven—. Queremos que pases el mejor de los cumpleaños.

—Entonces vayamos de fiesta —sugerí—. No irrumpamos en una maldita librería.

—No se puede —murmuró Isla—. A Raven se le metió en la cabeza que este es el mejor regalo que podíamos hacerte y ahora debemos cumplirlo.

Negué con la cabeza.

—¿Importa lo que quiera la cumpleañera?

—La cumpleañera está confundida —intervino Reina sin ánimo de ayudar—. Podemos irnos de fiesta después de llenar los estantes con tu hermoso material obscuro.

Phoenix dejó su caja y señaló:

—*Es por el bien de la humanidad.*

—Y el libido de las mujeres —añadió Raven.

—Podrían ver porno, sabes —resoplé.

Reina hizo un gesto de disgusto.

—No desprecies tu talento. Tus historias son preciosas. Sí, tienen obscenidades y mucho... sexo, pero son un sueño hecho realidad para tus lectores.

—Sí —confirmó Raven—. Son material para un Oscar.

Entrecerré los ojos.

—¿Están todas drogadas?

A una de ellas se le escapó una risita y a partir de ahí fue un efecto dominó.

—¿Cómo es que nadie me ofreció un porro? —pregunté cuando todas nos acomodamos, cruzando mis brazos sobre mi pecho—. Después de todo, es mi cumpleaños.

Se hizo el silencio. Pupilas dilatadas me miraron fijamente.

Y luego un fuerte grito:

—¡FELIZ CUMPLEAÑOS!

De repente, cayó confeti y los globos flotaron hasta el techo mientras las chicas corrían hacia mí y me envolvían en un abrazo.

—¿Quieres un porro? —preguntó Raven, frunciendo el ceño—. ¿Te hará más valiente para nuestra operación *librería*?

Riendo, les besé las mejillas una a una.

—Creo que sí.

Treinta minutos más tarde, nos dirigimos mareadas y a tropezones a la librería, con las manos llenas de cajas.

Con un aspecto discreto y completamente inocente, *si como no*, nos dirigimos al callejón, con pasos algo inseguros y risas incesantes. Nos habíamos reído tanto que me dolían las mejillas, y ya era el cumpleaños perfecto.

Hasta que llegamos a la puerta metálica lateral. Raven se detuvo, confundida, y todas la seguimos, con los ojos desviados entre la puerta y la ventana a metro y medio de distancia.

—¿Qué pasa? —indagué.

—No me parece bien entrar por la puerta —murmuró.

Miré por encima del hombro al resto de las chicas.

—¿*Qué está diciendo?* —Señó Phoenix.

Reina bajó su caja y le dijo a su hermana:

—*Cree que no deberíamos pasar por la puerta.*

—¿Por qué no? —Isla parecía tan confundida como el resto de nosotras—. ¿No pasan por la puerta los proveedores de libros?

Raven se dio la vuelta.

—Sí, pero en horas de trabajo.

Observé a mi alrededor de izquierda a derecha, el mundo se inclinaba sobre su eje.

—A mí me parece que es de día.

—¿Pero está abierto? —Raven exigió saber.

Fruncí el ceño, mi cerebro estaba demasiado lento para procesar su pregunta.

—¿*Lo está?* —Phoenix preguntó con señas.

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —siseé—. Creía que teníamos un plan.

Isla se encogió de hombros.

—Bueno, más o menos lo teníamos. Simplemente tenemos que entrar.

Raven hizo un puchero, mirando alrededor del callejón, su vista se posó en la ventana.

—Entraremos por esa ventana —propuso, señalando como si no hubiera múltiples ventanas en el callejón.

Se me escapó un suspiro seco, sintiendo de repente como si necesitara otra calada de ese porro para sobrevivir a esto.

—*Oh*, mira —señaló Isla, dando un paso a mi alrededor—. El trasero de Raven está al aire libre.

Como atraídas por la misma cuerda, todas nos dimos la vuelta para encontrar la parte superior del cuerpo de Raven dentro de la ventana, sus pantalones de yoga rasgados nos daban la vista perfecta de su trasero desnudo.

Pasaron dos latidos antes de que estalláramos en carcajadas que nos hicieron doblarnos.

—Dejen de reírse y ayúdenme —gruñó Raven.

Una mirada compartida con las chicas, aullamos y rugimos mientras los ojos se nos llenaban de lágrimas.

—Vamos, chicas, estoy atascada —se quejó Raven.

Isla chocó los hombros conmigo y luego me empujó juguetonamente.

—Tú ayúdala.

—Pero yo soy la cumpleañera —refunfuñé, aunque ya me estaba dirigiendo hacia la ventana—. Deja de moverte, Raven. No quiero tocar tu trasero desnudo. Te quiero, pero no tanto.

Por lo que parecía, las chicas estaban rodando por el suelo detrás de mí mientras yo intentaba torpemente agarrar las piernas de Raven. A pesar de mis quejas, tenía suerte de encontrar amigas que pudieran estar tan locas como yo. No mucha gente podía decir lo mismo.

—¡Deja de dar patadas! —grité, atrayendo reprimendas en voz baja de las chicas—. Casi me tumbas los dientes y me rompes la nariz.

En cuanto se calmó, la agarré por los tobillos y la empujé hacia dentro. Cayó con un ruido sordo.

No fue hasta que estuvimos en la pequeña habitación del interior cuando Reina preguntó: —¿Y las cajas con los libros?

JÓDANME.

Pasé a su alrededor y estaba a punto de salir por la misma ventana, rezando para no partirme la cara, cuando una voz se escuchó detrás de nosotras.

—¿Por qué carajos entraron por la ventana? Les dije que entraran por la puerta principal.

Todas nos giramos para encontrar a un hombre, de más de metro ochenta, apoyado contra la pared, con las manos en los bolsillos de sus *jeans* y la camiseta negra ceñida sobre el pecho.

—¡Kyran Callahan! —exclamó Raven—. ¿Dónde demonios estabas?

Sus ojos se posaron en Raven antes de pasar sobre el resto de nosotras y soltar una sarta de maldiciones en voz baja.

—¿Están borrachas? Por todos los infiernos. —No parecía muy contento.

Todas negamos con la cabeza.

—No.

—Absolutamente no.

—Simplemente *muuuuy* drogadas. —Cantó Reina.

Raven, Isla, Phoenix y yo nos dimos una palmadita en la cara, sacudimos la cabeza avergonzadas y luego nos echamos a reír a carcajadas. Estar drogadas era divertidísimo.

Kyran musitó otra sarta de palabrotas, luego se apartó de la pared y murmuró:

—Dios me libre de estas mujeres. —Se alejó de nosotras y vio por encima del hombro cuando ninguna se movió—. Sígueme. —Cuando nos quedamos paradas, ladró—: ¡Ahora!

Corrimos tras él, compartiendo miradas y volviendo a observar hacia la ventana y más allá, como si pudiéramos atravesar la pared con rayos X y ver nuestras cajas.

—¿Quién es Kyran? —preguntó Isla.

—El hermano de Aiden —indiqué en un susurro—. Está buenísimo, pero es problemático.

—Puedo oírte —dijo, sin aminorar el paso.

—Kyran, dejamos nuestras cosas afuera de la ventana —avisó Isla con naturalidad—. Y aunque aprecio seguir tu magnífico trasero, las necesitamos. Si no, este regalo de cumpleaños se habrá ido a la mierda.

—Demasiado tarde —murmuró Reina, poniendo los ojos en blanco—. Y que conste que su trasero no es tan estupendo. He visto mejores.

«Nota mental: Nunca dejar que Reina se vuelva a drogar».

Kyran se detuvo, haciendo que Raven y yo chocáramos contra su espalda. Juré que podía verle inhalar un suspiro tranquilizante antes de darse la vuelta.

—Mientras ustedes cinco colgaban sus traseros por la ventana, hice que uno de mis hombres las trajera —señaló a la derecha y, efectivamente, allí estaban a la espera frente a un estante vacío—. Ahora acomoden sus cosas y lárguense.

Me froté la frente. «¿Su espalda estaba hecha de acero o algo así?» Di un paso hacia un lado para esquivarlo.

—El peor cumpleaños de mi vida.

## **CAPÍTULO OCHO**

## MANUEL



—**E**ntonces, ¿cómo va la búsqueda de Atticus? —preguntó Enrico desde su gran escritorio de caoba.

Había pasado una semana desde mi encuentro con el espía de la *Tríada*, pero la mafia china era lo último en lo que pensaba. En su lugar, estaba totalmente concentrado en mi noche con la hermosa diosa griega, en sus gemidos, en la forma en que su cuerpo se había retorcido bajo el mío, en los sonidos de sobresalto que soltó cuando empecé a moverme dentro de ella. Me había despertado con la polla dura como una roca, ansioso por otra ronda.

Excepto que la mujer, Athena, había abandonado mi cama, dejando atrás únicamente su lencería.

Aparté el recuerdo de mis pensamientos, me recliné en el sillón de piel y crucé el tobillo sobre la rodilla.

—Parece que Atticus sí estuvo en París.

Al día siguiente de dispararle entre los ojos a aquel hombre de la *Tríada*, *Ghost*, Kingston Ashford, fue capaz de rastrear a Atticus hasta un hotel de mierda a las afueras de París. El multimillonario Atticus Popov, disfrazado de un pobre vagabundo, se registró con el nombre de Alejandro Magno, no fue una puta broma. El problema fue que, cuando llegué, ya había desaparecido.

—¿Tienes alguna pista del porqué?

Me froté la barbilla. Aunque había varias teorías, solamente una parecía probable. Atticus estaba aquí por negocios. Por qué se escondería bajo un alias en un hotel de mala muerte era otra cuestión, para la que aún no tenía respuesta. Luego estaban todos mis contactos que indicaban que no se había acercado a ellos. Fuera lo que fuera que estuviera haciendo, no era legal. Si no se acercaba a los contactos de la *Omertà*, si no respetaba los límites de nuestros territorios, significaba que estaba tramando algo sospechoso.

¿Pero qué exactamente?

Tal vez Atticus tenía una amante aquí. Después de todo, era conocido por tenerlas por todo el mundo, antes, durante y después de su matrimonio. Sin embargo, no tenía sentido. Normalmente mantenía a sus amantes controladas, no vagando por la ciudad del amor.

—¡Manuel! —Enrico soltó un chasquido, y yo volví a prestarle atención.

—Nada concreto —respondí, recordando su pregunta—. Sigo investigando algunas pistas. Quiero eliminar todas las opciones para asegurarme de que no está intentando robar más territorio.

—La familia Popov se está haciendo demasiado grande y poderosa —concertó Enrico, haciéndome un gesto seco con la cabeza—. Su alcance se extiende ahora más allá de los

Balcanes.

Corría el rumor de que Danil Popov, el hijo de Atticus, lo dirigía todo, después de demasiadas metidas de pata de su padre. En los últimos veinte años, los grupos criminales de los Balcanes Occidentales se habían convertido en protagonistas del tráfico mundial de drogas. Las redes balcánicas estaban implicadas en la producción de heroína, cocaína y cannabis, y traficaban desde Latinoamérica a puertos de Europa occidental y sudoriental. Y los Popov estaban detrás de todo.

—Existe el rumor de que Atticus tiene una hija ilegítima —continuó mi sobrino, aunque solo era unos años más joven que yo, cuando me quedé callado.

Arrugué las cejas.

—¿Nicki Popova? Esa zorra no es ilegítima. Simplemente está jodidamente loca, por no decir que está en *prisión*.

Sacudió la cabeza.

—No, Nicki no. Ella es legítima, y de todos modos, ella está en arresto domiciliario en uno de los castillos de Danil aquí en Europa. Consiguió llegar a un acuerdo con un juez que tenía en el bolsillo.

*Idiota.*

Debería haber dejado a la loca de su hermana tras las rejas más gruesas que hubiera encontrado. La mujer era una acosadora que no entendía cuando no la querían. Aparentemente, Nicki pasó años obsesionada con Byron Ashford. Cuando el hombre la rechazó, más de una vez, ella fue tras su mujer, Odette Swan. Digamos que no terminó bien para ella.

—¿Qué sabemos de esta otra hija? —indagué—. La ilegítima.

Se encogió de hombros.

—Prácticamente nada. Especulaciones, suponiendo que sea real.

Puse los ojos en blanco.

—Bueno, eso ayuda —dije—. ¿Debería empezar preguntando a todas las mujeres si son amantes o hijas de Atticus? —Me hizo un gesto obsceno con el dedo medio, pero sabía que tenía razón. Necesitábamos más información si teníamos alguna esperanza de localizar a la hija—. ¿Dónde te enteraste de eso?

—Lykos. Parecía bastante seguro de ello.

—Por lo general, mantiene la información confidencial, ¿por qué iba a compartirla contigo?

—Bueno, estaba bastante borracho cuando lo hizo. Dijo algo de que la habían asesinado, pero que luego había reaparecido. —Cuando arqueé una ceja, se encogió de hombros—. Eso es todo lo que sé.

Ladeé la cabeza, con mi mente trabajando frenéticamente.

—Quizás Atticus estaba aquí para reencontrarse con esa misteriosa hija ilegítima —especulé—. Tendría sentido que se registrara en un hotel con un nombre falso y para colmo tonto.

—Bueno, tratemos de encontrarla primero. Tal vez podamos usarla contra él —expresó Enrico, volviendo a concentrarse en la pantalla de la computadora—. Ha sido una espina clavada en nuestro costado durante bastante tiempo.

## CAPÍTULO NUEVE

## ATHENA



**D**urante mi vuelo de una hora a España, intenté distraerme escribiendo, no obstante, cada vez que tocaba el punto de vista de mi héroe, mi mente vagaba hacia el hombre con el que pasé una única e increíble noche.

Manuel Marchetti.

De todos los hombres del planeta, ¿por qué tenía que ser él? ¿Y por qué no lo había reconocido?

El hombre se había vuelto aún más guapo con la edad. E imponente. Manuel Marchetti era alto, guapo y pecaminoso. Y entre las sábanas era el mismísimo diablo.

Cerré mi *laptop* de golpe y renuncié a escribir. Lo último que me faltaba era excitarme pensando en el hombre que nos había descubierto a mi madre y a mí en nuestra pequeña aunque justificada farsa de *playback*.

Me llevé una mano a la cara y suspiré. Había vuelto a los recuerdos que había reprimido hacía tantos años. La noche que pareció dar comienzo a mi pesadilla.

*Se me heló la sangre al ver la escena a través de la rendija de la puerta del armario.*

*Me quedé mirando a mi madre conmocionada y horrorizada mientras unos hombres enmascarados y vestidos de negro la rodeaban. Me había metido aquí, desorientada y aún medio dormida.*

*Pero en ese momento estaba despierta y aterrorizada.*

*¿Por qué estaban aquí esos hombres y por qué estaba mamá en el suelo, de rodillas? Lloraba y suplicaba con palabras que yo no entendía. No eran en inglés.*

*Respiraba con dificultad y el corazón me latía con fuerza en el pecho, golpeándome dolorosamente la caja torácica.*

*—¡No sé nada! —gritó mi madre, ahora en inglés, me di cuenta—. No tengo nada que ver con Atticus.*

*¿Se refería a mi padre? ¿El hombre que nos abandonó?*

*Mamá nunca hablaba de él; ni siquiera me decía si estaba vivo o muerto. No me decía nada. Había soñado con él toda mi vida, esperaba que viniera a buscarnos. Nunca lo hizo.*

*No obstante, lo único que nos seguía eran los problemas, y algo me decía que todo tenía que ver con él.*

*Un grito llenó el aire mientras caía de rodillas en silencio, viendo cómo torturaban a mi madre.*

—¿Dónde está la niña?

Traté de alcanzarla, luchando contra el impulso de ir hacia ella, pero le hice una promesa. Tenía que permanecer oculta.

Mi madre se rodeó la cintura con los brazos como si quisiera protegerse, pero antes de que tuviera oportunidad, un pie con una bota le golpeó el abdomen. Mordí mi mano, conteniendo mis gritos.

Quería darles una patada y liberar a mi madre. Ya estaba de pie, dispuesta a seguir adelante, cuando la voz de mamá me hizo callar.

—Estoy bien. Lo prometo, estoy bien.

Una fría navaja tocaba el costado de su cuello mientras yo permanecía congelada, con los ojos clavados en el arma que le apuntaba a la sien. Ella no estaba bien, mas no sabía qué hacer ni cómo salvarla.

Mis labios se movieron, queriendo gritar por ella, el miedo ensanchando mis ojos mientras las lágrimas corrían por el hermoso rostro de mamá.

—Estoy bien. —Graznó de nuevo, su esbelto cuerpo que podía producir las más bellas notas de soprano temblando terriblemente. Deseé ser lo bastante fuerte para protegerla. Odiaba verla asustada, con el cuerpo temblando como una hoja al viento.

Una carcajada vibró a través de nuestro terror, y los ojos de mi madre se dispararon hacia el hombre que la apuntaba con la pistola.

—Qué dulce —se mofó, con la voz apagada tras la máscara—. Pero no estarás bien si no me das lo que he venido a buscar.

Mis ojos se centraron en el hombre cuando nuestro apartamento se quedó en silencio, coincidiendo con la medianoche de la pequeña ciudad italiana que visitábamos para la actuación de mamá en la ópera. Mi mirada se deslizó hasta la mano tatuada que sostenía la pistola, un símbolo de aspecto extraño situado en la boca de una calavera.

Antes de que pudiera pensar en ello, una voz me heló la sangre.

—Asegurémonos de que la gran Alexandra Bottelli no pueda cantar mañana. —Ronroneó, con una sonrisa malvada curvándose tras el fino material de la máscara.

Se me hizo un nudo en la garganta y el corazón me latió con fuerza. Los hombres empezaron a reírse con dureza y mis ojos se posaron en los tatuajes a juego de sus manos. Había otros cuatro hombres en la habitación: dos con pistolas y dos con cuchillos.

—No sé nada —susurró mamá en voz baja—. Por favor, dejen...

Sus palabras se interrumpieron cuando una mano rodeó su garganta. Su perfecta piel de marfil se tiñó rápidamente de rosa, luego de rojo y después de púrpura cuando el hombre apretó.

—¡Por favor, necesita su voz! —susurré mis silenciosas súplicas mientras su violento grito rebotaba contra las paredes de nuestro pequeño apartamento.

Fui tan cobarde, escondiéndome en el armario, viendo cómo herían a mi madre. No importaba que hubiera hecho una promesa, debería ser lo suficientemente valiente como para entrar allí y atacarlos a todos para protegerla.

Otro grito desgarrador salió de mi madre y atravesó el apartamento, y una mano la abofeteó, haciéndola parpadear, desorientada.

—Deja de gritar —gruñó el hombre con saña, rodeándole la garganta con su enorme mano—. O te daré algo por lo que gritar.

La repentina e inquietante quietud de la habitación solo se vio interrumpida por los gorgoteos de mi madre. Mi mente coreaba: «por favor, para, por favor, para». Pero ninguna

*palabra salía de mis labios.*

*—Estoy aquí para vengar lo que me robaron. —Arrastré la mirada hacia el hombre que se cernía sobre ella—. Ya sabes lo que era. —Ronroneó. Fruncí el ceño y miré entre él y mi madre.*

*Los ojos del hombre estaban llenos de una oscura furia y un odio que me dejaron sin aliento. Le soltó la garganta.*

*—Ojo por ojo. ¿Dónde está? —rugió—. ¿Dónde está tu hija, puta?*

*Me estremecí en mi escondite, hundiendo los dientes en la carne de mi mano para evitar que se oyeran mis gemidos.*

*Mi madre jadeó y su respiración llenó la habitación mientras se desplomaba sobre el suelo de madera. Su atención se centró en la pared que había junto a mí, observándola con expresión atormentada.*

*—No la tengo —murmuró mamá, su voz apenas un susurro. Sin embargo, yo estaba demasiado aterrorizada para preocuparme en ese instante por sus cuerdas vocales o por lo que querían—. No sé dónde está. La di en adopción.*

*Fruncí el ceño, incapaz de seguir la conversación.*

*—Entonces te sugiero que la encuentres —gruñó el hombre—. Tienes una semana para darnos respuestas. O te descuartizaré, pedazo a pedazo, joder.*

*Me quedé observando horrorizada.*

*Mamá se estremeció.*

*—¡Por favor! No sé cómo...*

*El hombre la abofeteó de nuevo, lanzando su cuerpo volando por la habitación.*

*Me mordí la mano, conteniendo los gritos y resistiendo el impulso de correr hacia ella.*

*—¿Nos. Estamos. Entendiendo?*

*Mi madre levantó la vista y asintió sin decir palabra, y los hombres abandonaron nuestro apartamento como fantasmas, desapareciendo en la noche.*

*No me atreví a moverme hasta que ella vino a buscarme. No fue hasta entonces cuando me di cuenta de que me había hecho encima.*

*—Estoy bien —musitó, con la voz ronca mientras me envolvía en sus brazos y sollozábamos una contra la otra.*

Me pregunté qué diría Manuel si supiera que yo era la hija de su amante de entonces. La hija de la gran Alexandra Maria Bottelli. Siempre tuvo cuidado de ocultárselo a sus amantes, que eran muchos.

Me decía: *Es más seguro así.*

Yo quería creerle, sobre todo después de lo que había presenciado once años atrás, pero a veces me preguntaba si me mantenía en secreto para vender mejor su encanto. Me llenaba de vergüenza y la posibilidad hacía que mi corazón se estrujara dolorosamente, mas no podía evitar lo que sentía. Si bien después de tantos años creí haberme acostumbrado, la verdad seguía molestándome. Éramos la única familia de la otra.

Todavía podía saborear el terror de aquella noche y ver el miedo que acechaba en los ojos de mamá. Lo hizo todo para protegerme, me recordaba a mí misma.

Al poco rato, el vuelo terminó y bajé las escaleras. El aroma del aire de la mañana en Sevilla golpeó mi nariz. Lavanda, cítricos y, sobre todo, flores de azahar. Fue entonces cuando vi a mi madre.

Las emociones me invadieron, pero las contuve hasta que nos quedamos a solas. Un

guardaespaldas tomó mi maleta con una inclinación de cabeza y mi madre me agarró de la mano sin decir palabra, apretándola suavemente mientras nos guiaban fuera de la pista. Nos esperaba una limusina, y el conductor mantuvo la puerta abierta.

No fue hasta que arrancamos y se levantó la división cuando mi madre me envolvió en un cálido abrazo.

—Te he echado mucho de menos —me susurró. Quería a mi madre y sabía que ella me quería, pero fingir que éramos solo amigas a veces dolía.

—Lo mismo digo —admití, aspirando su perfume familiar que olía a lilas y a... confort. El pecho se me llenó de calidez ante aquella rara muestra de afecto. Los años habían sido buenos con ella físicamente, pero sabía que sufría mentalmente. En silencio.

Mi teléfono zumbó y miré el mensaje. Era del *chat* de grupo de las chicas.

Raven: Necesitamos una noche de juegos.

Reina: ¿Qué tienes en mente?

Phoenix: ¿Clue?

Reina: Todas conocemos a la asesina, así que sería un punto discutible.

Me estremecí, sabiendo exactamente lo que estaba insinuando. Era difícil olvidar algo que te había cambiado tan profundamente.

Isla: Todas somos las asesinas, pero elijamos un juego diferente.  
¿Póquer de prendas?

Phoenix: Isla solamente quiere desnudarse para su sexy papi italiano.

Me estremecí, me vino a la mente mi propio papi italiano sexy, y sin ofender a Isla, pero el mío era mil veces mejor. No es que fuera a mencionarlo. Escribí rápidamente mi respuesta.

Yo: Vuelvo mañana. Espérenme.

Raven: No quiero verlas desnudas, chicas. Tal vez podamos encontrar algunos chicos con quienes jugar.

Sacudí la cabeza.

Yo: Buena suerte con eso.

Volví a meter el teléfono en mi bolso y me encontré con la cara sonriente de mi madre.

—Me alegro de que tengas buenas amigas. Es algo de lo que yo carecía, aunque tuve a mi hermana durante un tiempo.

Tomé sus dos manos entre las mías, la culpa carcomiéndome.

—Es porque te embarazaste de mí.

—El mejor regalo de mi vida. —Si bien su voz era entrecortada, el deleite cubría su rostro—. Vas a ser más lista que yo, y ya sabemos que eres mucho mejor cantante que yo. —Me guiñó un ojo, pero vi una nube de algo cruzar su rostro... ¿Tristeza, tal vez?

Volví a rodearla con mis brazos e inhalé su aroma. No quería que viera la culpa en mis ojos, pero debió de notar algo porque se apartó y me miró a la cara.

Aunque compartíamos el mismo color de ojos, a medida que crecía debí de parecerme a mi

padre. No tenía ni una sola foto suya, y a mamá se le escapó una vez que el hecho de que yo compartiera algo con aquel hombre le rompía el corazón. Ella no sabía que a mí también me lo rompía.

—No estás cantando —dijo mamá sin más.

—Estoy tomando clases —respondí tan sinceramente como pude.

Frunció el ceño.

—¿Qué clases? Ya terminaste la universidad.

—Clases de canto. El entrenamiento por intervalos ayuda a entrenar mi voz con mayor precisión. —Mamá asintió, y su mirada interrogante permaneció fija en mí. Las dos sabíamos que, a menos que cantara de verdad, las clases de canto no servían para nada—. Me encanta cantar —suspiré—. De verdad, pero odio actuar sola en el escenario. ¿Sabes que cuando actúas, eres el centro de atención? —Asintió—. No quiero eso.

No quería decirle que cada vez que me subía a un escenario, aquella noche volvía a mi memoria. No necesitaba más culpa.

—Pero eres el único legado que voy a dejar.

Dejé escapar una risa incómoda mientras mi pecho se oprimía dolorosamente.

—Lo dices como si te estuvieras muriendo. —Como no dijo nada, me puse rígida y volví a mirarla. Tenía un aspecto estupendo, como siempre, hermosa e impresionante, aunque había una nueva palidez en su piel y sombras oscuras bajo los ojos—. Mamá, ¿estás bien?

Mamá torció los labios.

—Por supuesto. Solo estoy preocupada.

—¿Por qué?

—Nada importante.

Hacía meses que no la visitaba, pero parecía más tiempo. La ligereza que solía atribuirle había desaparecido, y en su lugar había algo que no reconocía.

Miré por la ventana el paisaje desconocido.

—¿No vamos a la mansión?

Mi madre, la famosa cantante de ópera, había vivido en España durante la última década como amante del líder de Miñanco, la mafia española, bajo su protección. Emiliano Ortega, su amante, era la razón por la que había podido pagarme un internado de élite y un colegio privado. Ganaba mucho dinero como cantante, pero no lo suficiente para mantener su lujoso estilo de vida y mi educación privada.

Antes de que él apareciera y se convirtiera en un elemento permanente en la vida de mi madre, recordaba que sus amantes eran ricos y generosos, y que mamá me mantenía casi siempre oculta, alegando que era hija de su mejor amiga fallecida. Los hombres estaban lo bastante ciegos como para creerlo, y lo bastante enamorados como para no hacer muchas preguntas.

Por supuesto, mis mejores amigas sabían la verdad. Se me escapó una vez y luego les hice jurar que guardarían el secreto. Teniendo en cuenta los secretos que nos guardábamos mutuamente, fue una promesa fácil de cumplir por parte de todas y cada una de ellas.

—Esta vez no —dijo ella—. Quiero tenerte toda para mí. Como en los viejos tiempos.

Me invadió la calidez. Había habido muchos días en los que corríamos, nos escondíamos y vivíamos con miedo, pero recordaba vívidamente aquellos en los que me despertaba al amanecer para ir a nadar. O cuando me sorprendía en el colegio con un ramo de flores y me dejaba salir temprano para ir a arreglarnos las uñas.

Hasta que todo cambió, claro.

No pasó mucho tiempo hasta que el coche se detuvo frente al Hotel Alfonso XIII, un hotel de

lujo en el corazón de Sevilla, y nos dirigimos a la *suite* del último piso.

—Bueno, esto parece un déjà vu —murmuré en voz baja, recordando mi aventura de una noche.

—¿Qué fue eso, Athena? —preguntó mamá.

Agité la mano.

—Nada.

—Todavía no puedo creer que estés aquí —añadió mamá—. Podemos ponernos al día de lo que has estado haciendo y hablar de tu madre. La echo mucho de menos. Tú también debes de hacerlo.

Tragué saliva, sonriendo apretadamente. Algunas cosas nunca cambiaban.

—Sí que la extraño.

Odiaba fingir, sin embargo, no había forma de evitarlo, no cuando su guardaespaldas estaba tan cerca y probablemente recibía cheques firmados por el jefe de la mafia española.

El ascensor sonó y se abrió en la lujosa *suite* del hotel. Su escolta se adelantó y nosotras salimos, esperando a que estuviera despejado. Cuando reapareció, le hizo un gesto seco y sin palabras con la cabeza, volvió a entrar en el ascensor y desapareció de nuestra vista.

Mamá y yo suspiramos, compartiendo una mirada, y ella sonrió.

—Adelante, elige la habitación que quieras. Prepararé una taza de café.

Me abrí paso por cada una de las habitaciones y opté por la primera, la vista de Sevilla se extendía frente a su enorme ventanal. Dejé la maleta encima del mueble para el equipaje y me reuní con mamá en la cocina.

Me dio mi taza y nos acomodamos una junto a la otra en el lujoso sofá de lino. Mamá me sonrió por encima del borde de la taza.

—Ahora cuéntame el motivo de esta visita tan repentina.

Solté un suspiro.

—Bueno, te he echado de menos.

Inclinó la cabeza.

—Me has echado de menos antes y no fue motivo de visita.

Tenía razón. Siempre lo habíamos hecho así para garantizar nuestra seguridad. Me preparé para la conversación que íbamos a tener. Mi madre odiaba hablar de ciertos temas, sobre todo de los desagradables. No obstante, necesitaba saber hasta dónde había llegado con Manuel Marchetti, y como él estaba indirectamente relacionado con su horrible ataque, y posteriormente conmigo, nos veríamos obligadas a llegar hasta allí.

Carraspeé incómoda.

—He estado pensando en... el pasado.

Sus cejas se arquearon.

—¿En el pasado?

Bajé la mirada y me quité una pelusa imaginaria de los *jeans*. Cuando me encontraba con mi madre, siempre vestía de forma informal, no quería llamar la atención.

—Sí, he estado pensando en aquella noche en que esos hombres nos atacaron y... y en aquel hombre que te descubrió haciendo *playback*. El hombre con el que salías en aquel entonces.

—¿Por qué me preguntas por eso después de tantos años?

Dejé la taza sobre la mesita y me acomodé un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Porque me ha rondado por la cabeza.

Frunció el ceño.

—¿Pero por qué ese hombre estaría en tu mente?

Debati como responder sin revelar demasiado.

—¿Te acuerdas de él? —inquirí, observándola atentamente.

Su expresión se tornó ligeramente soñadora.

—Sí, Manuel Marchetti. ¿Quién podría olvidar a ese hombre? —Entonces, como si lo recordara, estrechó la mirada hacia mí—. ¿Por qué lo mencionas?

Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia.

—Creo que lo vi en París.

No era exactamente una mentira.

—¿Te vio?

—Sí.

—¿Te reconoció? ¿Hablaste con él? —Realmente no quería mentirle, mas sabía cuál sería su reacción si le decía toda la verdad.

—No.

—Estás siendo muy vaga y cortante.

—Lo siento —murmuré.

—¿Dónde lo viste?

—Bueno, salí con las chicas y nos separamos. Unos hombres empezaron a acosarme y él intervino, ahuyentándolos.

—Eso suena a él. Siempre tan caballeroso. —Los ojos de mamá se entrecerraron ligeramente—. ¿Y no te reconoció?

—No.

—No le dijiste quién eras, ¿verdad?

—No hablamos mucho. —Me humedecí los labios, recordando aquella noche, antes de serenarme y aclararme la garganta—. No, no le dije nada.

La boca de mamá se curvó y un suspiro soñador salió de sus labios.

—Ojalá hubiera podido llevarme a ese hombre a la cama. —Solté un suspiro que había estado conteniendo desde que aterricé en España. Sentí un alivio inigualable al saber que mi madre no se había acostado con Manuel Marchetti. La quería, mas eso no significaba que me sintiera cómoda compartiendo a sus amantes—. El amor es doloroso. Te destroza, pero por él, le habría dado otra oportunidad.

*El amor te destroza y te hace pedacitos.* Era lo que ella siempre me había dicho. Me había dicho que si te dolía, podías estar segura de que estabas enamorada. Así medía todas mis relaciones, si es que podían llamarse así. No me dejaba lastimar, así que nunca había estado enamorada.

—Tal vez sea bueno que no lo hayas estado —repliqué irónicamente.

—Se dice que está muy bien dotado y que puede follar como...

Jadeé, sonrojándome muchísimo.

—¡Madre!

Me agarró la mano y me la apretó.

—Oh, calla. Ni que fuéramos vírgenes.

Nunca le había dicho a mi madre que había perdido la virginidad, pero ella lo suponía. Su teoría era que cuando cinco chicas vivían juntas, solían hacer tonterías.

—Eres la madre menos tradicional que una chica puede tener —afirmé negando con la cabeza.

Se recostó en el asiento con un suspiro.

—Lo intento, Athena. No quiero que te quedes encerrada en una caja. —Un escalofrío me

recorrió la espalda. Mamá hizo una mueca de dolor y rápidamente tomó mi mano entre las suyas, apretándola con fuerza—. No quiero que seas lo que se espera, porque los hombres o la sociedad esperan eso de ti.

—Lo sé —asentí, apartando rápidamente los oscuros pensamientos. No podía pensar en aquello en ese instante. O nunca, especialmente no con mi madre.

—Las expectativas estaban puestas en mi hermana. Estaba demasiado asustada para ir en contra de ellas, así que se casó con Lykos Costello, y eso le costó todo, incluyendo su cordura.

Me sobresalté y la miré sorprendida.

—Rara vez hablas de tu hermana.

Se encogió de hombros.

—Yo era mucho más joven que ella y no nos parecíamos. Era tímida, religiosa y muy reservada. —Definitivamente, mi madre no se parecía en nada—. Pensé que se convertiría en monja. No fue así. Se casó con un mafioso griego y se volvió loca.

Me quedé boquiabierta.

—Mamá... ¿qué estás diciendo? ¿Está viva?

—A decir verdad, no lo sé. —Una sombra pasó por su expresión—. He oído que la internaron en un psiquiátrico, aunque hay otras historias que afirman que murió.

—¿No llamaste a su esposo? —pregunté, desconcertada—. A tu cuñado.

Me miró perpleja.

—¿Por qué iba a hacerlo? Ellos cortaron lazos conmigo, no al revés.

Negué con la cabeza, asombrada.

—¿Qué pasó para que tu única hermana, mi tía, cortara lazos con nosotras? —Abrió la boca y se detuvo. No entendía tanto secreto—. Pensaría que querrías a tu hermana en tu vida, mamá. Después de todo, crecieron juntas.

—Así fue, pero ella siempre se robó el protagonismo.

Arrugué las cejas.

—¿Qué quieres decir?

Suspiró exasperada.

—Todo el mundo la quería siempre, y cuando ella estaba cerca, yo era la olvidada. Luego arreglaron su matrimonio con el jefe de la mafia griega y se volvió insoportable. Nadie veía sus defectos como yo.

Algo en su comentario me dejó un sabor amargo en la boca. Sabía que a mi madre le habían hecho mucho daño y que, a su vez, se había endurecido, pero su hermana no tenía nada que ver.

—Bueno, nadie es perfecto —repliqué—. No me emociona fingir que no eres mi madre, pero lo soporto. Desde luego, no te evito, porque te quiero.

Si bien sonrió, no le llegó a los ojos.

—Ya te he dicho que es por nuestra seguridad. Insisto en ello porque te quiero mucho.

—Yo también te quiero, pero estaría bien que no estuviéramos solas las dos. —Ella parpadeó, mirándome fijamente con expresión ajena, y yo le expliqué: Tu hermana es tu familia y también su esposo, sus hijos. Son *nuestra* familia. ¿No crees que habría sido bonito para mí crecer con primos?

Se encogió de hombros.

—Mi hermana no tuvo hijos hasta mucho después. La diferencia de edad entre tú y tus primos es demasiado grande. —Puse los ojos en blanco. No me estaba entendiendo—. Además, conociste a tu tío.

Fruncí el ceño.

—Creo que recordaría haber conocido a mi tío.

Palideció ligeramente y susurró:

—Athena, vino al hospital después del... incidente del ataúd en llamas.

Me quedé helada mientras el miedo se colaba por los rincones de mi mente, aplastándome la tráquea. *Eso* lo recordaba vívidamente, aunque deseaba no hacerlo. Mis pulmones se tensaron. La oscuridad de aquel día se transformó en pesadillas que revivía una y otra vez hasta que tuve que meterlas todas en una bóveda.

Odiaba que aquellos recuerdos pudieran inmovilizarme tan fácilmente. Yo era más fuerte que eso, maldita sea. Lo era, joder.

—No lo recuerdo... a él. —Curvé los dedos, las uñas clavándose en mis palmas. No podía ir allí en ese momento. Ni nunca. No quería demostrarle a mi madre, ni a nadie, lo mucho que me habían jodido los acontecimientos de once años atrás—. ¿No estás preocupada por tu hermana?

Mamá se encogió de hombros.

—Hace décadas que no nos hablamos. —Entrecerré los ojos y ella negó con la cabeza—. Puede que haya... cometido algunos errores.

Esperé a que me diera más detalles. Como era de esperar, no lo hizo. De hecho, me sorprendió que estuviera dispuesta a compartir tanto. Pero había abierto la puerta, tenía la intención de aprender todo lo que pudiera sobre mi linaje, con o sin su ayuda.

—Eres humana —acredité—. Ser humano es cometer errores. Como he dicho, todos los cometemos, así que seguro que tu hermana y su esposo hace tiempo que te han perdonado.

Ella suspiró.

—No, algo así no lo perdonarían.

—¿Algo como qué?

Hizo una pausa, apretó los labios y sus ojos buscaron los míos. Lo que vio en ellos la hizo suspirar.

—Recuerdas cómo huimos a Estados Unidos cuando tenías doce años —dijo, cambiando bruscamente de tema. Había una pizca de miedo en su voz que intentaba disimular, pero la conocía demasiado bien—. Después del ataque de la *Tríada*.

Me estremecí al recordar a los hombres que irrumpieron en nuestro pequeño apartamento en medio de la noche y la hirieron, dejándola con moretones e incapaz de respirar. Los hombres que casi me queman viva.

«*No pienses en eso. No pienses en eso*».

Nunca terminaba bien cuando bajaba mis defensas. Ese día fue metido y sellado en una oscura bóveda en mi mente. Tenía que permanecer allí.

—Por el ataque —pronuncié, con el terror de tanto tiempo atrás pellizcándome el pecho.

Levantó una comisura de los labios.

—Ese ataque fue el resultado de mi estupidez. —Su mirada recorrió la habitación hasta posarse en el gran ventanal donde la ciudad de Sevilla se bañaba bajo el sol del mediodía—. Nuestros padres formaban parte de la mafia griega, manejaban las cosas para la familia Costello en Estados Unidos. Poco después de que mi hermana, Amara, se casara con Lykos, nuestros padres murieron, y ella me llevó a Grecia a vivir con ella y mi nuevo cuñado. Yo tenía dieciséis años, era ingenua y estúpida, y el mundo de Lykos era muy distinto al nuestro. Los hombres eran más duros, pero tenían tanto carisma y atractivo que era imposible resistirse a ellos.

Mi madre me había contado muchas historias de mis abuelos, ambos griegos de primera generación en Estados Unidos, que empezaron a ganarse la vida. Sin embargo, nunca había admitido su implicación en la mafia. Empecé a preguntarme qué más me estaba ocultando.

—¿Fue entonces cuando conociste...? —Me tragué un nudo en la garganta. Odiaba hablar de mi padre y, aunque no podía culparla, quería saber algo de mi historia.

—Sí, así fue como conocí a tu padre, Atticus, aproximadamente un año después.

—¿Qué tan mayor era él, mamá?

Pasó un latido antes de que contestara.

—Veinte años mayor.

—Una diferencia de edad significativa —solté en voz baja, sabiendo muy bien que eso me convertía en una especie de hipócrita. Pero había una gran diferencia entre su situación y la mía: ella apenas era mayor de edad y yo era una mujer adulta.

—Yo era madura para mi edad —aseguró, con la confianza brillando en sus ojos—. Sabía lo que quería y fui detrás de ello.

—¿Así que mi padre estaba... esta... estaba...? —balbuceé, no tenía ni idea de si estaba vivo o muerto—. ¿Estaba en la mafia?

Sonrió suavemente. El tema de mi padre había estado prohibido durante tanto tiempo que me daba miedo oírlo hablar tan libremente de él ahora. De hecho, lo único que sabía de él era su nombre de pila.

Asintió con la cabeza.

—Más o menos. Ha construido todo un imperio ahora. —No se me escapó el tiempo presente—. En ese entonces estaba ascendiendo y no le importaba ser despiadado si eso significaba llegar a lo más alto. Me dejé llevar por sus encantos, demasiado ciega para ver que intentaba utilizarme para llegar a mi cuñado.

Tomé sus frías manos entre las mías y las apreté en señal de consuelo.

—No podías saberlo.

Sonrió tristemente.

—Sin embargo, creo que sí lo sabía. Tenía esposa e hijos. —Me puse rígida, saber que tenía medios hermanos me dolía más de lo debido—. Insinuó su desdicha con ellos, aunque nunca dijo realmente que los dejaría por mí. Lo conjuré todo en mi mente. De todos modos, Atticus quería información sobre las rutas de Lykos para contrabandear su producto. Fui tan estúpida y estaba tan enamorada que le conseguí esa información. Actué a espaldas de Lykos y de mi hermana, sin saber que Atticus estaba implicado en el tráfico de personas.

Jadeé ante todas las revelaciones que me golpeaban. Todo lo que mi madre me había contado parecía demasiado imposible para ser cierto, mas un padre implicado en el tráfico de personas lo superaba todo.

—No hace falta decir que mi cuñado se puso furioso y me echó de la casa. Ese mismo día me enteré de que estaba embarazada de ti. —Me tragué un nudo en la garganta—. Estaba en una encrucijada y sabía que, a menos que hiciera algo drástico, acabaríamos muertas o algo peor.

—¿Qué hiciste? —Mi voz era apenas un susurro.

—Sabía que Atticus almacenaba grandes cantidades de dinero en efectivo en su casa de Atenas. Mientras estaba ausente, atendiendo a su *familia*, fui allí. Encontré el dinero y...

—¿Y? —suspiré con incertidumbre.

Soltó un fuerte suspiro y agitó la mano.

—Nada. Al final, me llevé el dinero suficiente para viajar a Estados Unidos y quemé la casa de Atticus. Lo reduje todo a cenizas.

—Santo cielo.

—Sí, como dije, fue una tontería. Quién sabía lo que tenía guardado en su propiedad de Atenas, y ciertamente no estaba pensando demasiado en el futuro cuando le prendí fuego. Por

suerte, no tenía fotos mías, otra señal de alarma que debería haber visto, y no sabía nada de ti, así que salimos sanas y salvas.

—Hasta que no lo estuvimos —susurré—. A salvo —añadí, recordando aquella horrible noche.

—Hasta que no lo estuvimos.

## CAPÍTULO DIEZ

## MANUEL



**A**rrojé mi chaqueta sobre uno de los sillones tapizados de mi habitación y me senté en el borde de la cama, con el teléfono en la mano, escuchando a Giovanni Agosti hablar de algún problema con un proveedor. No estaba de humor para más líos.

—Una última cosa —expresó, sonando aprensivo de repente—. Atticus Popov ha sido visto merodeando por el territorio de la *Omertà* aquí en Italia.

¿Por qué carajo seguía apareciendo Atticus por todas partes?

—¿Ha intentado comunicarse con nuestros contactos? —pregunté, apretándome el puente de la nariz.

—Esa es la parte extraña. —Giovanni sonaba cansado. Al parecer, yo no era el único afectado por la falta de sueño—. No lo ha hecho. Ha preguntado por una cierta... artista.

Me burlé, claro que sí.

—¿Su amante tal vez?

Atticus era conocido por tener varias mujeres para su propio placer. Ciertamente era un viejo cachondo.

—Tal vez. Aunque, quién se follaría a ese viejo cabrón es algo que no entiendo.

—Su riqueza y su nombre no tienen límites —declaré, cerrando los ojos con frustración. Estaba demasiado cansado para esta mierda—. A muchas mujeres les gusta esa mierda.

—Bueno, no creo que estuviera buscando una amante.

—¿Qué te hace decir eso?

—Preguntó por una mujer en específico que actuó en el Teatro dell'Opera di Roma hace unos diez u once años. Tenía curiosidad por saber si tenía una niña con ella. —Algo se agitó en el rincón más alejado de mi mente, pero antes de que pudiera centrarme en ello, Giovanni continuó —: Los de la *Tríada* deben de estar siguiendo al idiota, porque también aparecieron.

Levanté la comisura de los labios.

—¿Supongo que te encargaste de ellos?

Conociendo a Giovanni, probablemente los despellejó vivos.

—Lo hice, pero dejé algunos para ti.

—Qué generoso de tu parte —repliqué, agarrando mi chaqueta abandonada—. Dime dónde estás. Estaré allí en una hora. No acabes con ellos sin mí.

—No te preocupes, nosotros ya tuvimos suficiente. Los tres últimos son todos tuyos.

—¿Nosotros?

—*Ghost* y yo.

No debería haberme sorprendido. *Ghost* era el mejor rastreador de la *Omertà*.

—Te veré en un rato.

Mientras salía de la casa, vi mi reflejo en el espejo de la entrada. No tenía tatuajes, salvo uno en la espalda: una calavera envuelta en espinas y rosas. Era el tatuaje de la *Omertà*, un testimonio del entrenamiento al que me había sometido, su símbolo de muerte, sacrificio y voto, una representación perfecta de su significado.

Todo ese trabajo me había cambiado inevitablemente. A menudo soñaba que me ahogaba en sangre, que me llenaba la boca y me asfixiaba. Los sueños empezaron cuando vi cómo mataban a todos mis seres queridos: a mis padres, de los que apenas me acordaba, a mi hermano y al hermano de Enrico.

Fue la razón por la que nunca me casé. Era la razón de mi falta de compromiso. Era la razón por la que no había formado una familia. Había visto y probado demasiada muerte, y siempre se acercaba, rozando a los que amaba o llevándoselos.

Así que me conformé con aventuras pasajeras mientras me hacía más fuerte y brutal. Había pasado por lo bueno y lo malo con Enrico, cubriéndole las espaldas como él me las cubría a mí. Las horribles tareas que habíamos realizado nos habían endurecido a ambos.

Torturar y matar se convirtió en mi segunda naturaleza, un trabajo que aprendí a amar. Me gané el respeto y el miedo de mis enemigos. Las cosas que tenía que hacer para mantenerme en la cima pesaban sobre mi alma, un círculo vicioso sin fin. No es que creyera que mi alma pudiera salvarse.

Todo esto aseguraba la supervivencia del apellido Marchetti. Eso era lo que significaba la familia para nosotros: proteger a los nuestros a toda costa. Mas tenía un precio: un asiento en primera fila ante la muerte y la falta de descanso. La mayoría de las noches, dormía tres o cuatro horas como máximo.

Hasta la noche en que la tuve a ella. La misteriosa Athena. No había dormido tan profundamente en años.

Un viaje en helicóptero más tarde, entré al almacén donde Giovanni Agosti y *Ghost* jugaban despreocupadamente *cornhole* mientras tres hombres colgaban del techo. El olor metálico llenaba el espacio y mis fosas nasales, el suelo pegajoso bajo mis zapatos de piel.

Lo que me sorprendió no fue el charco de sangre que había por todo el piso, ni los hombres que colgaban del techo, sino los dos hombres adultos que jugaban a un juego, un juego americano por cierto.

—*Ma che cazzo?*

Ambos levantaron la cabeza.

—Tardaste demasiado —murmuró Giovanni—. Pensé que le habías dado la vuelta al mundo.

Me resistí a poner los ojos en blanco; había tardado dos horas de puerta a puerta, pero no iba a discutir con él.

—¿Qué están haciendo?

—Jugando *cornhole* —contestó *Ghost* inexpresivo—. Estábamos aburridos.

—Sé lo que es, pero ¿no podrían haber encontrado un juego italiano al que jugar?

Los dos resoplaron.

—Nacimos en Estados Unidos —objetó Giovanni—. Que estemos en suelo italiano no significa que no podamos disfrutar del fútbol americano, el béisbol y de *cornhole*. Demándanos, carajo.

—Yo no estaría muy orgulloso de esa mierda —repliqué secamente.

—No empieces con esa mierda —suspiró *Ghost*—. Sabemos que te ofendes porque el *soccer* es un deporte de chicas y el fútbol americano es de hombres.

Me burlé.

—Los italianos creemos en el único y verdadero fútbol. Ya sabes, eso que ustedes destrozan y llaman *soccer*. No es *soccer*.

*Ghost* resopló.

—A mí me suena a *soccer*.

Los tres hombres que aún estaban vivos siguieron nuestro intercambio con los ojos muy abiertos.

—Ahora, caballeros, ¿qué piensan? —pregunté, concentrándome en ellos mientras metía la mano en el bolsillo de mi traje Brioni—. ¿*Soccer* o fútbol? Sus ojos se abrieron de par en par, sus bocas se abrieron y cerraron como peces boquiabiertos. Miré por encima del hombro—. Hablan inglés, ¿no?

*Ghost* se encogió de hombros.

—Gritan, eso te lo aseguro.

Negué con la cabeza y volví a fijarme en nuestros prisioneros. El tatuaje, un símbolo en la boca de una calavera, estaba grabado en su piel y representaba la antigua alianza entre el cártel de Tijuana, los albaneses y la *Tríada*, que aún perduraba hoy en día.

Giovanni también tenía uno, además del tatuaje de la *Omertà*.

—*Todos están locos* —murmuró en chino uno de los hombres de la *Tríada*. Mis conocimientos de idiomas estaban dando sus frutos.

—*No tienes ni idea* —respondí en su mismo idioma, sonriendo como el mismísimo diablo.

Mi corazón latía con fuerza, mi cuerpo estaba vivo tras semanas de agotamiento. Dejé que la oscuridad se apoderara de mí, agradeciendo la sensación. Necesitaba matar, sentir cómo la vida se escurría bajo mi navaja, escuchar sus gritos mientras suplicaban que me detuviera.

Y así comenzó la tortura. Al igual que sus gritos.

Al cabo de una hora, dos hombres yacían desplomados en el suelo de piedra a mis pies, con charcos rojos bajo ellos. No habían hablado, no obstante, el tercero sí lo haría. Quería saber por qué estaban en mi territorio, qué tramaba Atticus Popov. Quería saberlo todo.

Sonreí al sentarme frente al último soldado de la *Tríada*. Aunque no podía moverse, se sacudió contra sus ataduras, intentando alejarse de mí mientras Giovanni y *Ghost* seguían con su ridículo juego.

Puse el cuchillo sobre mis pantalones de traje estropeados, la hoja plateada ahora carmesí, y el hombre siguió el movimiento con terror en sus ojos.

—Ahora, ¿me lo vas a poner difícil como tus colegas? —señalé los bultos del suelo—. ¿O vas a responder a mis preguntas a cambio de una muerte rápida?

Tragó saliva con dificultad y una gota de sudor rodó por su sien.

La *Tríada* creía en las muertes rápidas y honorables, aunque sus propios métodos de tortura eran bastante brutales. Era la razón por la que nadie quería trabajar con ellos, al menos nadie cuerdo. Estaba claro que Atticus Popov no estaba cuerdo ni era inteligente si había conseguido caer en las redes de la *Tríada*.

—Entonces —continué cuando no habló—. Me darás algunas respuestas, *Sì*?

—Hice un juramento.

—No quiero los secretos de tu organización —dije, ocultando mi furia—. Los quiero fuera del territorio de la *Omertà*. Ahora, lo que quiero saber es por qué estás aquí y qué asuntos tienes con Atticus Popov.

Abrió la boca, pero no salió ninguna palabra. Parecía que necesitaba un incentivo extra.

Me abalancé hacia delante para sujetar mi cuchillo contra su garganta.

—Si no tienes nada que decir, puedo empezar.

—No, no, por favor.

—Te arrancaré la piel de los huesos hasta que me digas lo que quiero saber. Entonces te abriré el estómago y te sacaré los intestinos como a un cerdo.

El prisionero permaneció en silencio, con el terror sacudiendo su cuerpo. En algún momento se desmayó, y *Ghost* trajo sales aromáticas para despertarlo.

Suspiré dramáticamente mientras lanzaba una mirada a Giovanni y a *Ghost*.

—Realmente no quería tocarle las pelotas, mas parece que tendré que hacerlo. Trae la sierra, ¿quieres, Giovanni? Una sin filo.

En cuanto vio la hoja de metal, el hombre empezó a hablar.

—Hace veintitrés años, Atticus jodió a la *Tríada* —gimoteó.

—Noticias viejas —dije—. Todo el bajo mundo conoce la historia. Llegó a un acuerdo comercial con la *Tríada*, los albaneses y el cártel de Tijuana para contrabandear carne, luego cambió de bando y los jodió. Ha saldado esas deudas desde entonces. ¿Por qué el repentino interés de nuevo de la *Tríada*?

Dejó escapar un suspiro sardónico.

—Para nosotros no se trataba de dinero. Era ojo por ojo.

—Explícate.

—Se llevó algo de un valor inestimable de la *Tríada*. Hace once años, se saldó una cuenta. O eso creíamos. —Arrugué las cejas. La *Omertà* había pensado lo mismo—. Nos engañaron. Ahora la mujer pagará, y esta vez no habrá errores.

—¿Una mujer?

Sus labios se fruncieron y apreté la hoja contra su garganta, cortando la piel.

Empezó a llorar.

—Una mujer de adentro que lo ayudó hace veintitrés años. La amante de Atticus, una mujer con conexiones con la mafia griega.

—¿Quién? —No sería la esposa de Lykos. Era una cristiana devota que insistía en que la organización de su marido acabara con todo comercio de carne. Cuando se quedó callado, le empujé la hoja contra las pelotas y repetí—: ¿Quién?

Las palabras fueron lentas y apenas audibles cuando respondió:

—Su cuñada.

Compartí una mirada con Giovanni y *Ghost*, cuyas expresiones reflejaban sorpresa y conmoción a partes iguales.

—*No sabía que Lykos tuviera una cuñada* —declaró Giovanni en italiano—. *Nunca se había hablado de ella.*

Volví a concentrarme en mi prisionero.

—¿Tienes un nombre?

Le crujían los dientes, pero consiguió escupir las palabras. —Alexandra Maria Bottelli.

Yo... conocía ese nombre. Conocía a esa mujer. Sí, hacía más de una década que no la veía, pero no era alguien que se olvidara fácilmente. Una cantante de ópera muy solicitada.

—Mientes. —Apreté los dientes.

Era imposible que la cantante de ópera fuera la cuñada de Lykos. Podía admitir que era hábil cuando se trataba de engañar a un público que pagaba...¿pero estar involucrada con Atticus? ¿Con la *Tríada*? No podía verlo.

—Es la hermana de la esposa de Lykos —insistió, sus palabras entrecortadas—. Era la amante de Atticus, y después de que Lykos la echara, se volvió loca al enterarse de que Atticus no dejaría a su mujer. Fue a su casa y acabó robando algo de dinero antes de incendiar la casa de

Atticus en Grecia.

—Y luego Popov les pagó eso, diez veces más —señalé.

—No pudo pagar esto —siseó—. Ojo por ojo.

Me estaba cansando de estas respuestas vagas.

—¿Por qué importa el ojo por ojo ahora, más de veinte años después? ¿Qué hizo esta amante? —Permaneció en silencio y volví a empujar la hoja contra sus pelotas—. Estoy cansado de repetir lo que digo. ¿Qué hizo?

Pasó un latido.

—Eso nunca lo diré. —Sus ojos se encontraron con los míos y en ellos brilló la resolución. Giovanni y *Ghost* dejaron de jugar y echaron una larga mirada a toda la escena—. Pero no importa lo que me hagas, será ojo por ojo para Atticus Popov y Alexandra Maria Kosta, porque lo sabemos. *Nosotros. Sabemos.*

Había muchas cosas que podía extraer de mis prisioneros, pero la mirada desquiciada del hombre me decía que había terminado.

Así que me apiadé de él y le metí una bala entre los ojos.

Era hora de que le hiciera una visita a la cantante de ópera.

## CAPÍTULO ONCE

## ATHENA



**L**a ventana de mi habitación estaba abierta, el ruido de la ciudad bullía de vida y las estrellas brillaban en lo alto. Siempre dormía con las cortinas ligeramente abiertas, necesitaba ver el cielo cuando abría los ojos.

Me moví en la suave cama del hotel, intentando ponerme cómoda.

Hablar antes con mi madre había abierto las compuertas a los recuerdos que había mantenido herméticamente sellados. La caja parecía cerrarse sobre mí, como lo había hecho hacía tantos años atrás. La oscuridad. El dolor. El terror. *El fuego.*

Cada vez que bajaba la guardia, creyendo que había escapado de mis pesadillas, volvían con más fuerza. Empecé a pensar que siempre estarían ahí, siguiéndome y burlándose de mí por la vida hasta que ya no quedara vida en mí. Quizás había llegado el momento de buscar un nuevo terapeuta.

Con la mirada fija en las estrellas, me puse una mano en el pecho, dándome ligeros golpecitos como si eso me liberara de la presión.

Pensé en lo que mi antiguo terapeuta solía decirme cuando experimentaba sensaciones abrumadoras. *Para liberarte, debes enfrentarte a tus demonios; de lo contrario, nunca encontrarás la paz.*

—Esta noche no —murmuré en voz baja, mullí la almohada y me puse de lado.

Entonces hice algo que no había hecho en años. Empecé a tararear una canción, cada suave vibración me acercaba más a un sueño intranquilo.

*Oscuridad.*

*Podía sentir el calor del fuego acercándose a mi piel con cada respiración, pero tenía frío. Mis uñas arañaban la madera. Una mano invisible me apretó el cuello.*

*—Por favor. —Intenté susurrar pero no podía mover los labios. —Mamá, por favor, sálvame. —Pero no pude decir ni una palabra. Las lágrimas me nublaban la vista. Mocos corrían por mi nariz—. Alguien, por favor.*

*Moriría aquí... quemada viva.*

*Entonces, de repente, un par de manos me agarraron. Eran suaves, a diferencia de los hombres que me metieron en esta caja. Sin embargo, me retorcí contra él.*

*—Shhh, está bien. Estás a salvo. No pasa nada.*

*Me forcé a abrir los ojos justo cuando unos dedos fríos me presionaban el cuello. Lo primero que vi fueron los tatuajes bajo su camisa blanca manchada de ceniza. Pero cuando*

*levanté la vista hacia su rostro, no pude distinguir sus rasgos faciales. Todo parecía borroso, aparte de sus ojos azules como el hielo.*

*Cuando me agarró por el cuello, siseó:*

*—Respira. —La orden era clara y la mirada frenética de sus ojos exigía que obedeciera—. Y no te atrevas a detenerte.*

*Respiré por primera vez y el oxígeno expandió mis pulmones. Luego otra vez, y poco a poco, la opresión de mi pecho empezó a aflojarse.*

*Necesitaba saber quién era. Nunca lo había visto. ¿Por qué me había salvado?*

*—No quiero que te veas envuelta en este jodido mundo de la mafia, Athena Kosta. —Su voz era sorprendentemente suave—. Me aseguraré de que nadie pueda encontrarte a partir de ahora.*

*Sus palabras no tenían sentido, pero aun así asentí como si lo tuvieran.*

*Moví los labios.*

*—¿Quién es usted?*

*—Algún día lo sabrás, pero por ahora, chiquilla, será mejor que sigas viva.*

Me desperté sobresaltada, con la respiración agitada y el camisón húmedo de sudor, mientras el recuerdo de la noche que había dado comienzo a la pesadilla permanecía en el fondo de mi mente. Mis ojos se desviaron hacia la ventana, los colores brillantes salpicaban el cielo oscuro a medida que se acercaba el amanecer.

Apoyé mi mano en mi pecho para aliviar el estruendo de mi corazón mientras empujaba los recuerdos de vuelta a la bóveda junto con la gratitud por el hombre que me salvó y el odio por el hombre que le había causado tanto dolor a mi madre.



Esta visita a mi madre estaba resultando diferente a las anteriores.

Nunca se había mostrado tan abierta a hablar de cosas que antes me había ocultado. Y aún así, no podía quitarme la sensación de que había más secretos que me ocultaba.

Después de mi paseo matutino por Sevilla y un desayuno ligero en la panadería local con mi típico *café con leche* al estilo español, regresé al hotel.

Tenía unas horas más con mamá antes de tomar mi vuelo de vuelta a París.

Frente al hotel estaba estacionado un sedán oscuro, de aspecto oficial, con dos hombres de rostro serio y *muy bien* vestidos de pie junto a él.

Les dirigí una mirada curiosa mientras me acercaba. Uno tenía un aura oscura y desagradable, pero el otro era atractivo. Mis ojos se clavaron en él, con su musculoso cuerpo envuelto en un elegante traje de tres piezas. Una sonrisa fácil se dibujaba en sus labios, sus ojos verdes brillaban como si acabara de escuchar un chiste. Cuando dejé que mis ojos recorrieran su cuerpo, un tatuaje que no había visto en mucho tiempo captó mi atención.

Tropecé, horrorizada, y empecé a caerme de bruces contra el pavimento. El tiempo pareció ralentizarse a medida que los ladrillos se acercaban más y más, hasta que sentí que unos brazos fuertes me agarraban y me colocaban en suelo firme.

—¿Estás bien? —Unos ojos verdes me miraron con cautela, y mis ojos volvieron a posarse en el tatuaje. Un símbolo negro grabado en la boca abierta de una calavera. La última vez que

había visto uno similar, me encontraba tendida sobre mi madre, llorando y rezando para que viviéramos para ver salir el sol.

—Sí, sí —murmuré, perdida en mis pensamientos mientras me quitaba sus manos de encima. Preocupada por si mi café resurgía, entré corriendo para ponerme a salvo. Tenía que subir, tenía que encontrar a mi madre. Después de tantos años, ¿habían decidido volver por nosotras? ¿Por qué? ¿Cómo nos habían localizado?

Armada de valor, me apresuré a atravesar el vestíbulo. Una vez dentro del ascensor, presioné frenéticamente el botón de nuestro piso y, mientras la puerta se cerraba lentamente, la última cara que vi podría haber pertenecido al mismísimo diablo. Me llevé una mano a la boca y cerré los ojos, apartando la imagen de pómulos hundidos, ojos verdes y cejas oscuras y rasgadas.

Me sentí como en un viaje imparable hacia una muerte segura mientras veía cómo cambiaba el número del piso, llevándome cada vez más alto. «*Vamos, vamos*», pensé mientras cerraba las palmas de las manos en puños y me preparaba para que sonara el timbre y se abrieran las puertas.

Pasara lo que pasara, no me acobardaría ni suplicaría.

*Ding.*

Tragué saliva y salí a la *suite*. Estaba vacía.

Suspirando, mantuve mis pasos en silencio mientras me movía por la sala. Fue entonces cuando escuché unas voces que salían de la habitación de mi madre.

Con las palmas de las manos sudorosas, agarré el jarrón de cristal que había en la repisa y lo levanté con el terror en mi estómago.

—Atticus te está buscando. —La voz me resultaba familiar, pero mi cerebro se negaba a reconocerla—. Y también la *Tríada*. Tienes que decirme qué te llevaste, Alexandra.

—No tengo la menor idea de lo que estás insinuando —dijo mi madre, con la voz tensa y áspera—. Te ves muy bien, Marchetti. —Me puse rígida y me di cuenta de inmediato. La voz me resultaba familiar porque pertenecía a *Manuel*. —Me atrevería a decir que incluso mejor que la última vez que te vi.

—Déjate de tonterías. —Manuel parecía enfadado. ¿Averiguó quién era y me utilizó para localizar a mi madre? ¿Qué demonios estaba pasando? —Tus encantos no funcionaron conmigo hace una década, y no funcionarán conmigo hoy.

Tomé una bocanada de aire, con cuidado de permanecer en silencio mientras me escondía en un rincón oscuro.

Se acercó un paso más a él y le pasó una uña pintada de rojo brillante por el impecable traje. Lo estaba *tocando*. Aparté la mirada un momento, luchando contra el impulso de decirle a mi madre que le quitara las garras de encima.

—No seas así, Manuel. —Ronroneó con su voz seductora, los ojos brillándole con adoración. El hecho de que lo estuviera tocando hizo que se me calentara la sangre—. Podríamos intentarlo otra vez.

Manuel la observó con indiferencia, con el labio curvado por el desagrado, y yo luché contra una sonrisa.

—Gracias, pero paso —dijo fríamente.

—Tú te lo pierdes. —La amargura de su voz era inconfundible, lo que indicaba claramente que mi madre se sentía menospreciada. Le dirigió una sonrisa socarrona y enfermiza, moviendo los ojos como una gata—. Deberías ceder a tus deseos, Manuel. Es mucho más divertido que ser un mojigato.

—Quiero respuestas —exigió—. No tienes ni idea de la mierda en la que te has metido...

—En todo caso, ¿cómo me encontraste? *Cassidy Tech*, dirigida por Nico Morrelli, me

aseguró que podían ocultar mi rastro en la *web* y ocultar mi identidad.

Las cejas de Manuel se alzaron sorprendidas.

—¿Y cómo puedes permitirte semejante lujo?

—No es asunto tuyo. —Mamá se metió la mano en el sostén y, para mi sorpresa, sacó un cigarrillo. ¿Desde cuándo fumaba?

Manuel no se inmutó.

—Deberías exigir un reembolso, porque la información sobre ti es fácil de conseguir.

Ella se puso rígida.

—¿Únicamente sobre mí?

Su voz se tiñó de incertidumbre y algo en ella me hizo sentir una punzada en el pecho.

—¿Quién más? —Manuel entrecerró los ojos, lo bastante oscuros como para sentir la frialdad en mi piel, y ni siquiera miraba en mi dirección—. Sea lo que sea en lo que te has metido, no va a acabar bien. La gente que te persigue... Por Dios, Alexandra... La *Tríada* es gente con la que no hay que meterse.

Mamá se recompuso, su tono de repente firme y casi aburrido.

—De nuevo, no tengo ni idea de lo que estás hablando.

—No finjas conmigo. —Hubo un silencio de unos segundos—. ¿Qué les hiciste?

—¿Por qué no me cuentas lo que sabes y te digo si estás en lo cierto? De lo contrario, no veo cómo algo de esto es asunto *tuyo*.

—Es asunto mío cuando la *Tríada* merodea por mi territorio, haciendo preguntas sobre ti. Y es asunto mío cuando Atticus Popov vaga por el continente, buscándote.

Así que ese era el nombre completo de mi padre. *Atticus Popov*. Tal vez no necesitaría hacer mi propia investigación después de todo, siempre y cuando mi madre mantuviera a Manuel hablando.

—¿Qué Atticus? —preguntó mamá, logrando sonar curiosa.

Reprimí un suspiro.

«¿*En serio, mamá?*».

—Tu examante —contestó Manuel inexpresivo—. Deja de actuar. No se te da nada bien y no sabes mentir.

Hubo una larga pausa antes de que mi madre volviera a hablar.

—De acuerdo, sí. Atticus fue mi primer amante, pero ya no tengo nada que ver con él. Hace más de veintitrés años que no lo veo ni hablo con él, y no tengo intención de hacerlo.

—Puede que no, pero hayas hecho lo que hayas hecho, la *Tríada* quiere ajustar cuentas. Sospecho que ninguna protección de Emiliano o sus guardaespaldas te mantendrá a salvo. Por no hablar de las personas a las que quieres.

Escuché pasos y corrí a mi habitación, escondiéndome detrás de la puerta, apretando el jarrón contra mi pecho agitado.

Esto únicamente había abierto la puerta a más secretos, posiblemente letales, que mi madre me ocultaba.

## CAPÍTULO DOCE

## MANUEL



Dos días después, estaba en mi oficina de París.

La visita a Alexandra fue en vano. La mujer se negaba a compartir algo, manteniendo la boca cerrada; no sabía si por miedo o por terquedad. Una cosa sí sabía: fuera cual fuera el secreto que guardaba, era enorme.

Me froté los ojos detrás de las gafas. Las palabras de la pantalla estaban borrosas, mi cuerpo estaba cansado y mi mente estaba demasiado aturdida para concentrarse.

Suspirando, levanté mi vaso de *grappa*. Hubiera preferido algo más fuerte, sin embargo, necesitaba terminar de revisar mi hoja de cálculo antes de poder permitirme caer en un estado de embriaguez. Semanas de noches en vela habían empezado a cobrarme su precio.

Sonó un golpe seco en la puerta de mi despacho y levanté la vista de mi *laptop* para ver a mi sobrino sonriendo como un tonto. Claro que estaba contento, mañana iba a casarse. Había encontrado a su media naranja en la misteriosa violinista Isla Evans y hacía semanas que no se le borraba la sonrisa.

Yo, en cambio, seguía buscando la mía. Athena no aparecía por ninguna parte, y no por falta de tratar de encontrarla.

—Te estás volviendo gruñón con la edad —comentó Enrico mientras tomaba asiento frente a mí.

—Y tú te estás volviendo molesto con la tuya —repliqué—. Será mejor que dejes esa mierda o mañana Isla saldrá corriendo en otra dirección.

Tamborileé con los dedos sobre el escritorio y le di un sorbo a mi bebida, mientras pensaba en vestidos blancos y largos cabellos castaños. Tenía que controlarme.

Inclinó la barbilla hacia mi computadora portátil.

—¿Estás ocupado?

Me pellizqué el puente de la nariz.

—No, simplemente estoy mirando la *laptop* para divertirme.

—*Cristo*, estás de muy mal humor, *zio mio*.

Entrecerré los ojos, casi tentado de arrancarle la sonrisa de satisfacción del rostro. En lugar de eso, me recosté en la silla, observándolo. Isla, su futura esposa, era mucho más joven que Enrico, pero sabía que le iría bien. Ya le estaba poniendo los pelos de punta.

—¿Estás listo para ser un hombre casado? —pregunté.

—No puedo esperar. Ahora está atrapada conmigo. —Sonrió y sus ojos se desviaron hacia la ventana. Nunca lo había visto tan tranquilo.

—Dominado —murmuré en voz baja, tomando un bolígrafo—. ¿Has venido aquí con algún propósito o necesitas que calme tu agitado corazón?

Me hizo una seña con el dedo medio.

—*Vaffanculo*. —«Vete a la mierda».

Resoplé.

—Algunos tenemos trabajo de verdad.

Sus ojos se dirigieron a mi *laptop* y luego volvieron a mirarme.

—¿En qué estás trabajando?

—Cosecha, vino y cifras de las aceitunas de Tivona y Toscana. —El imperio Marchetti iba viento en popa, pero yo disfrutaba creando empresas desde cero y viéndolas florecer. En los últimos veinte años, había construido un imperio propio, independiente de las Espinas de *Omertà*. Nací en el mundo criminal y lo más probable es que moriría en él, no obstante, también dejaría un legado *legítimo*—. Y tengo diseños arquitectónicos que revisar para el proyecto de Amalfi.

Enrico asintió con la cabeza. Comprendía la necesidad de no dejarse consumir únicamente por la *Omertà*. Después de todo, antes de que su hermano muriera, no quería tener nada que ver con este mundo.

—Necesito un favor. —Eso sí que me llamó la atención. Nunca pedía nada—. Isla es muy unida a sus amigas. —Esperé a que continuara mientras me entregaba un papel—. Mañana después de la iglesia, ¿puedes ir a esta dirección, recoger a las chicas, las reconocerás, usarán vestidos de damas de honor, y luego traerlas para nuestra cena de bodas?

—¿Cuántas chicas?

—Cuatro. Dos de ellas son las hijas de Romero.

—Enzo y Amadeo estarán en el paraíso mañana —comenté secamente—. Rodeados de mujeres hermosas. Es un sueño hecho realidad para cualquier adolescente. —Los dos soltamos una risita, mas no se me escapó la sonrisa de satisfacción que jugueteaba en su boca—. Isla será buena para ellos. —Asintió, con una expresión pensativa en los ojos—. ¿Le dirás la verdad?

La verdad estaba relacionada con nuestra familia, y solamente un puñado de nosotros la conocíamos. Sería peligroso para todos nosotros, especialmente para los chicos, que ese secreto saliera a la luz.

—Sí, quiero que lo entienda.

—Es la única manera de empezar un matrimonio —asentí.

En todo caso, un buen matrimonio.

## CAPÍTULO TRECE

## ATHENA



Cruzar camino con Manuel Marchetti podía ser peligroso, aunque no me quejaba. Me había servido de inspiración para mi creatividad y pensaba exprimirla al máximo.

La conversación que había escuchado entre él y mi madre se había repetido sin cesar durante los últimos tres días. Cuando le pregunté a mi madre cómo le había ido aquella mañana, me mintió y me dijo que había ido a un *spa* mientras yo paseaba.

Así que me puse a investigar. Busqué información sobre la *Tríada* y lo que descubrí me heló la sangre. Eran conocidos como una de las organizaciones mafiosas más despiadadas del mundo. ¿Por qué estarían buscando a mi madre? La búsqueda en Google no hizo más que generar más preguntas.

Entonces cedí, y terminé buscando a Atticus Popov. Un empresario con largas acusaciones de corrupción. Había muchas fotos de él, desde que era joven hasta lo que parecía tan reciente como este año. Definitivamente, el hombre no rehuía a la atención. Al estudiarlas, vi rasgos similares, aunque ojos de distinto color. Una nariz señorial. Una sonrisa arrogante. Su hijo, Danil, era guapo, muy parecido a su padre, pero había algo en sus gélidos ojos azules y su expresión inexpresiva que me ponía nerviosa.

Apenas había fotos de Atticus con sus hijos y su difunta esposa, mas sí muchas con modelos, actrices y lo que imaginé que eran acompañantes.

Volví a la fotografía de Danil y Nicki Popov, mis medios hermanos, algo que aún me tenía conmovida, y, mientras los examinaba, sentí... nada. No sentía absolutamente nada. ¿Era normal?

Cerré los ojos mientras unos dedos invisibles y fríos me rodeaban la garganta y me cortaban la respiración. El mundo giraba tan rápido que temí vomitar y una lágrima escapó de mis párpados cerrados, recorriendo mi mejilla.

No podía entender esta reacción. Tal vez la bóveda en la que enterré muchos de mis miedos por fin estaba fallando. O tal vez la revelación de mis recién descubiertos hermanos no me afectaba tan poco como intentaba convencerme.

—Eso no cambia nada —murmuré en voz baja, aunque no creía estar convenciéndome ni a mí misma.

Sacudiendo la cabeza, volví al archivo abierto en mi *laptop* y presioné dos veces. La única forma en que mi cerebro podía apagar todos los escenarios hipotéticos que rodeaban los acontecimientos recientes era perderme escribiendo.

Llevaba horas planeando mi próxima novela cuando sonó un golpe seco en la puerta. Lo ignoré y esperé a que una de las chicas abriera mientras tecleaba furiosamente en mi computadora portátil, las palabras fluían de las yemas de mis dedos como nunca antes. Estaba

convencida de que todo tenía que ver con el hombre con el que había pasado la noche hacía varias semanas.

Volvieron a llamar a la puerta y solté un suspiro exasperado.

—¡La puerta! —grité. Nada, todas las chicas seguían escondidas en sus habitaciones.

*Pum. Pum. Pum.*

Suspiré y me levanté de un salto, dejando la *laptop* en el sofá, luego caminé hacia la puerta principal mientras murmuraba en voz baja.

—Es como si viviera con...

Me quedé paralizada con la puerta entreabierta, cara a cara con el hombre al que creía que no volvería a ver, pero con el que no podía dejar de encontrarme.

Cerré los ojos un segundo y luego los abrí, esperando estar alucinando. Mas allí estaba. El pánico estalló dentro de mi pecho mientras aquellos labios capaces de hacer cosas francamente pecaminosas se curvaban en una sonrisa.

—Athena. —Ronroneó—. Qué alegría verte.

*Mierda.* ¿Cómo me había encontrado?

Cuando por fin encontré mi voz, salió en un susurro.

—¿Q-qué... qué estás haciendo aquí?

—Vine por ti, *Amorina*.

No podía decidir si reír o llorar.

—Bueno, yo no quiero verte —siseé, pero antes de que pudiera cerrarle la puerta en las narices, su pie la bloqueó. Mis ojos bajaron hasta sus costosos zapatos Oxfords antes de volver a su cara.

—Vamos, no te comportes así. —Dios, su acento hizo que mi centro palpitara—. Me alegro mucho de verte.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —solté, mirando por encima del hombro, de repente contenta de que ninguna de las chicas hubiera salido de sus habitaciones—. Tienes que irte.

Manuel me observó con la mandíbula apretada, las venas de su cuello palpitando rápidamente, y negó con la cabeza.

—No iré a ninguna parte —pronunció, con sus ojos oscuros brillando pecaminosamente. ¿O era furiosamente? No sabría decirlo.

—Sí, lo harás —objeté.

—No, no lo haré, *Amorina*. Ahora que por fin te he vuelto a encontrar, quiero que repitamos nuestro último encuentro.

Solté una carcajada forzada.

—Estás loco. Muy atractivo, pero loco.

—Loco por algo. —Su voz era una combinación perfecta de áspera y suave, tan compuesta y con ese acento italiano que derritió la tensión que sentía.

Hasta que recordé su visita a mi madre hacía apenas unos días. Volví a empujar la puerta para cerrarla.

—Yo que tú no haría eso.

—Simplemente date la vuelta y vete o gritaré.

En sus labios carnosos se le dibujó una sonrisa gloriosa y engreída. Dio otro paso y me rodeó la cintura con una mano.

—Nada me haría más feliz. Escucharte gritar por mí, como la última vez.

El calor subió a mis mejillas. Me arrastró hasta el pasillo y mi mirada se desvió hacia él mientras permanecíamos pecho con pecho. Latido a latido. Mis *shorts* y mi camiseta verde de

tirantes frente a su traje negro Brioni.

Si hubiera sido inteligente, habría llamado a gritos a mis amigas, pero al parecer tenía sed de castigo, porque permanecí callada como un ratón de biblioteca.

—¿Me... me estás acosando? —Intenté zafarme de su agarre y retroceder.

Había investigado sobre Manuel Marchetti y me había enterado de su relación con Enrico Marchetti y la casa de modas Marchetti, no obstante, lo que me preocupaba eran las especulaciones sobre la implicación de la familia en el mundo criminal. Tras la reciente revelación acerca de mi herencia, pensé que lo mejor sería mantener las distancias, pero al parecer el destino tenía sus propios planes y trajo a Manuel Marchetti hasta mi puerta.

—No lo suficientemente bien —indicó, sus ojos brillando como diamantes negros.

Respiramos el aire del otro antes de que se inclinara y pasara sus labios por mi garganta. Me hizo cosquillas con su barba mientras me recorría el cuello hasta la clavícula. En el rincón más alejado de mi mente, escuché un suave chasquido de la puerta, pero estaba demasiado ida para darme cuenta de que me había llevado más lejos por el pasillo.

—Manuel, yo... —Apretó su cara contra mis pechos y suspiré—. Solamente tengo aventuras de una noche —mentí.

Lo sentí sonreír contra mi piel.

—Entonces, ¿por qué me tocas como si tu vida dependiera de ello?

Tenía razón, mis manos recorrían su pecho y su espalda mientras él me tocaba el trasero. No me detuve. Mi cuerpo actuaba por voluntad propia.

—Es solo... —gemí cuando me tocó entre las piernas y mi cuerpo se arqueó ante sus caricias. Sentí un cosquilleo en los pechos cuando me pasó la lengua por el pezón por encima de la tela de la camiseta—. Es solo algo físico.

Me pasó un pulgar por la erizada piel del brazo y soltó una risita.

—Puedes mentirte a ti misma, pero no a mí.

Su presencia me arrinconó contra la pared y sus anchos hombros bloquearon la vista de cualquiera que pudiera cruzarse con nosotros. Aunque era su colonia la que me embriagaba, su mirada oscura la que me arrastraba al olvido.

Inhalé lentamente. Luego exhalé.

No podía caer bajo su hechizo. Tenía que mantener la cordura.

—¿Cómo me encontraste?

—Tú primero —murmuró, presionando su muslo entre mis piernas y sonriendo mientras mi cuerpo traidor se apretaba contra él—. ¿Por qué te fuiste de mi cama?

Decirle la verdad era imposible.

—Te lo dije —suspiré, la sensación de su pierna debajo de mí me dificultaba formar palabras—. Te quería solo por una noche.

La mentira flotaba pesadamente en el aire.

—Tú y yo sabemos que eso no fue el final.

Apoyó una mano en la pared, aprisionándome. No podía pensar así.

—Mi turno —animé, apartándolo sutilmente—. ¿Cómo me encontraste?

—No lo hice —dijo en voz baja, su sonrisa se volvió voraz—. Resulta que tu amiga Isla se va a casar con mi sobrino. Vine a buscar a sus amigas.

Y entonces caí en cuenta, el sexy papi italiano de Isla era Enrico Marchetti.

*Oh. Dios. Mío.*

Este mundo era demasiado pequeño, maldita sea.

## **CAPÍTULO CATORCE**

## MANUEL



Ciertamente, el mundo era un lugar pequeño.

No esperaba encontrar a Athena en la lista de amigas a las que me habían enviado a servir de chofer.

Por supuesto, si no me hubiera perdido el desfile de Reina Romero, probablemente me habría sorprendido menos. Y ahora que lo pensaba, algunas de estas chicas se parecían mucho a aquellas con las que Athena había estado riendo y bailando aquella fatídica noche.

Mi mirada se centró en la carretera mientras las chicas charlaban en el asiento trasero. Amadeo se sentó a mi lado, sonriendo como un tonto, aplastado entre cuatro mujeres con diferentes tonos de rosa y encaje, mientras Enzo optó por conservar algo de dignidad y sentarse en el asiento del pasajero.

Las mujeres tardaron casi una hora en prepararse, lo que hizo que Enzo y Amadeo bajaran del coche y subieran al apartamento para ver por qué tardaban tanto. Los tres acabamos sentados en la pequeña sala observando el alboroto de mujeres que se apresuraban a usar un baño para ponerse presentables.

Menos mal que Enrico había enviado los vestidos para las cuatro mujeres, o habrían tardado días en arreglarse.

Por supuesto, la repentina boda de Isla fue una sorpresa para todas ellas, pero al menos debían saber lo de Enrico porque no paraba de oírlas murmurar chistes sobre un “papi italiano sexy”. Sin embargo, era evidente que nadie sabía nada del pequeño encuentro de Athena conmigo, y me alegré de que siguiera siendo así.

Hubo un montón de *oohs* y *aahs*, aunque Athena se mantuvo básicamente en silencio, intercalando una o dos palabras de vez en cuando, manteniendo a duras penas la compostura con la sonrisa congelada en su rostro mientras su mirada se desviaba hacia mí de vez en cuando.

Yo no podía quitarme la sonrisa de satisfacción de mi cara.

Mientras esperaba a que las chicas se prepararan, le envié un mensaje a *Ghost*, impaciente por recibir noticias suyas. Estaba seguro de que me contestaría con todo sobre mi pequeña escapista. Mientras tanto, yo también investigaría un poco.

Eché un vistazo al espejo retrovisor para descubrir que sus ojos ya estaban puestos en mí y sonreí con satisfacción mientras desviaba la mirada.

«*Me voy a divertir jugando contigo, Amorina*».



Celebramos íntimamente la boda de Enrico e Isla, sin que nadie se sorprendiera.

Había ramos de rosas rojas y blancas esparcidos por todas las mesas. El comedor de la casa de Enrico se había transformado para la recepción. Los cristales del candelabro brillaban y proyectaban un suave resplandor en la estancia. Las velas creaban una atmósfera romántica, haciendo que el espacio resultara acogedor y cómodo.

Era evidente para todos lo unidas que estaban las chicas. Parecían moverse al unísono mientras bailaban con libertad y despreocupación, como solo pueden hacerlo las veinteañeras. Dios, nada me hacía sentir más viejo.

Athena me dio un vistazo, pero una vez más apartó la mirada. Era muy testaruda, pero no sabía que su testarudez no tenía nada que envidiar a la mía.

Busqué información sobre Athena Kosta y, para mi sorpresa, no apareció gran cosa. Nombre de los padres: desconocido. Fecha de nacimiento: desconocida. Familia: desconocida. Casi parecía que su identidad y su rastro en la red habían sido borrados.

—¿Qué sabemos de las amigas de Isla? Supongo que las habrás investigado a todas —le pregunté a Enrico.

Se encogió de hombros.

—Aparte de las chicas Romero, no mucho. Sé que son amigas desde hace años, y conociendo a Illias Konstantin y sus dotes de hermano controlador, debe de haberlas autorizado a todas.

Eso tenía sentido. El *Pakhan* ruso siempre había sido protector con su familia.

Mi mirada se desvió hacia Enrico, que tomó un jarrón de cristal y tendió una mano a su esposa, que lo miraba con desconfianza.

—Es hora de romper el jarrón —le expliqué—. Por la *Buona Fortuna*.

Por la expresión de la cara de Isla, y de sus amigas, no tenían ni idea de las costumbres italianas.

—Para la buena suerte —aclaró Enrico—. El número de piezas rotas representará el número de años que estaremos felizmente casados.

Isla soltó una suave risita, arrugando su pequeña naricita de botón.

—Bueno, sin duda. Vas a necesitar toda la suerte que puedas tener.

Athena se echó a reír y, como si se hubiera dado cuenta, se detuvo. Enrico e Isla se dirigieron a la esquina de la habitación, todos los siguieron, pero Athena y yo nos quedamos atrás.

—Deja de mirarme —siseó en voz baja, con los ojos fijos en sus amigas—. Alguien se dará cuenta.

Le rodeé la cintura con la mano y sonreí.

—¿Darse cuenta de qué? —Puso los ojos en blanco, aunque no mordió el anzuelo. Agaché la cabeza y me detuve junto al lóbulo de su oreja antes de susurrar—: Será mejor que lo hagan, porque pronto todo el mundo sabrá que eres mía.

A cada momento que pasaba, el misterio que la rodeaba me atraía más.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Jesucristo, ¿todos los italianos están locos?

—No, solamente nosotros, los Marchetti.

Antes de que pudiera decir algo más, la voz de Isla recorrió la habitación.

—Espero que sepas que no voy a limpiar esto. —Me reí entre dientes, totalmente listo para ver a Isla causando estragos en la vida de Enrico.

—Es el día de tu boda. Hoy no tienes que limpiar ni cocinar —explicó Enrico.

Isla puso los ojos en blanco.

—Ni nunca.

—¿Y qué hay de ti, Athena? ¿Tú cocinas? —No es que importara, pero quería saber más de ella.

Se giró para mirarme.

—Yo tampoco cocino ni limpio. Y gasto mucho dinero.

Me incliné hacia ella y rocé su mejilla con la boca.

—No te preocupes, *Amorina*, no tendrás que hacer nada de eso. Y tengo mucho dinero para que gastes.

—Los problemas siempre me encuentran. En más de un sentido.

Era un comentario peculiar, mas no dejaría que nada me disuadiera.

—Siempre te sacaré de tus problemas —repliqué—. Disfruta hoy, porque mañana empieza mi cortejo.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza y has decidido ponerte en plan Mark Darcy conmigo? —se burló Athena.

—No sé quién es, pero será mejor que no aparezca por aquí.

Puso los ojos en blanco.

—Es un personaje de una película.

Sonreí satisfecho de que no fuera una persona real.

—Bueno, entonces puede que viva para ver otro día.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—¿Te parece que lo hago? —Me pasé la lengua por los dientes, aunque la tensión de mi cuerpo me exigía acorralar a esta mujer para poder salirme con la mía—. Voy a sacarte de la cabeza el recuerdo de cualquier otro hombre, ficticio o no, hasta que estés tan obsesionada conmigo que no vuelvas a salir de mi cama. Al menos, no voluntariamente.

Athena abrió la boca justo cuando un vaso se hizo añicos en el suelo de mármol. Aprovechó la oportunidad para alejarse de mí, dejando en el aire lo que fuera a decir.

Aunque, no importaba. Yo era un hombre con una misión. Y a pesar de lo mucho que se esforzaba por ocultarlo, podía ver el fuego en los ojos de Athena.



Sentado detrás de mi escritorio, me ocupaba de mis asuntos mientras la luna brillaba en lo alto de París.

Mi teléfono zumbó con un mensaje de *Ghost* y lo abrí.

Se me escapó el aire de los pulmones mientras leía la información. Con cada palabra leída, la comprensión me golpeó en el pecho como un martillo.

¿Cómo era posible?

La conmoción me recorrió por completo. Ya no me conmocionaba a menudo, pero *esto...* no me lo esperaba.

La hija de Alexandra Bottelli.

La mujer con la que había salido erase una vez. La mujer que descubrí que no le importaba usar a nadie ni nada para conseguir lo que quería.

No la había olvidado; sin duda era una lección que valía la pena recordar, y no en el buen sentido. No obstante, la identidad de su madre ni siquiera era lo peor. Fue el nombre de su padre lo que hizo que el mundo se tambaleara sobre su eje. De repente, muchas cosas tenían sentido.

Joder, no me extrañaba que la *Tríada* y Atticus estuvieran merodeando por el territorio de la *Omertà*.

De acuerdo, París no era nuestro territorio, pero teníamos una alianza con la mafia Corsa, ambos estrictamente en contra de ciertos comercios, el principal de los cuales era el comercio de carne.

Poco a poco, mi asombro fue sustituido por la ira que azotaba mis entrañas como un látigo. Tal vez Athena lo sabía y estaba jugando conmigo siguiendo las instrucciones de su madre.

Ya lo averiguaría, mas si eso era cierto, mi pequeña *amorina* había cometido un grave error. Se había metido en una guarida de leones sin la menor protección, quedando vulnerable.

Tecleé rápidamente mi agradecimiento a Kingston, el fantasma de la *Omertà*, y luego tomé mi chaqueta del respaldo de la silla.

Era hora de hacer una visita a cierta mujer.

## **CAPÍTULO QUINCE**

## ATHENA



**E**ché un vistazo al pasillo del pequeño apartamento que compartía con las chicas, ahora sin Isla. Todas estaban profundamente dormidas, luchando contra sus propios sueños y pesadillas, mientras yo estaba sentada en la sala con la televisión encendida mostrando una telenovela francesa.

La veía sin pensar mientras mis pensamientos se agolpaban en mi mente. Las admisiones de mi madre. La conversación que escuché sin querer en España. El padre que esperaba no ver nunca. Los secretos que intuía que aún me acechaban.

El silencio que llenaba el apartamento y los recuerdos que me perseguían eran tan fuertes que me hacían daño en los oídos. Me gustaba mi vida y quería a mis amigas, pero el miedo de aquella noche de hacía once años se había desatado y no sabía qué hacer.

Odiaba esta sensación. Me hacía sentir de nuevo como una niña aterrorizada.

Después de horas cambiando de canal, por fin me di por vencida, me levanté y me dirigí a mi habitación. De camino, pasé por el dormitorio de Raven, sus suaves ronquidos curvaron mis labios en una sonrisa. En la de Phoenix estaba tan silenciosa como siempre, y los pasos inquietos de Reina indicaban que andaba de un lado para otro, probablemente tratando de encontrar una manera de evitar su compromiso con Dante Leone.

Vistiendo únicamente una camiseta extragrande, me deslicé hasta mi habitación, seguida por mis propios demonios personales, y me metí en la cama. Las ventanas estaban abiertas, el aire fresco se filtraba y me erizaba el vello de los brazos.

Mi corazón latía a una velocidad que me confundía. No sabía si la culpa la tenía un italiano ardiente o si era algo completamente distinto. Mientras el paisaje sonoro de la ciudad me arrullaba lentamente, supe de algún modo que la vida estaba a punto de cambiar.



Me desperté acurrucada y agarrada a las mantas mientras el aroma varonil y ahumado se registraba a través de la niebla. Mi cerebro tardó solo unos segundos en ubicarlo.

«*Él está aquí*».

Mis párpados se abrieron, mi vista aún no se había adaptado a la oscuridad. No podía distinguir entre las siluetas generales de los muebles y las sombras que se extendían a lo largo de las paredes. No había movimiento. Ningún sonido, aparte de mi suave respiración. Nada.

Y justo cuando empezaba a sospechar que tal vez todo estaba en mi cabeza, escuché:

—Te dije que mi cortejo empezaría hoy.

Dejé que sus palabras me penetraran, absorbiendo las vibraciones de su tono. Su voz me hizo sentir cosas que no debía sentir por alguien que podía estar relacionado con mi oscuro pasado.

No me moví, aunque mi boca parecía incapaz de permanecer cerrada.

—No deberías meterte a hurtadillas en mi habitación. Se llama allanamiento de morada. Puede que en Italia no, pero aquí en Francia es una ofensa grave.

—Pensé que te gustaría la compañía, *Amorina*.

Me apoyé en el codo y entrecerré los ojos. Allí estaba, sentado en la silla frente a mi tocador, frente a mí, con el tobillo apoyado en la rodilla.

—Tienes serios problemas, ¿lo sabías?

Su presencia agitó cada átomo del aire que me rodeaba, y mi cuerpo y mi mente estaban tan en sintonía con él que prácticamente podía sentirlo como si me estuviera tocando.

Cuando se quedó callado, añadí:

—Definitivamente lo pensaré dos veces la próxima vez que conozca a un extraño en un bar y deje que me lleve a casa.

—Yo no te llevé a casa —debatió.

Mi voz estaba seca como la ginebra.

—Bien, que me lleve a la cama.

—No habrá nada de eso, Athena. —La forma en que dijo mi nombre hizo que mis mejillas se sonrojaran.

Había algo diferente en el tono. La jovialidad de antes había desaparecido, dando paso a la oscuridad.

La lámpara del tocador se encendió, iluminando parcialmente su imponente figura. Las sombras cayeron sobre su rostro, dejándome entrever sus labios apretados, algo oscurecidos por la oscura barba incipiente que cubría su mandíbula.

—No has sido honesta conmigo —pronunció, con un tono tormentoso. El corazón me palpitó durante unos segundos, causándome una opresión en el pecho y la garganta.

*Lo sabe.*

Intenté desesperadamente mantener la calma, sin embargo, sentí que no podía hacer nada. ¿Cómo iba a salir de esta? Si gritaba, ¿se despertarían las chicas y vendrían corriendo?

—No sé de qué estás hablando. —Me atraganté.

Inclinó la cabeza hacia un lado y el color plateado de sus sienes captó la luz. Era más guapo que cualquier otro hombre que hubiera conocido, pero lo que lo definía era el poder y la oscuridad que desprendía su tensa figura.

El tiempo era algo peculiar. Habían pasado semanas, días, *años* y yo creía haber olvidado a aquel hombre, pero en un rincón lejano de mi cerebro, él siempre había estado allí.

—Pero yo creo que sí —dijo. La ansiedad me apretó el pecho y una comisura de sus labios se inclinó hacia arriba, haciendo más prominentes las líneas de su rostro—. Creo que sabes exactamente de lo que estoy hablando, Athena Kosta, la única hija de Alexandra Maria Kosta y Atticus Popov.

## **CAPÍTULO DIECISÉIS**

## MANUEL



**M**e enfurecí cuando recibí ese primer dato, era indiscutible.

Athena Kosta, hija de Alexandra Bottelli, nacida Kosta, y Atticus Popov.

*Cazzo*, me sentí engañado. Traicionado. No era la persona que yo creía que era.

*Ghost* pudo rastrear a Athena hasta Alexandra Kosta y Atticus Popov. Todos sabíamos quién era Atticus, pero él investigó más a Alexandra Kosta. Resultó que la mujer tenía un nombre artístico: Bottelli. En algún momento, Alexandra había cambiado legalmente su apellido por su nombre artístico.

*Cassidy Tech* había estado borrando toda la información sobre Athena desde que cumplió doce años. Antes de eso, hubo eliminaciones esporádicas de identidad. No podía imaginarme que Alexandra fuera quien lo organizara, así que tuvo que ser su padre.

Se me apretó el pecho al leer un mensaje tras otro de *Ghost*. Los pensamientos se retorcían en algo siniestro y cruel. Había venido aquí para castigarla, mas bastó una mirada a aquel rostro inocente para que mi ira se desmoronara. Aun así, me quedé. Tenía que obtener respuestas.

Así que me senté en silencio y observé cómo su expresión adoptaba diferentes formas a medida que se daba cuenta de que yo sabía quién era. Sorpresa, miedo, calculación... ¿desesperación, tal vez?

—¿Trabajas con tu madre?

—No. —Su voz era sincera, mirándome a los ojos—. Aunque no estoy segura de lo que quieres decir con *trabajar*. ¿Soy su ayudante? No. ¿Trabajo en el mismo sector que ella? No. ¿Me esforcé en conocerte a petición suya? Tampoco. De hecho, fue la razón por la que me fui la mañana siguiente. Tiré el contenido de tu cartera por accidente y vi tu nombre.

—¿Así que sabes quién soy?

Puso los ojos en blanco.

—Me acuerdo de ti.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo? Nunca nos conocimos.

Alexandra nunca me dijo que tenía una hija, y desde luego yo nunca conocí a Athena durante el breve tiempo que salí con Alexandra.

Se encogió de hombros.

—No lo hicimos. Me asomaba por la ventana cada vez que recogías a mamá para sus citas.

El tono de su voz era gélido, y alcé la ceja.

—¿Estás celosa?

Soltó un suspiro frustrado.

—En absoluto. No soy mi madre. —Sus labios se afinaron, como si lamentara admitir esa

verdad—. ¿Por qué estás aquí, Manuel? Está claro que te molesta enterarte de mis padres, así que ¿por qué no simplemente me ignoras?

Cazzo, me encanta su boca. Me gustaba su audacia y franqueza. Era raro verlo en las mujeres que normalmente me rodeaban.

La anticipación tensó mis músculos junto con algo más a lo que no estaba preparado para ponerle una etiqueta.

—Me alegra saber que no eres Alexandra —pronuncié, ignorando la última parte de su afirmación—. No podemos elegir a nuestros padres, *Amorina*, así que no puedo echártelo en cara, ¿verdad?

Abrió la boca para hablar cuando de repente sonó un disparo lejano que nos alcanzó a través de la ventana abierta.

Mi corazón se aceleró, el miedo se disparó con fuerza y rapidez. No pensé, reaccioné por instinto. Me abalancé sobre ella y la tiré de la cama, utilizando mi cuerpo para amortiguar su caída.

—Quédate quieta —le susurré al oído mientras su cuerpo se estremecía contra mí. Mantuve la vista fija en la ventana mientras buscaba mi pistola.

Exhalé profundamente, como si se resignara a su destino, y me pregunté si creería que la dejaría morir. «*Nunca, maldición*». Me invadió un impulso inexplicable de protegerla y, de repente, supe que daría mi vida por Athena.

¿Era posible sentir algo tan fuerte en tan poco tiempo?

La respuesta estaba en mis brazos.

Acaricié su rostro y vi cómo sus ojos se desviaban hacia la pistola que tenía en la otra mano. Intentó zafarse de mí, con expresión desesperada y aterrorizada.

—No tengas miedo —gruñí, poniendo un silenciador en el cañón de la pistola—. Nadie te hará daño.

Y entonces todo sucedió muy rápido. Una sombra apareció frente a la ventana y disparé. El primer hombre retrocedió mientras otro llegaba al umbral de la misma. Volví a disparar y le metí una bala en el cráneo.

Arrastrando a Athena conmigo, protegiéndola con mi cuerpo, me desplacé al otro lado de la cama, apoyando la espalda contra la pared.

Su gemido me hizo levantar la mirada cuando un tercer atacante me apuntó con su arma. También debía de llevar silenciador, porque no oímos el disparo. Athena me apartó de un empujón y se sacudió. Sus labios se separaron en un grito silencioso y, por un momento, el mundo se detuvo.

Cazzo.

Mi ritmo cardíaco se triplicó y mis reflejos se activaron, disparando a ciegas. El hombre cayó por la ventana abierta y se desparramó por el suelo.

—¿Qué fue eso? —Reconocí la voz de Raven.

—¡N-nada! —exclamó Athena, con los ojos muy abiertos mientras la sangre empapaba su camiseta—. Se me cayó un jarrón.

—Jesucristo, Athena. Es medianoche. Puedes reorganizar tu habitación mañana.

La acerqué más, buscando frenéticamente una herida. El terror apretaba sus fríos dedos alrededor de mi garganta con cada segundo que no podía encontrarla.

—¿Dónde está? —Carraspeé, con los ojos ardiendo como hacía años que no lo hacían mientras la estrechaba entre mis brazos—. Cazzo, ¿a dónde se fue la bala?

Ella miró detrás de mí y yo seguí su mirada hasta la bala que estaba incrustada en la pared.

Tragué saliva, respirando tranquilamente, antes de verla por fin. Le había rozado el brazo y la sangre goteaba sobre su camiseta. «*Una herida superficial*», pensé, cerrando los ojos y suspirando.

Le aparté el cabello de la frente, su rostro pálido y sus ojos verdes me miraron fijamente. Le susurré palabras en italiano, palabras que a menudo me habían reconfortado, con la esperanza de tranquilizarla.

Apoyó su cara en mi pecho, meciéndose contra mí.

—No dejes que me entierren —susurraba una y otra vez—. Por favor, no dejes que lo hagan.

Sorprendido por sus palabras, le besé la cabeza y le acaricié la espalda. Había algo en su pánico que me desgarraba hasta las entrañas.

—Estarás bien —murmuré, inclinándome sobre su pálido rostro—. Cuidaré de ti.

Parpadeó y asintió.

—Gracias.

No merecía su agradecimiento. No logré protegerla. *Madre di Cristo*. Recité cada maldición en mi mente.

Mientras la sostenía en mis brazos, se me ocurrió un solo pensamiento: Haría cualquier cosa para proteger a esta mujer.

Y no había vuelta atrás.

# **CAPÍTULO DIECISIETE**

## ATHENA



No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. En un momento estábamos los dos solos y, al siguiente, unos hombres vestidos de negro entraron por la ventana para eliminar de mi habitación cualquier evidencia: cuerpos, sangre, balas, de lo que había ocurrido. Me senté contra la cabecera de la cama y observé con asombro cómo trabajaban en total silencio. Literalmente, no emitieron ni un solo sonido. Era evidente que eran profesionales, sin embargo, no pude evitar estremecerme al pensar en cuántas escenas de crímenes habían tenido que trabajar para llegar a ser tan hábiles.

Dejando que sus hombres hicieran su trabajo, Manuel me metió sigilosamente al baño y me limpió la herida, luego me ayudó a quitarme la pijama empapada de sangre. Trabajó con cuidado y con una intensidad que no podría describir.

Una vez de vuelta en la habitación, me metió en la cama y se sentó a mi lado.

—Deja la cortina medio abierta —murmuré.

Frunció el ceño, aunque no lo cuestionó, abriéndolas para darme una vista sin obstáculos de mi libertad. ¿Tenía sentido? No. Pero era lo que necesitaba para sentirme segura.

—*Bene?* —preguntó—. ¿Mejor?

—Sí, gracias. —Carraspeé, llevándome una mano al pecho. Tenía que liberar algo de esta presión o me asfixiaría.

—Respira, *Amorina* —indicó—. Nadie te hará daño. —Me quitó la mano del pecho y la puso sobre su corazón. Me concentré en sus latidos y los seguí con los míos—. Eso es. Inhala. Exhala.

Finalmente, mi terror disminuyó y el oxígeno llegó con más facilidad.

—¿Estás bien? —Me sobresalté al oír la voz de Manuel y lo encontré observándome con el ceño fruncido.

—¿Que si estoy bien? —Se me escapó una risa estrangulada, al borde de la histeria—. ¿Qué si estoy bien?—. Me movió para que me sentara en su regazo. —No, no estoy bien. ¿Qué diablos fue eso?

—La *Tríada*.

Me recorrió un estremecimiento. Había tardado once años en convencerme de que lo que había pasado había sido algo aislado. Esa burbuja no tardó más de treinta minutos en reventar.

—¿*T-tú* te e-encuentras bien? —balbuceé, con los ojos fijos en él.

—Sí —respondió entre dientes—. Pero nunca... —Me apretó las mejillas con firmeza, clavando sus ojos en los míos—. Nunca te pongas en peligro por mí.

Era mi turno de observarlo, aunque el cansancio amenazaba con apoderarse de mí.

—No lo hice —dije con calma mientras levantaba el brazo—. ¿Ves? Apenas un rasguño. Lo tuyo habría sido una bala en el corazón.

Gruñó.

—No me aplaques. Si vuelve a ocurrir algo así, escóndete inmediatamente y deja que me encargue de los cabrones.

Me agarré a su brazo, intentando no pensar en lo bien que me sentía al tocarlo, su calor rodeándome después de semanas intentando aferrarme a su recuerdo.

—De acuerdo —espeté, armándome de valor—. Entonces *tú* no puedes ponerte en peligro por mí.

—No —replicó con voz ronca—. Soy yo quien debe protegerte, no al revés—. Lo fulminé con la mirada y la comisura de sus labios se torció como si estuviera entretenido—. No puedes quedarte aquí, *Amorina*.

Mis labios se torcieron.

—No me iré —declaré con terquedad, aunque en el fondo sabía que era una imprudencia—. Y no puedes quedarte aquí porque dentro de unas horas las chicas se despertarán y no quiero explicarles... —Moví la mano de él a mí y de nuevo a él—. Esto.

Torció los labios.

—Me importa una mierda lo que piensen tus amigas. Te quedarás conmigo a partir de ahora. Qué descaro.

—No.

—Sí. No voy a dejarte vulnerable y sola.

Miré al techo y recé por paciencia. «*Dios, sálvame de los italianos testarudos y ardientes*». Necesitaba que se fuera ya mismo. Me preocupaba ceder. Estar cerca de él, olerlo... Era una receta para el desastre.

—Lo juro por Dios, Manuel, será mejor que te vayas o yo... yo... —Debía de estar más cansada de lo que pensaba porque mi mente se negaba a conjurar una amenaza.

Sonrió, me metió entre las sábanas y me acomodó las almohadas. Luego se quitó sus costosos zapatos italianos y se deshizo de la chaqueta del traje antes de acostarse finalmente sobre la manta, con las manos cruzadas detrás de la cabeza.

—Puedes hacerme lo que quieras. Mañana. Ahora duérmete.



—*Amorina*.

Di vueltas en la cama, con la cabeza pesada. Jadeé, rozándome contra algo, y un gemido vibró en el aire. Abrí los ojos de golpe y me encontré boca arriba, ligeramente desorientada. Parpadeé varias veces y por fin comprendí que la cabeza de Manuel estaba enterrada entre mis muslos.

—¿Qué...? —Mi voz ronca hizo que levantara la cabeza, sonriendo mientras su cara brillaba. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando el aire chocó contra mi coño desnudo. Aún llevaba puesta la camiseta, pero no las bragas.

—*Buon giorno* —saludó y volvió a bajar la cabeza entre mis muslos, con los ojos clavados en mí. Su mirada hambrienta y salvaje me erizó la piel—. He encontrado mi forma favorita de despertarte.

Su acento italiano era tan marcado que tardé unos instantes en captar sus palabras. Me invadió una extraña energía que recorrió mis terminaciones nerviosas, despertando mi cuerpo como únicamente él lo había hecho.

Sus dedos trazaron un camino hasta mi clítoris, el sensible bultito de nervios hinchado por la

necesidad, y luego me lamió hasta llegar a mi agujero prohibido.

—Oh... Oh... Dios.

Me agarró por las caderas con un apretón despiadado y me levantó el trasero mientras hundía su lengua en el interior de mi coño. Mis labios se abrieron, pero antes de que un grito ronco pudiera perforar el silencio, su mano me tapó la boca y amortiguó mis gritos de placer.

Enredé mis manos en su cabello, arqueando la espalda, y él gruñó contra mi cuerpo.

—A menos que estés dispuesta a firmar su sentencia de muerte, no está permitido que otro humano escuche tus gritos de placer —demandó Manuel, y me estremecí ante mi imprudencia.

El corazón me retumbó cuando su enorme mano abrió más mis muslos. Mi respiración se escapaba de mis labios en frenéticas ráfagas mientras él me comía como si estuviera hambriento, su lengua clavándose en mi abertura y arrancándome un grito ahogado.

—Manuel, por favor...

Tomó mi clítoris entre sus dientes y mis caderas se agitaron contra su boca, retorciéndose desvergonzadamente.

—Mía —gruñó contra mi piel.

Sus labios encontraron mis pliegues, acariciándolos con suavidad, y de pronto su lengua se deslizó con fuerza y rapidez, y me tapé la boca con la palma de la mano, ahogando mis jadeos y mis gritos.

Mi orgasmo se acercaba a toda velocidad y clavé mis dedos en su cabello, tirando de él para llevarlo a donde más lo necesitaba. Con un último movimiento de su lengua, subió y se aferró a mi clítoris, chupándolo entre sus labios, mientras sus dedos entraban y salían de mí.

Mis músculos se cerraron en torno a sus gruesos dedos y grité al alcanzar el clímax. Mi coño se apretó alrededor de sus dedos y mi clítoris palpitó contra cada latigazo de la experta lengua de Manuel.

Cuando el orgasmo se apoderó de mí, era un desastre tembloroso, con el cabello húmedo pegado a la frente.

El mundo volvió a enfocarse y me encontré con la expresión petulante de Manuel. Puse los ojos en blanco.

—Ten cuidado, *papacito*, o te borraré esa sonrisa de satisfacción de la cara.

Se rió entre dientes y sus ojos oscuros brillaron de diversión.

—Eso es español —dijo con naturalidad.

Fruñí el ceño.

—No, no es así —corregí.

—*Papacito* es español. Si insistes en llamarme papi, usa *Paparino*.

El tono grave de su voz me dijo que eso le gustaría mucho, y temí que a mí también.

«Quizá para mi próximo bestseller», resoplé mentalmente.

Iba a contestar cuando un fuerte golpe en la puerta me interrumpió.

—Athena, ¿sigues durmiendo?

Era Raven. Colocando la mano sobre la boca de Manuel, advirtiéndole que se callara, respondí:

—Ya no. ¿Tienes que golpear como una loca tan temprano por la mañana?

—Es casi mediodía —se burló en voz alta, y mi puerta retumbó—. ¿Por qué está cerrada tu puerta?

Mis ojos se abrieron de par en par mientras miraba el reloj de mi mesilla de noche. Santos cielos. Con razón me sentía tan descansada.

—Quizá quería privacidad por una vez —agregué, poniendo los ojos en blanco y arrastrando

a Manuel hacia mi armario—. No me había dado cuenta de que había dormido hasta tarde.

—*Amorina*, no me vas a esconder. No soy un adolescente al que vas a ocultar de tus amigas y tu familia.

Raven siguió haciendo sonar el picaporte de la puerta.

—¿El ruido de la calle no te dejó dormir anoche?

—¿*Eh*? —Me costó escuchar los balbuceos de Raven y concentrarme en Manuel mientras pronunciaba—: Por favor.

Su muro musculoso no se movía de su lugar.

—Sí, como una puta Grand Central Station en nuestra calle a mitad de la noche. Y entonces estoy bastante segura de que alguien eligió nuestra puerta y entró por la puerta principal.

Mis ojos se abrieron de par en par al encontrarme con la sonrisa de Manuel.

—¿Por qué no entraste por la ventana? —susurré.

Se limitó a encogerse de hombros.

—Estoy demasiado viejo para estar escalando ventanas, jugando a ser Romeo.

Me llevé una mano a la frente.

—Deja que yo me ocupe de mis amigas, tú puedes arreglártelas para salir de aquí. Y eso significa por la *ventana*, ni se te ocurra volver por donde viniste.

## **CAPÍTULO DIECIOCHO**

## MANUEL



**H**abía pensado venir a darle una lección, pero el plan había cambiado rápidamente. Así que aquí estaba yo, escondido en su armario mientras ella intentaba deshacerse de su amiga. No podía creer que la mujer me convenciera para esconderme en su armario. Era la primera vez, incluso para mí.

Cazzo, ¿qué demonios me estaba pasando?

Apenas unos encuentros con ella y ya se había enterrado profundamente bajo mi piel. No sabía qué carajo iba a hacer con ella, pero sabía que tenía que protegerla. Sorprendentemente, me molestaba ver a Athena angustiada. Me pasé la lengua por los dientes, la tensión de mi cuerpo se negaba a liberarse.

La puerta del armario se abrió y me encontré con la mirada de Athena. Llevaba una camiseta de manga larga que se le caía del hombro, con un aspecto demasiado inocente para ser la hija de Alexandra y Atticus o una víctima envuelta en algún retorcido plan de venganza de la *Tríada*.

—Bueno, sal por la ventana. —Hizo un puchero.

Dejé escapar un suspiro seco.

—No lo creo. —Su aroma floral me hizo sentir la cabeza confusa. La mujer debía de estar hechizándome—. Tenemos que hablar.

Se rodeó el estómago con los brazos, como para protegerse de lo que iba a ocurrir, y luegoladeó la barbilla a la defensiva.

—¿Sobre qué?

—¿Sobre la *Tríada* y por qué te persiguen? —Su relación con Atticus Popov no podía ser la única razón por la que iban tras ella. Si él los había jodido, se habrían enfocado únicamente en él. Frunció el ceño.

—¿Cómo voy a saberlo?

Tomé su rostro y le pasé el pulgar por la mejilla.

—Si quiero protegerte eficientemente, tienes que ser sincera conmigo, Athena. Y créeme cuando te digo que me disgustará mucho que sufras un solo rasguño bajo mi protección.

Separó los labios y se ruborizó.

—Muy romántico. —Se puso de puntitas y respiró contra mis labios—. Pero realmente no lo sé. Solamente me ha pasado una vez antes.

Una alarma me recorrió la sangre.

—¿Qué pasó?

Parpadeó.

—¿Qué?

Me incliné para mordisquearle el labio inferior y mantenerla distraída.

—El ataque de la *Tríada*. Dijiste que ya había pasado una vez.

Se encogió de hombros, mas no pudo ocultar la tensión. Levantó los dedos y jugó con las puntas de mi cabello por encima de mi camisa.

—Atacaron a mi madre, buscaban información. Decían que se había llevado algo. Yo era solo una niña entonces, y me asustó.

Mi postura permaneció impasible, pero la vehemencia retumbó en mí.

—¿Qué pasó? —Permaneció en silencio durante varios latidos y mis dedos se entrelazaron entre su cabello en la parte baja de su espalda—. Dime qué ocurrió.

Observé cómo se movía su delicado cuello mientras tragaba saliva.

—Vinieron a medianoche y le hicieron mucho daño a mamá. —Levantó un hombro, viendo más allá de mí, y algo en sus ojos me desgarró vivo—. Después de eso, no pudo cantar durante un tiempo.

Volví a pensar en aquel día en que encontré a una niña cantando entre bastidores mientras Alexandra hacía *playback*. Tenía que estar relacionado con este ataque.

—¿Y te hicieron daño, *Amorina*?

La tensión se apoderó de mí, no obstante, me obligué a relajarme, no quería asustarla. Me enterró la cara en el cuello y emitió un suave sonido de aprobación. Su cuerpo apretado contra el mío me hizo sentir bien, pero no pude evitar pensar que intentaba distraerme.

—Dime —exigí.

—Me asustaron —admitió—. Me maltrataron un poco. —La furia que me recorrió debería haber sido mi primer aviso de que aquella feroz protección hacia ella se me había ido de las manos—. Hasta ese día, esperaba que mi padre viniera y nos llevara. —Su voz era tranquila, melancólica—. Pero después, nunca quise conocerlo. Al menos ese deseo se hizo realidad.

No me hizo gracia su sarcasmo.

—No puedes quedarte aquí —objeté—. Es demasiado peligroso. Nos vamos. —Como no se movió, añadí—: Hoy.

Parpadeó.

—No puedo irme, no ahora que mis amigas me necesitan.

—Tus amigas querrían que estuvieras a salvo.

Cerró los ojos un momento antes de abrirlos con resignación.

—Sé que tienes razón, y quiero ser inteligente con mi seguridad, pero no puedo dejar a Reina ahora mismo. Al menos dame hasta su fiesta de compromiso, y entonces haré lo que creas que es mejor.

Admiré su lealtad hacia su amiga y, aunque sabía que no era la mejor decisión, respondí:

—Bien. No obstante, asignaré guardias para que te vigilen a ti y al apartamento cuando yo no pueda estar aquí.

Ella asintió sombríamente.

—De acuerdo, pero ¿pueden ser invisibles?

Solté un suspiro sarcástico.

—Ni siquiera sabrás que están aquí.

Seguía sin poder quitarme la sensación de que había algo que no me estaba contando. Se lo habría reprochado en ese mismo instante, mas mis instintos me advirtieron que aún no estaba preparada.

Sin embargo, esto no había terminado. Para nada.



Entré en la cocina de la casa de Enrico hacia el mediodía y me encontré a Enzo y Amadeo bebiendo *shots* de *grappa*.

—*Ma che...* —Le arrebaté la botella de las manos a Enzo—. ¿Qué creen que están haciendo?

—Me estoy tomando un trago justo antes de una *siesta* temprano por la tarde —respondió Enzo como si estuviera sorbiendo jugo y no puto alcohol.

—Eres italiano, no español —gruñí—. Y tú tienes catorce años, Enzo. Un día serás el jefe del imperio Marchetti. Actúa como tal.

Era lo último que me faltaba. Había informes de que se había visto a la *Tríada* en Francia y, aunque los hombres a los que les había asignado la vigilancia de Athena me informaban cada hora, me ponía nervioso.

—De acuerdo, *riposo*, entonces. Deja de obsesionarte con la semántica, *zio mio*. Necesitamos *grappa* para entrar en calor. Los italianos no estamos hechos para el frío —intervino Amadeo.

El invierno en París tampoco era mi época favorita. Lloviznaba constantemente, al contrario que en el sur de Italia.

Desde el ataque en la habitación de Athena, estaba cada vez más impaciente. Tenía hombres siguiéndola constantemente cuando no podía estar con ella. También había instalado cámaras en su apartamento, para su consternación. Consciente de asustarla con mi carácter controlador, le prometí que únicamente comprobaría las grabaciones si se informaba de alguna actividad sospechosa en la zona.

Una vez superado el compromiso de su amiga Reina con el hermano Leone, tenía la intención de llevarme a Athena. Era la única forma de protegerla de verdad.

—¿Malhumorado, *zio mio*? —preguntó Amadeo, sacándome de mis pensamientos.

—Me he dado cuenta de que le echabas el ojo a la amiga de nuestra *matrigna* —añadió el sabelotodo de Enzo.

—Olvídate de las amigas de tu *matrigna*. Será mejor que no te sorprenda bebiendo *grappa* como si fuera *Fireball*. *Capisce*?

Ambos asintieron con seriedad, prestándome toda su atención, pero sus ojos brillaron con picardía.

—La amiga de Isla, Athena, será nuestra *zia*. *Davvero*? —Amadeo era un experto en cambiar de tema.

Los señalé a ambos, entrecerrando los ojos.

—No se preocupen por cosas que no les conciernen. —Tomé el *espresso* que la cocinera me había preparado y dejado sobre el calentador—. Será mejor que recen para que no le informe a su padre de que están vaciando su gabinete de licores.

Los mocosos se rieron.

—Será divertido con jóvenes *ragazze* en lugar de los viejos de siempre —dijo Amadeo.

Le di un manotazo en la cabeza.

—*Sono le donne. Voi due siete ragazzi*. —«Son mujeres. Ustedes dos son chicos».

Amadeo hinchó el pecho.

—Pero sabemos qué hacer. Leímos uno de los libros que compraste.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué libros?

—Montones y montones de novelas románticas de A.K. Mystique —contestó Enzo—. Nombre tonto, pero tienen muy buenas... instrucciones. Le presté algunos ejemplares a unos amigos.

Solté una sarta de maldiciones. Debería haberlo pensado mejor antes de que me los trajeran

todos aquí.

Cuando supe los detalles sobre el seudónimo de Athena y sus libros, los localicé y compré todos y cada uno de los ejemplares. Mañana a primera hora los mandaré a mi casa de Ischia, donde los adolescentes curiosos no podrían ponerles las manos encima.

—Pensamos que no echarías de menos uno —aseguró Amadeo, encogiéndose de hombros—. Bueno, cinco. Uno para Enzo y otro para mí, tres para nuestros amigos. Está muy bueno.

*Ma che cazzo?* Los malditos bribones habían estado fisgoneando.

—Ninguno de los dos tiene edad para leer esos libros.

Compartieron una mirada. Esos dos tendrían que estar controlados o quemarían el mundo antes de cumplir la mayoría de edad.

—*Zio?* —Enzo se puso serio.

—*Sì?*

—¿Tenemos que ser tan viejos como tú y *Papà* antes de traer mujeres al *castello*?

Olvidados los libros, estudié a mi sobrino con detenimiento, buscando algún indicio de que supiera lo que le esperaba. Los matrimonios concertados no eran infrecuentes en nuestros círculos. Amadeo y Enzo lo entendían, sobre todo si esperaban tomar las riendas algún día. Juntos.

—¿Tú qué crees? —repliqué sin responderle. Quería que disfrutara de sus años antes de enterarse de su compromiso con Penelope DiMauro.

Enzo ladeó la cabeza, pero no dijo nada mientras Amadeo ponía los ojos en blanco.

—No voy a esperar a ser viejo.

Me levanté, despeinándoles el cabello al mismo tiempo.

—Ya veremos, *ragazzi*.

Después de recalentar mi *caffè*, me dirigí a mi oficina.

Enrico estaba con su joven esposa, así que sabía que estaría ocupado un rato. Bastardo con suerte. Joder, me moría de ganas de tener a Athena conmigo todos los días, enseñarle lo que me gustaba, oír sus gemidos y gritos mientras conocía cada centímetro de su cuerpo. Mi polla palpitaba, no obstante, me obligué a encerrar esas ansias... por ahora.

Mientras esperaba a que Enrico se alejara de Isla, leí los correos electrónicos sobre la cosecha de vino del próximo año.

A decir verdad, prefería el trabajo legítimo de mi imperio, sin embargo, yo había nacido para los negocios ilegítimos: el tráfico de drogas, las apuestas y el lavado de dinero.

Poco después, Enrico entró con una sonrisa de satisfacción. Se sentó frente a mí y yo me aparté del escritorio.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Tardaste bastante —repliqué con ironía.

Se rio, imperturbable.

—Escuché que hoy estás de mal humor. Quizá debería volver en otro momento.

Me alisé la corbata y me tomé un segundo para serenarme antes de responder.

—Han visto a la *Triada* en el territorio de la *Omertà* —solté, sin que mi voz reflejara la agitación que se estaba gestando en mi interior.

—Me enteré. —Enrico suspiró—. Lykos llamó. —Levanté la ceja, no me lo esperaba de Costello—. No entiendo qué pueden querer.

Era hora de sincerarse.

—Están buscando a alguien.

Inclinó la cabeza y me miró pensativo.

—¿Es eso lo que te tiene de mal humor?

—En parte.

—Soy todo oídos, Manuel.

Mi teléfono zumbó y lo levanté para ver que era un mensaje de un proveedor, confirmando que otra entrega se había realizado sin problemas. Lo puse en silencio y dirigí mi atención a mi sobrino.

—La *Tríada* persigue a la examante de Atticus y a su hija ilegítima.

Frunció el ceño.

—¿Nicki Popova?

Negué con la cabeza.

—No, la ilegítima. Resulta que tenías razón, ella sí existe. —Y estaba delante de nuestras narices.

—¿Qué quieren hacer con ella?

Sacudí la cabeza.

—Supongo que usarla contra Atticus por haberlos jodido hace veintitrés años. —Aunque el comentario de Athena sobre que la *Tríada* exigía información sobre algo que Alexandra les había quitado seguía rondándome la cabeza.

—Eso sí que es resentimiento.

—Lo es. —Asentí con la cabeza. Seguía creyendo que me estaba perdiendo parte de la historia, pero no sabía cuál—. *Ghost* encontró una información que te resultará interesante.

Frunció el ceño.

—No me ha enviado nada.

Solté un suspiro sarcástico.

—Porque yo se la pedí y me estaba consiguiendo información sobre cierta mujer.

Sus labios se torcieron.

—¿Una mujer?

Suspiré.

—No empieces conmigo, *Nipote*.

Levantó las manos en señal de rendición.

—No iba a hacerlo. —Sabía que no podría resistirse—. ¿Tiene algo que ver con Athena, la amiga de Isla? —Me pellizqué el puente de la nariz—. Por cierto, escuché que es incluso más joven que Isla.

—*Vaffanculo!* —«Vete a la mierda». Golpeé la mesa con el puño—. No estoy de humor.

Sonrió.

—Yo tampoco estaba de humor. ¿Te acuerdas?

El karma era una perra.

—*Cazzo*, era más divertido cuando se trataba de ti —repliqué secamente.

—Ya lo creo. Igual que ahora es más divertido para mí. —Se rio cuando crucé los brazos sobre el pecho—. Entonces, ¿vas a explicarme cómo Athena está conectada con la *Tríada* y Atticus?

Pasó un latido. Tenso y ominoso.

—Es la hija ilegítima de Atticus.

Se sentó derecho.

—Me estás jodiendo.

—Ojalá así fuera.

—Tiene que ser un error.

Sacudí la cabeza.

—No lo es. ¿Recuerdas a la cantante de ópera con la que te dije que salí *brevemente*, hace años?

—Vagamente. ¿No era una farsante? Tenía a una niña cantando fuera del escenario mientras ella hacía *playback*.

—Algo así. Resulta que fue atacada por la *Tríada* la noche antes de su actuación, por eso no podía cantar. Alexandra era la amante de Atticus, y Athena es su hija.

—Vete a la mierda. Estás bromeando.

Golpeé mi escritorio con los dedos.

—¿Me ves riéndome?

—¿Cómo iba a saber Lykos Costello algo de esto?

Me recliné hacia atrás. Todos guardábamos secretos, y Lykos no era la excepción.

—Porque es su sobrina. La esposa de Lykos es... era... la hermana mayor de Alexandra.

—Pero ella está muerta —afirmó—. Asistí a su funeral.

Me encogí de hombros, dirigiéndole una mirada penetrante. La percepción lo era todo en nuestro mundo y lo sabíamos. Tras la muerte del hermano de Enrico, hicimos nuestra propia confabulación para asegurarnos de que el territorio de los Marchetti se mantuviera fuerte hasta que Enzo tuviera edad suficiente para tomar el mando.

Se reclinó en su silla y consideró esta noticia.

—¿Cómo entra en juego la *Tríada*?

Los Marchetti nunca habían trabajado con ellos, pero había habido otras familias que habían probado esas aguas. No acabaron bien.

La *Tríada* era conocida por su impredecibilidad. Si se habían centrado en Athena, era solo cuestión de tiempo antes de que pusieran sus sucias garras sobre ella.

A menos que la sacara de aquí.

—¿Recuerdas cómo Atticus los jodió hace mucho tiempo? —Asintió, recordando todo el fiasco del contrabando de carne en territorio griego. Atticus estaba en el tráfico de personas y continuó la práctica hasta que su hijo se hizo cargo—. Esta tiene que ser su venganza.

La línea entre sus cejas se profundizó.

—¿Por qué no saldaría las cuentas con intereses como hizo con los albaneses y el cártel de Cortes? No es como si le faltara dinero, y su hijo, Danil, hizo su imperio diez veces más grande.

—No lo sé. —Que era exactamente lo que me estaba molestando. Danil se desvivió por saldar las cuentas de su padre, haciendo muy rica a la gente a la que Atticus había jodido—. Pero planeo llevar a Athena a mi *castello*.

Nadie aparte de Enrico conocía su ubicación. Sería el lugar más seguro para Athena.

—Probablemente sea una buena idea. —Entonces Enrico sonrió burlonamente—. Así que te acostabas con su madre hace una década, y ahora te acuestas con la hija.

Le lancé una mirada molesta.

—Nunca me acosté con Alexandra.

—*Cristo*, esa estuvo cerca, Manuel. Me gustaría ver cómo se lo explicas a tu nueva y joven prometida.

Entrecerré los ojos.

—Nunca dije que fuera a casarme con ella.

Se levantó de la silla y se rio a carcajadas hasta salir de mi despacho.

## **CAPÍTULO DIECINUEVE**

## ATHENA



Con un audífono en una oreja y prestando atención a mi entorno con la otra, me escabullí de la librería y empecé a caminar hacia mi apartamento.

No podía dejar de sonreír.

A pesar de mi reciente encuentro con unos *ninjas* locos, mi vida iba sorprendentemente bien. Mis libros, orgullosamente obscenos, se vendían y acababa de firmar un gran lote de libros impresos para una tienda local.

Mirando por encima del hombro, no podía ver a los guardaespaldas que Manuel me había asignado, pero podía sentirlos. Que me siguieran no era algo que me gustara, sin embargo, me daba cierta tranquilidad.

Ignorando su presencia, crucé la calle, asegurándome de esperar a que no hubiera ningún coche a la vista para que pudieran seguirme sin peligro. Era una tontería, mas no quería que pusieran su vida en peligro.

Estiré el brazo derecho, flexionando la muñeca acalambrada por firmar doscientos ejemplares.

«*Es un buen problema*», pensé sonriendo.

A veces la vida actúa de forma misteriosa. Cuando era más joven, nunca habría imaginado que Manuel Marchetti se convertiría en mi protector.

Extraño, porque mi madre nunca me había ofrecido la protección que le proporcionaban sus amantes. No es que yo la hubiera querido y, por supuesto, habría sido difícil de explicar, ya que ella me mantenía en secreto ante ellos.

Además, probablemente fue lo mejor, teniendo en cuenta toda la mierda en la que se metió Raven en la escuela preparatoria. Fui educada en casa hasta que cumplí catorce años, luego mamá me metió en un internado privado en la Costa Este. Allí conocí a Raven y congeniamos al instante.

Sí, fue un asco no tener un padre durante mi estirón y mis cambios hormonales, pero Raven estaba ahí para mí.

Doblé la esquina y pasé por delante de una hilera de *cafés* con mesas y asientos al aire libre llenos de parisinos. Mis ojos recorrieron sus rostros sonrientes, muchos de ellos con cigarrillos entre los dedos.

Fue entonces cuando me fijé en un hombre en el reflejo del café. Mis pasos vacilaron y se me erizaron los vellos de la nuca.

Se parecía a... Atticus Popov. El padre que nunca conocí.

No, no podía ser.

Me giré, pero el hombre ya no estaba. Exhalé un largo suspiro. Mi mente debía de estar

jugándome una mala pasada. Después de todo, no tendría sentido que Atticus me siguiera. No se había puesto en contacto conmigo en veintitrés años, no tenía motivos para hacerlo ahora.

Me di la vuelta para reanudar la marcha y choqué contra un cuerpo fuerte.

—Ah, maldición —murmuré, frotándome la frente.

—*Signómi*. —Perdón.

Conmocionada al escuchar griego, alcé los ojos hacia un hombre que emanaba poder. Era guapo, con un espeso y ondulado cabello oscuro y penetrantes ojos marrones. Su mandíbula cincelada estaba cubierta de barba incipiente y vestía un traje de tres piezas que yo había empezado a asociar con los mafiosos.

—*Excusez-moi* —murmuré en francés. ¿Por qué me habría dicho algo en griego?—. Fue culpa mía, por no prestar atención.

Asintió, dándome la razón, y mis mejillas se encendieron de disgusto. Lo cortés habría sido no estar de acuerdo, pero mantuve mi expresión educada mientras intentaba esquivarlo.

Él imitó mi movimiento y nos quedamos frente a frente. Archeó una ceja con aire arrogante.

—Disculpe —murmuré mientras se alisaba la corbata distraídamente.

El borde de sus labios se curvó mientras me estudiaba.

—No deberías andar por la calle —advirtió el desconocido en voz baja, me rodeó y desapareció por la esquina mientras yo lo seguía con la mirada atónita.

Más valía que la fiesta de compromiso de Reina se diera prisa, porque nada de esto me daba buena espina.



—No creo que sea el momento adecuado para ir de fiesta —le objeté a Raven, que ya estaba vestida elegantemente y lista para salir. Me había acorralado en nuestra pequeña cocina y percibí su determinación. No se echaría atrás hasta que aceptara ir con ella.

Todavía no me había recuperado del extraño encuentro de ayer. No solo eso, no podía deshacerme de los sentimientos de ansiedad desde que vi el reflejo de mi padre.

Sin embargo, mis guardaespaldas parecían no haberlo visto, así que tal vez todo estaba en mi cabeza.

—Por favor, Athena. —Raven pestañeó e hizo un puchero, intentando conseguir el efecto completo—. Solo quedamos tú y yo.

Puse los ojos en blanco.

—Reina aún no está casada. Y Phoenix...

Raven se rio.

—A veces estás tan fuera de la realidad. Lo atribuyo a que vives en tus mundos ficticios la mayoría de las veces, pero tienes que empezar a ver las cosas que tienes delante de tus narices.

Me miró fijamente, pero estaba demasiado cansada para pedirle que me lo aclarara.

—Sinceramente, estoy agotada. Solo estropearé tu diversión —expliqué. Por no mencionar que estaba un poco paranoica. Sí, quería quedarme aquí como apoyo moral para Reina, peroirme de fiesta sería una imprudencia.

Raven tomó una botella de vodka, vertió un poco en un vaso de *shot* y me lo dio.

—Esto te subirá la energía. —Como no hice ningún esfuerzo por moverme, intentó un enfoque diferente—. Por favor, necesito tu ayuda esta noche. No te lo pediría si no fuera importante.

Suspiré, incapaz de resistirme a su súplica. Siempre estaba ahí para mí, y pedía tan poco a

cambio.

Me tomé el trago que tenía delante y me puse el vestido que me había elegido.

Una hora más tarde, estábamos en el club de los hermanos Leone. No podía creer que estuviéramos de nuevo aquí. Era el momento de cerrar el círculo, y desde luego tenía sentido que Raven no hubiera pedido a las hermanas Romero que se unieran a nosotras.

Durante años, nos habíamos mantenido alejadas después de que un idiota echara una droga en la bebida de Reina en un intento de aprovecharse de ella. Todo acabó bien, más o menos. Los hermanos Leone se lanzaron al rescate y el resto fue historia.

—Recuérdame otra vez por qué estamos aquí —le pregunté a Raven. Me arrastré de un pie a otro y me soplé aire caliente en las manos; era una noche fría, aunque me alegré de haber dejado que me sacara a rastras. Teníamos buen aspecto. Me había recogido el cabello en una cola de caballo alta y llevaba un vestido negro de tirantes, mientras que Raven había optado por un vestido rojo ajustado y se había dejado el cabello suelto en la espalda. Llevábamos los abrigos abultados, pero pronto nos libraríamos de ellos y buscaríamos la pista de baile.

Me dedicó una sonrisa radiante.

—He oído que hay alguien aquí.

—¿Quién?

—No puedo decírtelo.

Suspiré.

—Merezco saberlo ya que me arrastraste al club.

—Bueno, no podía arrastrar a Reina o Phoenix aquí. No después de toda la mierda que pasó la última vez —expresó, haciéndose eco de mis pensamientos.

Al instante nos dejaron entrar en el club, donde dejamos nuestros abrigos y nos abrimos paso entre la multitud de cuerpos empapados en sudor.

—¡El mejor sitio! —gritó por encima del volumen de la música, deslizándose hasta una cabina bajo un deslumbrante cartel de LED rojos, amarillos y morados.

No tardamos en recibir un montón de ofertas de bebidas. Las rechazamos todas, no queríamos que se repitiera lo de Reina. Durante la hora siguiente, tomamos cócteles afrutados, bailamos, reímos y bebimos un poco más.

Cuando me resultó difícil pronunciar una frase entera, dejé de bailar y me dirigí a la barra por una botella de agua. Era una imprudencia que ambas estuviéramos tan borrachas.

El camarero me dio una botella y bebí un sorbo, girándome para ver a Raven bailando alegremente con un chico alto y atractivo de metro ochenta. Las manos de él se posaron en las caderas de ella y entrecerré los ojos.

Aiden Callahan.

Ahora sabía exactamente por qué Raven quería venir.

Me aparté de la mesa del bar para decirle que estaba lista para irme a casa. La última vez que ese imbécil le rompió el corazón, casi había perdido las ganas de vivir. Era lo último que necesitábamos.

A medio camino de la pista de baile, me agarraron el codo con fuerza y me di la vuelta, dispuesta a darle una lección a algún idiota. Parpadeé dos veces cuando Manuel me acercó, con el rostro inexpresivo.

Nos observamos fijamente, con una tensión densa y casi asfixiante que llenaba el aire, antes de que me arrastrara hacia un rincón tranquilo (no muy distinto de la primera vez que nos conocimos, ahora que lo pienso) y me apoyara contra la pared. De alguna manera, parecía que no había suficiente oxígeno en esta discoteca.

—¿Qué tan borracha estás? —Su mandíbula se tensó—. No les creí a los guardaespaldas que te asigné cuando me informaron de que te habías ido de fiesta.

Surgió la inquietud, pero la ignoré. En lugar de eso, le pestañee estúpidamente y sonreí.

—¿Qué haces aquí?

No parecía muy emocionado de verme. Quizá tuvo tiempo de pensar en mi relación con mi madre y Atticus Popov, y decidió que no valía la pena dedicarme su tiempo. Al fin y al cabo, no lo había visto ni sabía nada de él desde la noche que pasó en mi habitación cuando admití que la *Tríada* había atacado a mi madre once años atrás.

Aunque seguía protegiéndome, no estaba segura de si aún me *quería*. Tal vez, solamente se sentía responsable de proporcionarme protección, no su atención.

No solía ser insegura, siempre podía tomar o dejar a la mayoría de los hombres. A menudo temía que mi corazón fuera de hielo y que el amor nunca me encontrara.

Sin embargo, algo era diferente con este, pero no era capaz de descubrir qué. Quizás sus increíbles habilidades entre las sábanas. O esos increíbles músculos.

«*O tal vez tienes problemas relacionados con tu padre*», se burló mi mente. Inmediatamente la apagué. No había lugar para burlas en mi vida.

—Tal vez vine a buscar un nuevo encuentro de una noche —pronuncié, ahogándome en mi furia.

—No me jodas, *Amorina*, o no te gustará el final —amenazó en voz baja y algo oscuro se movió por sus ojos.

La aprensión subió hasta ahogarme y tragué saliva, intentando mantener la voz firme. Manuel podía ser tan tranquilo en un momento y tan tenso al siguiente.

—¿Por qué estás enfadado? Hace casi dos semanas que no te pones en contacto conmigo. —Una pizca de irritación me recorrió al escuchar la amargura en mi voz—. No es que seamos pareja ni nada parecido —corregí, con la rabia raspándome la garganta.

La frustración me escocía bajo la piel, sobre todo conmigo misma. Supongo que no saber nada de él en dos semanas me dolía más de lo que quería admitir.

Sus manos aparecieron por encima de mi cabeza, sus hombros bloqueando el mundo que nos rodeaba, algo en su presencia pesado y palpable.

—Puede que no me haya puesto en contacto contigo, no obstante, he pensado en ti. —Sus ásperas palabras llenaron el aire entre nosotros mientras se inclinaba más cerca, su colonia embriagando todos mis sentidos.

—No lo hagas —susurré, con el corazón latiéndome erráticamente—. No me apacigües solo porque te lo reclame —señalé, riéndome incómoda para que no se diera cuenta de que me dolía no saber nada de él.

No sabía por qué, pero maldita sea, me sentía abandonada. Otra vez.

—No tengo por costumbre decir lo que no quiero decir, Athena. —Me tomó la barbilla entre los dedos y me distraje con su mano. Era fuerte y venosa, y sabía lo bien que se sentía contra mi piel—. He estado trabajando siguiendo pistas sobre la *Tríada*. Para mantenerte a salvo.

Su mirada se posó en mis labios y un destello de algo pecaminoso pasó por su expresión antes de que pareciera ceder a esa atracción y rozara su boca con la mía durante un breve instante.

—Ningún hombre, vivo o muerto, podría olvidarte —pronunció, inyectándome vida.

Las mariposas revolotearon en mi estómago mientras inhalaba su embriagador aroma. Me encontré con su mirada oscura, cada nervio de mi cuerpo hormigueando de expectativa.

—Ahora dime qué haces aquí —me ordenó en voz baja.

—¿Bailar? —Mi respuesta fue una pregunta—. ¿Y tú? —inquirí con valentía, mis sentidos envueltos por su cercanía—. Los clubes nocturnos no son lo tuyo. Demasiado viejo y...

—No lo digas, *Amorina* —se burló, y mi ánimo se levantó al instante. Debería alarmarme la facilidad con la que cambiaba de humor sabiendo que no me había abandonado—. Los dos sabemos que necesitas una mano con más experiencia, más firme y más vieja, y ninguno de los *stronzos* de este club encaja en el perfil.

—Bueno, yo no diría ninguno —dije, con la cara seria—. Estás en este club, ¿no?

Me pasó el pulgar por el labio inferior antes de metérmelo en la boca. Por instinto, lo chupé y vi cómo sus ojos se encendían con ardor.

Tarareé con aprobación mientras cerraba los ojos y me balanceaba sobre mis pies.

—*Estás* borracha —gruñó.

—No lo bastante borracha, guapo —murmuré, e inmediatamente se puso rígido—. ¿Qué, no te gusta ese título? —suspiré cuando su expresión no se calmó—. ¿Papi italiano?

—Para, Athena. Estar borracha y sola en una discoteca nunca es inteligente.

Una sonrisa juguetona curvó mis labios.

—No estoy borracha. No por mucho tiempo. Acabo de beberme una botella entera de agua. Y no estoy sola.

Me rodeó la cintura con su fuerte brazo.

—Te vas ahora.

Mis ojos se clavaron en él.

—No puedo dejar a Raven.

—Confía en mí, está en buenas manos.

Negué con la cabeza.

—No, no lo está. Aiden Callahan es el diablo, con cuernos y todo.

Se rio entre dientes.

—¿En serio? Debo habérmelos perdido.

Asentí con seriedad a pesar de las náuseas que inundaban mi estómago.

—Créeme, tenemos que llevarla con nosotros.

Dejó escapar un suspiro sardónico.

—Como quieras. Vamos a buscarla y luego las llevaré a ambas a casa.

Me incliné hacia él, enterrando mi cara en su pecho bien esculpido.

—Quizá podamos volver a acostarnos esta noche. —Inhalé profundamente su aroma antes de arrastrar las palabras—. Hueles tan bien que me pones cachonda.

Los labios de Manuel rozaron mi oreja, erizándome la piel.

—No hasta que se te pase la borrachera.

Resoplé y solté una carcajada sin motivo. Intenté controlarme, pero no lo conseguí. Quizás *estaba* más borracha de lo que pensaba.

Murmuré algo sobre ir al baño y Manuel me siguió al interior.

—¡Todo el mundo fuera! —ladró mientras yo luchaba por subirme el vestido por las caderas.

Los tacones repiquetearon contra el suelo y la puerta se cerró.

Suspiré, sintiéndome mejor de repente, y salí del cubículo.

—¿Estás bien? —Su tono serio rompió el silencio mientras me inclinaba sobre el lavabo y me lavaba las manos.

Lo miré a los ojos a través del espejo.

—De verdad que tienes que aprender algunas reglas sobre la intimidad de las mujeres.

—Te hice una pregunta.

La tensión flotaba pesadamente en el aire, mas me negué a dejar que me afectara. Agité la mano en el aire, salpicando gotas de agua por todas partes.

—Sí, sí, estoy bien. Simplemente mareada, y el agua me ha dado ganas de orinar.

Tomó mi mano entre las suyas y dijo:

—Busquemos a tu amiga y larguémonos de aquí.

—Eso suena genial. —Era la última vez que bebía esas malditas bebidas afrutadas. Apenas me tomé tres y me sentía como si me hubiera atropellado un tren.

Desafortunadamente, para cuando regresamos a la pista de baile, Raven no estaba por ningún lado, y cuando revisé mi teléfono, había un solo texto esperándome.

Raven: 🍆👁️🩸 Deséame suerte.

—Maldita traidora. Espero que no consiga sexo —murmuré en voz baja, empujando la pantalla con el mensaje a la cara de Manuel, perdiéndome por completo el último emoji y el significado que había detrás—. La voy a incluir en mi libro y luego la mataré.

## CAPÍTULO VEINTE

## MANUEL



No esperaba encontrarme con Athena en el club nocturno de los hermanos Leone, y menos tan borracha como un marinero. Estaba allí para reclutar a Giovanni Agosti para que me ayudara con la *Tríada*. Yo no tenía contactos en la mafia albanesa y el cártel de Cortes estaba descartado, pero como heredero directo de la organización Tijuana, él podría indagar en los archivos del cártel de Tijuana. Necesitaba conocer la pieza que faltaba en todo este rompecabezas, y mi instinto me advertía de que empezaba con aquel trato que Atticus había jodido veintitrés años atrás.

Una vez en mi *penthouse*, que tenía para mi uso privado, le di a Athena una aspirina y un vaso de agua, y luego la metí en mi cama. En cuanto apoyó la cabeza en la almohada, lanzó un suave suspiro y cerró los párpados.

Estaba a punto de alejarme cuando se sobresaltó, se incorporó y miró frenéticamente a su alrededor.

—¿D-dónde está la ventana?

—Está cerrada. —Me pregunté si tendría frío o si tendría que llevarle una manta extra.

El terror se reflejó en su expresión y sus ojos se movieron con un pánico salvaje.

—Necesito ver el cielo. —Se llevó la mano al pecho, dándose golpecitos cada vez más rápidos—. Abre la cortina. Por favor, por favor.

Me pareció extraña su reacción, pero no iba a alimentar su ansiedad, por muy confusa que pareciera. Me apresuré a abrirlas, y sus hombros se desplomaron al instante mientras se dejaba caer sobre las almohadas.

—¿De qué tienes tanto miedo, *Amorina*?

—No tengo miedo de nada.

—Mentira —discutí en voz baja. Cerró los ojos, pero no antes de que una lágrima resbalara por su mejilla. Acorté la distancia que nos separaba, sentándome en el borde de la cama, y luego le limpié la lágrima con el pulgar, con una feroz actitud protectora surgiendo en mi interior—. Está bien tener miedo, no obstante, tarde o temprano hay que afrontarlo. De lo contrario, este se alimenta.

Un trago de saliva llenó el silencio.

—¿Hablas por experiencia?

Pasé mis dedos por su cabello, maravillándome por su sedosidad.

—Todos tenemos miedo de algo.

—¿De qué tienes miedo?

—De amar a alguien y perderlo —confesé en voz baja. Era un miedo que había albergado desde que era pequeño, «no es que hubiera sido suficiente para mantenerme alejado

*últimamente*», mas me guardé ese pensamiento—. He visto lo que ese tipo de pérdida le hace a la gente. Vi lo que les hizo a mis padres, a mi hermano y yo... Odio la impotencia que conlleva.

Sus ojos se abrieron, esos llamativos verdes brillando como esmeraldas cuando nuestras miradas se encontraron.

—Yo también. El amor no trae más que problemas y dolor —musitó, mirándome por debajo de las pestañas—. Pero se supone que tiene que doler, si no, no es amor.

—*Che, Amorina?*

—Las palabras de mi madre. Todavía me persiguen, ¿sabes? —Sus ojos se llenaron de lágrimas, y algo en ellas me hizo reflexionar. Eran lágrimas de angustia y dolor—. Ella lloraba mucho entonces.

—No siempre es así —le aseguré suavemente—. La vida de nuestros padres no es la nuestra. El dolor de tu madre no debería ser el tuyo.

—Tal vez.

—No, tal vez no. Ningún niño debería sufrir por la ruptura de sus padres.

Se rio entre dientes.

—Bueno, yo no estaba exactamente cerca cuando rompió con mi padre, ¿verdad?

—Eso no hace que tu experiencia con las demás sea menos injusta —señalé—. No te corresponde a ti consolarla en sus desamores.

Abrió los ojos y me miró.

—¿Te refieres a cuando rompió contigo?

Recordé el poco tiempo que había salido con Alexandra, si es que a eso se le podía llamar salir. Era guapa y tenía un magnetismo especial, pero nunca congeniamos. Y las tonterías que hizo después de que la descubriera en su pequeña *actuación* en la ópera... Me alegré mucho de no volver a verla.

—No estoy seguro de que lo que tuvimos se hubiera calificado como una relación, y mucho menos una ruptura, *Amorina*. Salí con ella dos o tres veces antes de que nos separáramos. No es una historia de amor.

—Le gustabas —dijo entre dientes—. Probablemente aún le gustas. Creo que fue la última vez que la vi llorar.

—Es lamentable, pero nunca la engañé. Dejé muy claras mis intenciones desde el principio. Lo que teníamos era mutuamente beneficioso, necesitaba a alguien que me acompañara a los eventos para guardar las apariencias, y ella estaba encantada de ponerse sus mejores galas y ser cortejada —narré secamente—. Y de todas formas, por si no te has dado cuenta, tu madre no me interesa.

Lo único que quería era confesarle a Athena que no me saciaba de ella, que hacía semanas que no *miraba* a otra mujer, pero no creía que estuviera preparada para escucharlo. Sin embargo, mi misión en la vida sería demostrarle que amar a alguien no tenía por qué doler, ni debería doler.

—Mis padres se querían mucho y eran felices —comuniqué—. Mi padre solía decir que mi madre no dejaba lugar a la tristeza. Que ella era el punto más brillante de su vida. No fue hasta que ella murió que su vida perdió la chispa. ¿Lo ves, *Amorina*? Perder a alguien es lo que duele. Pero el amor vale la pena.

Ladeó la cabeza pensativa.

—Entonces deben ser una excepción a la regla.

Ella tenía mucho que aprender, mas ya habría tiempo para eso. En ese momento, quería saber más de ella.

—Eres americana, ¿verdad? —Asintió—. ¿Te gustó crecer allí?  
Suspiró.

—Supongo que sí. Viajábamos mucho cuando era más joven, así que Europa se sentía más como mi hogar. A veces, durante sus giras, cuando no estábamos en Estados Unidos, mamá me dejaba con una niñera y luego volvía a Estados Unidos para ocuparse de asuntos urgentes.

—¿No te llevaba con ella?

Athena se encogió de hombros.

—Escuché que una vez tuvo que ir a ayudar a alguien. A una chica.

—¿Una chica?

—A menos que lo haya escuchado mal —indicó—. Me cuesta entender el griego si no lo hablan despacio.

Me guardé ese dato.

—¿Y cómo acabaste adoptando el acento?

—Mamá tiene acento americano, así que supongo que lo aprendí de ella. —Antes de continuar, su expresión se tornó cautelosa—. Después de todo el asunto de la *Tríada*, volvimos y nos quedamos en Estados Unidos permanentemente, aunque nos movimos bastante por la Costa Este. Mamá duró pocos años, luego me envió a un internado y siguió de gira.

Se me formó un nudo en el pecho al imaginarla sola.

—Pero tenías otra familia en Estados Unidos, ¿sí?

Me miró fijamente con una expresión extraña en el rostro.

—Siempre estábamos solas ella y yo. Conocí a Raven en el internado y, unos años después, a Isla, Phoenix y Reina, así que valió la pena.

Las palabras no pronunciadas perduraron. La soledad valió la pena. *Cazzo*, Alexandra fue una perra egoísta al dejar a su hija sola después de mantenerla aislada durante tantos años.

Podría haberle pedido a Lykos que se la llevara y él lo habría hecho. Podría haber odiado a Alexandra, pero no habría culpado a Athena. Él era bueno con la familia.

Me incliné para besarla y sus labios se amoldaron a los míos, su lengua ansiosa. Besar a esta mujer no se parecía a nada. Daba tanto como recibía y sus manos se enredaban en mi cabello.

—¿Sabes que tienes familia en Grecia? —pregunté cuando empezó a besarme el cuello.

Se arqueó hacia atrás y parpadeó, ligeramente desorientada, antes de recomponerse.

—Eso supe hace poco. —Sus palabras estaban llenas de amargura.

—¿Nunca lo supiste?

—No. —Tragó saliva, moviendo con gracia su delgado cuello—. A veces, cuando me enfado, me gusta meter a la gente en mis libros y matarla. —Sus mejillas se tiñeron de carmesí.

Le agarré la cara con las dos manos.

—¿Eso te hace sentir mejor?

—Realmente sí. Quizá sea sanguinaria y malvada.

Me reí entre dientes.

—Muy poco probable.

—Escribo romance, ¿sabes? —confesó—. Romance ardiente y obsceno. Aunque le pongo algo de trama... y de vez en cuando algún asesinato.

Mis labios se torcieron, pero no dije nada. No era el momento de decirle que conocía sus novelas obscenas bajo el seudónimo de A.K. Mystique, ni que me había comprado un ejemplar de cada una de ellas.

—Eso he escuchado.

—Mi madre no lo sabe.

Mis cejas se alzaron.

—¿Por qué no?

Se encogió de hombros.

—No lo aprobaría.

—¿Y a ti te hace feliz?

Sus labios se curvaron en una suave sonrisa.

—Sí.

—Eso es lo que importa.

Su mirada se desvió de nuevo hacia la ventana y se estremeció.

—¿Crees que los hombres *ninja* me matarán? ¿O volverán? Quizás esperen otros once años antes de volver a buscarme —¿Otra vez? Un ligero temblor recorrió su voz mientras yo me preguntaba qué más ocultaba—. No quiero salir en las noticias como una chica que murió de forma misteriosa.

Pensar que le podían haber hecho daño me dificultaba la respiración. El sudor cubrió mi piel ante la imagen mental de su cadáver, estremeciéndome hasta los huesos.

—No se los permitiré. —Y lo dije en serio. Por muy jodido que estuviera este mundo, era un lugar mejor con ella en él.

—No tengo ni idea de por qué, pero te creo —susurró—. ¿Realmente no me estuviste ignorando durante las últimas dos semanas? —indagó, estudiándome.

—*Te lo prometto*. —«Lo prometo»—. ¿Quién en su sano juicio te dejaría plantada, *Amorina*?

Había estado ocupado siguiendo pistas e indagando en el pasado para entender por qué la *Tríada* quería a Athena. No era como si Atticus tuviera una relación con ella o con su madre. Tenía que haber algo más aparte de que Atticus los traicionara.

—Bien —declaró—. Porque como que me gustas.

Algo en sus palabras me llegó a los huesos. Una sensación de lo correcto que nunca había experimentado con nadie más.

—*Ugh*, ¿por qué da vueltas la habitación?

Me reí entre dientes y besé su frente.

—Intenta dormir un poco.

Habló un poco más, la mayoría de sus palabras ininteligibles, pero no la detuve. Era agradable conocer su alma y su mente, y no tardó en dormirse. Salí de la habitación y me dirigí a mi oficina para hacer unas llamadas.

Me quité la chaqueta y me remangué las mangas mientras llamaba a Enrico por la línea segura.

Contestó al primer timbrado.

—¿*Manuel*?

Tomé asiento.

—Sì. Pareces ansioso por hablar conmigo. —Oí un ruido al otro lado del teléfono, como si se trasladara a un lugar donde no lo escucharan.

—*Danil Popov está husmeando en la Omertà* —dijo finalmente—. *Está en París, preguntando por Romero e incluso por los hermanos Leone.*

—Entonces, menos mal que no saben nada —comenté—. ¿Llamaste a Danil?

—*Lo hice, pero el stronzo no contesta mis llamadas. Hizo que ese amigo suyo, Soren, me llamara y me contara una historia absurda.*

—¿Qué historia exactamente?

—*No están haciendo ningún negocio. Simplemente saldan una deuda. Escucha esto* —se

mofó. —*La Tríada está cobrando una deuda.*

Me reí, pero sin humor.

—Si la *Tríada* o Danil creen que dejaré que se acerquen a Athena, tendrán una guerra entre manos.

—¿*Crees que Danil también va tras ella?*

—Mejor que no o perderá los Balcanes a manos de la *Omertà*.

—*Soren dijo una cosa que me pareció extraña* —añadió.

—¿Qué cosa?

—*Dijo que Alexandra no es digna de confianza.*

Nada nuevo.

Sonó mi teléfono móvil y le eché un vistazo.

—Hablando del diablo.

La risita de Enrico sonó por la línea.

—*No me digas que te llama Danil, carajo.*

—Así es —expresé—. *Allora*, quizá por fin estemos llegando a algo.

—*Ve a ocuparte de ese cabrón engreído y dime qué necesitas de mí.*

La línea de Enrico se cortó y contesté mi teléfono.

—Qué sorpresa, Danil.

—*Manuel Marchetti.* —Sus saludos dejaban mucho que desear.

—He escuchado que has estado husmeando por el territorio de la *Omertà*.

Por un momento, la línea se quedó en silencio y tuve que comprobar que no lo había perdido.

—*Créeme, Marchetti, si lo quisiera, lo tendría antes de que tú y tus miembros idiotas pudieran parpadear.*

Aunque él no podía verme, dejé que mis labios se curvaran en una sonrisa malévola.

—Podrías intentarlo, pero te garantizo que fracasarías.

—*Escuché que una vez saliste con una cantante de ópera.*

Me mofé.

—Espero que no me hayas llamado para hablar de mi vida amorosa.

—*A quién te follas no es de mi incumbencia* —gruñó—. *Fuiste a ver a Alexandra Kosta hace poco. Quiero saber qué te dijo.*

Danil podría jugar duro, sin embargo, no conseguiría una mierda de mí.

—Ella habla mucho, como estoy seguro que ya sabes.

—*Lo único que sé es que la mujer es una zorra egoísta que se folla a todo lo que se mueve.*

Me reí entre dientes.

—Parece que hablas por experiencia.

—*Yo no tocaría a esa mujer ni con un palo de tres metros. Pero no creo que pueda decir lo mismo de ti, ¿verdad?*

Tamborileé con los dedos sobre mi escritorio de caoba.

—Tienes que despedir a quien te esté dando información.

Danil no tenía nada contra mí. Antes le estaba diciendo la verdad a Athena, su madre y yo nunca tuvimos ese tipo de relación. Cualquiera que fuera su problema con Alexandra, podía ir a discutirlo con ella. Mi única preocupación era Athena y mantenerla fuera de peligro.

—*Un consejo.* —La voz fría y calculadora de Danil llegó a través de la línea—. *Alexandra no es digna de confianza. Sacrificaría a un cordero inocente para protegerse. Cuando llegue su hora, interponete en mi camino y acabaré con ambos.*

Y la línea se cortó.

## **CAPÍTULO VEINTIUNO**

## ATHENA



**M**e desperté solo vistiendo mi ropa interior. Me recogieron el cabello y me habían limpiado la cara. Me acurruqué en las suaves sábanas y me envolví en el edredón. Un aroma familiar y masculino me envolvió y me estiré sin prisa, con los músculos relajados.

Sonó el crujido de una puerta y me incorporé rápidamente, con un mareo que me abrumaba. Me froté las sienes y me encontré con la mirada divertida de Manuel. No llevaba más que una toalla, con el cuerpo mojado por la ducha.

Dejé que mis ojos recorrieran sus pectorales relucientes y los firmes planos de su abdomen. El hombre de cabello plateado estaba en plena forma, eso era cada vez más evidente.

Me mordí el labio, imaginándome lamiendo cada centímetro de su esculpido abdomen.

—¿Cómo te sientes? —Se rio, claramente divertido por mis miradas.

—Genial —murmuré cuando dejó caer la toalla y empezó a vestirse delante de mí—. Simplemente genial. Totalmente... *genial*.

Ahora mi vocabulario también sufría. Nada hablaba mejor de una prometedora carrera como escritora que un vocabulario limitado. Eché un vistazo al lujoso dormitorio con elegantes muebles modernos y no pude localizar ni un solo objeto que pareciera personal de Manuel.

—¿Dónde estamos?

—En uno de mis *penthouse*.

—¿Es aquí a donde traes a tus mujeres? —Hice una mueca de disgusto por los celos descarados que transmitían mis palabras.

—Tú eres la primera.

—*Oh*. —Lo miré y lo encontré buscando entre su ropa—. ¿Me puse en ridículo anoche? —«*Por favor, di que no. Por favor, di que no*».

—Eres una linda borrachita —dijo mientras se acomodaba los pantalones y se ajustaba el cinturón. Entrecerré los ojos—. Y no te preocupes, no me aproveché de ti. —Señaló con la barbilla hacia la mesita de noche—. Tómate más aspirinas y bebe un poco de agua, luego intenta meter algo de comida en tu estómago.

Dios, había pensado en todo. Tomé el frasco de pastillas, ingerí un par de ellas con agua y le di un mordisco al *waffle*.

—Debería disculparme —solté con la boca llena.

Se rio entre dientes.

—En realidad me divertí.

—¿En serio?

—Como dije, eres una borracha divertida. Hablaste mucho.

Me cubrí la cara con las manos.

—Mierda. ¿Te conté todos mis secretos?

Ya vestido, se acercó y se sentó a mi lado.

—Me hablaste de tus amigas, de lo que escribías. Algo sobre descuartizar un cuerpo, pero arrastraste las palabras durante esa historia, así que tendrás que contármelo más tarde. —De ninguna manera compartiría ese secreto. Era el secreto de Reina—. *Oh*, y hablaste mucho de follarme. Dijiste que querías aprovecharte de mí de formas bastante traviesas. *Casi* me sonrojo.

El horror y la vergüenza me invadieron y me tapé con las sábanas, dejándome desnuda para él de la cintura para abajo aparte de las bragas.

—Dios mío.

—No te escondas de mí. Solo haces que te desee más. —Me pellizcó el costado y me retorció, con una risita burbujeando a la superficie—. Me gustó tu charla sucia. Si hubieras estado sobria, me habría salido con la mía.

Las comisuras de mis labios se torcieron a pesar de la vergüenza.

—Lo habrías hecho, ¿eh?

—*Certamente, Amorina.*

Moví las pestañas seductoramente.

—Podrías... ya sabes... castigarme. Ya que te hice salir del club cuando te estabas divirtiendo tanto.

Dejó que mis palabras flotaran en el aire durante tres segundos antes de exigirme algo.

—Ponte delante del espejo y arrodíllate. Voy a follarte esa boca tan presumida que tienes.

La excitación y la anticipación me provocaron escalofríos. Miré hacia el dormitorio, donde había un gran espejo de pie, y vi cómo mi rubor se hacía más intenso.

Metió la mano entre mis piernas y me acarició el coño; la fina tela no disimulaba lo empapada que estaba. Pegó su boca a la mía y me dio un beso abrasador, nuestras lenguas se enredaron, exploraron y, sin previo aviso, me dio un ligero golpe en mi centro.

Se me desorbitaron los ojos.

—¿Qué...?

—Espero que me obedezcas. Ponte ahí, de rodillas, con las manos a la espalda.

Jadeé, pero entonces comprendí. Refunfuñé con desgana mientras me deslizaba de la cama y cruzaba la habitación antes de echar un vistazo por encima del hombro.

—Para que nos entendamos... solamente obedezco porque yo quiero esto.

Entonces me arrodillé, sosteniendo su mirada todo el tiempo. Se levantó y se acercó a mí sin prisa.

Me acarició la mejilla y me pasó el pulgar por la boca mientras se desabrochaba los pantalones, y el sonido de la cremallera resonó seductoramente por todo el lugar.

—¿De quién es esta boca tan bonita, *Amorina*? —Ronroneó, apretando con el puño su dura longitud.

—Tuya —respondí ansiosa, relamiéndome los labios.

Se rio entre dientes.

—Basta de imprudencias de borrachera. No cuando estás sola y vulnerable.

—No estaba sola.

—No estabas conmigo —siseó—. Ahora, ¿quieres ser castigada o recompensada?

Diablos, ¿qué quería? Tuve la tentación de preguntar en qué consistía cada categoría, mas decidí no hacerlo.

—¿Ambas?

Sus ojos se calentaron y su polla se endureció visiblemente. No pude evitar que una sonrisa

de suficiencia se dibujara en mi rostro.

—Eres una chica traviesa —elogió en tono sombrío—. Abre la boca.

Incliné la barbilla y abrí la boca. Su pene ya chorreaba presemen y me lo untó en el labio inferior. Saqué la lengua y lo lamí, el sabor almizclado me llegó hasta el fondo.

—*Mmmm* —gemí agradecida—. ¿Vas a ahogarme ahora con tu polla? ¿Castigarme por estar medio borracha?

Empujó hasta el fondo de mi garganta sin avisar.

—Basta de hablar. —La excitación de sus ojos coincidía con la mía, y pude ver su pulso agitándose en su ancho cuello. Podía parecer tranquilo y sereno, no obstante, sabía que este hombre estaba a mi merced.

Obligué a mi garganta a relajarse, dando la bienvenida a su gruesa verga. Le acaricié la punta de la polla con la lengua, chupando y gimiendo a su alrededor mientras él entraba y salía.

Su mano se deslizó hasta mi nuca, enredando sus dedos en mi cabello e introduciendo su longitud en mi boca. Me follaba la cara como un hombre *poseído*.

—Mira —exigió, sin aflojar sus embestidas—. Mira quién es tu dueño.

Desde mi posición, conseguí dirigir la mirada hacia el espejo. Mis ojos se abrieron de par en par al ver nuestro reflejo y tuve que apretar los muslos. Era lo más erótico que había visto en mi vida. Nada... *nada*, maldita sea, se le acercaba.

Mis labios rojos e hinchados envolvían su polla hinchada y las lágrimas me corrían por el rostro mientras él dominaba mi boca. Era *tan excitante*. Estar de rodillas ante él. Dándole placer. Estaba tan mojada que tenía que haber un charco a mi alrededor.

—Qué chica tan sucia. Estoy destrozando tu boca, pero tú me estás destrozando a mí —. Tuve arcadas y me ahogué, metiéndolo más adentro. Los sonidos eran animalísticos mientras rebotaban en mi garganta, desesperada por su semen. Debí verlo en mi cara mientras movía la cabeza. Arriba y abajo. Jadeando y gimiendo—. Quieres mi semen pintando tu garganta, tu cara. ¿Verdad?

Parpadeé, asintiendo furiosamente.

«*Estoy arruinada*».

Nunca me había gustado hacer mamadas, sin embargo, estaba empezando a pensar que con la pareja adecuada, podría ser mi nueva cosa favorita. Porque tal y como estaba, me sentía como si me fuera a morir si no se la chupaba.

—Tócate el coño para mí —gruñó entre empujones.

Sin dudar, hice lo que me ordenó, metiéndome los dedos en las bragas. Mi sexo estaba resbaladizo. Rodeé mi clitoris, zumbando de placer.

—*Cazzo, Amorina*. Lo estás haciendo muy bien. —Volví a gemir y sus fosas nasales se encendieron—. Tu boca se ve preciosa llena de mi verga.

Empujaba más rápido y yo frotaba mi clitoris palpitante sin pensar, mis gritos ahogados lo alentaban.

Introduje un dedo en mi apretado coño, gimiendo por un orgasmo inminente que amenazaba con estallar como un volcán.

Mis párpados se cerraron.

—Míranos. Observa cómo te unto mi semen, mi zorrita golosa —gruñó.

Me folló la cara con saña, magullándome la boca. Cada empujón de sus caderas nos acercaba más a la liberación.

Bajó la mano y me pellizcó un pezón, y las estrellas estallaron en mi visión. Mi cuerpo se estremeció y mis caderas se sacudieron. El clímax me desgarró mientras él me penetraba la boca.

Nos vi en el espejo. Parecíamos estar deshechos. Manuel vestido con su traje de tres piezas y yo arrodillada ante él con mis bragas negras de encaje. Su mano me agarraba el cabello mientras su semen me llenaba la boca.

Sin previo aviso, sus dedos jalaron mi cabeza hacia delante y, con un último y violento empujón, se enterró aún más. Con la nariz pegada a su piel, sentí que podía correrme otra vez.

Chupé su polla con avidez, tragando hasta la última gota.

Cuando por fin me soltó, me desplomé contra el espejo, con la mandíbula adolorida mientras me esforzaba por aspirar aire fresco. Estaba de pie frente a mí, con la respiración igual de agitada, observándome con una mirada indescifrable.

Me cargó en sus fuertes brazos y chillé, pero su boca encontró la mía, tragándose el sonido y dándome el beso más tierno de mi vida.

—¿Qué haces? —Respiré, con los músculos flácidos mientras me dejaba caer sobre la cama.

—Te estoy recompensando. —Me bajó las bragas por las piernas, me agarró por la nuca y volvió a acercar su boca a la mía antes de murmurarme—: Acuéstate y abre las piernas.

Su mano se deslizó entre mis muslos, introduciéndome dos dedos, y yo dejé caer la cabeza contra las almohadas con un gemido.

Me sacó los dedos y me agarró por detrás de los muslos, enganchándolos en sus hombros.

—Mi turno —gruñó mientras se acomodaba entre mis piernas.

El placer me desgarró al instante, llenándome de un infierno mientras me lamía y chupaba el clítoris. Movié su boca sobre mí, mordisqueándome suavemente mientras yo me aferraba a las sábanas.

Luego arrastró la lengua hacia abajo y empujó dentro de mí, follándome con ella, hasta hacerme perder la cabeza.

Pasé mis dedos por su cabello, tirando de él y apretándome contra su cara.

—Oh... mi... Por favor. —Jadeé.

Se apartó y me besó el interior del muslo.

—Dime lo que quieres —susurró, con el pulgar rozándome el coño. Si bien traté de empujar mis caderas hacia su cara, su agarre era firme.

Nuestras miradas se cruzaron y me mordí el labio con dureza.

—Usa tu lengua, tu polla, lo que quieras. Pero, por el amor de Dios, *fóllame* de una vez.

Sonrió con satisfacción y volvió a metérmela, sustituyendo la lengua por los dedos. Mis piernas se engancharon a sus hombros, su cabeza morena me penetró con pericia, y él gruñó como si estuviera disfrutando de la mejor comida de su vida. Apenas tardó unos minutos en llevarme al límite cuando se aferró a mi clítoris y succionó sin apartar los ojos de los míos.

Me corrí sobre su lengua mientras él seguía lamiéndome, dejándome sin aliento y estremeciéndome.

—Aún no hemos terminado —me dijo entre dientes, dejando suavemente mis piernas inertes sobre la cama.

Al apartarme, le eché un buen vistazo a su pecho bañado en sudor. Dios, este hombre tenía un cuerpo precioso. Músculos esculpidos que avergonzarían a cualquier estatua. Y luego estaba el asunto de su gruesa polla.

Se inclinó sobre mí, apoyándose en su fuerte antebrazo, y utilizó su mano libre para colocar su longitud contra mi palpitante entrada.

En el momento en que empujó la punta dentro de mí, ambos gemimos.

—Cazzo.

—Demonios.

Me sonrió y empujó hasta el fondo, llenándome hasta el fondo.

—No hay vuelta atrás. —Le rodeé el cuello con los brazos y las caderas con las piernas—. Tu coño está hecho para mí.

Apenas me aferraba a la realidad mientras él movía las caderas y me follaba lentamente. Incliné la cabeza y me besó mientras entraba y salía. Gemí en su boca, necesitando más.

—Más fuerte —supliqué.

Me rodeó la garganta con una mano y nuestros ojos se unieron mientras volvía a penetrarme.

—*Ohhhh* —gemí, con los ojos cerrados.

—Mírame cuando te folle, *Amorina* —gruñó, y mis párpados se abrieron, encontrándome con su mirada de ónix. Santos cielos, no aguantaría mucho si seguía hablando así.

Me acercó los labios al cuello, marcándome. Me sujetó la cadera con la otra mano mientras me penetraba una y otra vez, con sus gemidos y los míos en perfecta armonía.

—Puedo sentir tu coño codicioso tomando mi verga tan bien. —Soltó mi garganta, su mano se introdujo entre nuestros cuerpos antes de mover su pulgar sobre mi clítoris—. Tan jodidamente perfecta. —*Embestida*—. Esa es mi chica buena. —*Embestida*—. Toda mía.

El sonido de la piel chocando contra la piel llenó el aire. Yo estaba hecha un lío incoherente, con el coño hinchado y palpitante y los jugos chorreándome por los muslos. Aumentó el ritmo y rodeó mi clítoris hinchado con desenfreno.

Mis músculos se contrajeron alrededor de su pene mientras otro poderoso orgasmo me inundaba.

—*Dio, eres perfetta* —gimió, embistiéndome durante mi orgasmo.

Se corrió con un rugido, chorreando su semen dentro de mí. Podía sentir cómo se retorecía dentro de mi centro palpitante. Me temblaban los músculos por la intensidad y estaba segura de que caminaría de forma rara durante días.

Se desplomó sobre la cama y me rodeó con los brazos, intentando recuperar el aliento. Me tumbé encima de él, disfrutando de su protección y su calor, mientras su mano me recorría la espalda.

Me dio un tierno beso en la boca.

—*Non ti lascerò mai* —murmuró, rozándome la mejilla con la mano.

Fruncí el ceño.

—¿Qué significa eso?

Su boca se curvó perversamente mientras se incorporaba y sus ojos se posaban en mis muslos, donde tenía su semen.

Extendió la mano, pasó un dedo por uno de ellos y dijo:

—El mejor sexo de mi vida. —Luego me llevó el mismo dedo a la boca.

—Lo mismo digo —concerté separando los labios.

Su sabor salado inundó mi lengua mientras chupaba su dedo. Este hombre me había vuelto loca y temía que se estuviera convirtiendo rápidamente en mi adicción.

Sin embargo, su mirada, posesiva y oscura, me decía que no era la única.

—Probablemente debería irme —comenté, de repente incómoda con este momento de afecto. O tal vez fue la expresión de su rostro lo que me puso nerviosa. No sabía qué era, pero mis instintos habituales de huir a la primera señal de intimidad se dispararon.

Su brazo me rodeó con fuerza.

—Todavía no —murmuró—. Esta vez no te vas a escapar.

—La última vez no me escapé. —Ver la mirada de complicidad en sus ojos me hizo sonrojar—. Además, ¿no tienes que hacer trabajo de la mafia?

Se rio entre dientes.

—¿Y qué sabes tú de la mafia?

Me encogí de hombros.

—No mucho, pero sé que no te dan días libres por enfermedad.

Me acercó la cara a la suya y me dio un beso en la nariz.

—Bueno, ahora tengo tiempo libre. Estamos disfrutando el uno del otro.

Levanté una ceja.

—¿Disfrutando el uno del otro?

—Sì.

Deslicé mis manos a su alrededor.

—Quieres decir que quieres más sexo.

Hizo una pausa y su hermosa boca se frunció.

—No, quiero decir que quiero conocerte. No tenemos que tener sexo *solamente*.

Puse los ojos en blanco.

—Ahora sé que me estás tomando el pelo.

—Athena, los hombres italianos no te toman el pelo. —De acuerdo, quizá las cosas se estaban perdiendo en la traducción, pero antes de que se me ocurriera una explicación mejor, cambié de tema.

—Así que, ¿por qué novelas de romance? —preguntó con curiosidad.

—¿Eh? —La cabeza me daba vueltas—. ¿Qué quieres decir?

—¿Por qué escribes novelas románticas? ¿Por qué no *thrillers* o novelas de misterio? —  
Entrecerré los ojos y suspiré—. Anoche me dijiste que soy tu muso.

Ah, eso era cierto. Maldita honestidad de la borrachera.

Me encogí de hombros, carraspeando incómoda.

—No lo sé.

Me estudió durante unos instantes antes de responder.

—Sí que lo sabes.

Negué con la cabeza, tratando de deshacerme del extraño impulso de contarle lo que nunca le había contado a nadie.

Carraspeé.

—Te vas a reír.

—Juro por mi vida que no.

Suspiré, mirándolo a los ojos.

—Me encanta la idea del amor.

Frunció el ceño.

—Explícate. —Luego, como si recordara sus modales, añadió—: *Ti prego*.

—Realmente necesito descargarme Duolingo y empezar a aprender algo de italiano básico —  
refunfuñé.

—Por favor —tradujo.

Me zafé de sus brazos, me llevé las rodillas al pecho y las rodeé con mis manos. Durante un minuto, quizá más, me quedé mirando por la ventana, concentrándome en el cielo azul. Debí darse cuenta de que necesitaba un momento, porque se quedó callado, esperando pacientemente.

—Sé que anoche dije que creo que el amor no trae más que problemas y dolor, sí, recuerdo algunas de mis divagaciones de borracha, pero la verdad es que... nunca he estado enamorada —  
admití finalmente—. Tampoco lo he visto nunca. Bueno, excepto con Reina e Isla, pero incluso así parece tan... intangible. Entonces, para experimentarlo por mí misma, escribo sobre ello.

Versiones de cómo imagino que se siente estar enamorada, supongo. —Parecía ridículo ahora que lo decía en voz alta—. También leo muchas novelas románticas. Me permiten sentir todas las emociones a través de miles de historias diferentes, rompiéndome el corazón para luego recomponerlo con finales felices. —Dejé escapar un suspiro sardónico, agitando las manos con resignación—. Supongo que también es mi escape. Así que, ahí tienes la razón.

Se hizo el silencio y sus ojos oscuros me atrajeron hacia sus profundidades. No podía interpretar su mirada, pero algo en ellos hizo que mi corazón diera un vuelco.

—Créeme, el amor existe. —Me acarició la cara, acercando nuestras narices un suspiro.

Solté una carcajada incómoda.

—Los italianos son unos románticos, no obstante, lamento informarte de que no existe. Y de todas formas, ¿no eras tú quien decía que te aterroriza perder a la gente que quieres? Por qué molestarse en pasar por todo el dolor y la angustia.

—Oh, *Amorina*. Eso es lo que intentaba decirte sobre amar a alguien a pesar del dolor. Y pienso demostrarte exactamente lo que quiero decir.

Entonces chocó su boca contra la mía y el mundo que nos rodeaba se desvaneció. Me olvidé del amor y de la felicidad para siempre entre sus brazos.

Al menos por un momento.

## CAPÍTULO VEINTIDÓS

## ATHENA



**M**i teléfono zumbó con una ráfaga de mensajes y el nombre de Manuel apareció en la pantalla.

Manuel: Sigo pensando en ti.

Manuel: Te echo de menos, Amorina.

Me froté los ojos mientras sonreía como una tonta. Hacía cuatro días que no lo veía, desde nuestra pequeña cita en su *penthouse*, pero seguían llegando mensajes al azar como este.

No pude evitar la emoción que me invadió. El hombre era encantador.

Yo: No te pongas tan dulce conmigo. Echaré de menos a mi hablador sucio.

Manuel: La próxima vez que te vea, prepárate para correrte mientras te lamo 🐱.

Yo: Y yo que pensaba que iba a tener que recurrir a la súplica y dejar que me metieras la polla para recuperar a mi hablador sucio.

Manuel: Prefiero tener tu placer. Así que voy a follarte despacio hasta que me supliques que te deje correr.

Mis labios se separaron y la excitación se disparó a través de mí. Aquel hombre sí que tenía una boca asquerosa.

—¡Alguien encienda la televisión! —gritó Raven a través del pequeño apartamento. Me sobresalté y apagué rápidamente el teléfono antes de dejarlo caer sobre mi regazo. No podía permitir que mis amigas vieran estos mensajes—. ¿Ya está encendida? —vociferó una vez más.

Por supuesto, ni Reina ni yo nos movimos de nuestro lugar en el sofá con lo acostumbradas que estábamos a los extraños arrebatos de Raven. Phoenix estaba en una cita, así que solo éramos las tres en el apartamento. Reina hojeaba una revista de modas, yo estaba en plena fase de revisión de mi último borrador y Raven pintaba en su dormitorio mientras escuchaba un programa en su teléfono. Le encantaba hacer varias cosas a la vez.

Los pasos de Raven retumbaron mientras corría por el apartamento, buscando frenéticamente el control remoto.

—Está debajo de la almohada —notificó Reina, sin molestarse en levantar la vista—. En el

mismo sitio donde siempre lo dejas.

Raven y yo intercambiamos una mirada, pero lo dejamos pasar. Se acercaba su fiesta de compromiso y cada día que pasaba estaba más tensa.

—Athena está en la televisión.

Mis cejas se fruncieron y agité una mano en el aire.

—¿Hola...? Estoy aquí sentada.

Se burló.

—Ja, ja, sabelotodo. *Tus* libros están en la televisión. —Siguió presionando botones, pasando por los canales una vez que la televisión se encendió.

—Vete a la mierda, ¿nuestro plan funcionó de verdad? —Reina levantó la cabeza.

—*Mi* plan funcionó —afirmó Raven con orgullo—. Ustedes simplemente ayudaron con la ejecución.

—No hay yo en equipo —señaló Reina, sonriendo suavemente.

Salté del sofá, apenas atrapando mi *laptop* antes de que golpeará el duro piso de madera.

—¿Pueden discutir de quién fue la idea más tarde? —dije, intentando quitarle el control remoto a Raven—. ¿Qué canal? ¡Rápido!

Una vez que lo encontramos, todas miramos asombradas mientras el corazón se me aceleraba en el pecho. La locutora era una mujer entusiasta con las mejillas sonrojadas y una amplia sonrisa en la cara mientras hablaba maravillas del libro.

*Manhunting, de A.K. Mystique, ha batido récords de ventas...*

*En la lista de los libros más vendidos de France Today...*

*Una novela apasionante con una generosa dosis picante...*

—Dios mío —susurré—. Es mi libro. Vendieron todos los ejemplares que metimos de contrabando.

—Y sacaron un buen beneficio teniendo en cuenta que los consiguieron gratis —comentó Reina.

Raven resopló.

—¿A quién le importa? Este es el empujón que Athena necesitaba.

*Las librerías esperan una lista de pedidos...*

*Que llegarán en los próximos dos días...*

*Cuidado, Francia, las mujeres de París están “manhunting”...*

Las chicas me abrazaron mientras se me salían las lágrimas de felicidad. Nos reímos y saltamos de alegría.

—Tenemos que celebrarlo —anunció Raven—. Hace tiempo que deberíamos haber recibido buenas noticias. Emborrachémonos.

Nos servimos vino, chocamos las copas y brindamos.

—Por los libros picantes, el asesinato y...

Reina se detuvo y buscó la palabra adecuada, así que añadí:

—Y por el amor.



La fiesta de compromiso de Reina no fue un acontecimiento feliz, ya que la tensión hervía entre todos los hombres que asistían con el ceño fruncido.

Mi pequeña aventura secreta con Manuel y todas las incógnitas que rodeaban a la *Tríada* me tenían en un estado de nervios. Odiaba tener secretos con mis amigas, pero ya tenían bastante con lo suyo. No necesitaban mi mierda además de la suya.

Necesitaba la protección de Manuel. Sería una tonta, o increíblemente ignorante, si pensara que el reciente ataque había sido algo aislado, sabía que era más que eso. Su encanto era imposible de resistir, y no podía negar la química ardiente. Me arrastró aún más hacia sus llamas, y yo estaba demasiado dispuesta.

Racionalmente, sabía que no lo conocía lo suficiente como para pensar en la palabra con A. Irracionalmente, quería creerle cuando me prometía que sería para siempre.

No tenía sentido.

Nunca me había sentido más en casa o como yo misma con nadie más. Las capas que había mantenido apretadas alrededor de mi corazón se estaban derritiendo poco a poco, dejándome desnuda a su alrededor. La sensación encendió algo peligroso y delicioso dentro de mí.

El otro día, cuando lo dejé, Manuel me había advertido de que quizá tuviera que esconderme si su búsqueda de información seguía sin dar resultados. Me había resistido a la idea, pero sabía que no había remedio. Después de todo, mamá y yo tuvimos que hacer lo mismo cuando la *Tríada* nos atacó y casi me quema viva.

Me di unos golpecitos en el pecho para liberar parte de la presión que pesaba sobre él.

Una cosa era cierta: empezaba a confiar en Manuel. A confiar de *verdad* en él. Se desvivía continuamente por mantenerme a salvo y, de algún modo, tenía la sensación de que me comprendía mejor que nadie.

Le prometí que si la amenaza persistía, me escondería después de la fiesta. Ya había hecho concesiones cuando acepté su insistencia en tener vigilancia las veinticuatro horas del día, y aunque al principio me mostré renuente, sabía que era necesario.

Una vez que llegamos al lugar de la farsa de fiesta de compromiso de Reina con aspecto de fenómenos de circo con nuestros vestidos multicolores, por fin me relajé. Contemplé los relucientes suelos de mármol y los altísimos techos adornados con brillantes candelabros. El lugar era impresionante y, como era de esperar, pertenecía al imperio Marchetti.

—Es un espacio increíble —le murmuré a Raven, que parecía muy aburrida.

Ella se encogió de hombros.

—Estoy lista para que este espectáculo de mierda termine. —Señaló hacia el bar—. Vamos a tomar algo.

Sentí una mirada que me quemaba la espalda y no había duda de quién era. Me di la vuelta lentamente y me encontré con los ojos oscuros de Manuel, clavados en mí.

Se me secó la boca.

Estaba guapísimo con su traje de tres piezas de diseñador. Su atractivo rostro tenía la sombra de las cinco de la tarde y los bordes de su boca estaban ligeramente curvados.

—Adelántate tú —le indiqué a Raven, que ya se dirigía al bar—. Estaré allí en un segundo.

Manuel acortó la distancia que nos separaba en menos de cinco zancadas. Sus dedos me rodearon la muñeca, me arrastró hasta una esquina y me hizo girar, presionando mi espalda contra la pared y apoyando sus manos a ambos lados de mis hombros.

Mi respiración se entrecortó, los sonidos de la fiesta se ahogaron contra el tamborileo de mi

propio corazón.

Me pasó los labios por el cuello como si me estuviera bebiendo.

—Vienes a casa esta noche conmigo —me murmuró la orden a mi oído. Su voz grave y áspera me estremeció antes de pellizcarme el punto sensible y pasarme la lengua por encima para aliviar el escozor—. Voy a follarte tanto. Que no podrás caminar derecha.

Gemí, hundiendo los dedos en su cabello, mientras él me besaba la piel. Estaba dispuesta a dejar que me follara aquí mismo, en este pasillo, arriesgándome a que me descubriera. El corazón me latía con fuerza en el pecho y los pezones me apretaban contra la fina tela de mi ridículo vestido.

Esta reacción hacia él era realmente enfermiza.

Tirando la cautela al viento, incliné la cabeza hacia atrás y lo miré directamente a los ojos.

—¿Qué tal si me das una muestra de esa amenaza, *Paparino*? —pregunté, inclinando la barbilla en señal de desafío.

Su olor me envolvía y tenía tantas ganas de inclinarme hacia él. Besar lo y tocarlo. Dejar que me poseyera.

Como si pudiera leer mis pensamientos, sus labios chocaron contra los míos, el destello de fuego consumiéndome y encendiendo este deseo. Me arqueé hacia él mientras una de sus manos abandonaba la pared y se deslizaba desde mi espalda hasta mi trasero, acariciándolo y empujándome hacia él. Me apreté contra el largo y duro bulto de sus pantalones, frotándome descaradamente contra él.

Un profundo gemido vibró en su garganta, bajó la mano y me recogió el vestido. Me lo subió por las piernas y lo apretó contra su mano, deslizando los dedos por debajo de mi tanga de encaje.

Se apartó y me miró a la cara mientras sus dedos rozaban mi clítoris hinchado y palpitante. Jadeé y me estremecí cuando me pasó el pulgar por encima. Sus pupilas estaban dilatadas, el hambre acechaba en ellas.

Me introdujo un dedo largo y chillé, pero por suerte me tapó la boca con la suya, amortiguando el sonido desesperado.

Sus dedos y su pulgar se movieron a la vez, y mis caderas se agitaron mientras me apresuraba a encontrar la liberación. Las chispas brillaban tras mis párpados cerrados y yo jadeaba, arqueándome contra él, con mis pechos rozando su traje.

Mis movimientos eran frenéticos y desesperados mientras me agarraba descaradamente a su mano. Lo había visto hacía menos de una semana, pero tenía en la punta de la lengua decirle que lo echaba de menos.

—Jesucristo, ¿están todas las esquinas ocupadas en este lugar? —Me quedé helada al oír una voz masculina teñida de humor—. Primero Dante, ahora tú. Tal vez debería quedarme en medio de la sala de recepción.

Parpadeé mirando a Manuel mientras la agitación se deslizaba por él en olas heladas. Su mano aminoró la marcha, aunque no se detuvo. El foco de la pared a mi izquierda nos iluminaba ligeramente, pero aun así él inclinó su cuerpo para que quedara doblado sobre el mío, manteniéndome fuera de la vista de los curiosos.

—Piérdete, Cesar —gruñó—. O juro por Dios que te dispararé.

Tardé unos segundos en comprender que el hombre que nos interrumpía era Cesar, el guardaespaldas de Dante Leone. La vergüenza me invadió.

—Qué original —replicó Cesar, riéndose mientras se alejaba.

Pero el momento se había perdido y Manuel gruñó, apartando sus toques de mí centro.

Levantó los dedos y me los pasó por los labios antes de besarme ferozmente.

—*Siempre* cumplo mis amenazas —murmuró en mi oído—. Delicioso —tarareó en señal de aprobación, lamiendo la excitación de sus dedos antes de inclinarse hacia mí y posar sus labios sobre los míos—. Ya nada ni nadie me alejará de ti, *Amorina*.

Se me revolió el estómago. Y cuando me tomó de la mano, llevándome de vuelta a la sala principal, supe que estaba en problemas.

## **CAPÍTULO VEINTITRÉS**

## MANUEL



La mayor parte de la *Omertà* estaba aquí, pero toda la atención se centraba en las cinco mujeres que iban vestidas con prendas que yo imaginaba que fueron diseñadas para cegar a cualquiera que pusiera los ojos en ellas.

Sin embargo, no era eso lo que me molestaba. Era el hecho de que Athena llevara el vestido más ceñido, dejando que varias docenas de ojos lascivos contemplaran su ración de curvas que me pertenecían a mí y únicamente a mí.

Y luego estaba el imbécil de Cesar, que sonreía como un jodido idiota e incluso intentó chocarme el puño. *Lo stupido.*

Opté por una copa de coñac del bar, dándole la espalda y obligándome a bajar mi pulso mientras él se reía alegremente.

—¿Por qué parece que alguien pasó por encima de la tumba de tu madre? —inquirió Enrico mientras se apoyaba en la encimera del bar.

—Es aún peor. —Rechiné los dientes—. Tengo muchas ganas de pegarle un tiro al cabrón, pero este compromiso ya está bastante condenado sin empezar una guerra.

Enrico soltó una risita.

—Me alegra escuchar que estás siendo razonable.

Un soplo sardónico me abandonó y dije en un tono lleno de sarcasmo:

—Vivo para tu aprobación.

—Llamó *Danil Popov* —informó, cambiando a un dialecto italiano que solía ser difícil de seguir para la gente.

—¿Un cargamento? —pregunté, sabiendo muy bien que solo estábamos en contacto para vigilarlos a él y a Soren. Mantén a tus amigos cerca, pero a tus enemigos más cerca.

—Parece que hay un problema con él.

Me pellizqué la nariz.

—Me sorprende. El hombre suele ser irritantemente eficaz.

—¿Estás de mal humor otra vez? —bromeó, y le lancé una mirada de advertencia—. Pronto tendrás a tu novia, así que eso debería alegrarte.

Giré la cabeza y entrecerré los ojos.

—¿Pretendes estar en mi lista negra?

—Siempre, *zio mio*. Nunca imaginé que sería tan divertido. La venganza es una perra. —Ciertamente lo era—. En fin, volvamos al cargamento. ¿Quieres que me encargue?

Estaba tan tenso que probablemente habría sido más inteligente dejar que Enrico se encargara, mas necesitaba desahogarme.

—Yo lo haré —le dije—. ¿Vamos a seguir comprándole mierda a Danil Popov?

Se encogió de hombros.

—Quiero tantearlo un poco más.

—Tu mujer no apreciará que le metas mano a otro —me burlé.

—Isla nunca tendrá que preocuparse por eso. —Se rio entre dientes.

Ninguno de los dos creía en el engaño. Si no, ¿qué sentido tenía casarse? Me quedé paralizado, la pregunta generó una respuesta que nunca pensé que me habría planteado.

Volví a centrarme en Athena, apretando el vaso que tenía en la mano. Estaba de pie ante una mesa alta y redonda, con Phoenix Romero y Tatiana Nikolaev a su derecha e Isla y Raven a su izquierda.

El marido de Tatiana estaba unos pasos detrás de ella, vigilando a la multitud y hablando con Boris, uno de sus hombres. Ella le lanzaba miradas de vez en cuando hasta que finalmente se acercó a él, le rodeó el cuello con las manos y sonrió mientras él le susurraba algo al oído.

Sacudí la cabeza.

Ahora lo había visto todo. Illias Konstantin susurrando cosas dulces a su mujer.

Un camarero se acercó a Athena, sonriendo ampliamente, y le ofreció una copa. Apreté con fuerza el vaso que tenía en la mano. Raven e Isla soltaron una risita. Athena le dirigió una sonrisa reservada y el camarero dijo algo, y yo vi cómo ella seguía su mirada hacia Cesar. El camarero se alejó mientras Athena miraba a Cesar con la boca abierta, con las mejillas sonrojadas incluso bajo la tenue luz del local.

Entonces Cesar levantó su propia copa, saludándola.

¿Ese pedazo de mierda se atrevió a mandarle una copa a mi mujer? El vaso que tenía en la mano crujió y vi rojo. Sí, si no salía de aquí y me ocupaba de esta mierda de Popov, iba a reventar de la tensión.

## **CAPÍTULO VEINTICUATRO**

## MANUEL



**E**stacioné mi Mercedes Benz Clase G y entré en el almacén donde nuestros hombres estaban descargando los contenedores.

Danil Popov estaba descansado contra la pared, con un pie apoyado en ella, mientras tecleaba en su teléfono. Dos de sus hombres estaban a su lado; uno de ellos era el infame Soren, con una horrible cicatriz en la cara, mientras que el otro estaba cerca de las cajas, discutiendo con Umbrio, mi mano derecha, y uno de sus ayudantes.

Ladeé la barbilla hacia los contenedores que quedaban en el camión.

—¿Qué pasó con el cargamento?

—Uno de mis hombres la jodió —dijo Danil, encontrándose con mi mirada—. No te preocupes, está muerto.

—Espero que no sea su primera metida de pata.

La mirada seca que me dirigió me dijo que Danil no daba segundas oportunidades.

—¿Das el mismo trato a los familiares que la joden? —pregunté secamente.

—A veces.

En las familias italianas, los negocios eran importantes, pero la familia lo era aún más. No creía que Danil siguiera el mismo código. Era una buena forma de conocer a la familia Popov.

Si por mí fuera, Athena nunca se cruzaría con sus medios hermanos ni con su padre. Su madre podría ser una idiota, pero los Popov eran unos hijos de puta crueles.

—¿Cuántas cajas están estropeadas? —inquirí.

Cuanto antes acabara con esto, más pronto podría volver a la fiesta y dejar París con Athena.

—Cuatro. Tendré las municiones de repuesto dentro de dos semanas.

Volví a mirar a Umbrio, que normalmente se encargaba de nuestros cargamentos de armas.

—¿Cuándo prometimos entregarlas a nuestro cliente?

—El viernes.

Me dirigí de nuevo a Danil.

—Necesito las municiones correctas en cinco días.

Ni siquiera se inmutó, sus fríos ojos azules me estudiaron.

—Bien, que sean cinco días —replicó y asentí, dándome la vuelta para marcharme cuando sus siguientes palabras me detuvieron—. Athena Kosta, ¿la conoces?

Forcé una expresión neutral en mi rostro.

—¿Qué te hace pensar que la conozco?

Danil se encogió de hombros, volviendo a prestar atención a su teléfono y aparentando no inmutarse. Sabía que era una máscara.

—¿No es amiga de Isla Marchetti, la nueva miembro de tu unida familia?

El tic muscular de su mandíbula me dijo que estaba más atento a esta conversación que a lo que estuviera escribiendo en su teléfono.

—Es difícil saberlo —dije justo cuando sonó mi teléfono—. Tiene muchas amigas.

Levantó la cabeza, evaluándome. La expresión de su rostro me hizo saber que estaba molesto. Sin embargo, los Marchetti no bailábamos al son de los Popov y nunca lo haríamos.

—Nos estaremos viendo —aseveró con seguridad mientras sacaba las llaves del bolsillo y salía del almacén. Mi teléfono sonó insistentemente, mostrando el nombre de Enrico. Quizá necesitaba asegurarse de que yo no había matado a Danil. Dejé sonar el teléfono mientras me ponía al volante y lo arrojaba al asiento del pasajero.

Ya me pondría al día con él más tarde. Ahora mismo, me dirigía a darle una lección a cierto italiano sabelotodo.

## **CAPÍTULO VEINTICINCO**

## MANUEL



—La próxima vez que le mandes un trago a mi mujer, te mato. Lentamente. Dolorosamente —gruñí en cuanto Cesar abrió la puerta del club Leone donde los jóvenes cabrones solían pasar el rato.

Había sido una noche jodidamente larga, empezando por la fiesta de compromiso que acabó con una prometida desaparecida. Amon Leone probablemente había secuestrado a Reina, y quién demonios sabía lo que Dante haría a consecuencia de ello.

Cesar apoyó un brazo en el marco de la puerta, se pasó una mano por la boca y contuvo una sonrisa.

—No estoy seguro de saber de qué estás hablando —argumentó, aparentemente dándose por vencido mientras me dedicaba una sonrisa de oreja a oreja—. Después del aburrido compromiso, en el que me ocupé de mis asuntos, me marché y decidí hacer algo de trabajo en este club. No se enviaron bebidas a tu mujer.

—Mentira.

—¿Te importaría explicarte?

Mi voz era fría, mas dejé que se calentara en los bordes sugestivamente cuando dije:

—¿Qué tal si encuentro una manera de dejarlo jodidamente claro entregando tu cabeza en una caja a los Leone?

—¿Tenía tu nombre tatuado en la frente? No, señor, no lo tenía. —Las agallas de este tipo—. No vi tu anillo en su dedo —agregó—. Por lo tanto, no envié nada a tu mujer. Por lo que sé, Athena está soltera y sin compromisos.

—Al diablo que lo está. Tócala y estás muerto.

Sus ojos brillaban peligrosamente, aunque no importaba porque nunca me ganaría. Mi experiencia superaba su juventud e impulsividad. Estaría muerto antes de pestañear.

—Sabes, si alguien más me amenazara con matarme, lo destriparía antes de que pudiera volver a respirar. Pero como te conozco y eres gruñón por naturaleza, lo dejaré pasar. No puedes evitarlo; estás perdidamente enamorado de la hermosa griega.

En todos mis cuarenta y cinco años, nunca había amenazado en nombre de una mujer. Tampoco había sentido nunca esa feroz sensación de protección. No obstante, cuando se trataba de Athena, no reaccionaba como de costumbre.

—A menos que no te interese y ella esté disponible para...

La irritación se desplegó en mi pecho y mi mano se movió para alcanzar el arma en mi funda. Antes de que pudiera terminar la frase, grité—: Métetelo en tu dura cabeza: no está disponible ni para ti ni para nadie.

Soltó un suspiro divertido y se cruzó de brazos.

—¿Sabe ella que es tuya?

—Eso no es asunto tuyo.

—Deberías saberlo, ese grupo de amigas... son un gran dolor de cabeza.

—Tengo *grappa* y aspirinas para eso —solté, con fuego ardiendo en mi sangre. Esa mujer estaba tan metida bajo mi piel que ni siquiera la cirugía láser podría sacarla—. Así que no se preocupen tú y tus cincuenta personalidades por Athena y mis dolores de cabeza.

Necesitaba sacar a Athena de Francia y llevarla a mi *castello* en Italia. La ataría a mi cama y la haría correrse una y otra vez hasta que estuviera demasiado agotada para pensar en otro hombre.

Una expresión de suficiencia pasó por las afiladas facciones de Cesar.

—Estaremos esperando una invitación de la boda pronto.

Casarme con Athena sonaba cada día mejor. Culpé a Enrico por plantar esa maldita semilla. A este punto, era un acuerdo que estaba considerando seriamente. Si la hacía mía, el mundo sabría que estaba fuera de los límites y bajo la protección del apellido Marchetti.

Me ajusté las mancuernillas.

—No vuelvas a joderme, Cesar, o verás cómo me las arreglo con los imbéciles que me hacen encabronar. *Capisce?*

Levantó una comisura de los labios.

—Fuerte y claro. —Asentí y me di la vuelta para marcharme al mismo tiempo que él añadía —: Aunque es una pena. He escuchado que las mujeres griegas son *salvajes*, incluso más que las italianas.

Al carajo.

—Una última cosa.

—¿Sí?

Eché el brazo hacia atrás y le arranqué la sonrisa de la cara de un puñetazo al imbécil. Cesar se limpió la sangre del labio inferior, echando la cabeza hacia atrás y riéndose como un maldito loco.

—Algún día me vengaré —afirmó, con los ojos encendidos de diversión.

Sin embargo, no sería hoy.

# CAPÍTULO VEINTISÉIS

## ATHENA



Era casi la una de la madrugada cuando escuché un débil golpe.

Me senté en la cama y cerré el libro que tenía en la mano, escuchando. Justo cuando estaba a punto de atribuírselo a mis compañeras de apartamento, volví a escucharlo, pero esta vez provenía de la ventana.

—¿Manuel? —susurré, con las cejas fruncidas. Esperaba que me llevara después de la fiesta de compromiso y me sorprendió que se marchara bruscamente y que aún no hubiera venido a buscarme.

Me sentí casi... decepcionada.

No obstante, en el fondo sabía que estaba siendo estúpida, la idea de que fuera Manuel el que estaba en mi ventana era sin duda otra de mis fantasías delirantes. Como una versión patética de *Romeo y Julieta*. El hombre no escalaba ventanas; forzaba cerraduras y entraba directamente.

Sacudí la cabeza sutilmente y dejé caer el libro sobre la cama, me deslicé por el frío suelo y me acerqué a la ventana, con el corazón rebotándome en el pecho.

Me quedé allí, entrecerrando los ojos en la noche, y me maldije internamente por no ver bien en la oscuridad. Únicamente distinguía sombras.

Estaba mirando a través del cristal ligeramente empañado cuando me quedé helada. Había hombres ahí afuera. Varios.

Se me heló la sangre.

Si tenía alguna posibilidad de salir de esta con vida, necesitaría estar alerta. No podía creer que la *Tríada* estuviera irrumpiendo en mi habitación. Otra vez. Realmente tenían que trabajar en su creatividad. Pensaba que se les ocurriría algo original.

Me dirigí hacia mi teléfono que estaba en la mesita de noche, pero cuando llegué, se escuchó un estruendo. Me di la vuelta y tres hombres enmascarados habían irrumpido en mi dormitorio empuñando espadas. *Unas malditas espadas*, como si fuera una maldita película de *ninjas*.

«*Tengo que correr. Mierda, ¿dónde están las chicas?*».

Si pudiera alejarlos, las chicas no estarían en peligro. ¿Debería gritar por ellas, o eso las pondría en peligro? Y Phoenix... Mierda, nunca me escucharía. Tal vez debería agarrarlas y correr.

Lo único que podía esperar era que los guardias de Manuel estuvieran allí para rescatarnos, porque no teníamos ninguna posibilidad de enfrentarnos a tres hombres entrenados. *Gigantes*, por su aspecto.

Estaba a punto de correr hacia la puerta de mi habitación cuando uno de los hombres agitó su espada.

—Yo no lo recomendaría. —Su espada se clavó en mi mesita de noche, partiéndola por la

mitad.

«¿*Voy a morir?*». El pensamiento resonaba mientras mi corazón gritaba que no estaba preparada. Con el corazón golpeándome la caja torácica, me quedé helada, mirándolos fijamente mientras todos mis instintos me gritaban que corriera y me escondiera.

Era como si alguien hubiera presionado pausa en mi vida, y todo lo que podía hacer era ver a esos hombres enmascarados prepararse para rebanarme con sus espadas, acabando con mi vida que apenas había comenzado.

Toda la escena me parecía surrealista, y medio esperaba que Raven viniera corriendo a despertarme de esta pesadilla. Sin embargo, nadie vino. ¿Se habían ido ella y Phoenix después de que Isla y su familia nos dejaran? Eso esperaba, por su bien.

Vi cómo uno de ellos se acercaba a mí, con los ojos encendidos de ira, y lo único que pude hacer fue mirar fijamente, con los pies pegados al suelo.

El enmascarado se acercó.

Un paso. Dos pasos. Tres pasos.

Mi vida pasó ante mis ojos. Aquellos años con mi madre, viajando por el mundo de escenario en escenario. Nuestros baños matutinos en el mar Egeo. Nuestros años en Estados Unidos, cuando devorábamos hamburguesas y helados mientras veíamos tontas comedias románticas. Ella me decía que todo era un cuento de hadas; yo le decía que quería ser la princesa de esos  *finales felices para siempre*  y ella sonreía con una mirada triste.

Esas eran las cosas que me habían formado. Pequeños acontecimientos que se sumaban para formar algo grande, algo  *importante* .

La presión exprimía el oxígeno de mis pulmones, amenazando con asfixiarme aquí y en ese instante.

Estaba frente a mí, con la fría hoja de su espada contra mi cuello. El odio que brillaba en sus ojos oscuros me hizo retroceder.

—Veintitrés años. —Su aliento caliente me recorrió la cara, haciendo que se me revolviera el estómago. Mis ojos se clavaron en el tatuaje familiar de su mano, justo entre el pulgar y el índice —. Después de veintitrés años, por fin podré vengar su muerte.

—¿Su muerte?

—Así es.

Fruncí el ceño. Era incapaz de apartar la mirada de aquel monstruo.

«¿*De quién?*», quería preguntar, pero no encontraba mi voz. Sabía que una palabra equivocada podría costarme la vida.

—Me la prometieron y tu asquerosa existencia me la arrebató.

—Deja de hablar, idiota —espetó el otro enmascarado, con voz tensa—. Era mi hermana pequeña, ni siquiera la conocías. Ahora cierra el pico y agárrala para que podamos largarnos.

El tamborileo de mi corazón alcanzó su punto culminante y, antes de que pudiera formarme otro pensamiento, mi mundo se volvió completamente negro.

## **CAPÍTULO VEINTISIETE**

## MANUEL



**S**upe que algo andaba mal en cuanto llegué al edificio y vi a mis hombres muertos en el callejón.

Abrí la puerta de golpe y salí de un salto. Entré corriendo al edificio y subí los escalones de dos en dos. No me molesté en forzar la cerradura. En lugar de eso, saqué mi pistola, enrosqué el silenciador, un suave sonido *pop*, y una bala había atravesado la cerradura, la puerta cayendo abierta.

Corrí por el apartamento oscuro y vacío. Hacía apenas unas horas que habíamos dejado aquí a las mujeres. ¿Dónde estaban todas? Continué en dirección a la habitación de Athena y me detuve en seco.

Mi hermosa chica yacía inconsciente mientras un hombre enmascarado la estaba atando, sin preocuparse por su cuerpo inerte. La sacudía de un lado a otro y su cabeza golpeaba repetidamente la madera.

Una niebla roja cubrió mi visión.

No podía pensar, la ira era tan intensa y violenta que me abalancé hacia la habitación con un rugido. Me volví loco, empeñado en destruir todo a mi paso. *Porca puttana!* Haría que esos imbéciles se arrepintieran de haber puesto sus ojos en ella.

—Tócala otra vez y te despellejaré vivo.

Los hombres se sobresaltaron, pero antes de que pudieran reaccionar, disparé al primer enmascarado en la cabeza. Siguió una sarta de maldiciones chinas que me indicaron que eran de la *Tríada*. A lo lejos escuché el ruido de un coche, pero me centré en el peligro inmediato.

Avancé, con el arma apuntando a los hijos de puta.

—Bajen sus espadas o disparo. ¡Ahora mismo, carajo!

Uno de los hombres agarró a Athena por el cuello y arrastró su cuerpo inerte por el suelo.

Apreté el gatillo y le di al enmascarado en el pecho. Pero el cabrón debía de llevar un chaleco antibalas, porque apenas se tambaleó hacia atrás. Apunté al segundo tipo y disparé. La sangre salpicó su brazo.

El hombre que parecía ser el líder dio una orden.

—Retírense.

Disparé de nuevo, atravesando la pierna del hombre que arrastraba el cuerpo de Athena. Otro rugido llenó el espacio.

—¡No te la llevarás contigo! —grité.

Los enmascarados intercambiaron unas palabras y se dieron la vuelta, saltando por la ventana y adentrándose en la oscura noche.

Con la adrenalina a tope, corrí por la habitación antes de arrodillarme ante el cuerpo

desplomado de Athena.

Todavía con la pistola en la mano, sin confiar en que la *Tríada* no volviera, acuné su rostro.

—*Amorina...* despierta. —Para mi alivio, sus ojos se abrieron y solté el aliento que había estado conteniendo desde que llegué y descubrí que se estaba desarrollando mi peor pesadilla.



## ATHENA

Una voz familiar me sacó de la inconsciencia. Cuando abrí los ojos, vi unos hombros y un pecho anchos, enfundados en un traje Brioni de tres piezas. Y entonces reconocí lentamente la oscura mirada llena de preocupación que me observaba.

—*Dio mio*, casi me da un infarto.

Se inclinó más hacia mí, su aroma me llenó los pulmones e inhalé con avidez.

—A tu edad, no es improbable.

El borde de su boca se levantó ligeramente.

—Me alegra ver que aún conservas el sentido del humor.

Solté un suave bufido.

—Esos *ninjas* no rompieron mi espíritu la última vez y seguro que no lo aplastarán esta vez.

Arrastró el dorso de sus nudillos por mi mejilla.

—De acuerdo, *Amorina*, tenemos que largarnos de aquí.

Negué con la cabeza.

—Raven y Phoenix. Quiero revisar sus habitaciones. —Sus cejas se fruncieron y la alerta se disparó a través de mí—. ¿Qué? ¿Les hicieron daño? Phoenix no puede oír y...

Apreté su boca contra la mía para silenciarme.

—No hay nadie en este apartamento.

Sentí un gran alivio.

—¿En serio?

—Sí. —Era el mejor resultado que podía esperar. Se metió la pistola en la cintura, en la parte baja de la espalda, y luego, como si ni siquiera me tuviera en sus brazos, se levantó sin esfuerzo—. Te mostraré.

Y por supuesto, yo era la única en el pequeño apartamento que había visto años de travesuras, risas, desamores, secretos y una amistad que nos uniría para siempre.

—Nunca pensé que me alegraría de decir que me da gusto que esas dos no estén aquí —murmuré—. Aunque me pregunto adónde habrán ido. Volvimos juntas y nos fuimos todas a nuestras habitaciones después de la estúpida fiesta de compromiso.

Manuel se encogió de hombros.

—Quién sabe, pero probablemente sea lo mejor que no estén aquí.

Lo miré a los ojos.

—¿Por qué me cargas?

—Acabas de tener una experiencia traumática y...

Solté un suspiro exasperado y me zafé de su agarre.

—Ya estoy mejor. Bájame. —Me negué a ser una débil damisela en apuros, aferrándome a su hombre. Mi hombre. Mierda, eso sonaba perfecto.

—No.

Lo empujé.

—Manuel, bájame. —Me miró y nos quedamos observándonos el uno al otro durante varios segundos. Se me secó la boca cuando el familiar tirón entre nosotros cobró vida, mas me mantuve firme—. Por favor.

—Nos vamos de aquí.

No fui tan estúpida como para discutir esa idea tan lógica con él. Sabía cuándo era el

momento de tirar la toalla.

—De acuerdo —concedí—. Pero me iré caminando de aquí.

Debió de considerar sus opciones, porque finalmente me dedicó una sonrisa ladeada que derretiría el más duro de los corazones.

Me apretó la mano, calentándome el pecho.

—Estaré a tu lado todo el tiempo, *Amorina*.

No pude evitar devolverle el gesto con una suave sonrisa.

—Admítelo, *Paparino*, te gusta tomarme de la mano.

Su expresión se volvió depredadora, como la de un lobo a punto de devorarme.

—Claro que sí, y quiero que todo el mundo lo sepa. —Su mirada brilló en la oscuridad, prometiendo cosas pecaminosas que hicieron que mi corazón se estremeciera.

Volví corriendo a mi habitación, tomé una bolsa y metí en ella algunas cosas esenciales. Observé mi espacio por última vez y sentí una oleada de exasperación al ver la mesita de noche destrozada. Como si nada, Manuel apareció junto a mi hombro y pareció comprender, porque recogió los trozos de madera y los metió en el fondo del armario. Luego se echó el bolso al hombro y salimos del pequeño apartamento.

Afuera en la acera, nos encontramos con mi medio hermano, Danil Popov. Las fotos que había visto no le hacían justicia. Llevaba unos pantalones de lino *beige* y una camiseta ajustada, con un aspecto sofisticado y nada amenazante. Aunque Danil Popov era guapo por méritos propios, emanaba de él un elemento de autoridad y peligro.

Estaba de pie junto a un hombre, probablemente su guardaespaldas, teniendo en cuenta que era enorme y llevaba una pistola asomando por debajo de la chaqueta. Llevaba un traje oscuro y se erguía como una pared de ladrillos. La cicatriz que le recorría desde la sien izquierda hasta la mandíbula no estropeaba sus magníficos rasgos.

—Vaya, vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —saludó mi medio hermano mientras cada fibra de mi ser se estremecía de asombro.

Nunca pensé que lo conocería a él ni a nadie de su familia. De hecho, no quería conocerlos, me parecía perfecto no cruzarme nunca con ellos. Sin embargo, parece que el destino no fue tan amable porque lo arrojó en mi camino.

—¿Qué haces aquí? —solté, pero todos me ignoraron. La mirada de Danil se clavó en Manuel.

—Te hice una pregunta, Marchetti.

El rostro de Manuel se endureció en una expresión aterradora, una que nunca había visto antes, ni siquiera cuando se enteró de quién era mi madre.

—Cuidado, Popov, o podrías quedarte sin territorio.

Caramba.

El momento se alargó mientras se miraban el uno al otro.

—Y así me agradeces que haya sacado los cuerpos, a tus hombres, de la calle.

Fruncí el ceño, sin entender lo que quería decir.

—Nadie te lo pidió, Popov.

La fría furia se extendió en oleadas, chocando entre los dos hombres. El silencio se prolongó y contuve la respiración hasta que los ojos de Danil se clavaron en mí.

—Se suponía que no debías dejarte arrastrar a este jodido mundo de la mafia, Athena Kosta. Alexandra debería haber hecho un mejor trabajo para mantenerte a salvo.

Me quedé inmóvil.

Sabía mi nombre. ¿Sabía que yo era su hermana? ¿Y cómo sabía que Alexandra era mi

madre? Hasta donde yo sabía, ella me había mantenido en secreto para el mundo.

Sin embargo, había algo que estaba claro por el tono de Danil, no le agradaba mi madre.

Quizá también me odiaba a mí. ¿Podría estar detrás de lo que acababa de ocurrir con los enmascarados? La ira ardió en mi pecho ante la sugerencia de semejante traición.

«*No saques conclusiones precipitadas*».

—¿Qué quieres decir? —Respiré, algo familiar en sus palabras. Se me erizó la piel mientras se hacía el silencio. Él sacudió sutilmente la cabeza y volvió a mirar a Manuel, pero yo no iba a tolerarlo. Di un paso adelante, negándome a apartarme de su imponente figura, y repetí—: Te hice una pregunta.

Danil se acercó, pero Manuel fue más rápido. Apuntaba a mi medio hermano con su pistola.

Para mi sorpresa, Danil parecía más divertido que enfadado.

—Eres valiente, Athena. Eso es bueno. Lo necesitarás.

Mi ceño se frunció ante el extraño comentario.

—¿Por qué?

De nuevo me ignoró y dirigió una fría mirada a Manuel.

—A menos que estés dispuesto a dispararme, te sugiero que guardes esa pistola.

Manuel se puso rígido, emanando de él furia y poder, y de repente el ambiente se volvió ártico. Temí que hubiera un tiroteo en toda regla aquí y ahora si no nos marchábamos.

—Discúlpennos, caballeros. —Les dediqué una sonrisa cortés y apreté la mano de Manuel. Me dio el valor que necesitaba. No era tonta si pensaba que no eran capaces de sembrar el terror sobre nosotros, hermanos o no. El brillo duro y peligroso de sus ojos me puso los nervios de punta.

—Me encanta que me den la razón, Manuel —pronunció Danil con tono frío—. Creía que no conocías a Athena Kosta.

Espera, ¿qué? Danil Popov le preguntaba a Manuel por mí. ¿A qué venía eso?

—Danil. Soren. —Bajó la barbilla hacia ambos hombres—. Aunque me alegro de verlos, es hora de que nos vayamos. —Estaba claro por el tono de Manuel que no era un encuentro agradable en absoluto.

—No hemos terminado aquí. Quiero saber por qué no fuiste sincero conmigo antes —demandó Danil, pasándose la lengua por los dientes como si estuviera agitado.

Pero antes de que Manuel pudiera responder, yo intervine.

—Manuel y yo coincidimos en Tinder. Estábamos a punto de tomar una cena tardía hasta que ustedes dos nos interrumpieron groseramente.

Era tan absurdo y descabellado que casi esperaba que todo el mundo se echara a reír. No lo hicieron, mas sus expresiones indicaban claramente que pensaban que estaba diciendo estupideces.

—Qué extraordinaria coincidencia —dijo Danil inexpresivo—. La misma noche que pregunté por ti, coincidieron en Tinder. Quizá debería probar Tinder. —Su voz era oscura y burlona—. ¿Qué te parece, Soren?

El hombre se rio.

—Probablemente no te ayude.

De acuerdo, tal vez no era su guardaespaldas porque no creo que le hablara de esa manera. No es que supiera cómo se comportaban normalmente los guardaespaldas, no obstante, los hombres que Manuel me asignó actuaban como sombras silenciosas.

Sonreí con dulzura.

—Me temo que tu amigo tiene razón. No te molestes, algo me dice que serías incompatible.

—Soren se pasó una mano por la boca, evitando una sonrisa—. Ahora, si nos disculpan.  
Los ojos de Danil brillaron, dejando escapar un suspiro divertido.  
—No he terminado.  
No quería pasar ni un minuto más con aquel hombre ni esperar a que la *Tríada* nos alcanzara.  
—Pero nosotros sí. Ahora quítate de en medio.  
Manuel se volvió hacia Danil.  
—Ya escuchaste a mi mujer. Ahora quítate de nuestro camino antes de que te dispare.  
*Mi mujer.*  
Esbocé una sonrisa. Este hombre me estaba dando mucho material para un libro.  
Lo esquivamos y me despedí con la mano.  
—*Ciao.*  
Eché los hombros hacia atrás y caminé junto a Manuel mientras nos dirigíamos a su coche, todo ello mientras mi mente recorría una docena de pensamientos diferentes. ¿Qué hacía Danil aquí y era casualidad que acabaran de atentar contra mi vida?  
Una vez en el vehículo, me dedicó toda su atención.  
—Tinder, ¿eh?  
Me encogí de hombros.  
—Por lo menos es original. —Giré la cara para mirar su perfil—. Por cierto, ¿dónde están esos guardaespaldas que asignaste?  
Ignoró mi pregunta y se centró en el tema de Danil.  
—Sabes que Danil es tu medio hermano.  
No dispuesta a dejar pasar mi pregunta original, volví a preguntar:  
—Manuel, ¿dónde están los guardaespaldas?  
Sospechaba que conocía la respuesta. Tenía que ser a lo que se refería Danil cuando mencionó la limpieza de los cuerpos.  
—La *Tríada* los mató.  
Nunca los había conocido, pero la responsabilidad que sentía aún me pesaba en el pecho.  
—¿Alguno de ellos tenía familia?  
Me lanzó una mirada.  
—Yo me ocuparé de sus familias. —No hizo desaparecer la culpa, mas la alivió un poco—. Ahora me toca a mí, ya conoces a Danil Popov y su vínculo contigo.  
Fruncí los labios.  
—Sé de él. Nunca lo había visto. —Un recuerdo parpadeó en el fondo de mi mente, pero se negó a aparecer. Entonces entrecerré los ojos—. ¿Y tú cómo lo sabes?  
Se giró en su asiento para mirarme de frente, con los ojos repentinamente más serios y tiernos que nunca.  
—He estado muy interesado en todo lo relacionado contigo desde que abandonaste mi cama en nuestra primera noche juntos. —Negué con la cabeza, sin entender lo que intentaba decirme—. No está en mi naturaleza dejar una sola piedra sin remover.  
Me quedé sin palabras y mirándolo fijamente, mientras él me dedicaba una hermosa sonrisa.  
—Debe de ser la primera vez. Mi *amorina* se ha quedado sin palabras —comentó poniendo el coche en marcha.  
—No es cierto —protesté, sin saber qué pensar de su admisión. Mi razón me advirtió que actuaba como un acosador obsesionado. Mi estúpido corazón se inclinó hacia él. Sí... eso era definitivamente preocupante—. ¿A dónde vamos? —indagué, aún no preparada para lidiar con mis emociones encontradas.

—Vamos a dar un paseo. Está a unas quince horas y es un lugar donde puedo garantizar tu seguridad.

Tomé el teléfono para comprobar si Raven y Phoenix estaban bien. Escribí un mensaje rápido a las chicas.

Yo: ¿Todas están bien? Yo estoy bien, pero tengo que desaparecer por un tiempo.

Entonces su declaración se hundió en mí y fruncí el ceño.

—¿Por qué no tomamos un vuelo? Es más rápido.

—Porque es lo que se espera que haga. Ya has sufrido bastante por hoy. Déjame el resto a mí.

Bueno, parecía que Manuel había pensado en todo.

## **CAPÍTULO VEINTIOCHO**

## MANUEL



—**P**rimero vamos a ver a un médico —le avisé a Athena mientras se desplomaba en su asiento. Su tez pálida no se me escapaba, y me preocupaba que pudiera haber sufrido una conmoción cerebral.

No pude evitar sentirme furioso conmigo mismo por haberla dejado volver a su apartamento, sola, después de la fiesta de compromiso de Reina. Si no hubiera ido a ver a Cesar para probar un maldito punto, ella habría estado a salvo en mis brazos. La verdad es que debería habérmela llevado la primera vez que la *Tríada* vino tras ella. Si lo hubiera hecho, no le habrían hecho daño. No tenía ni idea de lo que había sufrido en sus manos antes de llegar allí. Tenía que averiguar qué había pasado durante todo aquel incidente, y luego me la llevaría a mi castillo y los cazaría a todos.

Pero primero me aseguraría de que estuviera cómoda y a salvo. La examiné lo mejor que pude y no encontré magulladuras ni cortes, aunque eso no eliminaba los daños internos.

Se me hirvió la sangre de nuevo al pensarlo.

El motor zumbó y ella suspiró mientras se acomodaba en el asiento y se giraba para poder verme, metiéndose una mano bajo la mejilla.

—Deja de dar rienda suelta a tu imaginación —murmuró.

—Haré que te examine un médico. Caso cerrado. —Carraspeé. Mi adrenalina seguía disparada por el ataque, y la preocupación por ella me nublaba el cerebro.

Sabía muy bien que Athena me hacía vulnerable. Y no importaba lo que le dijéramos a Danil, ahora él también lo sabía. Por eso la necesitaba cerca, hasta que pudiera garantizar su seguridad.

—Me maltrataron un poco, pero te prometo que estoy bien —aseguró—. No te preocupes, sigo dispuesta a tener sexo.

Solté un suspiro sardónico.

—Me encanta tu humor —dije, y en sus ojos se encendió una chispa—. Los días son largos sin ti.

—*Acabas* de verme.

—Y tuvimos que escabullirnos. Se acabó el esconder esto. —Rechiné los dientes—. Soy demasiado viejo para esa mierda.

Ella puso los ojos en blanco.

—No eres *tan* viejo.

—Lo suficiente como para hacerte ver a un médico de una forma u otra. —Me incliné para decir, besando su mejilla.

Sus ojos brillaron.

—Te conviene no confundirme con una mujer obediente, Manuel. —Volví los ojos a la

carretera, conduciendo, pero ella se inclinó sobre la consola central, sus dientes se acercaron a mi cuello—. De hecho, cualquier hombre que piense que puede mandarme se llevará una gran decepción.

Y entonces me mordió, marcándome como suyo.

Juego. Listo. A jugar. Joder, estaba loco por esta mujer.

Sin embargo, ganaría esta batalla de voluntades.

Extendí mi mano libre y la agarré por la nuca.

—Estoy de acuerdo, *Amorina*. Sería un idiota si no reconociera tu fuerza, sobre todo después de lo que ha pasado esta noche, pero estamos hablando de tu salud. No negociaré cuando se trate de tu bienestar.

Pasaron dos latidos y ella suspiró.

—Bien, al médico.

La recompensé con un rápido beso en la boca.

—Sabía que entrarías en razón.

Saqué mi teléfono y llamé al médico.

—Esté listo para nosotros en treinta minutos —ordené, y luego colgué antes de que pudiera responder.

Mientras conducía hacia el lugar secreto del doctor, mis pensamientos se dirigieron a Danil. Encontrarme con él delante del apartamento de Athena fue inesperado. ¿Sabía que era su media hermana? ¿Trabajaba con su padre? No me fiaba de Atticus; tenía la costumbre de apuñalar a sus aliados por la espalda, aunque por todo lo que había escuchado, Danil se tomaba en serio su papel de jefe de la mafia balcánica. Era un hombre de negocios justo.

Sin embargo, no estaba dispuesto a poner a prueba esa teoría con la vida de Athena.

Entre la *Tríada* y Danil, el riesgo de que alguien no tuviera en cuenta sus intereses era demasiado grande. Los primeros se habían atrevido a tocar a mi mujer, y el segundo era demasiado reservado en cuanto a sus intenciones.

Y luego estaba la cuestión de Alexandra.

Mi instinto me advirtió que ella estaba en el centro de todo, junto con la metida de pata de Atticus cuando decidió joder a Lykos, sabiendo que no toleraba el tráfico de personas. Pero ¿por qué era Athena la que estaba en la línea de fuego y no su madre?

*Cazzo*, nada de eso tenía sentido.

Miré a Athena y la encontré profundamente dormida. Parecía agotada, pero de alguna manera seguía resplandeciente. La deseaba tanto que me dolían los huesos.

Volviendo los ojos a la carretera, llamé a Enrico.

Contestó al tercer timbrazo.

—Sì?

—¿Te desperté?

—*Demasiado tarde para preocuparse por eso, ¿no crees?*

Solté un suspiro sardónico.

—Como venganza por todas las veces que me has despertado.

—*Che è successo?* —¿Qué ha pasado?

Respiré hondo antes de responder en italiano:

—*La Tríada volvió a atacar a Athena.*

—*Realmente van tras ella* —señaló lo obvio—. *¿Dónde ocurrió?*

—En su apartamento otra vez. Luego, para empeorar las cosas, cuando nos íbamos, me encontré con Danil Popov y su sombra, Soren.

Soltó una sarta de maldiciones antes de responder.

—*¿Está bien?*

—Sí, pero la llevaré al médico para asegurarme. —Me golpeé la rodilla con los dedos—. Necesito un favor.

—*Dimmi.* —Dime.

Siempre que necesitaba ayuda, fuera lo que fuera, yo estaba ahí para él y viceversa. Éramos familia y amigos. Siempre nos cubríamos las espaldas.

—¿Puedes ver si puedes extraer más información de Lykos? Necesito saber a qué me enfrento. ¿Por qué Danil está interesado en Athena? ¿Por qué la *Tríada* está siendo tan implacable?

—*Me pondré en contacto con él a primera hora* —dijo mi sobrino.

—Mantenme informado —pronuncié, sin importarme que pudiera oír lo loco que estaba por esta mujer—. Sea lo que sea que quiera, asegúrate de que lo considere hecho.

Tenía la intención de proteger a Athena con todo lo que tenía. Había terminado de luchar contra la profundidad de mis sentimientos por ella. En su lugar, me aseguraría de que cada amenaza que enfrentara fuera eliminada.

—*Me alegro de que hayas encontrado a alguien* —expresó Enrico después de unos latidos de silencio—. *Ya era hora, maldición.*

Me reí por lo bajo, con cuidado de no despertar a mi pasajera.

—No creo que ella esté de acuerdo. Lo ve como una aventura.

—*Pronto lo asimilará* —afirmó con naturalidad.

—Lo hará. —Le mostraría cómo sería un futuro conmigo. Lo feliz que podría hacerla—. Hablamos luego.

Terminé la llamada y seguí conduciendo, saliendo de la ciudad. Me moví en el asiento e intenté concentrarme en esa noche.

Cuando por fin llegamos al recinto, le abrí la puerta a Athena y la puse en pie. No habló, sus movimientos eran lentos, mientras colocaba su mano en la mía y me seguía con cansancio.

## CAPÍTULO VEINTINUEVE

## ATHENA



**M**anuel me guiaba por el estacionamiento hacia un edificio que parecía de apartamentos. Cuando tropecé con mis pies, el cansancio estaba pasándome factura, me levantó y me llevó dentro del edificio.

Me sentí bien rodeada por su calor. Estar cerca de él, olerlo. Tan masculino, tan ardiente. Sus fuertes brazos me daban seguridad y, aunque me encantaba, me molestaba un poco. Hasta ahora, ningún chico me había fascinado lo suficiente como para querer hacer algo más que un romance pasajero, pero aquí estaba este hombre, infiltrándose en mis pensamientos y atravesando mis defensas. El hombre era un afrodisíaco andante.

Empezó a subir las escaleras y, una vez en la cima, giró a la izquierda y se dirigió hacia el oscuro pasillo.

—¿Adónde vamos? Esto no parece la oficina de un médico.

—Lo es. —Justo cuando lo dijo, empujó una puerta con el hombro.

Un hombre mayor, con la cabeza llena de canas, estaba sentado ante el escritorio y, en cuanto entramos, se levantó.

—*Buona sera*, Manuel.

Manuel asintió.

—*Ciao, Dottore*. —Me colocó con cuidado en la camilla y estrechó la mano del doctor. Incluyó la barbilla hacia mí—. Esta es Athena. Gracias por recibarnos con tan poca anticipación. Hubo un accidente y se golpeó la cabeza, entre otras cosas.

De alguna manera no creí que el pobre médico tuviera opción de vernos con tan "poca anticipación". Manuel intercambió algunas palabras más con el médico mientras mi cabeza iba de un lado a otro, sin entender nada.

Le dio una palmada en el hombro y me dijo:

—El doctor Alleghri te examinará. ¿Está bien?

Asentí, y el médico cambió su atención hacia mí con expresión amable.

—*Signorina* —dijo el hombre, con su maletín médico negro sobre la mesa junto a la camilla—. Con su permiso, me gustaría hacerle un examen rápido.

Se puso un par de guantes de látex y abrió el maletín para tomar el instrumental. Me escuchó los latidos del corazón, me tomó la presión sanguínea y me hizo preguntas.

—¿Le duele la cabeza?

—No.

—¿Se siente mareada?

—No.

—¿Cómo se ha sentido en general, antes del accidente?

Cansadísima. Escribiendo, irrumpiendo en librerías, siendo atacada, teniendo sexo con un italiano increíblemente ardiente. Aunque, no pensé que el buen viejo doctor apreciaría mi honestidad.

—Cansada, pero he estado superocupada —respondí con un pequeño resoplido.

Asintió una vez y siguió usando el estetoscopio.

—*Hmmm* —tarareó. Intercambió una mirada curiosa con Manuel y luego se volvió hacia mí con una mirada especulativa—. ¿Hay alguna posibilidad de embarazo?

Me puse rígida y se me cayó el estómago mientras me esforzaba mentalmente por recordar la fecha de mi último período. Me quebré la cabeza... ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Fue antes de conocer a Manuel?

—Uso anticonceptivos —susurré mientras una terrible sensación se asentaba como plomo en la boca de mi estómago. Busqué mi teléfono y el corazón se me aceleró en el pecho mientras miraba mi calendario.

Ay, Dios mío.

«No, no, no». Era imposible estar embarazada. Me había puesto la inyección... Oh. Dios. Mío. Falté a mi última cita. *Mierda, mierda, mierda*. Mis períodos eran siempre irregulares; a veces pasaba meses sin tenerlo.

Se me cayó el estómago. No podía ser. La inyección nunca me había fallado. Además siempre usaba condón.

Excepto con Manuel.

Mierda, mierda, *mierda*. Con todo lo que estaba pasando, ni siquiera había pensado en la píldora del día después. Ni se me había pasado por la cabeza pedirle a Manuel que usara condón.

—Es imposible. —Sacudí la cabeza. Esto no podía pasarme a mí. Por el amor de Dios, siempre fui muy cuidadosa, no quería repetir el error de mi madre.

El médico buscó en un armario y acercó un nuevo aparato a mi vientre.

Fruncí el ceño.

—¿Qué está haciendo?

Sonrió suavemente.

—Escuchando.

Mi mirada se desvió hacia Manuel, que parecía igual de mudo, pero las siguientes palabras del médico hicieron que el mundo entero se desvaneciera.

—No escucho nada, pero vamos a hacerte una prueba de embarazo para tu tranquilidad.

Abrí la boca y me detuve, con todas las extremidades paralizadas. El pánico empezó a crecer en mi pecho, pero me obligué a contenerlo. Todo iba a estar bien. No estaba embarazada.

No había vomitado. Verificado.

Sin náuseas. Verificado.

Sin periodo. Maldita sea, ojalá no fuera una verificación.

—Señorita, ¿ha tenido náuseas? —Volvió a preguntar suavemente el médico, sacándome de un torbellino de pensamientos.

Tragué saliva.

—No.

—Podemos tomarle una muestra de orina ahora mismo y podré decirle con certeza si está embarazada o no.

—No quiero saberlo. —Respiré, al borde de la histeria.

Manuel acortó la distancia, tomando mi mano entre las suyas.

—Tenemos que saberlo.

Cerré los ojos, rezando por despertar de esta pesadilla. Por desgracia, cuando abrí los ojos, nada había cambiado. Esta era mi realidad.

Me bajé de la camilla y me dirigí al baño. Cuando Manuel estaba a punto de seguirme, lo fulminé con la mirada.

—Puedo hacerlo sola.

—Solo deje una muestra en el mostrador —me indicó el médico y desaparecí en el baño.

Con el corazón tembloroso, oriné en un vaso, me limpié y salí del baño. Dos pares de ojos oscuros se clavaron en mí y les ofrecí una sonrisa temblorosa.

—Toda suya —dije entre dientes al médico.

—Excelente —afirmó—. ¿Puedo sacarle sangre también?

Volví a sentarme en la camilla. Extendí el brazo y le di permiso para que me sacara sangre. Fue eficiente, desapareciendo en el baño justo después, mientras yo me sentaba y me retorció las manos nerviosamente.

Manuel me tomó la barbilla entre sus fuertes dedos, con expresión seria.

—Sea cual sea el resultado, lo solucionaremos.

Negué con la cabeza.

—No estoy preparada para tener hijos. No ahora.

—¿Por qué no?

Me apreté las sienes con los dedos.

—Oh, no lo sé. Puede que tenga algo que ver con el hecho de que me persiguen asesinos de verdad. —Estaba a punto de hiperventilar—. Solo tengo veintitrés años, Manuel. Demasiado joven para bebés. Ni siquiera he cambiado nunca un pañal.

Hizo un gesto de desdén, pero antes de que pudiera decir algo, volvió el médico. Miró a Manuel y luego a mí, dedicándonos una suave sonrisa que siempre pensé que los padres daban a sus hijas cuando se enfrentaban a malas noticias.

—Permítame ser el primero en felicitarla. —Intenté controlar mi respiración y no escuchar sus palabras. Si no las escuchaba, no eran reales. Sin embargo, en el fondo, sabía que lo era—. El análisis de orina lo ha confirmado. Definitivamente está embarazada. Sospecho que el análisis de sangre confirmará lo mismo, pero tardaremos un tiempo en tener los resultados. Supongo que tiene unas seis semanas, mas tendrá que programar una ecografía para confirmarlo y determinar todos los detalles, como las medidas, porque no tengo el equipo necesario para eso.

*Seis semanas.* Oh Dios... Manuel me embarazó en el primer intento. ¿Quién podía hacer eso?

No pude evitarlo y me eché a llorar. Apretando las rodillas contra el pecho, enterré la cara entre las manos y lloré. En el rincón más alejado de mi mente, escuché pasos, un suave clic en la puerta y, a continuación, unas manos fuertes me rodeaban. El reconfortante aroma de Manuel me envolvió mientras su mano acariciaba mi espalda.

¿Cómo pude ser tan estúpida?

Había visto y experimentado de primera mano lo que era ser criada por una joven madre soltera. Ahora era igual que ella, tan estúpida como para dejarme embarazada por un mafioso.

Las lágrimas empezaron a correr por mi cara, empapando la camisa de Manuel. No podía mirarlo, la vergüenza me invadía por haber sido tan estúpida.

—Todo esto es culpa tuya —sollocé entre lágrimas, sabiendo muy bien el papel que yo también había jugado.

Manuel me besó la frente, luego me inclinó la barbilla para que pudiera verme la cara y sus ojos oscuros se clavaron en los míos.

—Hacen falta dos. —Hizo eco de mis propios pensamientos—. No voy a mentirte y decirte

que esto me hace infeliz.

—Seguro que no quieres decir eso —reviré, con la rabia encendida en el pecho—. Si no me hubieras traído a ver al médico. Si nunca hubiéramos venido aquí... —Dejé caer la cabeza entre las manos—. ¡Demonios!

Suspirando, Manuel me levantó y me colocó en su regazo, la camilla crujiendo bajo su peso al sentarse.

Su mano se posó en mi vientre, con un tacto suave, casi reverente.

—Esto es algo bueno, *Amorina*.

—No, no lo es. —Lo fulminé con la mirada—. Tengo a toda esa gente detrás de mí. No puedo meter a un bebé en todo esto.

Su expresión se volvió tormentosa, sin embargo, su voz no reflejaba nada de eso.

—Es algo bueno. Un bebé es una bendición. —Le dirigí una mirada incrédula—. Nos casaremos y protegeremos a nuestro bebé. Ocurre todos los días. —Me quedé con la boca abierta. ¿Casarnos? ¿Estaba loco? Aunque, mientras lo miraba boquiabierto, una vocecita en mi cabeza me advertía de que era más de lo que mi madre había conseguido en su vida.

—No quiero un bebé —musité entre dientes—. Prefiero tener...

Esta vez su expresión se volvió oscura, casi retorcida.

—No te atrevas a decirlo, Athena —siseó en tono sombrío, dejándome entrever al hombre despiadado que había debajo de su fría fachada.

Sentí que me caían lágrimas calientes por el cuello.

—No puede acabar así. No puede —susurré, aterrorizada. No estaba preparada para ser madre. Apenas podía cuidar de mí misma.

Me abrazó con más fuerza y sus fuertes manos me ofrecieron seguridad.

—No es el final, *Amorina*. Es el principio. —Me eché hacia atrás, buscando su rostro, sin encontrar nada más que sinceridad allí—. Ahora, ¿hago que vuelva el médico?

Tragué saliva antes de asentir titubeante. Volvió a cambiarnos de sitio, colocándose de nuevo en la camilla mientras iba en busca del médico.

—*Tutto bene?* —preguntó cuando regresó, con el ceño fruncido por la preocupación. Ante mi expresión vacía, el médico dijo en inglés—: Debe de ser un *shock*, pero un bebé es un acontecimiento alegre.

Estuve a punto de soltar un bufido, pero afortunadamente me contuve y asentí rotundamente.

No estaba segura de a qué se refería Manuel cuando hablaba de comienzos, mas ahora no era el momento ni el lugar para discutirlo. Estaba agotada, con el cerebro hecho papilla y las emociones a flor de piel.

—Si no ha tenido náuseas, es una mujer afortunada —me explicó el médico—. Tendrá que empezar a tomar vitaminas prenatales. Le daré algunas para que se las lleve a casa, junto con una receta para la farmacia. ¿Alguna hemorragia o manchado?

—No.

Miró a Manuel.

—Necesitará un obstetra en cuanto pueda arreglarlo.

—*Assolutamente*.

Suspiré y me armé de valor.

—Puede hablar conmigo. Él no es mi esposo.

—Todavía —añadió Manuel, sonriendo con suficiencia. Lo que daría por borrarla de la cara ahora mismo. Esta situación me estaba afectando. Era mitad de la noche, casi me habían *matado* hacía unas horas y ahora estaba hablando de un embarazo y de un posible matrimonio.

El médico suspiró, probablemente dispuesto a dejarnos con la tensión.

—¿Le gustaría escuchar los latidos del bebé?

Cuando asentí, me colocó el aparato que había utilizado antes en el vientre y ajustó el volumen. Y entonces oímos el latido de nuestro bebé por primera vez. Un rápido *whoosh*, *whoosh*, *whoosh*, y un temblor me sacudió el pecho y todos mis pensamientos sobre no querer un bebé dejaron de existir. Todo cambió y especialmente yo.

Fue todo lo que necesité para enamorarme.

## **CAPÍTULO TREINTA**

## MANUEL



**D**ebería haberlo sabido, haber reconocido las señales. Al fin y al cabo, había visto a Donatella, la mujer de mi sobrino y madre de Enzo y Amadeo, durante todos sus embarazos. Sin embargo, al igual que Athena, las palabras del médico me habían conmocionado. Ella no tenía ningún abultamiento, pero supuse que sus pechos eran más grandes y su piel estaba radiante.

Llevaba quince horas conduciendo mientras Athena dormía en el asiento de al lado. En algún momento de la noche, alargó la mano y me puso la palma en el muslo, agarrándome la pierna.

Me dio esperanzas de que se diera cuenta del cambio que estábamos a punto de afrontar.

No había mentido, aunque nunca me había imaginado teniendo un hijo, no podía ser más feliz. Me aseguraría de que Athena y nuestro bebé estuvieran a salvo hasta mi último aliento.

Tenía que convencerla de que se quedara, por su bien y por el de nuestro bebé.

La polla se me ponía dura solo de pensar en su vientre redondo... Mi hijo creciendo dentro de ella... Me moría de ganas de mimarla. Iba a ser una madre excelente.

Cuando escuchamos el eco del latido del corazón en la oficina del doctor Alleghri, escuché su respiración agitada, vi cómo se suavizaba su expresión.

A lo largo de los años, las mujeres me habían suplicado que follara con ellas sin condón y yo siempre me negaba. Nunca me arriesgaba, no quería traer un niño inocente a este mundo. Sin embargo, había sido más que descuidado con Athena. Follándomela sin contemplaciones en todo momento.

Probablemente porque sabía que ella era la elegida desde el principio. Ella nunca fue una follada casual para mí. Y ahora, la tendría conmigo por el resto de nuestras vidas.

Quince horas de viaje en coche seguidas de un trayecto en ferry y por fin estábamos en casa, en la isla de Ischia. Giré por una larga carretera asfaltada y atravesé hileras de cedros antes de llegar a una verja de hierro de tres metros. En cuanto los hombres me reconocieron, se abrió y pasé justo cuando salía el sol sobre mis viñedos y huertos.

Siempre era la misma sensación, orgullo, alivio, amor. Ischia, esta isla situada en la bahía de Nápoles, era mi hogar y me moría de ganas de ver la reacción de Athena. ¿Le gustaría tanto como a mí?

La carretera ascendía gradualmente y, tras atravesar la vegetación, nos recibió la vista de un gran paisaje abierto y el *castello* de quinientos años que se alzaba en lo alto de la colina. Su techo de tejas brillaba bajo el sol naciente y una cálida luz amarilla entraba por las enormes ventanas.

La casa parecía sacada de un cuento de hadas, y esperaba que Athena la viera así, por su bien y por el de nuestro hijo.

Di la vuelta a la entrada circular del castillo, donde me esperaban cuatro hombres vestidos de negro.

Abrieron la puerta del vehículo, pero antes de que pudieran tocar a Athena, siseé:

—Yo la llevaré.

—*Certamente* —respondió el guardia, Adriano, haciendo una leve reverencia y dando un paso atrás.

Rodeé el coche, levanté su cuerpo dormido y subí los escalones hasta el interior. La cocinera ya estaba trabajando, a pesar de que hacía semanas que no venía por aquí. Siempre tenía todo preparado para mí, y alimentaba a los hombres de la zona que trabajaban en la propiedad durante todo el año.

—Me alegro de verlo —me saludó, y sus ojos se posaron en Athena. Nunca había traído aquí a una mujer.

—A usted también, *Signora Fiore*. Algo huele delicioso.

—¿Le preparo un plato?

Bajé los ojos hacia la mujer dormida en mis brazos.

—Bajaremos más tarde. Fue una noche larga.

En un santiamén estaba en el rellano del segundo piso, serpenteando por los pasillos familiares hacia mi ala del castillo. Una vez que entré en el dormitorio principal, la bajé a la cama.

*Cazzo*, se veía bien en mi cama. En mi casa.

*Nuestra casa*.

Era donde debía estar y no me cabía duda de que era la persona que había estado esperando.



## ATHENA

Un sol cegador y el canto de los pájaros me despertaron de un profundo sueño. Cuando abrí los ojos, me encontraba en una habitación espaciosa con grandes ventanales franceses abiertos de par en par que invitaban a la luz del día.

Me incorporé bruscamente, con los ojos desorbitados.

—¿Dónde diablos estoy? —murmuré.

Salté de la cama y me dirigí al baño, que estaba repleto de lujosos artículos de tocador, todos de marcas italianas de alta gama. Y, de repente, los acontecimientos de la noche anterior se me vinieron encima.

El ataque. El médico. El embarazo.

Me vi reflejada en el espejo, con los ojos desconcertados y llenos de pánico.

—No —me regañé, agitando el dedo—. Mantén la calma. Has sobrevivido a cosas peores.

Mis palabras rompieron el silencio, rebotando en las paredes, mientras una pesadez me inundaba.

No dejaría que lo que pasó anoche me tragara. En lugar de eso, volví corriendo al dormitorio, con la mirada perdida.

—Gracias a Dios —susurré, encontrando mi bolsa de viaje asentada sobre la pequeña cómoda.

Empecé a rebuscar en ella hasta que encontré mi teléfono. Lo primero que pensé fue en llamar a mi madre, pero lo pensé mejor y busqué entre mis contactos hasta que di con el nombre de Raven. Contestó al segundo timbrazo.

—¿Dónde diablos estás?

—La mejor pregunta es ¿dónde diablos estuviste anoche? —pregunté—. ¿Y dónde está Phoenix?

Pasó un momento de silencio antes de que contestara.

—Se largó.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Supongo que para buscar a Reina. Amon la secuestró.

Jadeé.

—Jesucristo. —Entonces recordé mi pregunta original—. ¿Dónde estuviste anoche?

—¿Adónde fuiste *tú*? ¿Y por qué estaba tan destrozado el apartamento?

Me puse rígida.

—No estás allí, ¿verdad?

—No, me estoy quedando con... —titubeó—. Un amigo.

Supongo que los días de chicas en el apartamento habían terminado. Isla se había casado, Amon había secuestrado a Reina, Phoenix se había largado, yo me había ido con Manuel, y ahora Raven tenía un amigo misterioso que creía estar ocultando muy bien. Me jugaría la vida a que era Aiden Callahan, el mafioso irlandés.

—¿Dónde estás, Athena? ¿También te has buscado un papi italiano?

Resoplé.

—A mí me embarazó un *papi italiano*.

Me arrepentí de haberlo dicho, pero las palabras ya habían salido de mi boca y era demasiado tarde para retirarlas.

—Estás bromeando, ¿verdad?

Suspiré.

—Ojalá.

—Jesucristo, Athena. ¿Cuánto tiempo llevas acostándote con él?

Me senté en la cama, el paisaje de arbustos, vegetación y el mar azul burlándose de mí en la distancia.

—Supongo que el tiempo suficiente para quedar embarazada.

—¿Entonces te quedarás con el bebé? —La reacción de Manuel de la noche anterior parpadeó en mi mente. Estaba tan sorprendido como yo por la noticia, aunque por alguna razón, parecía casi feliz por ello—. ¿Te vas a casar con el papá de tu bebé?

—Amiga, estás haciendo un montón de preguntas para alguien que está allí guardando secretos.

—*Pffft*. Tu mierda es más excitante. Vas a explotar como un globo.

—Caray, gracias —repliqué irónicamente—. Me alegro de contar con tu apoyo. —Mi estómago gruñó y decidí que esta conversación había terminado. De hecho, casi me arrepentí de haberla llamado. Raven era mi mejor amiga y la quería, no obstante, a veces podía volverte loca—. Me tengo que ir.

Se rio entre dientes.

—¿Por qué? ¿Estás a punto de tener sexo salvaje y sin protección? *Oh* espera, ya has hecho mucho de eso.

—¿Y tú? —espeté, ligeramente molesta—. Déjame adivinar, ¿Aiden Callahan? —En el momento en que pronuncié las palabras, quise alcanzarlas y metérmelas de nuevo en la boca—. Escucha, lo siento...

—Me tiene encerrada en su *penthouse*.

La confusión se apoderó de mí. Ya no sabía muy bien de qué estábamos hablando.

—¿*Eh*? ¿Qué te tiene que?

Un suspiro pesado sonó a través de la línea.

—Me encontré con Aiden anoche, y ahora me tiene prisionera. La única razón por la que sé lo del apartamento es porque envió a alguien a buscar mis cosas.

—¿Quieres que llame a la policía?

Se rio.

—¿Y decir qué? *¿Este irlandés loco secuestró a mi amiga, pero no hay pruebas de ello?* E incluso si encuentran alguna, nunca se acercarán a él.

—Santo cielo, ahora estoy pensando que tengo el mejor trato.

—Yo también lo creo. —Escuché un suave resoplido a través de la línea—. ¿Y, Athena?

—¿Sí?

—Serás la mujer embarazada más hermosa —dijo suavemente.

Sentí un cosquilleo en la nariz al sentir que me ponía sentimental.

—Gracias —murmuré—. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

—No. Tendré que salir sola de este lío.

—¿Estás segura? ¿Quizá pueda hacer que mi papi italiano luche contra Aiden?

La risita de Raven crepitó en mi oído.

—Que se maten entre ellos. No es un mal plan. —Si bien era ridículo, se me retorcía el pecho al pensar que Manuel pudiera resultar herido. El hombre destilaba poder y fuerza; lo vi con mis propios ojos anoche. Por suerte, Raven rechazó la oferta—. No, estoy bien. Lo de Aiden hace tiempo que debería haber pasado. No puedo seguir huyendo de él.

—Esta vez hazlo pedazos.

—*Oh*, lo haré, demonios. El hombre me rogará que me vaya cuando termine con él.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Esa es mi chica.

Hablamos unos minutos más mientras yo curioseaba por la habitación. Cuando colgamos, me dirigí al enorme vestidor lleno de ropa de hombre que olía a Manuel. Me incliné, hundí la cara en la costosa tela e inhalé profundamente. Mi estómago se calentó y se hundió, mis pulmones se apretaron mientras suspiraba.

—Ya veo que estás despierta.

Me giré al escuchar la voz familiar y enrojecí al verme sorprendida.

—¿Qué haces aquí?

Se rio entre dientes.

—Vivo aquí.

—No te escuché entrar. —Respiré.

Su mirada se dirigió al lado opuesto del armario.

—Lo que falte, puedes pedirlo o podemos ir de compras.

Arrugué las cejas y, siguiendo sus ojos, encontré toda una sección de ropa nueva, desde pantalones de yoga hasta vestidos de diseñador. Incluso sostenes y bragas de La Perla.

—*Umm*, gracias.

—En el primer cajón hay una tarjeta Amex negra con tu nombre. Recuerdo que me dijiste que te gustaba gastar dinero.

Estaba bromeando, por supuesto, pero aun así me acerqué al cajón.

—¿Qué vas a hacer si me gasto *todo* tu dinero?

Se rio entre dientes, con un sonido grave y áspero.

—*Amorina*, tenemos dinero suficiente para cinco vidas. Cuento contigo para gastar una buena parte.

Bueno, maldita sea.

Las palabras que todas las mujeres querían escuchar, ¿y quién era yo para no complacerlo?

## **CAPÍTULO TREINTA Y UNO**

## MANUEL



**M**e moría de ganas de mimarla a ella y a nuestro bebé. Athena debía estar sana y feliz durante todo el embarazo, y si eso significaba estar a su entera disposición, que así fuera.

—Vístete —dije—. Desayunaremos y luego te enseñaré la isla y nuestra propiedad. —Sus ojos se iluminaron—. Luego recogeremos tus vitaminas prenatales.

La luz de sus ojos se apagó y me entristeció, mas confiaba en que solo necesitaba tiempo para asimilarlo todo. Al fin y al cabo, era mucho más joven que yo y sería ella quien experimentaría un sinfín de cambios.

—¿Tan terrible es tener un bebé conmigo? —pregunté con voz suave.

Me miró a los ojos, pero se quedó callada, así que le sujeté la cara y le pasé el pulgar por la mejilla.

—Dime qué te preocupa, *Amorina*, y lo arreglaré. —Separó los labios y se ruborizó al bajar los párpados—. No te escondas de mí.

Levantó los ojos y me observó.

—No lo entenderías.

—Pruébame.

—Es que... un bebé es una gran responsabilidad. Enorme.

—Lo es.

Se mordió el labio inferior.

—Y así no es como me imaginaba mi vida.

—La vida no es conocida por seguir un plan.

—No me digas —soltó sarcásticamente.

—Dime cómo te imaginabas tu vida —pedí, ignorando su sarcasmo—. No nos iremos hasta que lo hagas.

Sonrió, frunciendo los labios. Decidí ser paciente y dejar que reflexionara.

—No quería repetir los errores de mi madre —replicó por fin, jugueteando con un mechón de cabello y enroscándolo en su dedo una y otra vez—. Y aquí estoy, embarazada sin estar casada.

Caí en cuenta.

—Quieres casarte —razoné.

Dio un suspiro exasperado.

—Quería casarme *antes* de tener un hijo.

La satisfacción me recorrió la sangre. Al principio había planeado tomármelo con calma y facilitarle la idea del matrimonio, sin embargo, esto podría ser incluso mejor.

Sonreí.

—Quieres casarte, así que nos casaremos.

Parpadeó.

—No he dicho eso.

Me reí entre dientes.

—Pero es lo que querías decir.

Puso los ojos en blanco y emitió un sonido de frustración en la garganta.

—Me refería a que se supone que la gente debe casarse, hacer lo de la cerca blanca y *luego* empezar a hablar de hijos. No tener un encuentro de una noche, embarazarse y luego...

Me incliné para morderle el labio inferior y evitar que siguiera divagando.

—No somos personas cualquiera. —Si hubiera sabido que lo soportaría, le habría dicho que ya la quería. No obstante, sabía que ahí también tendría que armarme de paciencia—. Y si quieres una cerca blanca, *Amorina*, construiré una alrededor de toda esta propiedad.

*Cazzo*, le construiría un maldito coliseo si eso era lo que quería.

La besé profundamente y ella suspiró en mi boca mientras mis entrañas ardían con un fuego que temía que me consumiera. Por esto eran conocidos los hombres Marchetti. Caer rápido, amar duro.

«*Apúntame de una puta vez*».

Le di una nalgada y chilló.

—*Ouch*. —Me fulminó con la mirada. —¿Por qué fue eso?

—Vístete para que podamos ir de compras.

Me di la vuelta, la dejé en el armario lleno de nuestras pertenencias y me detuve frente a la ventana francesa. Mi propiedad se extendía por kilómetros, y la vista significaba más que nunca. Viviría el resto de mis días aquí con Athena y nuestro hijo. Le enseñaría a amarlo y apreciarlo tanto como yo. El olor penetrante de las mandarinas, el aire ligeramente salado del mar, los viñedos que rodeaban la propiedad.

El futuro parecía más brillante que nunca.

Saqué mi teléfono y escribí instrucciones a mi personal, luego envié un mensaje a Enrico. Ya era hora de que me devolviera los innumerables favores que me debía.



Mi chofer llegó a la ciudad por la ruta alternativa que le había indicado. Quería que Athena viera la mayor parte posible de la isla, y cuando observaba del coche con los ojos muy abiertos y la nariz pegada a la ventanilla, supe que había sido la decisión correcta.

Con fascinación y pequeños jadeos de emoción, contempló su nuevo hogar. Por supuesto, aún no sabía que viviríamos aquí.

Yo no era un hombre normal, y nuestra vida siempre transcurriría en la sombra debido a mi trabajo en la *Omertà*. La *Tríada* representaba una amenaza para ella en París, al parecer, y a pesar de tener una plétora de enemigos incluso aquí, en territorio de la *Omertà*, estaba más segura en Italia. No me arriesgaría con Athena y nuestro hijo. Juré hacerla feliz; se merecía lo mejor de todo.

Sonó mi teléfono, mas Athena no se inmutó. Toda su atención se centraba en el paisaje que nos rodeaba: *Torre di Guevara*, un edificio histórico del siglo XVI situado junto al mar, en una bahía panorámica de Cartaromana, con vistas a Ischia Ponte y a nuestro *castello*.

Contesté sin comprobar quién era.

—¿*Crees que podrías haberme avisado con más tiempo, Vecchio?* —Fue el saludo de Enrico, en italiano.

Me reí de su broma y respondí también en italiano.

—*Sé que puedes hacerlo posible.*

Desde que Athena entró en mi vida, sentí que había rejuvenecido. Estar cerca de ella me hacía sentir como una versión más joven y mejor de mí mismo. Sí, me convirtió en un cavernícola, pero fue mucho más que eso. Estábamos tan bien juntos y por fin entendí la obsesión de mi padre y mi hermano por sus mujeres. Sospechaba que Enrico hacía lo mismo.

—*Puede que esta vez tu confianza esté fuera de lugar* —respondió en voz baja—. *Parece que todas las chicas han desaparecido excepto Isla y Athena.*

—¿Qué pasó?

—*Bueno, si mis suposiciones son correctas, Reina fue secuestrada por Amon. Nadie tiene ni puta idea de dónde está Phoenix. Y Raven... Digamos que Aiden tiene un gran interés en ella.*

No sabía por qué me sorprendía.

—¿Qué clase de interés?

—*A la mierda si lo sé* —murmuró—. *Isla no dice nada.*

Ladeé la cara hacia Athena. Estas chicas guardaban muchos secretos, y estaba seguro de que si le preguntaba a Athena, probablemente tampoco los compartiría conmigo.

—¿Algo que pudiera interferir con el negocio? —inquirí.

—¿Quién demonios sabe? A estas alturas, ¿haría alguna diferencia?

—*Probablemente no.* —Estuve de acuerdo—. *Alora, ci vediamo a presto?* «¿Nos veremos pronto?».

—*Sí, pero ¿por qué tanta prisa?*

—*È incinta di sei settimane.* —«Está embarazada de seis semanas».

Se rio entre dientes.

—*¿Así que mientras yo corría detrás de Isla, tú corrías detrás de su amiga?*

—*Algo así.*

Se rio.

—*Recuérdame que nunca juegue al póquer contra ti.*

—¿Por qué sigues hablando en italiano? —Ante la pregunta de Athena, me despedí y terminé la llamada.

—Porque estamos en Italia, *Amorina* —bromeé, pasando mis dedos por su brazo.

—Tengo que descargarme esa aplicación —musitó en voz baja.

—¿Qué aplicación?

—Duolingo. —Se inclinó hacia mí y sus ojos verdes centellearon con picardía—. Para aprender italiano y espiarte.

Acorté la distancia que nos separaba, tomé su rostro y la besé. Gemí cuando mis labios chocaron bruscamente contra los suyos. Las manos de Athena se deslizaron vacilantes por mi nuca y sus dedos se enredaron en mi cabello mientras gemía contra mi boca.

Cazzo, esta mujer me tenía loco. No podía negarlo.

## **CAPÍTULO TREINTA Y DOS**

## ATHENA



**L**a pintoresca ciudad de Ischia, en la isla del mismo nombre, en la región de Campania, al sur de Italia, estaba rodeada por el mar Tirreno. Sus vibrantes colores se mezclaban con el azul celeste del mar, y nunca había visto nada tan hermoso. Los lugareños estaban ocupados trabajando en sus tiendas, charlando animadamente con sus vecinos.

Llevábamos horas recorriendo las calles empedradas del pueblo, y los hombres de Manuel iban y venían al coche con nuestras bolsas de compras.

—¿Por qué necesito tanto? —pregunté por enésima vez cuando nos detuvimos ante otra tienda—. Tu armario ya estaba lleno de ropa nueva para mí. —Se me ocurrió una idea y me puse rígida—. A menos que fueran para otra persona.

—Todas son para ti. Le pedí a la *Signora* Fiore que hiciera los arreglos cuando salimos de la clínica anoche. —Se rio y me pasó el brazo por el hombro, guiándome al interior de otra tienda—. *Buon giorno, Signore Gioiello.*

El vendedor se apresuró a acercarse a nosotros, un hombre encantador de cabello canoso. Tomó la mano libre de Manuel y la estrechó con entusiasmo, sonriendo ampliamente mientras una serie de italiano apresurado salía de su boca. Manuel respondió en italiano, pero yo solo capté una palabra. *Inglese.*

El vendedor se volvió hacia mí con los ojos muy abiertos.

—*Ahhh, inglese* —dijo, estudiándome con abierto interés—. Por supuesto, hablamos *inglese*. ¿En qué podemos ayudarle?

—Athena, este es el *Signore* Gioiello, el dueño de la tienda.

Sonreí y le extendí la mano.

—Encantada de conocerlo.

El dueño de la tienda tomó mi mano y la estrechó con el mismo entusiasmo.

—Me alegro de que haya elegido nuestra tienda.

Manuel me acercó a una vitrina llena de joyas. Un anillo me llamó la atención enseguida: una esmeralda verde encajada en una banda de oro platino, rodeada de diamantes negros que me recordaban a unos ojos color ónix. Por un momento, me permití imaginar cómo quedaría en mi dedo, cómo se vería Manuel cuando me lo pusiera.

—¿Por qué compramos joyas? —susurré en voz baja, con la mirada perdida entre él, la vitrina y el *Signore* Gioiello.

Se le escapó una suave risita mientras se apoyaba en el mostrador.

—Vamos a comprar anillos de matrimonio.

Me quedé con la boca abierta.

—¿A-anillos de matrimonio?

Sonrió con orgullo, como si acabara de sacarse la lotería.

Parpadeé, tratando de despejar la cabeza del torrente de sangre que me llegaba a los oídos. Dirigió su atención al escaparate de cristal.

—Me gusta este. —Seguí su mirada hasta la preciosa alianza de esmeralda. Fue como un momento suspendido en el tiempo. De todos los anillos expuestos, se había fijado en el que yo había estado admirando—. Por supuesto, puedes tener el que quieras.

—¡Ja! Claro —resoplé—. ¿Por qué no le dices que los meta todos en bolsas?

Sin perder un segundo, se dirigió al encargado de la tienda.

—Ya escuchó a mi prometida. Vamos a comprar todo.

—¡Manuel! —siseé. Luego, mirando al vendedor, tartamudeé—: N-no. *Scusi*. Estaba bromeando. Él está bromeando. —Arqueeé una ceja hacia Manuel.

—Envíelos a la casa.

Me llevé una palma a la cara y exhalé un largo suspiro.

—Dios santo.

La cabeza del *Signore Gioiello* siguió nuestro intercambio con los ojos muy abiertos.

—Póngalos en una bolsa, Gioiello.

Rodeó el mostrador, abrió la vitrina y empezó a guardar joyas por valor de miles... de millones de dólares, probablemente, en sus delicadas cajas, mientras yo miraba atónita.

—Basta, por favor, deténgase —pronuncié en tono exasperado. Esto habría sido divertido, incluso algo romántico, si hubiera ocurrido en las páginas de mis libros. No obstante, esto era la vida real—. Nunca acepté casarme contigo. De hecho, acabas de decidir que nos casaríamos, pero ni siquiera me lo has pedido.

Las palabras salieron de mí, mis ojos ardiendo de emoción. Hoy mismo le he confesado que no quería tener un hijo fuera del matrimonio. No era exactamente pedirle que se casara conmigo, pero ¿y si se sentía... atrapado?

—Creo que estamos más allá de los grandes gestos, *amore mio*. —Su voz era áspera, la vehemencia de la misma tocaba mi piel—. Aunque tienes razón; no me he explicado bien. —Sus ojos se suavizaron—. Quiero que *nos* elijas. Por nuestro bebé.

—Nunca imaginé que mi propuesta fuera a ser así.

Sus ojos brillaron en la oscuridad y agarró el anillo que yo había estado mirando, luego se arrodilló.

—Athena Kosta. —Tomó mi mano fría entre sus dedos cálidos—. ¿Me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Se me paró el corazón.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió, con la mandíbula apretada.

—Sí, ¿por qué?

—Porque te amo. —Mi corazón se expandió en mi pecho—. Creo que me enamoré de ti desde el primer momento en que te vi.

—No lo dices en serio —indiqué.

«*El amor duele. El amor es doloroso*». Las palabras de mi madre resonaron en mis oídos. No había sentido más que vértigo, mariposas y ganas de conocer a Manuel. Me sentía... cómoda con él. Mi corazón daba pequeños vuelcos, mas siempre era una sensación agradable.

Sin embargo, mis experiencias, por no hablar de las de mi madre, me habían enseñado a cuestionar el amor a cada paso. No el sexo, porque al fin y al cabo era un acto físico. Pero el amor... Eso era algo completamente diferente. Había visto a mi madre y a sus hombres

enamorarse y desenamorarse con demasiada facilidad y eso me hacía cuestionar la sinceridad de todo aquello.

Si bien quería creer que Manuel me amaba, el miedo y la duda eran más fuertes.

Nos observamos fijamente, el silencio y la vehemencia de sus ojos me consumían.

—Nadie cae enamorado tan rápido. —Carraspeé.

—Yo sí. —La ternura de esas dos palabras hizo que se me saltaran las lágrimas. Había escrito esta misma escena innumerables veces, sin esperar que algún día me sucediera en la vida real—. Sé que tienes miedo de que te decepcione, pero te prometo que nunca te defraudaré. Siempre te haré reír y tendrás mi lealtad incuestionable, porque te lo mereces todo. Te mereces un amor que calme tu corazón, tu mente y tu alma, un amor que nunca te haga daño ni te decepcione. —Me tembló el pecho al oír sus palabras. Era demasiado perfecto; no podía ser verdad. Y sin embargo... me encontré apoyándome en él, en el futuro que estaba pintando para nosotros.

—N-No lo sé —balbuceé.

—Te juro, *Amorina*, que haré que tú también me ames.

Quizá... ¿quizá yo también me había enamorado de él? Excepto, ¿no debería preocuparme por él hasta el punto del dolor? Eso era todo lo que había conocido, con mi madre, mis amigas.

El corazón se me encogió de decepción. Quería amarlo tan desesperadamente que me dolía. Lo que más temía y lo que más deseaba estaba frente a mí. ¿Sería malo arrebatarlo para mí?

—Sé mía, en lo bueno y en lo malo —repitió—. Solo mía.

Extendí la mano y se la agarré, decidiendo que ese día, bajo el calor del sol italiano, con una nueva vida creciendo dentro de mí, daría un salto de fe. Que arrojaría la cautela al viento y esperaría no caerme.

—De acuerdo —susurré, sonriendo suavemente—. Hagámoslo. Quiero casarme contigo. —No perdió el tiempo y me puso el anillo en el dedo, con su propia sonrisa amenazando con apoderarse de todo su atractivo rostro—. Pero si lo hacemos, también serás de mi propiedad, *Paparino*.

Sus ojos oscuros como el carbón brillaban con firme convicción: me haría amarlo.

Pero ¿y si yo no era capaz de hacerlo?

## **CAPÍTULO TREINTA Y TRES**

## ATHENA



**E**l viaje de vuelta a casa de Manuel fue tranquilo, con las bolsas de joyas abarrotando el espacio del asiento trasero de la camioneta. Al final cedió, tras mucho insistir por mi parte, y accedió a dejar dos joyas para los otros clientes del *Signore Gioiello*. Además, tenía exactamente lo que quería en mi dedo anular.

Cuando el vehículo se detuvo, salimos juntos y me tomó de la mano. Los rayos de la tarde caían sobre el huerto de cítricos y los viñedos, y los aromas de principios de invierno impregnaban el aire.

Subimos una ligera colina hacia el castillo, la vista sin obstáculos me robaba el aliento.

—Es precioso —halagué, deteniéndome para asimilarlo todo.

—Me alegro de que te guste —añadió—. Aquí es donde quiero criar a nuestro bebé. Quiero que seas feliz aquí. —Se me oprimió el pecho, la emoción y los nervios en guerra dentro de mí—. Ahora ven, tengo una sorpresa para ti.

El chofer de Manuel se apresuró a entrar, con las manos llenas de bolsas mientras daba órdenes a los demás, que rápidamente se unieron a él para ayudarlo a descargar.

En lugar de preguntar por la sorpresa, cerré los ojos y expresé mi preocupación más apremiante.

—No lo hice a propósito.

Se detuvo bruscamente y me dio la vuelta para que quedáramos frente a frente. Me miró fijamente, con el ceño fruncido.

—¿Hacer qué?

—Embarazarme —confesé—. Y parece que te estoy atrapando, pero...

Sus labios se torcieron en esa sonrisa familiar que me derretía las bragas mientras se metía las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Se te ha ocurrido pensar que tal vez yo te atrapé? —indagó. Negué con la cabeza, frunciendo el ceño—. Ninguno de los dos utilizó protección, Athena. Eso no es solo culpa tuya. —El aire abandonó mis pulmones cuando continuó—: Además, me favorece porque ahora puedo quedarme contigo, aunque mis declaraciones de amor te den ganas de salir corriendo.

—No es cierto —objeté, haciendo una leve mueca de desagrado. Este hombre era muy perspicaz.

—Mentirosa.

—Es que no sé qué pensar de todo esto —admití. La verdad era que mi corazón no había dejado de acelerarse desde que salimos de la joyería—. Puede que te arrepientas.

—Jamás. —Una palabra bastó para que me sintiera blanda por dentro. Con una mano en el bolsillo, me rodeó el hombro con la otra—. Ahora, ¿no vas a preguntar por tu sorpresa?

Nos dirigimos de nuevo hacia el castillo, con mis zapatos haciendo crujir las piedras del camino.

—Solo espero que no sean más joyas —dije entre dientes—. Casi me hiciste creer que ibas a limpiar a ese pobre comerciante.

—Lo habría hecho, si eso es lo que querías. —Hizo una mueca, y luego sus ojos se posaron en mi mano—. Esta es la única que cuenta.

Cuando nos acercamos a la entrada, noté un alboroto junto a la puerta. Un hombre imponente, vestido como Manuel con un traje de tres piezas, estaba de pie con dos chicos que parecían sus réplicas exactas.

Se dieron la vuelta al ver que nos acercábamos. Me detuve en seco cuando aparecieron dos nuevas figuras y me tapé la boca con la mano. No, no podía ser.

—¿Es...? —Me giré hacia Manuel—. ¿Qué...? ¿Cómo...? —No me salían las palabras—. ¿Trajiste a mi mamá?

La mano de Manuel se apretó a mi alrededor e inclinó la cabeza, con la boca cerca de mi oreja.

—Quiero que toda la gente a la que quieres te acompañe el día que digas sí a estar para siempre conmigo, *Amorina*.

La emoción me invadió y los ojos se me llenaron de lágrimas. Sin decir una palabra más, salí corriendo hacia mi madre y mi mejor amiga con una enorme sonrisa en la cara. Chocamos en un revoltijo de abrazos y lágrimas.

—Mamá, no puedo creer que estés aquí —expresé, llevaba un vestido rojo de lunares en forma de A haciéndola destacar entre toda la vegetación. Con Alexandra siempre se trataba de "ir a lo grande o irse a casa", y el efecto era que parecía siempre joven. No era raro que la gente creyera que tenía mi edad y la de Isla.

—Por supuesto que estoy aquí. —Me dio un beso en la mejilla.

—Esto parece un *déjà vu* —bromeó Isla, riendo mientras sus ojos se ponían vidriosos, probablemente recordando su boda con Enrico.

—¿Dónde están las chicas? —pregunté, mirando a mi alrededor.

La expresión de Isla decayó.

—Siguen todas desaparecidas. —Se me revolvió el estómago de preocupación, pero intenté que no se me notara en el rostro. Aunque, a juzgar por la expresión de la cara de Isla, ella estaba luchando con lo mismo—. Estoy segura de que todo acabará bien.

No sabía si intentaba convencerme a mí o a sí misma.

—Sí —murmuré.

Mis ojos pasaron de Enrico a los hijastros de Isla, Enzo y Amadeo.

—Hola, chicos.

Amadeo sonrió.

—Creía que ibas a esperarme.

Enzo chocó el hombro contra su hermano.

—No, ella prometió esperarme a mí.

Me reí entre dientes.

—Creo que Raven hizo esas promesas. Si van a ser seductores, no se equivoquen.

Isla hizo un gesto con la mano.

—Vayan a buscar algún problema en que meterse, ustedes dos. Hoy es el día de Athena, así que centrémonos en ella.

—Sí, hagámoslo —asintió mamá—. Esta mamá necesita tener una charla madre-hija. Isla,

¿puedes dejarme un momento con mi bebé? —Los chicos se echaron a correr e Isla me lanzó una mirada incómoda. La tranquilicé con un gesto de la cabeza y nos dio un poco de privacidad, acercándose a donde estaban los hombres. Mamá me atrajo hacia su lado y sentí el suave aroma floral de su perfume—. *Esto* no es lo que quería para ti, Athena.

Luché contra el impulso de echarme hacia atrás, con la decepción como plomo en el estómago. No sabía lo que esperaba, pero no era esto.

—¿Qué quieres decir?

—No quería que te vieras envuelta con la mafia —confesó, un temblor deslizándose en su voz.

—Eres la amante del jefe de la mafia española —señalé, con la voz ligeramente temblorosa—. ¿No es un poco hipócrita?

Ella negó con la cabeza.

—Hago lo que debo para que *podamos* sobrevivir. —Me puse tensa, algo en su tono se coló en mis venas como una advertencia—. ¿Por qué me ocultaste este gran secreto? —preguntó, echándose hacia atrás para verme la cara—. ¡Y casarte! ¿Por qué tanta prisa?

Me estremecí como si me hubieran golpeado. Las palabras de mi madre me calaron hondo y volví a ser la niña hambrienta de aprobación.

No obstante, hoy se trataba de *mis* decisiones, de *mi* futuro con Manuel, un hombre que me trataba bien y que tendría paciencia conmigo. Me armé de valor y levanté la barbilla en señal de desafío. Rara vez coincidíamos, aunque eso no significaba que estuviera dispuesta a dejar que ella dictara mi vida.

—Soy una mujer adulta y voy a hacer esto.

Confiaba en que Manuel me protegería. Sí, el bebé no estaba planeado, pero sabía que estaríamos más seguros con él.

—Voy a ponerme al día con Isla —pronuncié finalmente, dándole un último apretón en la mano antes de escabullirme—. ¿Vienes? —la llamé por encima del hombro.

Los pasos ligeros me indicaron que estaba justo detrás de mí.

—Athena, no es propio de ti ser impulsiva.

Di media vuelta para mirarla, sin embargo, mi mejor amiga me interrumpió antes de que pudiera responder.

—Athena se ha pasado toda la vida siguiendo las reglas, manteniendo los dos pies firmemente plantados dentro de la línea. Yo diría que ya es hora de que se suelte —replicó Isla, guiñando un ojo—. Además, ahora vamos a ser familia.

—¿Pero no es un poco mayor para ti? —insistió mamá, con los ojos clavados en el esposo de Isla—. Igual que el tuyo es demasiado mayor para ti, jovencita.

No llegué a responder antes de que la mano posesiva de Manuel se deslizara alrededor de mi cadera.

—Alexandra —saludó a mi madre.

—Manuel —respondió ella con rigidez—. Hace once años pensé que no volvería a verte y ahora no puedo librarme de ti.

—¿Esa fue la última vez que lo viste? ¿En la ópera? —pregunté inocentemente, sabiendo que ella lo había visto hacía apenas unas semanas en España, durante mi visita.

Mamá se dio cuenta de que había cometido un desliz, pero no iba a dejar que eso la irritara.

—Eso no viene al caso. Esto no me gusta, Athena. Tienes que reconsiderarlo. Simplemente es demasiado viejo para ti.

Esa no podía ser la única razón. Después de todo, el hombre con el que se acostaba era treinta

años mayor que ella.

—Athena puede decidir por sí misma con quién decide pasar su vida —objetó Manuel, con la voz más fría que Siberia—. Aunque si mi edad y mi afecto por tu hija te molestan, por favor, siéntete libre de no asistir a la boda.

Antes de darme cuenta de lo que hacía, me incliné hacia él, sin importarme lo que pensara mi madre al respecto. O tal vez estaba reclamando algo, sabiendo muy bien que ella siempre había encontrado atractivo a Manuel.

—Pero esperamos que no lo hagas —añadí.

—Deberían cambiarse, señoritas. —Manuel me dio un beso en la sien y su aroma masculino me envolvió como un capullo protector. Volvió la cabeza hacia mi madre y preguntó—: ¿Te quedas, Alexandra, o me encargo de tu transporte?

Mamá bajó los hombros, resignada.

—Me quedo. Athena es mi única hija. Por supuesto que no me perdería el día de su boda.

Sentí alivio y sonreí, tomando su mano entre las mías.

—Gracias.

Aún no parecía entusiasmada, mas asintió con la cabeza y esbozó una leve sonrisa.

—Cualquier cosa por ti.

Isla aplaudió.

—Espera a ver el vestido.

—No puedo esperar —contesté, agradecida por el entusiasmo de Isla.

—Te veré pronto en el altar, *Amorina*.

Soltándome, se encaminó hacia la casa junto con Enrico. Me pregunté cuándo habría tenido tiempo de organizarlo todo. *Supongo que vale la pena ser rico*.

—Un segundo —les dije a mi madre y a Isla, y corrí tras ellos. Una vez adentro, agarré a Manuel de la mano y lo hice detenerse. Cuando me lanzó una mirada confusa, solté en tono jadeante—: ¿Qué quieres decir con que me verás en el altar?

Enrico soltó una risita.

—Te dejo con esto.

Ninguno de los dos volteamos a verlo, nuestras miradas se trabaron en un intercambio sin palabras.

—¿Manuel? —Respiré—. Gracias.

—Por supuesto. Arrancaría estrellas del cielo por ti, *Amorina*.

Cielos, cuando decía cosas tan dulces como esta, mi corazón amenazaba con derretirse por él hasta convertirse en un charco a mis pies. ¿Cómo se suponía que una chica iba a ser sensata con él?

—¿Estás seguro de que no nos estamos precipitando?

—Dijiste que sí —declaró con calma, pero había un calor en su mirada que podría prenderme fuego—. No quiero perder el tiempo. —Me agarró la nuca con una palma callosa, sujetándome con firmeza. Se inclinó y sus labios rozaron ligeramente mi mejilla. El leve roce me produjo escalofríos—. No voy a rejuvenecer y no quiero darte la oportunidad de que cambies de opinión.

—¿Y si es tu mente la que cambia? —repliqué sin aliento.

—Imposible.

Entonces me besó profundamente, su lengua lamiendo mi boca. Apreté con fuerza la chaqueta de su traje y lo estreché contra mí. Él soltó un gruñido en la garganta y me rodeó la cintura con el brazo libre, estrechando mi cuerpo contra el suyo. Me devoró, me destrozó con sus labios de una forma que me hizo mover los dedos de los pies. Nuestro beso era lo que toda

escritora de novelas románticas de la historia de la humanidad había plasmado en sus libros, devorador y apasionado.

Finalmente, se apartó y presionó nuestras frentes.

—No me hagas esperar —demandó en voz baja, mezclando sus palabras con nuestra respiración agitada—. Esta noche, te quiero en mi cama como mi esposa.

—De acuerdo —respondí, y fui recompensada con una sonrisa que fácilmente podría derretir una armadura hecha de hierro, por no hablar de mis bragas.

Los italianos sí que sabían cómo seducir a las mujeres para dominarlas.

## **CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO**

## MANUEL



**E**l sótano del castillo estaba enmohecido y rara vez se utilizaba. En el siglo XV funcionaba como calabozo para los prisioneros y enemigos de la familia dueña del castillo.

Yo no había tenido el placer de usarlo... hasta hoy.

—Deberías dejar que yo me encargue —sugirió Enrico mientras bajábamos los escalones de piedra—. Es el día de tu boda.

Le dediqué una sonrisa.

—De ninguna manera. Estos hombres van tras Athena. Son míos.

Aunque normalmente me opondría a que esos hombres se acercaran a mi casa, sobre todo con Athena aquí, sabía que el tiempo apremiaba. Necesitábamos llegar al fondo de la razón por la que la *Tríada* estaba persiguiendo a Athena.

—¿Cómo los encontraste?

Se encogió de hombros.

—Hice seguir a Danil.

Mis pasos se detuvieron en el último escalón y me volví hacia él. Tomé aire e hice la pregunta que me había estado quemando desde que nos topamos con él fuera del apartamento de Athena la noche anterior, después de que los hombres de esa misma organización hubieran intentado hacerle daño. Mi instinto me advertía de que tales coincidencias no existían, y temía que mis sospechas estuvieran a punto de confirmarse.

—¿Está trabajando con ellos?

—No lo sé —admitió, y sentí que mis hombros se relajaban—. Mis hombres no pusieron micrófonos en la habitación, así que no tenemos ni idea de lo que hablaron. Pero este tipo estaba en la habitación con Danil cuando habló con el jefe de la *Tríada*, Qian Long.

Reanudamos la marcha mientras yo le daba vueltas a esta información.

—¿Le sacaste algo a Lykos?

—Solo que la madre de Athena no es de fiar.

En eso estuve de acuerdo con él.

—Parece ser un comentario recurrente —señalé.

Entramos en la primera celda, iluminada por una única bombilla desnuda que colgaba en el centro de la habitación. En un rincón había una mesita con un equipo de coerción y un hombre atado a una silla que nos miraba con ojos ardientes de odio.

—Pagarán por esto —espetó en una mezcla de chino e inglés muy acentuado y muy pobre—. No pueden tocar a la *Tríada* sin consecuencias.

Había una regla tácita entre las organizaciones criminales: no meterse en los asuntos de los demás. Técnicamente, la *Tríada* no había hecho nada de eso *todavía*, pero en cuanto mi anillo

estuviera en el dedo de Athena, cualquier ataque posterior se convertiría en asunto mío.

—*Desde mi punto de vista, estás en mi territorio, así que puedo hacerte lo que quiera* —dijo en chino. No muchos de los miembros de la *Tríada* hablaban inglés, y menos aún italiano. Enrico no hablaba el idioma, aunque esto concernía a mi mujer, no a la suya—. Y ahora has involucrado a mi esposa.

El miedo entró en sus ojos.

—*¿Tu e-esposa?* —tartamudeó—. *No estás casado.*

Sonreí maliciosamente.

—*Oh, sí lo estoy.* —Me había quitado la chaqueta y había empezado a remangarme—. *Athena Kosta Marchetti è la mia donna. Mi esposa.*

Puede que aún no sea legalmente mi esposa, pero desde el momento en que mi semilla entró en su vientre, era mía.

La realización entró en sus ojos con el conocimiento de que moriría aquí hoy.

—*¿Sabes quiénes somos?* —Enrico preguntó, y yo traduje. El hombre cerró los ojos, sus labios se movían silenciosamente como si estuviera rezando.

—*Cuando te metes con los Marchetti, te despellejan vivo* —pronuncié con indiferencia. Dejé de rezar y tragó saliva. Continué—: *Hay una cosa que nunca perdonamos, y es que vayan tras nuestras mujeres y familias.*

Sacudió la cabeza.

—*No sabíamos...*

Levanté la mano para silenciarlo.

—*Antes de que salga de esta habitación, me dirás de qué hablaron Danil Popov y tu jefe.*

—*No lo sé, lo juro.*

No le creí ni por un segundo.

—*Pongamos a prueba tus conocimientos.*

Como si nada, la puerta de la celda se abrió y Umbrio entró pavoneándose con otro hombre, jalando de un carro tras él, cuyas chirriantes ruedas eran el único sonido aparte de la respiración ansiosa y los murmullos ininteligibles de nuestro invitado. El toro de bronce estaba sobre la bandeja metálica de la carretilla, un artilugio utilizado por los antiguos griegos y romanos. El artilugio de latón en forma de toro era hueco y lo bastante grande para meter a un ser humano dentro y asarlo vivo. Unos tubos aflautados transmitían sus gritos por las fosas nasales del toro, creando una música animal, mientras el humo de la carne chamuscada salía como bocanadas de incienso.

Sería una muerte lenta y dolorosa.

Haciendo un gesto con la cabeza a Umbrio, sacó a nuestro prisionero de la silla y lo metió en la olla, aún atado.

Una vez iniciado el fuego, sus gritos no tardaron en llenar la mazmorra.

—*¿De qué hablaron?* —pregunté con calma.

—*¡No lo sé!*

—*Mentira. Cooperas y te daré una muerte rápida.* —Estaba temblando, con los ojos muy abiertos por las visiones de lo que estaba por venir. Dirigí una mirada a Umbrio—. *Añade un poco de calor a ese fuego, ¿quieres?*

Hizo lo que le pedí, y pronto la mohosa habitación apestó a carne quemada. El hombre tenía la cabeza agachada y le goteaba saliva de la boca.

—*Dime.* —Rechiné los dientes.

—*No lo sé.*

Furioso porque no se quebraba, tomé mi cuchillo y le corté la oreja. La sangre le corrió por la cara mientras volvía a gritar.

—No pararé hasta obtener las respuestas que busco —advertí.

Negó con la cabeza.

—Por favor, hablaban sobre todo en inglés. No entendía casi nada.

*Cazzo.*

—Dijiste casi nada —intervino Enrico—. ¿Qué escuchaste?

Como no contestó, le rebané la otra oreja mientras Umbrio añadía un tronco más al fuego. Cuando los gritos se apagaron, volví a hablar.

—Dime qué dijeron.

—El... ellos mencionaron una boda. Sin nombres.

—¿Y?

—Uniré a la *Tríada* con los Balcanes.

Qian Long no tenía hijas ni hermanas, lo que llevaba a una conclusión. Danil Popov planeaba casar a Nicki o Athena. Teniendo en cuenta que era bien sabido que Nicki Popova era mercancía dañada y que la mujer no sabía cómo cerrar la puta boca, yo apostaría por Athena como la mejor y única opción.

Miré a Enrico, que debía de haber llegado a la misma conclusión. Me levanté y empecé a bajarme las mangas, luego me volví a poner la chaqueta.

El hombre suplicó por su vida, sollozando mientras le temblaban los hombros, y fue Enrico quien lo sacó de su miseria con una sola bala.

Enrico y yo dejamos que Umbrio limpiara y subimos a mi oficina. Nos topamos con los chicos, con sus caras sonrientes enterradas en un libro.

—¿Qué están leyendo ustedes dos que es tan entretenido? —preguntó Enrico.

Levantaron la cabeza y se ruborizaron cuando Amadeo cerró rápidamente el libro.

—Nada.

Eché un vistazo al título a lo largo del lomo y gruñí.

—¿No les dije que dejaran de leer esas cosas? Son demasiado jóvenes.

Enzo puso los ojos en blanco, pero Amadeo empujó el libro a su espalda como para evitar que se lo arrebatará.

—No lo somos —protestó Amadeo.

—Estamos aprendiendo el arte de hacer el amor.

—*Che?* —inquirió Enrico, confundido, con los ojos desviándose entre sus hijos con incredulidad. —¿Qué arte de *hacer el amor*?

Me quejé, murmurando una oración.

—*Dio mio, salvami.*

—Chicos, será mejor que me lo expliquen —exigió Enrico.

Amadeo se encogió de hombros.

—Es una novela romántica.

Enzo sonrió.

—Es buena educación. —Esto confundió aún más a Enrico.

—Acabamos de aprender cómo hacer que las mujeres acaben con semen en sus pestañas —explicó Amadeo, riendo entre dientes y sonriendo como un tonto—. Nuestras mujeres no tendrán ninguna oportunidad.

—Ustedes dos se ganarán una patada en las pelotas si intentan eso con la mujer equivocada —les advertí, y luego añadí—: *Mi dispiace...* con la *chica* equivocada.

Amadeo hinchó el pecho.

—Mujer o chica, le gustará.

Enzo le dio un codazo, siseando algo en voz baja, mas su hermano lo ignoró.

—Dame ese libro —demandó Enrico, extendiendo la mano—, antes de que decida golpearte con él.

Me encontré rezando para que Athena estuviera embarazada de una niña.



Me duché en la habitación de invitados, me vestí y entré en el vestidor contiguo para ponerme el chaleco, la corbata y la chaqueta.

Me picaba la nuca mientras me arreglaba la corbata y, al darme la vuelta, me encontré a Alexandra tumbada en la cama de la habitación de invitados. Tenía el vestido subido y los muslos abiertos, lo que me permitía ver su ropa interior.

Respiré con fuerza por las fosas nasales, con la ira encendida.

—¿Te gusta lo que ves, cariño?

Mi ira se convirtió en rabia y tuve que dar un paso atrás para no asesinar a la que pronto sería mi suegra.

—No, y si tuvieras una pizca de respeto por tu hija o por ti misma, te largarías. Tus juegos no son bienvenidos aquí.

Se tocó los pechos, gimiendo. Era como ver una película porno barata. Debería haber seguido mi intuición y no haber invitado a esa zorra. La mujer era una serpiente.

—Lárgate de aquí, Alexandra. Estás en la habitación equivocada —dictaminé, con la voz fría como el hielo y mi control al borde del límite. No había nada en ella que me tentara, ni siquiera un poco—. Ve a ayudar a tu hija a prepararse o haré que te arrepientas de haber pisado este terreno.

Alexandra sonrió, mostrando toda su dentadura, semejante a la de un tiburón.

—Ella es bastante capaz. —Retumbó, su mano bajando—. ¿Quizá pueda ayudarte a *tí*?

—Prefiero que me quemen vivo —respondí tajante—. ¿Cómo entraste aquí? ¿*Cuándo* lo hiciste?

—Estabas en la ducha. —Se rio entre dientes—. No te preocupes, no miré. El voyerismo no es lo mío.

—Realmente me importa una mierda lo que sea lo tuyo. Nunca lo he hecho y nunca lo haré. Solo estás aquí porque quiero ver feliz a Athena.

—Eso es. —Ronroneó—. No te creo. Querías acercarte a mí.

*Esta maldita mujer.*

—Estás delirando. Y si crees que te tocaría el día de mi *boda*, y mucho menos alguna puta vez, necesitas ver a un médico, porque también estás demente. Athena es la única a la que quiero.

—Athena es una chica, Manuel. Tú necesitas una mujer. Yo puedo darte pasión y mucho más. —Resoplé, sin siquiera concederle una respuesta—. Nuestra relación sería inigualable.

Me reí.

—Querrás decir que tus *espinas de deseo* serían mortales. Harían sangrar al amor de mi vida y le causarían dolor. Pero no te importa, ¿verdad? Eres una serpiente, solamente una versión barata y desteñida de Athena. —Me arreglé las mancuernillas y ajusté las mangas del traje—. Ahora, ¿qué es lo que realmente quieres, Alexandra? Creí haberte dejado claro hace once años

que no eres la mujer para mí.

Por un momento dudó. Luego se bajó el vestido y se dejó de tonterías, sabiendo que sus intentos de seducción eran inútiles.

—Fuiste cruel conmigo ese día.

—Ese día dejé clara una cosa —la corregí—. Deberías prestarle atención, porque sigue en pie.

Los recuerdos de su engaño y su intento de atraparme se filtraron como un trago amargo.

*Su cuerpo menudo yacía en la cama del hospital, pálido y magullado, y el remordimiento me golpeó por las duras palabras que le escupí una semana antes, cuando la sorprendí usando la voz de una niña inocente como si fuera la suya. Incluso después de haberla descubierto con las manos en la masa, Alexandra no se molestó en reconocer a la niña, fuera quien fuera aquella niña con esa patada asesina, como la dueña de aquella increíble voz.*

*Sin embargo, eso no importaba. Alexandra estaba en la cama del hospital, con un aspecto frágil y tan malditamente abatida. No me gustaba ver a ninguna mujer en ese estado, por muchos escrúpulos que tuviera. Era la razón por la que la Omertà nunca se involucraba en el tráfico de personas.*

*Ninguno de nosotros podía tolerar esa mierda.*

*El olor a lejía y desinfectante dominaba la habitación, sus suaves gemidos movían sus labios en una distorsionada plegaria.*

*—¿Qué pasó? —pregunté, manteniendo la voz baja.*

*Ella murmuró en voz baja y yo me incliné, acercando mi oído a su boca.*

*—Repíte eso.*

*Fue entonces cuando me di cuenta. El fuerte olor a polvo y maquillaje.*

*—Te estaban buscando —dijo.*

*—¿Quiénes? —Me enderecé y estudié su rostro con ojos entrecerrados.*

*Sus ojos se abrieron, pero nada en ellos me fascinó. Todo lo que vi fue engaño. Otra vez.*

*—No les dije nada —murmuró.*

*No podía haberles dicho nada porque no sabía nada, ni de mis asuntos ni de la Omertà.*

*Le llevé el dedo a la cara, arrastrándolo por la mejilla, y la capa de maquillaje se desprendió, dejando al descubierto una piel sana. Se sobresaltó, paralizada por la sorpresa de que yo hubiera descubierto la verdad tan fácilmente, e intentó apartarse, mas no importó.*

*Sin decir una palabra, me di la vuelta. Estaba casi en la puerta de la habitación del hospital cuando su voz me detuvo.*

*—Lo siento, ¿está bien? No sabía qué más hacer... No contestabas a mis llamadas.*

*—Así que decidiste... ¿Qué? ¿Atraerme aquí y hacerte la víctima? —siseé—. Los moretones fueron un buen toque. ¿Cómo conseguiste que me llamaran del hospital?*

*Bajó los ojos en señal de remordimiento, pero yo sabía que no era así. La estafadora no tenía conciencia.*

*—Los soborné —admitió, y las lágrimas aparecieron como por arte de magia. Era una excelente actriz, lo reconozco—. Tenía que volver a verte.*

*—No, lo que tienes que hacer es encontrar a esa niña y disculparte por utilizarla.*

*Sus ojos se abrieron de par en par.*

*—Ella no es nadie.*

*Mis muelas rechinaron tan fuerte que me sorprendió que no se rompieran.*

—Eso por sí solo me dice mucho de ti, Alexandra. —Apreté los dientes—. Además, con una voz así, esa chica es alguien.

—¡No puedes hacerme eso; descartarme como si no fuera nada! —chilló.

Suspiré.

—No te estoy haciendo nada. De hecho, preferiría no volver a verte.

Se echó a llorar, lanzando gritos teatrales y con un aspecto tan lamentable que casi me hizo sentir lástima por ella. Casi.

Agarrando la fría manija de metal, abrí la puerta.

—Eres un verdadero desgraciado. Un maldito bastardo. Igual que los demás —reviró.

Me burlé.

—Puede ser, pero déjame preguntarte. —Mirando por encima del hombro, continué—: ¿Dónde acabó esa chica?

Parpadeó, callada por un momento antes de encontrar las palabras.

—No lo sé. ¿Por qué importa?

—Los hombres pueden ser unos bastardos, Alexandra, pero tú no eres mejor que ellos. Usas y desechas.

Entonces salí y le cerré la puerta para siempre.

—Mi hija no te conviene —siseó, y su furia me devolvió al presente. En ese entonces me desagradaba, pero en este momento la odiaba, porque sabía que la chica a la que utilizaba era su propia hija. Porque dejaba a su hija sola y vulnerable mientras ella iba por ahí seduciendo hombres. Y Athena, que buscaba lo mejor en las personas, era leal a una mujer que no merecía su bondad. Dudaba que Athena supiera siquiera el alcance de la toxicidad de su madre.

Dejé escapar un suspiro sardónico.

—Imposible.

Sus ojos se desorbitaron.

—¿Por qué?

—Porque ella es lo único *correcto* y *bueno* que hay en mi vida —pronuncié, sintiendo que la verdad reverberaba hasta lo más profundo de mi ser.

—No sabes lo que haces, Manuel —siseó, enderezándose en la cama—. No puedes ni empezar a imaginar las repercusiones de casarte con ella.

Abordó el tema, así que aproveché el momento. Puede que Athena se hubiera librado dos veces de la ira de la *Tríada*, no obstante, a menos que supiera a qué me enfrentaba, seguiría estando en peligro.

—¿Te refieres al hecho de que sea la hija de Atticus Popov? —lancé despreocupadamente, deleitándome con la forma en que los ojos de Alexandra se abrieron de par en par—. ¿O a que los miembros de la *Tríada* la persiguen?

Me fulminó con la mirada.

—¿Cómo sabes algo de eso?

—Hice mi tarea —contesté inexpresivo.

En sus ojos brilló la comprensión.

—Y crees que puedes utilizar su derecho de nacimiento y el apellido Popov en tu propio beneficio.

Di un paso adelante, cerniéndome sobre ella como una nube oscura.

—Escucha, Alexandra. Nadie va a utilizar a Athena para nada —informé, con una clara

advertencia en mi tono—. Eso te incluye a ti. *Capisce?*

Su sonrisa era aceitosa.

—¿Cómo podría utilizar a mi propia hija?

—¿Por qué la persigue la *Tríada*?

Ella se levantó, burlándose desdeñosamente.

—¿Por qué iban a interesarse por ella?

—Por lo que Atticus y tú hicieron. —Estaba especulando, pero tenía la corazonada de que no me iba a dar gato por liebre.

—Nunca me metí en los asuntos de Atticus, así que tendrás que preguntarle a él qué hizo.

—No te creo. —Me enfurecía que Alexandra fuera tan egoísta y que se negara a decirme cómo proteger a su hija. La idea de perder a Athena a manos de la *Tríada* me oprimía el pecho—. Así que dime dónde carajos está y se lo preguntaré.

Se encogió de hombros con indiferencia.

—No mantengo la pista de mis antiguos amantes.

Respiré hondo. No averiguaría nada de Alexandra, a menos que la beneficiara de algún modo.

—Si tienes algo significativo que decir, hazlo ahora. Si no, lárgate de una puta vez.

Se pasó una mano por el cabello.

—No puedes casarte con ella —insistió—. Athena no puede estar asociada con la *Omertà*. Ni con ninguna organización criminal.

—¿Por qué no?

Su pecho se agitó.

—Porque...

Esperé, pero no llegó a terminar la frase.

Mi voz era antinaturalmente tranquila.

—Eres su madre, aunque a menos que me digas qué está pasando, no puedo protegerte. Y, por favor, entiende que solo lo haré por el bien de Athena, porque ella me importa, no tú.

Un denso silencio se extendió por la habitación mientras esperaba a que se sincerara.

—Es imposible que la quieras. Tiene la mitad de tu edad. Debería arrastrarla por el cabello y sacarla de aquí. Un día me lo agradecería.

Estallé.

Me abalancé sobre la cama y rodeé su garganta con una mano. Era tan tentador apretar y acabar con ella. Sería tan fácil, y ella dejaría de ser una amenaza.

Esta mujer tenía agallas. Si desconfiara de mí por verdadera preocupación por su hija, la alabaría, sin embargo, lo hacía por motivos totalmente egoístas.

—Athena es mía ahora, para protegerla, amarla y cuidarla. No voy a tolerar que la metas en ninguna mierda. Mantente alejada de cualquier cosa que pueda poner a Athena en peligro. Esta será tu única advertencia.

—Tal vez deberías hacer caso a tu propia advertencia. Nada bueno puede salir de esta vida, de casarse *contigo*.

—Si se te ocurre hacerle daño a mi esposa, emocional o físicamente, te romperé el cráneo con mis propias manos —la amenacé, apretando los dientes.

Su madre sonrió con frialdad.

—No es tu esposa.

—Todavía —declaré con frialdad.

Para cuando se pusiera el sol, sería mía para siempre.

## **CAPÍTULO TREINTA Y CINCO**

## ATHENA



—**N**o puedo creer que vayas a tener un bebé pronto —habló Isla, con ojos cada vez más tiernos. Estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, su cabello y maquillaje impecables como siempre.

Estábamos en el dormitorio y yo me estaba probando el vestido de novia número cinco. Menos mal que en el vestidor de Manuel cabían todos los vestidos que le habían traído hoy.

—Yo tampoco —admití, mirando hacia la puerta—. No he tenido náuseas matutinas. Ni aumento de peso. Nada. —Me giré en el acto y miré mi reflejo en el espejo—. Bueno, no creo que este sea el vestido adecuado.

—Pruébate el siguiente —me animó Isla—. Seguro que alguno es perfecto.

—Aunque creo que mis pechos están más grandes —dije, mis ojos se desviaron hacia la puerta de nuevo.

Mi madre había salido hacía treinta minutos para asearse y aún no había vuelto. Confiaba en la opinión de Isla, mas seguía pareciéndome algo que mi madre debería experimentar conmigo.

—Mucho sexo sin protección, ¿eh? —bromeó, llamando mi atención.

Negué con la cabeza.

—Uno pensaría que lo habríamos sabido mejor.

Levantó las palmas de las manos.

—No soy quién para juzgar.

—Simplemente estoy decepcionada de mí misma —manifesté, de pie en ropa interior mientras exploraba mis opciones de vestidos—. Me prometí que no repetiría el error de mi madre.

—Bueno, no repetiste exactamente su error.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté mientras me ponía un sencillo vestido de alta costura con un escote que alargaba mi silueta. Era minimalista y a la vez deslumbrante.

—Se acostaba con un hombre casado —me explicó—. Manuel es soltero. Y quiere casarse contigo.

—Pero es un criminal.

Isla conocía ese mundo, sus peligros, con su marido y su hermano en la mafia.

Mi amiga se encogió de hombros.

—Son mejores criminales que nuestros padres y, lo que es más importante, más cariñosos.

Tenía razón. Nuestros progenitores no nos merecían. Su egoísmo y su incapacidad para ser fieles empezaron con la mierda, y nos habían dejado atrás para lidiar con las consecuencias de sus actos.

—Tienes razón —susurré—. Tienes toda la maldita razón.

Me di la vuelta y me estudié en el espejo.

—Santo cielo —musitó sorprendida—. Creo que has encontrado tu vestido.

—Sí —confirmé, incapaz de apartar la mirada de mi reflejo. El vestido me quedaba como una segunda piel, acentuaba mi cintura y suavizaba mis curvas—. Creo que tienes razón.

Mis ojos se desviaron de nuevo hacia la puerta. ¿Dónde *estaba* ella?

Isla debió de darse cuenta de mi creciente ansiedad.

—Sabe que únicamente la novia usa vestido de novia, ¿verdad? Seguro que ya debe de haber terminado.

Me reí, pero no tenía mucho sentido del humor.

—Quizá se perdió al volver de su habitación.

—¿Sabe tu madre lo del bebé? —inquirió, con voz grave—. Estaba en estado de *shock* cuando la recogimos y no paraba de preguntar por el motivo de esta boda relámpago.

—No, no lo sabe.

—¿Se lo vas a decir?

—Con el tiempo. Si tan solo no hubiera salido con él antes.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Vete a la mierda. Estás inventando eso.

Negué con la cabeza.

—Ojalá.

—Así que te acuestas con el examante de tu madre. —Sonrió con sequedad—. Debe de estar encantada.

—Menos mal que nunca se acostaron. —Agarré su mano y la apreté suavemente—. Prométeme que no se lo dirás a nadie.

Puso los ojos en blanco.

—Lo prometo, aunque las chicas no te juzgarían.

—Lo sé, pero aun así se siente raro —suspiré—. Ojalá estuvieran todas aquí. Espero que estén bien.

Se puso a mi lado, mirándome en el espejo.

—Estarían aquí si pudieran. Estarán bien, Athena. No te preocupes. —Me echó el cabello hacia atrás con manos suaves—. Pero nosotras no lo estaremos si no te convertimos en la novia más hermosa.



Llamaron a la puerta y entró mamá.

—¿Ya es hora? —indagó Isla, emocionada por que empezara la boda. Mi madre no hizo ningún comentario, sus ojos se clavaron en mi cara.

—¿Dónde has estado? —pregunté mientras me alisaba el vestido de novia.

—Athena, esto es un error —dijo con gravedad. Me agarró el antebrazo y sus dedos se clavaron en mi piel—. Vámonos de aquí, ¿quieres? Puedes venir a España conmigo.

Me solté de un tirón.

—Ya te lo dije, mamá, me voy a casar con él.

Sus ojos se pusieron furiosos.

—Él no te conviene.

La miré incrédula mientras Isla se quedaba a un lado mirándola con expresión de asombro.

—Estás bromeando, ¿verdad? Por qué tengo la sensación de que si fueras tú con quien

quisiera casarse, tu historia sería completamente distinta.

Era un golpe bajo y yo lo sabía, pero las palabras ya habían salido y no había vuelta atrás.

Sus ojos se clavaron en mí.

—Eres joven, ¿por qué tiene que ser hoy? Espera un año o dos y, si sigues pensando lo mismo, lo reconsideraremos.

—No —reviré, poniéndome firme de una vez por todas—. No hay nada que reconsiderar. —Era hora de ser sincera con mi madre—. Estoy embarazada. —Se puso colorada y me miró boquiabierta—. Te guste o no, me casaré con él. Puedes alegrarte por mí y quedarte, o puedes irte.

Me dirigí a Isla, que me entregó mi ramo, un elegante arreglo de rosas rojas. Salí del dormitorio con ella a mi lado. Caminamos en silencio, con mi mano temblorosa en su mano reconfortante, mis tacones repiqueteando en el suelo de mármol mientras el corazón me latía con fuerza en el pecho.

No fue hasta que salimos al porche, con vistas a los viñedos, los limoneros y el mar frente a nosotros, que mamá apareció a mi lado.

Isla me apretó la mano cuando cruzamos la puerta abierta.

—Les pedí a Enzo y Amadeo que fueran los niños de las flores —avisó, y de repente el ambiente se animó. Nos miramos y nos reímos suavemente.

Amadeo y Enzo aparecieron delante de nosotras vestidos con trajes de tres piezas, pequeñas réplicas de su padre, al que vi por el camino con los ojos ocultos tras unas oscuras gafas tipo aviador. Empezó a sonar la música y se pusieron a bailar por el pasillo improvisado, tirando pétalos rojos al suelo.

—¿Qué están haciendo? —Curioseó mamá sorprendida.

Mantuve la mirada fija en los chicos y sonreí.

—Siendo los mejores niños de las flores que el mundo haya visto.

Con cada paso, los chicos Marchetti creaban un camino de pétalos de rosas rojas que conducía hasta donde estaba Manuel, alto e imponente.

La música cambió de un ritmo bailable al de Pachelbel y entonces los ojos de todos se dirigieron a mí.

Al dar el primer paso, toda mi atención se centró en el hombre que me esperaba. Llevaba un elegante esmoquin negro y el calor de sus ojos oscuros me atrajo hacia él. En su expresión revoloteó una emoción que no pude descifrar del todo, sospechaba que era una combinación de obsesión e impaciencia, y eso hizo que se me curvaran los dedos de los pies.

El mundo entero desapareció y los pétalos rojos se aplastaron bajo mis zapatos. Acorté la distancia que nos separaba y Manuel extendió su mano hacia mí. Mis dedos se entrelazaron con los suyos y mi anillo de compromiso brilló bajo el sol de la tarde.

El sacerdote, vestido de blanco, nos saludó, y el resto fue borroso hasta que nos pidió que recitáramos nuestros votos.

Nos miramos de frente y Manuel habló primero.

—Yo, Manuel Marchetti, te tomo a ti, Athena Kosta, como mi esposa.

## **CAPÍTULO TREINTA Y SEIS**

## MANUEL



Nunca había visto una mujer tan hermosa.

Mientras hacíamos nuestras promesas el uno al otro delante de nuestra familia y del sacerdote, aparté de mi mente todos los pensamientos sobre mi encuentro con Alexandra y me concentré en mi novia. El mundo entero dejó de existir y, con sus manos entre las mías, fuimos declarados marido y mujer.

Se unió a mí con un hermoso, pero sencillo vestido que acentuaba su figura. Un ramo de rosas rojas y lirios blancos descansaba en sus manos, mientras su cabello oscuro caía suelto por su espalda en ondas.

—*Vi dichiaro marito e moglie* —anunció el sacerdote, casándonos en el patio de miles de años de antigüedad.

Tomé su boca para besarla. Los aplausos apenas se escucharon mientras sus suaves labios se amoldaban a los míos, su cuerpo flexible. *Dio mio*, el hambre que sentía por ella nunca se calmaría. No mientras me quedara aliento en el cuerpo.

—*Dai, andiamo!* —Enzo finalmente gritó—. Este *bacio* nos matará de hambre a todos. Terminen con esto y vayamos a comer.

Nunca quise olvidar esto. *Cazzo*, nunca quise terminar este beso. Así de loco estaba por mi hermosa esposa.

Lentamente pasé mi lengua por la comisura de su boca y le di un último beso. Nunca había querido casarme ni me había importado que no estuviera en mis planes, y nunca me había alegrado tanto de estar equivocado.

Me enderecé y Athena se apoyó en mí, llevándose una mano a sus labios rojos e hinchados.

—Primero tenemos que romper la copa —dijo Enrico, entregándome una copa de cristal.

—Dos bodas italianas en el lapso de unos pocos meses —agregó Isla, de pie junto a mi esposa como su dama de honor—. Pronto seremos expertos.

Las mejillas de Athena se sonrojaron y susurró:

—Más vale que haya muchos pedazos, porque ahora hay un bebé de por medio.

El número de fragmentos indicaría el número de años que estaríamos felizmente casados.

Ambos sosteníamos la delicada copa de vino.

—*Uno, due, tre* —animé, y la soltamos.

Los fragmentos volaron por todas partes, brillando en el patio de piedra.

Athena guiñó un ojo.

—Parece que estamos *pegados* para siempre.

Le rodeé la cintura con el brazo, la levanté y crucé el umbral de nuestra casa mientras le hablaba al oído en voz baja.

—Para siempre, Athena Marchetti.

Avanzamos por la casa decorada hasta el comedor, donde pasamos las siguientes horas. La cena fue íntima y la comida abundante, y tomé nota para agradecer a mi personal por sus esfuerzos.

El comedor formal se había transformado con telas transparentes, velas blancas y pequeñas luces que reflejaban un suave resplandor en las paredes y el candelabro de cristal. Flores frescas decoraban cada rincón de la sala y una suave música flotaba en el aire.

Athena brillaba, como los diamantes y las esmeraldas de su dedo. Aunque su madre no estaba demasiado entusiasmada, tampoco arruinaba el ambiente. No creía que nada pudiera hacerlo.

Enzo y Amadeo coqueteaban descaradamente con Athena e Isla, y a pesar de saber que era inofensivo, me costó todo lo que tenía no mandar a mis sobrinos volando al otro continente. Entonces Amadeo tuvo que ir un paso más allá, extendiendo la mano para invitarla a bailar.

—*Ragazzi!* —le grité a los dos chicos, cuyos ojos volaron instantáneamente hacia mí.

—*Sì?*

—¿Quieren conservar sus manos? —Asintieron al unísono—. Pues manténganlas alejadas de mi mujer.

Athena puso los ojos en blanco.

—¿No es ir demasiado lejos?

Le sonreí.

—No lo creo.

—¿Y si te toca otra mujer? —preguntó, levantando la barbilla en señal de desafío.

Me burlé.

—No habrá otra mujer que me toque, *Amorina*. Puedes estar segura. —Abrió la boca y sus mejillas se sonrojaron—. La mataré yo mismo.

Que sea un mensaje para su madre también.

Mi joven esposa volvió a poner los ojos en blanco y centró de nuevo su atención en una Isla radiante.

—¿Quién lo hubiera pensado, eh? —pronunció Enrico, observando a su mujer tan fervientemente como yo observaba a la mía.

—Algo habremos hecho bien, viejo —repliqué irónicamente.

—Cuidado a quién llamas viejo, *Vecchio* —Se rio entre dientes—. ¿Está contenta por lo del bebé? —inquirió Enrico, repentinamente serio.

—Fue un *shock* para ambos —admití, mis ojos se ablandaron en Athena—, pero creo que lo está aceptando.

Mi esposa debió de darse cuenta de que hablábamos de ella, porque levantó la cabeza y sus ojos brillantes se encontraron con los míos.

*Madre di Dio*, me moría de ganas de tener a mi mujer a solas.



Al ver cómo las luces traseras desaparecían por el largo camino de la entrada, tomé a mi mujer en brazos y volvimos a entrar.

—¿Qué haces? —chilló.

Sonreí pícaramente.

—Te llevo a nuestro dormitorio. Llevo todo el día esperando para hacer lo que quiera

contigo.

Soltó una risita áspera.

—No dirás eso cuando me tambalee con una barriga enorme. Te esconderás de mí cuando esté cachonda.

Mis pasos vacilaron y bajé la cabeza, lanzándole una mirada incrédula.

—*Impossibile*. Siempre te voy a desear, viejo, débil, en mi lecho de muerte.

En cuanto entramos en la habitación, cerré la puerta de una patada y la besé con avidez.

La bajé a la cama y dejé que mis ojos recorrieran su cuerpo, su larga cabellera esparcida por la almohada. Mi mano se deslizó hasta su cintura, el suave material de su vestido se interpuso en mi camino.

Ella se levantó sobre sus codos, con el mismo deseo que yo parpadeando en sus ojos. Saqué mi navaja de la funda y, con un movimiento rápido, corté la costosa seda como si fuera papel, impaciente por dejarla desnuda para mí.

—¡Oye! —protestó—. Me gustaba ese vestido.

Sonreí y mis ojos recorrieron cada centímetro de su hermoso cuerpo.

—Me gustas más desnuda —elogié, cortando con cuidado el sujetador y las bragas antes de dejar el cuchillo sobre la mesita de noche. Mis manos se deslizaron por su cintura, su piel lisa y suave bajo las yemas de mis dedos, mientras le masajeaba el trasero con mis dedos provocadores—. No hay nada comparable a tu cuerpo desnudo, *Amorina*.

—Lo mismo digo —susurró ella—. ¿Puedo cortar tu traje con un cuchillo también? —Inhalé profundamente y tomé la navaja, entregándosela—. Vaya, ¿confías en mí con un cuchillo?

Me reí entre dientes y me quité la chaqueta.

—Si tengo que morir, que sea por tu mano.

Se incorporó y me agarró el dobladillo de la camisa mientras sostenía el cuchillo, pensando en la mejor manera de hacerlo. Me quedé quieto mientras ella movía la tela.

Exhaló y volvió a dejar el cuchillo sobre la mesita de noche.

—Tal vez deberíamos hacerlo a la antigua —murmuró, acercándose a los botones—. No quiero asesinarte antes de correrme al menos una vez.

Nuestros movimientos se volvieron hambrientos e impacientes, y por fin estaba desnudo. Athena recorrió mi cuerpo con la mirada, deteniéndose en mi polla dura, goteando semen. Se lamió los labios.

—No tardó mucho —soltó, con sus finos dedos rodeando mi verga.

Metí la mano en su cabello y apreté con más fuerza.

—Por si se te ha escapado, esposa, estoy obsesionado contigo.

Tomé su boca, abrí sus muslos con la mano libre y deslicé un dedo en su calor. Ella gimió en mi boca, besándome más fuerte, y yo presioné mi pulgar contra su clítoris.

—Tu coño siempre está tan húmedo para mí —gruñí.

La agarré por el culo, sus piernas me rodearon la cintura y nos giré para que se sentara a horcajadas sobre mí, con la espalda apoyada en la cabecera. Giré las caderas, apretando la polla contra su sexo.

La acerqué más y mis labios rozaron los suyos.

—¿De quién es esta boca tan bonita? —indagué con voz áspera.

Ella no dudó.

—Tuya.

—¿Y este coño?

—Mío —bromeó.

—Mío —gruñí—. Eres toda mía. Mi mujer. Mi propiedad. Toda mía.

Se apartó un poco y me miró a los ojos.

—Entonces también eres de mi propiedad. —Curioseó.

—Soy tuyo —juré antes de pegar mi boca a la suya y besarla con avidez.

Movía las caderas en mi regazo, volviéndome loco. Bajé la mano por su cuerpo, mis dedos encontraron su coño húmedo y recorrieron su clítoris hinchado.

—Manuel —gimió—. Te necesito dentro de mí.

Se levantó y me agarró la polla entre sus delicados dedos, con mi anillo mirándome fijamente, y los dos vimos cómo bajaba.

—Cazzo. —Apreté la mandíbula ante la sensación, rodeando su nuca con la mano mientras mi verga desaparecía dentro de su centro—. Toma lo que necesites, *Amorina*, o perderé el control y te follaré hasta dejarte inconsciente.

Sus senos se apretaron contra mi pecho mientras ella empujaba sus dedos en mi cabello, agarrándome mientras cabalgaba mi polla.

—Ahora también eres mío —gimió, cabalgándome con más fuerza, haciendo realidad todas mis fantasías.

La agarré de su cabellera y la acerqué, rozando mis labios con los suyos. Con un gruñido, empecé a penetrarla, imprimiéndome en su corazón y en su alma. De la misma forma que ella ya había reclamado el mío.

—Soy tuyo, Athena. —Mi voz sonó gutural mientras la veía cabalgar sobre mí, con su larga melena alborotada y los labios hinchados. Empujé dentro de ella, su excitación goteando sobre mis muslos—. Eres una bendita visión.

Sus labios se encontraron con los míos mientras la follaba con más fuerza, mezclando nuestros gruñidos y gemidos. Ella estaba cada vez más cerca, y la visión me estaba llevando a mi propia liberación.

—Oh... Dios mío —gimoteó, sus ojos se cerraron y sus músculos se contrajeron alrededor de mi verga como una tenaza—. ¡Manuel... Manuel, me vengo!

Y me llevó con ella.

—Cazzo —gemí contra sus labios, con la polla agitándose al sentirme liberado.

Por un momento nos quedamos quietos, su cuerpo estremeciéndose contra el mío mientras mi polla se acomodaba dentro de su coño caliente.

Nunca tendría suficiente de ella.

—Athena —susurré, y ella me miró con aquellos hipnotizantes ojos verdes, con una sonrisa de satisfacción en los labios—. Eres todo lo que siempre he querido.

Suspiró y apoyó su frente en la mía.

—Empiezo a pensar que eres todo lo que necesitaba.

Esto era amor. Y me aferraría a él con todas mis fuerzas.

## **CAPÍTULO TREINTA Y SIETE**

## ATHENA



**N**o podía respirar. No podía ver el cielo.

La mano invisible me rodeó el cuello y me agité contra la barrera, con los brazos y las piernas atados y desesperada por liberarme.

—*Por favor.* —Intenté gritar, pero no encontraba mi voz. Las lágrimas me nublaban la vista. Me ardían los pulmones. Me estaba muriendo... No quería morir.

—*Amorina.* —Me detuve, dejé que la voz me acariciara—. Despierta.

Abrí los ojos de golpe, con la piel empapada de sudor apretada contra el cuerpo caliente de Manuel. Mis ojos se desorbitaron, buscando el cielo, sin embargo, no lo encontré.

—Athena, ¿qué pasa? —No podía apartar la mirada de las cortinas, donde se suponía que la luna y las estrellas me devolvían la mirada.

Me acarició la cara y su nariz rozó la mía.

—Athena, mírame.

No podía hacerlo. No podía moverme. No podía respirar.

—Ventana —susurré, con la voz temblorosa en el silencio—. Abre las cortinas.

Salió disparado de la cama, corriendo hacia la ventana francesa. No pude respirar hondo hasta que las cortinas se abrieron y se filtró la luz plateada de la luna. Entonces abrió las ventanas y entraron los sonidos nocturnos: las olas rompiendo contra la orilla, los grillos cantando.

Manuel volvió a mi lado, tomó mis manos entre las suyas y me observó con el ceño fruncido, preocupado.

—Gracias —indiqué, con la voz temblorosa y los dedos helados.

—¿Qué soñaste? —me preguntó en voz baja.

No encontraba palabras para describirlo porque no era un sueño. Eran recuerdos que me aterrorizaban. De aquella noche en que me metieron en una caja. Quería olvidarlo, pero sabía que me acompañaría para siempre.

Miré el reloj y vi la hora. Las tres y cuarto de la madrugada.

Me arrojé a sus brazos.

—No me acuerdo —mentí, apretando la cara contra su piel desnuda. Me rodeó con sus brazos en un abrazo protector—. Solo quédate conmigo.

Nos deslizamos bajo las sábanas y me concentré en el subir y bajar de su pecho. Me picaba la piel mientras las imágenes me arañaban y me ardía la cicatriz, mas lo ignoré todo.

Me sentía segura en los brazos de Manuel, mi esposo.

Mantuve la mejilla pegada a su pecho durante horas, con los ojos fijos en las estrellas que centelleaban, hasta que los primeros destellos del alba salpicaron el cielo.

Sabiendo que el sueño no me volvería a encontrar, me moví ligeramente para no molestarlo.

Me deslicé fuera de la cama, me puse unos pantalones de yoga y una camiseta holgada, tomé mi teléfono y salí de puntitas del dormitorio y atravesé la silenciosa casa.

No había explorado cada rincón de este lugar, y no tenía nada más que hacer. Me abrí paso a tientas por las distintas alas, asombrada por su belleza. La mayor parte de la arquitectura se había modernizado, pero aún se conservaba el antiguo encanto del castillo. Había paredes de piedra, techos abovedados y suelos de mármol en casi todas las habitaciones: la cocina, los tres salones, el comedor, la oficina y la biblioteca. *Oh, la biblioteca.* Era todo lo que podría haber deseado.

Las puertas que daban al interior estaban talladas en roble con vitrales que representaban a la diosa de la sabiduría, Minerva.

Puse la mano en la puerta y la empujé, revelando un mundo completamente nuevo.

—Santo cielo —admiré, boquiabierta ante la habitación que, de algún modo, había permanecido anclada en el siglo XV. Las paredes de piedra estaban decoradas con ricos tapices y candelabros que proyectaban una luz color ámbar.

Había un escritorio en el centro, rodeado de estantes que iban del suelo al techo. El fuego crepitaba en la chimenea y la luna se filtraba por las ventanas semicirculares.

Levanté la vista y me quedé boquiabierta ante el techo abovedado. Estaba pintado con escenas del *Infierno* de Dante.

Me abrí paso por la sala y leí los títulos que llenaban los estantes. *Confesiones* de Agustín. *Meditaciones* de Marco Aurelio. *Las Odas* de Horacio. *La Divina Comedia* de Dante Alighieri.

Y... mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué demonios? —solté en voz baja. Me froté los ojos, preguntándome si estaba viendo cosas—. ¿Qué hacen aquí mis libros?

Mi voz recorrió la habitación vacía mientras me acercaba a las estanterías llenas de libros. Uno en particular sobresalía del resto, sus páginas marcadas con pestañas verdes. Lo tomé y hojeé las palabras y páginas familiares... hasta que escuché pasos detrás de mí.

Me di la vuelta y vi a mi esposo en la puerta sin más ropa que los pantalones de su pijama, con el torso desnudo y los músculos flexionados. Me picaban los dedos y luchaba contra el deseo de arrastrar las uñas por su suave piel.

Se había detenido en el umbral y me miraba.

—¿Usas gafas? —le pregunté sorprendida.

Se quitó los anteojos de marco metálico, se dirigió al escritorio que había en medio de la habitación y las dejó encima.

—Solo cuando leo —replicó, y fue entonces que me di cuenta de que llevaba un libro en la mano. Me quedé boquiabierta. Era uno de los míos.

—¿Qué... qué es eso?

—Mi libro favorito tuyo —contestó, alzando las cejas de forma sugerente mientras me ardía la cara.

—¿Tú... lees novelas románticas?

—Ahora sí. —Entrecerré los ojos—. No te sorprendas, *Amorina*. Tengo que saber con qué compito.

—¿Con qué compites? —Respiré.

—Con tu imaginación. —Me quedé boquiabierta—. Además, es un buen libro. Hice que todos mis conocidos compraran una copia.

Las palabras fueron calando poco a poco.

—¿Todos tus conocidos?

—Todo el mundo —repitió, sonriendo pícaramente—. Todos los hombres necesitan

consejos, incluso los italianos, y hay información en tus libros de la que nos podemos beneficiar. Sobre todo si quiero seguir el ritmo de mi joven esposa.

Eso me dejó estupefacta.

—No necesitas ningún consejo.

—*Grazie*. — Me acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja—. Soy muy *fan* de los que tienen todas las pestañas verdes. —Mis ojos se abrieron de par en par cuando me besó en los labios—. Puedo enseñarte lo que aprendí.

Me observó con una mirada tan suave que las mariposas de mi estómago levantaron el vuelo. Empezaba a ocurrirme mucho a su lado.

Acortó la distancia que nos separaba y me dio un ligero beso en la nariz. Luego me besó hasta dejarme sin aliento, aferrándose a él con todas mis fuerzas.

—Quiero saberlo todo de ti, esposa —decretó suavemente, rozando sus labios con los míos—. Quiero explorar cada centímetro de ti para poder satisfacer todas tus necesidades por el resto de nuestras vidas.

Se me hinchó el corazón, una sensación de angustia me hizo preguntarme si aquello era normal.

Entonces me levantó y mi trasero aterrizó sobre la superficie del pesado escritorio de roble.

Me sujetó el cabello y tiró suavemente de él, obligándome a mirarlo.

—¿Puedo enseñarte lo que he aprendido? —susurró con voz ronca.

—Sí —acordé, con mi corazón retumbando por todas las posibilidades.

## **CAPÍTULO TREINTA Y OCHO**

## MANUEL



**S**in perder tiempo, le quité la camiseta por la cabeza y me deshice de ella. Luego deslicé la mano por su vientre plano, deteniéndome en el bajo vientre, donde crecía mi hijo.

—¿Quieres que te folle con la boca o con la polla? —Carraspeé, y mis dedos siguieron bajando lentamente por sus piernas, empujándolas bajo sus pantalones de yoga y separando sus pliegues.

—Fóllame —suspiró—. Necesito tu polla. —Antes de que pudiera ponerme en acción, añadió—: Pero quiero que nos grabes.

No solía sorprenderme, no obstante, ella se las arreglaba para hacerlo con frecuencia.

—¿Quieres grabarme follándote, en esta biblioteca? —musité.

Ella gimió.

—Sí, quiero. ¿Alguna objeción?

—Ninguna en absoluto.

—Entendido. —Sonrió, tomó su teléfono, lo sacó rápidamente del modo de espera y encendió la cámara—. Bien —dijo, abriendo mucho las piernas—. Estoy lista.

—Ya lo veo —gruñí. La lujuria se retorcía en mi interior mientras acariciaba su sexo, rodeando su resbaladiza abertura—. Estás empapada.

Cerró los ojos y su respiración se aceleró.

—Abre los ojos —exigí. Deslicé un dedo dentro de su coño empapado mientras besaba su garganta. Jadeó en mi boca y arqueó la espalda—. Mírame a los ojos, *Amorina*.

Sus preciosos orbes verdes se abrieron, brillando como esmeraldas, mientras metía un dedo en su apretado calor una y otra vez, y sus caderas se mecían contra mí.

Utilicé la mano que me quedaba libre para bajarle los pantalones y las bragas por sus delgadas piernas.

Me besó frenéticamente, alimentando mi hambre. Saqué el dedo, le pellizqué el clítoris y ella gimió, subiendo las manos a mi pecho.

Enganchó los dedos en el dobladillo de mis pantalones de pijama con avidez, empujándolos hacia abajo. En segundos, estaba acercando la punta de mi polla a su entrada, sin darle nada más que la punta.

—*Ahhh*. —Jadeó, apretando fuerte. Tan jodidamente fuerte.

Me eché hacia atrás, con los músculos temblando por la necesidad de estar dentro de ella.

—Cuéntame tu sueño.

—Ahora no —gimoteó—. Te necesito.

Esto fue igual de tortuoso para mí, pero tenía que mantenerme fuerte. Necesitaba saber qué había causado esa mirada atormentada en sus ojos.

—Ahora, *Amorina*. O podría morir antes de llenarte el coño.

Sus ojos se encontraron con los míos, la vulnerabilidad en ellos me desgarró vivo.

—Una vez me metieron en una caja —susurró—. No podía ver nada. Solo oscuridad. Era asfixiante. Pensé que iba a morir.

Un pequeño escalofrío me recorrió y me quedé quieto. *Cazzo*, debía de estar muy asustada.

Acaricié su cara, recorriendo con mi boca su mandíbula, sus mejillas, para volver a su boca.

—Me aseguraré de que todas las ventanas permanezcan abiertas a partir de ahora —prometí, mientras mis labios se movían contra los suyos. Le pasé el pulgar por la mandíbula y ella gimió—. La próxima vez que llegue la oscuridad, estaré allí para protegerte.

La promesa se me grabó en el corazón. Sus suaves ojos me miraron, haciéndome un pequeño agujero en el pecho.

—Gracias —susurró, y luego me agarró con más fuerza—. Ahora dame lo que me prometiste. Necesito ver si has aprendido algo de mis libros.

Sonreí mientras me introducía en su coño con embestidas superficiales. Una gota de sudor se deslizó por mi frente mientras la tensión de contenerme crecía en mi interior. Nunca me había follado a una mujer embarazada, y mi preocupación por nuestro hijo era mayor que mi deseo de follármela a fondo.

Cuando giró las caderas para pedir más, me salí y volví a meterla hasta el fondo. Intenté hacerlo despacio, pero sus uñas me arañaban la espalda.

—Por favor, Manuel —suplicó, con voz quejumbrosa—. Más fuerte.

Eso me hizo perder la cabeza. Le di la vuelta, la incliné sobre el escritorio y empecé a penetrarla. Sus dedos se aferraron al borde del escritorio y sus gemidos y gruñidos llenaron el espacio.

—¡Sí!, maldición. Más fuerte, *Paparino*.

*Cazzo*. La mujer me estaba destrozando.

—¿Te estoy haciendo daño? —Tendría que hablar con el médico para saber las opciones más seguras.

—No, solo no pares, diablos.

Mientras sujetaba sus caderas, ella se balanceaba sobre mi polla, correspondiendo a mis embestidas. Le di una nalgada mientras entraba y salía de ella, acariciando su pecho y haciendo rodar su pezón entre las yemas de mis dedos.

—¿Quién te está follando?

Saqué la punta casi por completo y volví a introducirla. Ella gimió, su cabeza golpeando mi hombro.

—¿Quién? —repetí, con voz gutural.

Ella gimió.

—Tú, esposo.

Volví a penetrarla con fuerza. Sentí escalofríos mientras la embestía una y otra vez, el éxtasis era tan intenso. Se dejó caer sobre las manos y yo me incliné sobre su espalda, rozando y penetrándola como un animal.

—Buena chica —gruñí—. *Sei perfetta*.

Mi mujer tenía una forma de volverme loco, de hacerme desear más. Quería enterrarme dentro de ella y no salir nunca.

—Di que eres mía —gruñí.

—Dios, sí... sí, sí... por favor. —Jadeó, empujando su trasero contra mí.

Mis pelotas se tensaron, listas para derramarse, sin embargo, necesitaba que ella se corriera

primero. La follé tan fuerte que me preocupaba romperla. Otro movimiento de mi dedo. Otra embestida. Y entonces estalló de placer mientras sus músculos internos se cerraban en torno a mí, sacándome todo lo que tenía.

Sus gemidos y quejidos me impulsaron a cabalgar sobre ella durante su orgasmo hasta que me corrí detrás de ella con un rugido.

Recorrí su nuca con la boca, salpicando su piel de besos.

—*Tu sei perfetta, Amorina* —elogié—. Te haré feliz a ti y a nuestro bebé.

Cuando mi respiración se ralentizó y bajé de la euforia, encontré a Athena mirándome por encima del hombro con los ojos llenos de lágrimas.

El pánico me invadió en un segundo.

—¿Q-qué pasa? —balbuceé—. ¿Fui demasiado brusco?

Sollozó.

—Estás siendo demasiado dulce. Me pone sentimental.

Sentí un gran alivio. Acerqué su boca a la mía para darle un largo beso.

Después de cuatro décadas, había encontrado lo que mis padres tuvieron la suerte de tener. Cuidaría de ella, pasara lo que pasara. Haría todo lo que estuviera en mis manos para asegurarme de que supiera que estaba a salvo.

Para cumplir esa promesa, estaba dispuesto a separarme de la *Omertà*.

## **CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE**

## ATHENA



No podía quejarme de mi noche de bodas. Aparte de mi pesadilla y de un pequeño contratiempo con mi madre, fue absolutamente perfecta. Y los días siguientes fueron igual de mágicos.

Habíamos caído en una rutina durante las últimas dos semanas.

Manuel me devoraba varias veces por noche, duro y rápido, luego lento y dulce, como mis novelas románticas. Por la mañana, tomábamos una taza de café juntos, descafeinado para mí, por supuesto, y luego él iba a ocuparse de su trabajo mientras yo me dirigía a la biblioteca para ocuparme del mío. Pasábamos las tardes navegando o paseando por la playa. Sí, era diciembre y las temperaturas no eran lo bastante cálidas para ir a nadar, pero eran perfectas para explorar la isla.

Mis ojos bailaban por la pantalla, leyendo las líneas con una pequeña sonrisa en mi rostro. Las palabras nunca me habían salido tan fácilmente y no pude evitar sentirme orgullosa. Era ingenioso, retorcido y tan jodidamente caliente que sabía que sería un éxito.

—Esto es genial —murmuré, sonriendo mientras me daba una palmada en la espalda. Las cosas iban bien, y la vida en la isla era aún mejor. De alguna manera había empezado a pensar en este lugar como mi hogar, aunque sabía que tenía todo que ver con mi marido.

*Mi esposo.*

Aún me estaba acostumbrando a llamarlo así, no obstante, tenía que admitir que me sentía innegablemente posesiva con él. Prefería morir antes que dejar que otra mujer lo tocara. Incluso cuando sorprendía a las mujeres mirándolo durante nuestros paseos por la ciudad, tenía que luchar contra el impulso de arrancarles los ojos.

No era algo de lo que me sintiera orgullosa, pero a él no parecía importarle.

Mi madre y yo habíamos llegado a una tregua. Evitábamos hablar de mi matrimonio, aunque sentía verdadera curiosidad por mi embarazo. Compartí con ella todos los resultados de mis citas y celebré la confianza de la doctora Ferrari en que el bebé estaba perfectamente sano.

Vi el reloj. Tenía una hora antes de mi cita en la ciudad.

Me recosté en la silla, estiré los brazos por encima de la cabeza antes de bajarlos al pecho. Mis pulmones se expandieron, la felicidad nadando a través de mí. Cerré los ojos, tarareé la primera nota y, sin darme cuenta, empecé a cantar.

Por primera vez en mucho tiempo, canté las palabras conocidas de las arias, dejando que las notas me llenaran. No era para mi madre. No era para cautivar al público. No era para impresionar.

Era simplemente para mí.

Después de lo que podrían haber sido horas, abrí los ojos y encontré a Manuel de pie,

mirándome con cara de incredulidad.

—Eras tú —suspiró.

Fruncí el ceño.

—¿Qué era yo?

—Esa niña que sorprendí cantando hace once años —aclaró, y la realización se asentó. No recordaba a la niña que atrapó. Nunca había atado cabos—. La niña que me dio una patada y salió corriendo.

Sonreí tímidamente.

—Creía que lo sabías. —Sacudió la cabeza y la preocupación inundó mi mente—. ¿Estás enojado?

—¿Qué si estoy enojado porque me pateaste? No. —Se pasó la mano por el cabello—. ¿Estoy enojado porque tu madre te usó así? Joder, sí.

Cerré mi *laptop* y me levanté, rodeándolo con mis brazos.

—En realidad no tenía elección. No pudo cantar ese día porque sus cuerdas vocales estaban dañadas.

—Tendría que haber avisado a la ópera y aplazar el espectáculo, en vez de recurrir a ti.

—Necesitábamos el dinero —protesté débilmente. Hasta que no fui adulta no supe que la ópera le había dado el dinero a mamá. Podríamos habernos ido a Estados Unidos inmediatamente después del ataque de la *Tríada*. En lugar de eso, se quedó, dándoles la oportunidad de atacarme una semana más tarde y enterrarme en una caja, garantizándome una vida llena de terribles recuerdos.

Manuel me acarició las mejillas.

—No crees eso, *Amorina*.

—Sinceramente, no estoy segura de por qué insistió en que lo hiciera —admití—. O por qué nos quedamos después de que descubrieras lo que habíamos hecho.

Su expresión se volvió estruendosa.

—Quizá porque estaba ocupada tramando cómo aparecer como víctima.

Mi ceño se frunció en confusión.

—¿Qué quieres decir?

Hizo un ruido despectivo en el fondo de su garganta.

—Una semana después de aquella actuación, recibí una llamada urgente de los *carabinieri*. —Busqué la palabra en mi creciente vocabulario y no la encontré—. La policía —añadió—. Sobornó al personal del hospital para que la ingresaran, mintiendo sobre que había sido atacada. Hizo que me llamaran, fingiendo que estaba en su lecho de muerte.

Me puse rígida y mi mente repasó los acontecimientos de aquella semana. El ataque en nuestro apartamento. La actuación. Una semana después, cuando... la caja...

«Oh, mamá, ¿qué hiciste?».

Se me erizó la piel mientras el pavor pesaba sobre mi pecho.

—¿Una semana después de la actuación? —pregunté con un temblor.

—Sí.

Una sola palabra lo cambió todo, y mi relación con mi madre nunca volvería a ser la misma.

## CAPÍTULO CUARENTA

## ATHENA



**E**l teléfono de Manuel sonó y maldijo en voz baja.

Le rodeé el antebrazo con los dedos y se lo apreté.

—Ocúpate de eso. Aprovecharé el tiempo para terminar mi libro —mentí.

—Me dejarás leer tu libro antes de que lo reciban tus *fans*, ¿verdad? —Alzó una ceja cuando no contesté—. ¿Verdad, *moglie*?

Demonios, me encantaba cuando me llamaba su esposa. Había estado aprendiendo más italiano, gracias a mi aplicación y a mi paciente esposo.

—*Certamente* —respondí, sonriendo—. Ahora contesta.

Como de costumbre, contestó al teléfono y desapareció, probablemente de vuelta a su oficina. No hablaba de negocios a mi alrededor, y a mí me parecía bien. Sobre todo hoy. En cuanto dejé de oír su voz retumbante y sus pasos, saqué mi móvil e hice mi propia llamada.

Mi madre contestó al primer timbrazo.

—Athena.

No perdí el tiempo.

—La noche que la *Tríada* me enterró viva, ¿dónde estabas? —Hubo un silencio angustioso, de esos llenos de engaño, sangre y traición—. ¿Dónde estabas, madre?

Podía sentir la adrenalina corriendo por mis venas, haciendo que mi corazón bombeara con fuerza y rapidez.

Por fin rompió el silencio.

—Estaba en el hospital.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿Por qué?

¿Quizá también la habían atacado? Tal vez cayó enferma. Tal vez...

—Fingí que los enemigos de Manuel me habían atacado. Que me habían golpeado.

Dejé escapar un suspiro incrédulo, me costaba creer que alguien llegara a tales extremos.

—¿Por qué?

—Fue hace mucho tiempo.

—No tanto —siseé—. Recuerdo cada segundo de aquella noche.

—Se negó a atender mis llamadas —contestó finalmente—. Quería que me diera otra oportunidad. —Luego, como si recordara lo egoísta que sonaba eso, añadió—: Por nosotras.

Puede que llevara años viendo a mi madre a través de unas gafas de color de rosa o que fuera demasiado joven e ingenua para entenderlo, aunque por fin pude escuchar lo que mi madre decía. *Por fin* la vi tal y como era.

Una mujer insegura y egoísta que utilizaba a los hombres para conseguir lo que quería.

—No fue por mí. —Mis pulmones se apretaron dolorosamente y me golpeé el pecho para liberar parte de la presión—. Grité por ti. Me aterrorizaba que te hicieran daño después de lo que presencié en el apartamento cuando llegaron a mitad de la noche. Y tú estabas sana y salva en una cama de hospital.

—No fue así.

—Casi me queman viva. —Las lágrimas se me acumularon en los ojos y se derramaron por mis mejillas. Me las limpié con rabia con el dorso de la mano. Ella no se merecía mis lágrimas ni este dolor.

—¿Cómo iba a saber que la *Tríada* volvería?

—Dijeron que volverían, madre. Te lo advirtieron, y ellos no hacen amenazas vacías. —Odiaba el temblor de mi voz. La cicatriz de aquella noche ardía contra el fino material de mi vestido, contra mi omóplato—. Lo sabes tan bien como yo.

—Sobreviviste. Tan solo una quemadura leve y algunos moretones.

Me temblaban las rodillas con los recuerdos de aquella noche. El humo que me arañaba la garganta y el terror de esperar a que las llamas me envolvieran.

—¿Quién me salvó? —pregunté. No recordaba mucho, pero sí aquello. Recordaba unos ojos azules que me ordenaban respirar—. ¿Fue mi tío Lykos?

—No, fue Danil. —Me tambaleé hacia atrás hasta chocar contra un librero mientras dejaba que mi mente se arremolinara en una conmoción y un caos mudos. ¿Cómo podía no acordarme de él? Pero entonces me vinieron a la memoria las palabras que dijo cuando Manuel y yo nos topamos con él. «*Se suponía que no debías dejarte arrastrar a este mundo de mierda, Athena Kosta*».

Y la pieza del rompecabezas que faltaba encajó en su sitio.

El hombre que me salvó había dicho palabras parecidas aquella noche.

«*No quiero que te veas envuelta en este jodido mundo de la mafia, Athena Kosta. Me aseguraré de que nadie pueda encontrarte a partir de ahora*».

Al darme cuenta de que Danil fue quien me salvó hace tantos años, me pregunté por qué no había dicho nada cuando nos encontramos. Fingió que no me conocía.

—¿Él me trajo de vuelta a ti? —inquirí, luchando por darle sentido a todo aquello.

—No, te llevó al hospital. —Mi madre sonaba molesta ahora—. Fue conveniente que ya estuviera allí. —No me extraña que Danil sonara como si no le cayera bien mi madre—. Por supuesto, tu tío también apareció, deseoso de confabularse contra mí. Pero tú eras mi hija y no podían alejarte de mí sin arriesgarse a ser descubiertos, así que acordaron ocuparse de ti y de tu seguridad. Danil contrató a *Cassidy Tech* para que te mantuvieran oculta y Lykos pagó todos tus gastos. Los idiotas seguían peleándose por quién era más responsable de ti.

El nudo en mi garganta creció al darme cuenta de que los dos hombres se preocupaban por mí lo suficiente como para pelearse en primer lugar.

—¿Por qué no me dejaste ir con ellos? —Mi voz era tranquila, resignada. Me había quitado las gafas de color de rosa y nunca me las volvería a poner, no en lo que respecta a mi madre.

Se rio, con un sonido amargo y enfadado.

—¿Y quedar a merced de la *Tríada*? No, gracias. Mientras estuvieras conmigo, su protección también me incluía a mí. Además, ambos reconocieron que si te ibas a vivir con ellos, la *Tríada* se enteraría de que habías sobrevivido. Cortar toda conexión contigo era más seguro para ti.

Mi cabeza entendía todo lo que me decía, mas mi corazón luchaba por seguirle el ritmo. No sabía cómo podía ser tan indiferente y utilizarme de esa manera. Mi bebé ni siquiera había nacido aún y yo ya sabía que preferiría morir antes que hacer algo que pudiera causarle algún daño a ella

o a él.

—¿Por qué estabas a merced de los caprichos de tus amantes? —Muchas cosas seguían sin tener sentido y mi mente se revolvía tratando de comprender la profundidad de los complots de mi madre—. ¿Por qué decirme que era gracias a ellos que podía mantenerme? ¿O que necesitabas su protección?

—Puedes ser tan ingenua —se burló, su voz me heló incluso a través del receptor—. Sabía que Danil y Lykos me separarían de ti y me quitarían su protección a la primera oportunidad. Y ya lo han hecho. Así que haré lo que deba para sobrevivir.

Entonces la línea se cortó y, durante varios latidos, me quedé mirando el teléfono, con el nombre de mi madre mirándome como la última llamada, y ella ausente.

## **CAPÍTULO CUARENTA Y UNO**

## ATHENA



La gineco-obstetra local de la isla que Manuel y yo elegimos era una mujer con una clínica a solo veinte minutos de nuestro hogar. La doctora Ferrari tenía casi treinta años y era guapa, pero fue su trato con los pacientes lo que me entusiasmó de ella. No es que el trato del doctor Alleghri fuera malo, no obstante, Manuel dejó claro que ningún médico masculino se encargaría de asistir en el parto de nuestro bebé.

Fue un pequeño compromiso que acepté, en parte porque no quería que un médico me mirara el coño con regularidad, ya que cuando mi barriga creciera, no habría duda de que habría un bosque rodeándome la vagina.

Sí, una doctora era mucho mejor.

—¿Podría darme una grabación, por favor? —le pregunté a la doctora Ferrari mientras me volvía a poner el vestido por encima de la cabeza. El corazón aún me pesaba, sin embargo, ver a mi bebé en el ultrasonido y escuchar los fuertes latidos del corazón aliviaron parte de ese peso—. Manuel estaba tan malhumorado al no poder venir hoy.

—*Certamente*. Me sorprendió ver que el *Signore* Marchetti no estaba a su lado.

Sonreí mientras me daba la vuelta para mirar a la joven doctora. Congeniamos desde nuestra primera visita, y me sentí muy agradecida de que fuera ella quien atendiera mi parto cuando llegara el momento.

—Tuvo una reunión en el último momento —le expliqué sonriendo—. Intenté decirle que no cambiaría mucho respecto a la semana pasada.

Se rio entre dientes.

—Es bueno que esté tan comprometido.

Asentí.

—Ha sido increíble hasta ahora, pero a veces está bien salir sola.

—Eres independiente. Los hombres italianos no están acostumbrados a eso.

Sonreí suavemente, alisando una mano sobre mi estómago aún plano.

—La verdad es que no me molesta tanto como pensaba.

—Porque lo amas —dijo suavemente, atrayendo mis ojos hacia ella con sorpresa—. Es fácil de ver. Y él te ama a ti. Tendrán una hermosa familia.

Los latidos de mi corazón saltaron, luego revolotearon en mi pecho. ¿Amaba a Manuel? Siempre había seguido la opinión de mi madre sobre el amor, pero desde que descubrí la verdad sobre mi infancia, había empezado a ver las cosas de otra manera.

Así que tal vez eso significaba...

Un fuerte golpe me sacó de mis pensamientos y Umbrio irrumpió por la puerta, con aspecto peligroso y agotado, vestido con un traje oscuro y con el auricular a la vista. El tipo medía al

menos metro ochenta y tenía la masa muscular de una montaña.

—Oye, podría haber estado desnuda —protesté.

—Eso no importa —dijo, lanzando una mirada a la doctora—. ¿Hay otra forma de salir de aquí?

Dos guardias más entraron antes de que uno se desplomara en el suelo. Estaba desparramado, con una gran herida en la espalda y un charco de sangre a su alrededor.

—¿Qué está pasando? —indagué, con los ojos desviados entre los guardaespaldas—. ¿Umbrio?

Ladró órdenes en italiano que no pude entender.

—Cazzo —murmuró la doctora Ferrari, con un comportamiento más tranquilo que el mío—. La salida de emergencia está al final del pasillo. Te convertirá en un blanco abierto.

El sonido de un disparo atravesó el aire y los hombres entraron en acción, rodeándonos a mí y a la doctora.

—Mierda, lo siento mucho —me disculpé, tomando la mano de la mujer entre las mías, aunque no estaba segura de si era para consolarla a ella o a mí misma.

Ella esbozó una débil sonrisa.

—Todo saldrá bien.

Sonó otro disparo y traté de asomarme por entre los anchos hombros de Umbrio. Solo podía respirar rápida y agitadamente, y no saber lo que nos esperaba tras la puerta solo empeoraba las cosas para mi acelerado corazón.

Umbrio y sus hombres dispararon sus armas y las balas no tardaron en hacer estragos a nuestro alrededor.

—Tenemos que intentar llegar a la salida de emergencia —ordenó Umbrio a uno de sus hombres—. La puerta. Cúbrenos.

—Puedo disparar —indicó la doctora—. Yo también puedo quedarme atrás y cubrirlos.

Mis ojos se abrieron de par en par al ver a mi ruda doctora con otros ojos.

Umbrio le dio una de sus pistolas y ella cambió el cargador mientras se abría paso entre los hombres, cubriéndose detrás de la puerta.

—Ahora váyanse —siseó, disparando un par de veces.

Los dedos de Umbrio me rodearon la muñeca.

—Quédate detrás de mí.

Agarré su cinturón y me aferré para salvar mi vida mientras nos guiaba hacia la salida de emergencia. Un paso. Dos pasos. Me estremecí con cada sonido desgarrador, pero me mantuve concentrada en mi posición detrás de Umbrio. Un paso más. Más disparos. Mi guardaespaldas cambió el cartucho, sin perder el ritmo. Dos pasos más.

Y llegamos a la puerta.

La atravesamos y salimos a un pasillo, con mi cuerpo pegado a su espalda. El corazón me retumbaba tan fuerte en los oídos que tardé un momento en darme cuenta de que había un silencio inquietante.

De repente, una mano me agarró por el brazo y me apartó de Umbrio. Jadeé y vi en cámara lenta cómo una bala lo impactaba en la espalda.

Me di la vuelta y un grito ahogado salió de mis labios. Pasó una eternidad antes de que pudiera reaccionar, con el corazón roto al darme cuenta.

—¡Maldita zorra! —grité, abalanzándome sobre mi madre al mismo tiempo que una mano fuerte me tiraba hacia atrás y caía sobre mi trasero.

Me pusieron una capucha en la cabeza, me levantaron del suelo y me arrojaron sobre un

hombro huesudo.

Intenté gritar pidiendo ayuda.

—Cállate de una puta vez o te parto el cuello.

Me quedé quieta mientras todos mis pensamientos se dirigían a mi bebé. Tenía que calmarme, tenía que pensar racionalmente.

Escuché el sonido del motor de un coche seguido de una puerta que se abría. Me arrojaron sobre un firme asiento de piel y me dijeron una vez más que guardara silencio.

Allí tumbada, con el metal del cinturón clavándose en mi cadera, solo podía pensar en una cosa: nunca tendría la oportunidad de decirle a mi esposo cuánto lo amaba.

## **CAPÍTULO CUARENTA Y DOS**

## MANUEL



Volvió a sonar mi teléfono y dejé que entrara el buzón de voz, *otra vez*. No toleraba las interrupciones cuando estaba en una llamada con los miembros de la *Omertà*. El tema de hoy era especialmente tenso, ya que hablábamos de la situación de las chicas Romero, que seguían desaparecidas. Su padre estaba dispuesto a librar una guerra sin cuartel para traerlas de vuelta, y yo no podía culparlo.

El terror de que alguien pudiera hacerle daño a mi hijo nonato o a mi mujer me oprimía el pecho. Había vivido entre violencia toda mi vida y nunca me había molestado.

Hasta ahora.

Ahora me ponía paranoico que el destino me alcanzara y fuera mi familia la que pagara por mis pecados. Y eso no iba a pasar, carajo.

Tamborileé los dedos con inquietud. Athena estaba en la ciudad ahora mismo y lamenté no haber ido con ella, pero esta llamada no podía reprogramarse.

Mi celular volvió a sonar y eché un vistazo a la pantalla. En cuanto vi el nombre de Umbrio, una sensación de terror se apoderó de mi estómago.

Silencié la llamada.

—¿Qué pasó? —bramé al teléfono.

—*La Tríada* —resolló, con la respiración agitada—. *Alguien debe de habernos traicionado. Fue una emboscada. Sabían que estaríamos allí.*

—Cazzo. ¿Dónde está mi esposa?

—*La capturaron.* —Apreté mi celular con fuerza—. *Me dispararon, pero el chaleco antibalas alivió el golpe. Antes de que pudiera recomponerme, se habían ido.*

Joder, joder, joder.

—¿Viste quién se la llevó?

—No. Llegué cerca de la salida de emergencia y luego caí. En cuanto me incorporé, te llamé.

El pavor se extendió por mi cuerpo como veneno, las voces de mi llamada no eran más que ruido blanco mientras intentaba pensar racionalmente.

—¿Tiene puesto su anillo de matrimonio? —Sin que Athena lo supiera, había insertado un rastreador en su anillo, aunque esperaba no tener que usarlo nunca.

Umbrio tosió.

—No lo sé.

Desconecté la llamada de la *Omertà* y puse a Umbrio en el altavoz mientras abría la aplicación de rastreo. El *software* se conectó al instante y un punto rojo parpadeó, mostrando el paradero de mi esposa.

Cazzo, la distancia aumentaba a cada minuto.

—No han perdido el tiempo. Se la han llevado de la isla. —Rechiné los dientes—. ¿Puedes volver al *castello* o tengo que hacer que alguien te recoja?

—Volveré en treinta minutos.

Corté la comunicación y llamé a mis hombres. El tiempo apremiaba.



Volví a ver el vídeo de los enmascarados irrumpiendo en la oficina de la doctora unas mil veces, buscando cualquier pista que pudiera haber pasado por alto. Algo me rondaba la cabeza, pero no sabía qué era. Su información procedía de alguien cercano a nosotros, porque sabían exactamente a dónde iban, pasando por alto las habitaciones de los demás médicos hasta llegar a la de Athena.

¿Cómo sabía la *Tríada* que ella estaba en esta isla? Nadie, ni siquiera la *Omertà*, sabía que tenía un lugar aquí. ¿Tenían algún contacto en el hospital? ¿Alguien les avisó de su cita?

—Hay alguien que quiere verlo, *Signore Marchetti* —anunció uno de mis hombres, interrumpiendo mis pensamientos caóticos.

—No recibiré visitas —bramé, metiéndome la pistola en la funda del tobillo.

Seguí mirando el punto rojo que parpadeaba en la pantalla de mi teléfono, aterrorizado de que desapareciera si pestañeaba.

—Yo diría que es el momento perfecto para una visita. —Una voz familiar me hizo levantar la cabeza. Danil Popov y Soren estaban en la puerta de mi despacho, vestidos para el combate.

Algo oscuro y hambriento de destrucción despertó dentro de mi pecho. En un abrir y cerrar de ojos, estaba sobre él, con mi pistola clavada en su garganta.

—¿Qué carajos haces aquí? —reviré—. ¿Con quién trabajas?

Se suponía que nadie nos encontraría en esta isla. Nadie, carajo.

Un agujero negro amenazaba con tragarme ante la idea de perder a Athena. Un abismo de oscuridad desatado, ansioso de matanza y castigo.

—Necesitas mi ayuda —afirmó Danil con calma, ignorando mi arma apretada contra su manzana de Adán.

—¿Traicionaste a tu propia hermana? —siseé.

—No lo hice —contestó con naturalidad—. Le dije a Enrico que su madre no era de fiar. Deberías haberme hecho caso.

La mano de Soren se posó en mi hombro y lo único que deseé fue cortarla de golpe.

—Manuel, sé razonable. ¿Por qué estaríamos aquí si estuviéramos trabajando con la *Tríada*? —Lo que decía tenía sentido, pero cuando eran mi mujer y mi hijo nonato los que estaban en peligro, era imposible mantener la cabeza fría—. Estamos aquí para recuperar a Athena.

Miré a los dos hombres, el terror de perder a Athena me ponía nervioso.

—Perdóname por no creer una palabra que salga de tu boca —agregué, gruñéndole como un perro salvaje. Aún recordaba las palabras del hombre de la *Tríada* que torturamos en el calabozo.

A su favor, Danil mantuvo la calma, sin que le afectara mi mal carácter.

—Lo único que quiero es que Athena esté a salvo. Ya ha sufrido bastante. —La bruma de furia se disipó lentamente y pude oír la sinceridad en su voz—. La he vigilado desde las sombras desde que tenía doce años. Desde que la *Tríada* intentó enterrarla viva.

Retrocedí un paso, aun empuñando la pistola, aunque sin apuntar a Danil.

—Explícate —siseé.

Se pellizcó el puente de la nariz.

—Supe de Athena desde el momento en que nació, aunque mi padre no. No al principio.

—Tienes que acelerar esto —lancé entre dientes—. Cada minuto cuenta y necesito recuperar a mi esposa. —O perdería la jodida cabeza—. Y si le hacen un solo rasguño, acabaré con todas las putas organizaciones de este planeta.

—Carajo —musitó Soren, frotándose los ojos con los dedos.

—Seguro que hiciste tu tarea —continuó Danil—. Así que sabes de mi padre jodiendo a la *Tríada*, a los albaneses y al cártel de Cortes, pero también deberías saber que... saldé esas deudas en efectivo. Excepto que había una cosa que ninguna cantidad de efectivo podía saldar.

El pavor se me acumuló en el estómago. Sospechaba que esta era la pieza que me faltaba y que estaba buscando.

—¿Qué era? —pregunté.

—La muerte de una niña inocente.

—Lo que dices no tiene sentido.

—Después de que Lykos Costello echara a Alexandra, ella prendió fuego a la casa de mi padre, quemándola hasta los cimientos... junto con un bebé. La hermana de Qian Long.

Me quedé helado, luchando por encontrar las palabras. Esperaba muchas cosas jodidas de Alexandra, pero aquello era inconcebible. Qian Long era el actual jefe de la *Tríada*, y era tan despiadado como implacable.

—¿Alexandra mató a una bebé? —inquirí, mi voz sonaba extraña a mis propios oídos. La *Tríada* tenía la mentalidad del ojo por ojo. Y si sabían del embarazo de Athena...

*Porca puttana!*

Cuando tuviera a Alexandra en mis manos, se lo haría pagar a esa zorra rencorosa. Perder a mi esposa me destruiría, *me destrozaría*, y Alexandra lo sabía.

—Su madre les dijo a los de la *Tríada* dónde encontrarnos. —Me atraganté—. Dónde encontrar a mi esposa.

No había otra explicación. Athena incluso me dijo que su madre parecía emocionada la última vez que habló con ella.

Esa perra mentirosa y traicionera.

Danil asintió.

—Así es como lo supimos. Teníamos su teléfono intervenido.

*Cazzo.*

Y yo traje a mi casa a esa puta traidora.

—¿Y tú reunión con la *Tríada* hace unas semanas?

No podía confiar en nadie. No cuando la vida de mi esposa estaba en peligro, la vida de nuestro hijo.

—Quería concertar un matrimonio —explicó Danil—. Entre la *Tríada* y la familia Popov. Para traer la paz.

Me sorprendió que no me crujieran los dientes de tanto apretarlos.

—Ibas a casarla —gruñí—. A *mi* mujer.

—Esa fue también la conclusión de Qian —explicó con calma—. Supuso que estoy intentando casar a Nicki o a Athena con él.

—¿Y no es así?

—No. Mi intención es casarme con la mujer que todos daban por muerta. —Lo miré fijamente, esperando una explicación. No tuve que esperar mucho—. Mei Long.

—¿Cómo se casa uno con una muerta? —pregunté con voz fría y distante.

La habitación se quedó en silencio mientras nos mirábamos fijamente.

—Verás, es justo eso —expresó, alzando los brazos—. Alexandra dejó que la *Tríada* creyera que había matado a la niña, cuando en realidad se había llevado a la bebé a Estados Unidos.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—¿Aún no te has dado cuenta? —dijo Danil, con expresión sombría—. Alexandra Kosta es una zorra vengativa y rencorosa. Piénsalo, ¿qué mejor manera de vengarse de mi padre que convertirlo en un objetivo permanente?

—Salvo que le salió el tiro por la culata —señalé—. Ella también se convirtió en el blanco. —Y Athena también.

—Así fue —confirmó. Algo seguía sin cuadrar. Alexandra no era tan estúpida como para pensar que los miembros de la *Tríada* la habrían dejado con vida. La *Tríada* sabía que Atticus no estaba cerca de Grecia cuando incendiaron su casa.

—¿Asumo que Atticus les dijo que Alexandra lo hizo?

—Sí. Cuando se enteraron de que la amante de Atticus había provocado el incendio, fueron tras ella, pero hacía tiempo que había desaparecido. Luego reapareció en Italia con una niña, y fueron tras Athena. Fue entonces cuando mi padre supo que tenía otra hija.

—Porque dejaron de ir tras él.

Danil asintió.

—En lugar de eso, se apoderaron de Athena mientras su madre se dedicaba a una estúpida misión para recuperar a su amante... Tú.

—Nunca fui su amante. —Apreté los dientes—. Y si hubieras hecho tu tarea, lo sabrías.

Se encogió de hombros.

—Sinceramente, me importaba una mierda entonces y sigue sin importarme ahora. Mi hermana era lo único que importaba; ella es inocente en todo esto.

—Tú fuiste quien le pagó a Nico Morrelli para que borrara todo rastro de Athena. —Esa era la razón por la que encontrarla era imposible. Hasta que el destino la puso de nuevo en mi camino.

Asintió.

—Así fue. Cuando ella la dejó en el internado, dejé de cubrir a Alexandra. Era mejor así, siendo ella cantante de ópera y fácilmente rastreable.

—¿Por qué no te acercaste a Athena? —Era imposible no notar la amargura en mi voz—. Le habría venido bien una familia.

—Era lo más seguro para ella. Pero entonces mi padre, en su propia búsqueda de ella, expuso inadvertidamente la verdad de que estaba viva y sana. Así que se reanudó la caza de Athena. —Danil se pasó la mano por el cabello—. Él considera a Athena como su segunda oportunidad en la vida.

Era incomprensible que Atticus Popov, el hombre que comerciaba con carne, tuviera un punto débil, y que fuera su hija ilegítima.

A menos que también quisiera utilizarla a ella.

## **CAPÍTULO CUARENTA Y TRES**

## ATHENA



**I**ba a vomitar.

Al no ver por dónde íbamos, se me agudizó el mareo. Seguí tragando saliva, intentando pensar en otra cosa que no fueran las náuseas o el pánico creciente.

La puerta del vehículo se abrió con un chirrido y alguien me quitó la capucha de un tirón, cegándome la brillante luz del sol. Antes de que pudiera ajustar la vista, una mano me rodeó el brazo y me arrastró.

Forcejeé contra el hombre e intenté orientarme cuando me di cuenta de que me arrastraban hacia un maldito super yate.

No, no, no.

Cada minuto que pasaba me alejaban más de Manuel. Me temblaban las piernas, pero seguí adelante. No podía demostrarles que era débil.

Lucharía por seguir viva por mi bebé.

«*Tu papi vendrá a buscarnos*», pensé en silencio, luchando contra el impulso de abrazarme el vientre.

Una vez en el yate, me dejaron sola mientras la tripulación se ocupaba del ancla y de desatar las cuerdas. Parecía no interesarles demasiado a mis captores y, demasiado pronto, no había nada más que océano azul hasta donde alcanzaba la vista.

Con las manos aferradas a las barandillas, decidí que no podía quedarme esperando a que mi esposo viniera a rescatarme. Necesitaba reunir información. Obtener respuestas.

O mejor aún, saltar del barco y nadar hasta la orilla. No, eso no serviría. Las bajas temperaturas podrían provocarme una hipotermia antes de llegar a la costa.

Respirando con calma, me sacudí el pensamiento y dejé que mis piernas tambaleantes me llevaran por la cubierta pulida. No tardé mucho en encontrarme cara a cara con él.

—Pequeña Athena, nos volvemos a encontrar. —Llegó la voz de mi pesadilla viviente.

Jadee y miré fijamente los ojos más oscuros que jamás había visto. Un rostro que me había aterrorizado durante años, con pómulos altos y espeso cabello oscuro. Puede que llevara una máscara cuando me metió en aquella caja hace tantos años, pero aquellos ojos y aquella voz eran imposibles de olvidar.

—Ya no soy tan pequeña —siseé, enderezando los hombros. Aterrorizaba a una niña pequeña, pero me negaba a dejar que asustara a la mujer en la que me había convertido.

De repente, el aire se cargó de electricidad, oscura y peligrosa. Me agarré a la barandilla para estabilizarme.

—Bienvenida a bordo, señora Marchetti. Llevo mucho tiempo buscándola.

Tragué saliva, la voz me resultaba demasiado familiar.

—Ya que sabe mi nombre, es justo que me diga el suyo. —Me obligué a mantener la barbilla alta, ignorando el temblor de mi voz—. ¿Y por qué mi madre está trabajando contigo?

—Qian Long. —Mis ojos se entrecerraron cuando hizo una exagerada reverencia—. Y parece que tu madre te vendió para salvarse.

Sonrió, una sonrisa fría que me produjo escalofríos. Cualquiera en el mundo de la mafia que valorara su vida sabía de este hombre, y no era conocido por su amabilidad. Lo era por causar miedo y terror a donde iba.

El jefe de la *Tríada*.

El hombre que había intentado enterrarme y prenderme fuego once años atrás. Todo lo de aquella noche estaba distorsionado en mi mente, mas él me había perseguido desde entonces.

¿Qué planeaba hacerme? Si su intención era matarme, ya lo habría hecho.

—¿Por qué? —Respiré.

Sus cejas se arquearon.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué tiene que salvarse de ti?

Se encogió de hombros, metiendo las manos en los bolsillos de sus pantalones de lino.

—Tu padre lo empezó, tu madre lo llevó a otro extremo, y yo voy a terminarlo.

—No tiene sentido —me dije más a mí misma que a él—. ¿Por qué me traicionaría mamá? Siempre me ha protegido.

—Algo sobre el robo de un amante —informó fríamente—. Ser rechazada por última vez. —Esas palabras me estremecieron. Tal vez estaba mintiendo, sin embargo, no pensé que este hombre se molestaría con tales frivolidades.

Mi preocupación era la traición de mi madre. Tenía que haber sido ella quien les diera mi ubicación. Después de todo, ella sabía de mi cita. Maldita sea, ¿por qué se lo dije? Parecía amable, así que intenté corresponderle. Después de todo, era mi madre y quería que formara parte de mi vida.

—Alguien tenía que morir —continuó con indiferencia—. Ella nos buscó y te ofreció como un cordero para el sacrificio.

Oh. Dios. Mío.

Me había arrojado a los lobos porque estaba... *celosa*. La agitación interior que me causó su traición se sintió como un latigazo contra piel sensible.

La única suerte fue que Manuel no había venido conmigo a la clínica. De lo contrario, también le habrían hecho daño o, peor aún, lo habrían matado.

Miré mis pies descalzos y me di cuenta de que había perdido mis zapatos en algún momento.

—¿Qué hizo mi padre? ¿Qué pasó para que todo comenzara? —inquirí, concentrándome en que siguiera hablando. Tenía que ganar tiempo. Manuel podría estar buscándome ya.

Dejó escapar un suspiro socarrón que atrajo de nuevo mis ojos hacia su cara.

—Tu padre no, tu *madre*.

Lo miré confundida.

—¿Qué quieres decir?

—Las acciones indirectas de tu padre llevaron a tu madre a incendiar su casa, junto con mi hermanita.

Mis labios se separaron mientras un grito ahogado salía de mis labios.

—¿Q-qué?

Estudió mi rostro mientras se prolongaba el tenso silencio.

—¿No lo sabías?

Tragué saliva.

—N-no. Dijo que había quemado el dinero, no a una...

No pude pronunciar la palabra, sin comprender sus acciones. ¿Acaso conocía a mi madre?

—¿Por qué haría eso? —Carraspeé mientras me temblaban las manos y se extendía rápidamente—. ¿Y por qué dejaste que se saliera con la suya?

Ladeó la cabeza pensativo.

—*Hmmm*, interesante.

—¿Qué?

—¿Estás diciendo que debería matar a tu madre?

Cerré los ojos y me llevé una mano al pecho mientras respiraba. ¿Podría decirle que debería matar a mi madre? Yo creía en la justicia, y ella ya me había traicionado de la peor manera.

—Digo que ahora entiendo por qué nos han perseguido y que me sorprende que la dejaras vivir. —«*Y que hayas tardado tanto en encontrarnos*», quise añadir, pero era mejor no incitarlo.

En el mundo criminal, la muerte de mi madre parecería un castigo justo. O tal vez estaba más sedienta de sangre de lo que pensaba.

—Te pareces a tu padre más de lo que crees —afirmó.

—De alguna manera no creo que eso sea un cumplido —murmuré.

Su boca se curvó ligeramente, apenas alcanzando sus ojos sin humor.

—No te preocupes, Athena Marchetti, tu madre no sobrevivirá a su traición —anunció en voz baja, con un tono amenazante en cada una de sus palabras.

No podía hablar, observando fijamente al desconocido que acababa de poner mi mundo patas arriba. Mi propia madre... ¿Cómo pude estar tan ciega y ser tan confiada como para no darme cuenta?

—¿Así que vas a matarla?

Sonrió fríamente.

—No tendré que hacerlo, porque si tu marido no la mata, lo harán Danil o Atticus.

Sentí que una sonrisa se dibujaba en mis labios. Resultó que este hombre tenía razón. Nací en esta vida de crimen: la sed de sangre, la violencia y el peligro corrían por mis venas. Eso no se podía cambiar. Tal vez estuve mal todo este tiempo por no habérmelo admitido a mí misma.

«*O tal vez no quieras arriesgarte a que tu bebé salga herido por las acciones de tu madre como te pasó a ti*», razonó mi cerebro. Sí, esa explicación me gustaba mucho más.

No obstante, antes de que pudiera seguir reflexionando, Qian se abalanzó hacia mí y me rodeó la muñeca con una mano gruesa.

—¿Adónde me llevas? —siseé, forcejeando contra su agarre mientras me arrastraba por la cubierta y sus dedos me mordían la piel. Me dolía desde la muñeca hasta el hombro, pero lo ignoré.

—Vamos a terminar lo que empezamos hace once años.

El terror se apoderó de mí. Clavé los talones y mi instinto de supervivencia entró en acción con toda su fuerza. No podía morir, no así. Agité los puños y las piernas, lo arañé e incluso conseguí clavarle las uñas en la cara.

Gruñó, pero en lugar de aplastarme el cráneo, me sometió en cuestión de segundos para que no pudiera moverme, con los brazos aprisionando mi espalda contra su pecho.

—No me provoques o esto se pondrá feo —amenazó—. No me gustaría que tu esposo encontrara tu cuerpo hecho pedazos antes de que lleguemos a la parte en la que me da todo lo que le pido.

Me tragué el pánico y abrí los ojos para encontrarme en una habitación sin nada más que una

única caja de madera en el centro. Habían taladrado agujeros en los costados y había un símbolo en la parte superior de la caja que era idéntico al tatuaje que me había perseguido durante más de una década.

Un símbolo grabado en la boca abierta de una calavera.

Antes de que pudiera preguntar por él, me empujó hacia adelante, pero mis pies permanecieron pegados a mi sitio, negándose a moverse. Me temblaba el cuerpo y se me llenaron los ojos de lágrimas. La idea de que me volvieran a meter en una caja me paralizó, y la habitación se cerró sobre mí hasta que lo único que oía era mi propio pulso.

Desesperada por mantener la calma, inhalé profundamente, aunque el oxígeno únicamente alimentó mi terror. La verdad era que seguía siendo aquella niña de doce años cuyo destino estaba a punto de sellarse.

Antes de que pudiera encontrar el valor para luchar, volvió a empujarme hacia la caja. Con más fuerza.

—Entra.

Caí de rodillas, pero no tardé en levantarme de un salto y mirarlo fijamente.

Le clavé la mirada.

—Por favor, no tengo nada que ver con tu hermana ni con este mundo del que formas parte. No puedes meterme ahí.

Odiaba el miedo en mi voz, mas no podía pasar por esto otra vez. La sola idea de estar allí dentro hacía que todo el oxígeno se evaporara de mis pulmones.

Qian se echó la mano a la espalda, sacó una pistola de su cintura y me apuntó.

—Entra o te volaré los sesos por todo el suelo y haré que tu marido los limpie.

Fui una tonta al pensar que podía razonar con este hombre. Estaba tan desquiciado como era posible, y su oscura mirada me lo demostraba.

Me acorraló con la pistola en alto mientras me sujetaba el cabello con la mano libre, me obligaba a bajar y me empujaba hacia dentro.

Me ardía el cuero cabelludo y gemía de agonía, sin embargo, lo peor fue escuchar cómo se cerraba la puerta de la caja, dejándome de nuevo en la oscuridad.

—Ponte cómoda —señaló—. Puede que tu familia tarde en encontrarte.

Golpeé la madera con mis puños.

—¡No me dejes aquí! —grité. Otra puerta se cerró, dejándome atrás mientras sollozaba.

Empecé a hiperventilar, ignorando el dolor de mis manos por mis vanos intentos de escapar.

Lloré. Grité. Maldije.

Mi garganta se puso en carne viva. Mis fuerzas se esfumaron.

Cerré los ojos y me preparé para lo peor.

No quería, no podía, pedir clemencia, pero mientras esperaba que fueran las últimas horas de mi vida, lloré por el futuro que mi hijo nunca tendría. Lamentaba no haber reconocido las señales de mi amor por Manuel. Deseaba que él lo supiera, deseaba haberle dicho lo loca que estaba por él.

Mi esposo. Mi amante. Mi protector.

Lo amaba.

Y ahora.... ahora era demasiado tarde para decírselo.

## **CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO**

## MANUEL



**S**i bien quería asesinar a Alexandra, encontrar a mi esposa era la prioridad. Envié un mensaje a Lykos, solicitando su ayuda, y aparté todos mis pensamientos vengativos.

Sentado en la parte trasera de la elegante lancha rápida que surcaba las aguas, con las gotas de agua salada rozándome la cara, revise mis armas. Danil, Soren y Umbrio hacían lo mismo, y me incliné hacia delante para preguntar:

—¿Tenemos imágenes por satélite del yate? Sì?

Necesitaba la distribución del yate y una idea de a cuántos hombres nos enfrentábamos.

—Sí. Solo tiene veinte hombres en el yate con él, diez en la cubierta inferior y el resto dispersos.

Demasiados.

Soren soltó una risita.

—Es un error suyo.

Se decía que una vez Soren se enfrentó a cincuenta hombres él solo antes de que se le unieran sus hombres. Así se hizo su cicatriz. Así que no me sorprendió que viera esto como pan comido. Ni siquiera lo consideró un desafío.

El aire de la noche era fresco mientras surcábamos las agitadas aguas. La luna brillaba en el cielo oscuro, iluminando el camino que nos llevaría a la única mujer que importaba.

Me prometí no volver a perder el tiempo, porque era fugaz y precioso. Cuando tuviera a Athena en mis brazos, viviría cada día como si fuera el último.

Le diría a mi mujer que la amaba, tanto que me aterraba. Sin ella, yo era una sombra de un hombre y esta vida no valía la pena vivirla.

No tardamos en ver el super yate.

—Mantente en las sombras —le ordené a Danil, aunque estaba seguro de que sabía lo que hacía—. Me alegro de que hayamos elegido este barco negro. Será más fácil pasar desapercibidos.

—El negro es el color favorito de Qian —indicó Danil con ironía.

Compartí una mirada con ellos.

—¿Los silenciadores puestos?

Un asentimiento seco.

Danil apagó el motor y Umbrio, que había sido campeón italiano de remo, nos llevó el resto del camino.

Colgamos las cuerdas y subimos a cubierta. No tardaron en vernos. Se desató el caos. Los hombres se dispersaron, recogiendo sus armas. Maté a dos antes de que pudieran alcanzarlas.

Danil estaba a mi lado mientras Soren y Umbrio se quedaban atrás. Nos movimos con

eficacia, con cuidado de no alertar a Qian demasiado pronto y darle la oportunidad de herir a Athena.

Todo terminó rápidamente.

Diez hombres de la *Tríada* habían muerto y nos dirigimos a la cubierta superior. Exploré la zona y señalé las escaleras separadas. No podíamos dejar una salida abierta y posiblemente perder a Qian si decidía huir con Athena, así que nos separamos. Danil y yo subimos el primer tramo de escaleras.

Subimos lentamente. Sabía que tenía que haber más hombres cerca; era imposible que no hubieran sido alertados de nuestra presencia.

En el momento en que mi pie dio el último paso, percibí un sutil movimiento contra el extremo más alejado de la cubierta y miré con desprecio.

Detrás de mí se produjo un movimiento un segundo antes de que algo me rodeara el cuello. Dejé caer el arma, metí unos dedos bajo la cuerda antes de que se tensara y tiré con ambas manos. Estaba haciendo todo lo posible por estrangularme, pero no tenía lo que hacía falta. Lo empujé hacia atrás, golpeando mi cráneo contra el suyo.

Se oyó el crujido de los huesos y él gritó. Saqué un cuchillo de la funda, me di la vuelta y lo encontré agarrándose la nariz ensangrentada y, sin perder ni un segundo más, se lo clavé en el estómago.

—¿Dónde está mi esposa? —pregunté, mostrándole mi furia.

—No sé quién es tu esposa —resolló.

—No me mientas, *stronzo*, o te destriparé vivo.

Podía sentir su sangre goteando por todas partes, cubriéndome las manos y la ropa.

—Yo... yo... ¡No lo sé! —gritó—. El jefe se la llevó.

Sacando mi cuchillo de su estómago, le corté la garganta y lo arrojé por la borda.

Otros dos hombres aparecieron de la nada.

Danil disparaba a los que estaban detrás de nosotros mientras yo me concentraba en los hombres que tenía enfrente. Escuché disparos al otro lado de la cubierta, probablemente de Soren y Umbrio, pero los ignoré.

Athena estaba aquí y tenía que llegar hasta ella.

## ATHENA

Me tragué el miedo mientras un zumbido crecía en mi garganta.

Algo se abría dentro de mí con cada melodía. Podía sentir sombras oscuras desplegándose en mi pecho, haciendo sonar los barrotes de la jaula.

La puerta se abrió y ahogué un gemido que amenazaba con brotar. Justo cuando empezaba a pensar que me lo había imaginado, sonaron pasos y me quedé inmóvil, esperando con la respiración contenida. ¿Era un amigo o un enemigo? No lo sabía, sin embargo, no podía permanecer en silencio.

—¿Quién está ahí? —murmuré.

*Golpe. Golpe. Golpe.*

La caja se abrió y apareció una mano extendida.

—Estoy aquí para ayudarte.

La tomé, desesperada por salir de esta caja, y me arrastré hacia afuera. Un traje impecable llenó mi vista, y levanté la mirada hasta que nuestros ojos se encontraron.

*No, no podía ser.*

Atticus Popov.

¿Pero cuándo...? ¿Cómo...?

Observé conmocionada cómo sus ojos se clavaban en mí. Sus ojos tenían exactamente la misma forma que los míos, pero el color de sus ojos... Era exactamente el mismo color que el de Danil.

Nos miramos fijamente, con mi mano aún en la suya, mientras buscaba en mi cerebro una palabra, cualquier palabra. Mi padre estaba frente a mí y no se me ocurría qué decir ni qué hacer.

Angustia. Alivio. Arrepentimiento. Todo eso llenaba su mirada a la vez, pero también había algo más.

—Mi hermosa y fuerte hija. —Era admiración, me di cuenta, al escuchar su voz que sonaba con ella.

Nunca pensé que conocería a mi padre. Ni a mi hermano. Desde que supe de ellos, me consideré afortunada por no haberme cruzado nunca con la familia Popov. Sin embargo, ahora que el corazón me latía dolorosamente en el pecho y estaba frente a él, me preguntaba si su rostro sería lo último que vería.

Extendió una mano hacia mí y yo estaba a punto de estremecerme cuando me rozó la mejilla con los nudillos.

—Hija mía —repitió, mirándome como si estuviera asombrado—. Yo... tú... Nunca pensé que tendría este momento. —Me llevé la mano al estómago instintivamente y lancé un suspiro de alivio al poder respirar aire fresco de nuevo. Sus ojos se suavizaron mientras me acariciaba suavemente la mejilla como si hubiera descubierto un tesoro—. Debería haberte apartado de tu madre hace años.

Tragué saliva al oír su tono de voz. Me di cuenta de que ella no le simpatizaba. Yo tampoco estaba segura de que me agradara. No en ese momento; no después de todo lo que había hecho.

—¿Por qué estás aquí? —inquirí. Puede que fuera mi padre, mas no estaba dispuesta a confiar en él. Además, ¿dónde demonios había estado los últimos veintitrés años? —¿Estás trabajando con la *Tríada* y con mi madre? ¿Vas a traicionarme también? ¿Fuiste tú quien nos delató a la *Tríada* hace once años?

Entrecerró los ojos.

—Nunca. Jamás vendería a mi propia sangre —explicó incrédulo, como si fuera una abominación. Soltó un gruñido. —Tu madre pagará por haberte vendido. Yo la habría perdonado por traicionarme, pero a ti... Jamás.

Un destello de esperanza se encendió en mi pecho. No sabía si el hombre que tenía frente a mí era un villano o un héroe, no obstante, en ese momento no me importaba. Tenía que salir de aquí y volver con mi esposo. Si eso requería aliarme con un villano, que así fuera. Haría cualquier cosa para proteger a mi hijo por nacer.

—Entonces, por favor, ayúdame. —Atticus no era exactamente un ciudadano decente, pero tenía que creer que había algo de bondad en él si estaba aquí ahora.

—Puedo llevarte lejos —me sugirió—. A mi país. A mi casa. A mi yate. A donde quieras.

Negué con la cabeza.

—No, quiero volver con mi esposo.

—Puedo protegerte, Athena. Algo que él no ha podido hacer. —Respiró hondo antes de exhalar—. Ni siquiera Danil ha podido protegerte, y te ha vigilado durante años.

—No, mi esposo no ha fallado —protesté—. Me ha salvado de la *Tríada* varias veces. Tenía guardaespaldas que me protegían cuando él no podía estar cerca. Y todo eso fue antes de que supiera por qué me perseguían.

Me observó fijamente un momento y luego sacudió la cabeza.

—Parece que Danil y tú han heredado de mí su terquedad. Nicki es un desastre, como su madre.

Intenté parecer interesada, pero lo único que quería era volver con Manuel. Decirle que lo amaba.

—Por favor.... —Tragué saliva, con la garganta aún irritada. Nunca había dicho esa palabra, nunca había tenido un padre en mi vida—. Por favor... papá.

Era un movimiento manipulador, mas no me importaba. Se trataba de sobrevivir y de volver con mi marido.

Sus ojos se abrieron de par en par mientras guardaba silencio antes de que una enorme sonrisa se dibujara en sus labios.

—¿Me consideras tu papá? —Asentí, luchando por encontrar mi voz. Una gran parte de mí se resistía a la idea de un padre implicado en la trata de personas y que causaba dolor a tanta gente. Pero en ese momento, era mi salvador—. D-dilo otra vez —balbuceó, con una sonrisa genuina dibujándose en sus labios.

—No. —No tenía idea de dónde venía esta fuerza. Tal vez reconocí el hambre de Atticus de ser amado por su hija o su determinación de tener una conexión conmigo. Fuera lo que fuera, estaba decidida a usarlo a mi favor—. Llévame con mi esposo. Sácame de aquí.

Se rio entre dientes.

—No me extraña que Danil te proteja.

Parpadeé.

—¿Por qué me protege?

Se acercó más a mí.

—Ve en ti a una luchadora, aunque también a una mujer que protege ferozmente a sus seres queridos.

—Es imposible que lo sepa —murmuré. Excepto que, si me había vigilado durante años como Atticus había dicho, eso tendría sentido—. Pero tal vez algún día podría llegar a conocerlo.

—Miré hacia la puerta que conducía a mi escape antes de que mi atención se deslizara de nuevo

hacia él, mi esperanza de escapar de esto reviviendo—. Y a ti, *papá*.

Pareció sorprendido antes de darme un fuerte abrazo.

—Tu esposo está en camino. —Su teléfono sonó y le echó un vistazo, maldiciendo en voz baja—. Y mi hijo también. —Se pasó la mano por el espeso cabello plateado y un tatuaje llamó mi atención—. Debería haber sabido que esos dos formarían equipo y se abrirían paso a tiros entre los hombres de Qian.

—¿Qué quieres decir? —Jadeé, con los ojos clavados en el tatuaje que me resultaba familiar. Antes de que pudiera reflexionar sobre su significado, sonó una alarma.

—Quédate aquí —ordenó—. Tengo una partida que jugar con Qian, pero te prometo que tu marido te encontrará. Muy pronto. Y créeme cuando te digo que nadie volverá a hacerte daño.

Y con eso, salió de la habitación.

Me quedé mirando mi única salida, incapaz de ponerme en acción. Cada fibra de mí permanecía congelada mientras pasaban los segundos, intentando comprender lo que acababa de ocurrir.

Me paseaba por la pequeña habitación cuando se abrió la puerta. Qian se paró frente a mí, con los hombros erguidos mientras me miraba fijamente.

—¿Y cómo carajos saliste de esa caja?

Me encogí de hombros.

—Conozco algunos trucos de magia de David Copperfield. —Sus ojos brillaron. Demonios, me estaba volviendo demasiado valiente para mi propio bien—. ¿Qué pasa?

—¡Tu marido y tu hermano son unos putos maniáticos! —rugió, dejando pasar el tema de mi cuestionable magia—. Eso es lo que pasa.

Mis labios se levantaron y la esperanza se encendió en mi pecho, mis ojos se lanzaron alrededor como si pudieran aparecer de la nada.

—¿Están aquí?

Unos cuantos hombres más irrumpieron por la puerta, hablando en chino. Casi sonaba como si estuvieran discutiendo cuando una explosión sacudió el barco.

—Maldita sea, por favor, dime que estamos cerca de la orilla —murmuré justo cuando mi captor me empujó al suelo.

—Quédate en el suelo —decretó, sacando una pistola. Ladró algunas órdenes en chino y unos hombres que no había visto antes entraron en acción.

—¿Qué está pasando? —solté.

—Parece que tu esposo y tu hermano se aliaron para tu misión de rescate y están decididos a hundir mi barco.

Sonreí.

Tal vez esto no era el final después de todo.

## **CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO**

## MANUEL



**T**odo el tiempo que luché contra la *Tríada*, imaginé el terror en los ojos de Athena, su expresión devastada, y eso me hizo seguir adelante.

Danil y yo nos quedamos helados en cuanto irrumpimos en la habitación a la que nos condujo el rastreador de Athena.

Estaba rodeada por Qian y tres de sus hombres. Él la levantó del suelo por el codo y ella hizo una mueca de dolor, lanzándole una mirada fulminante.

—Jesucristo, con cuidado. —Athena se puso en pie y deslizó sus ojos hacia mí, dedicándome una suave sonrisa. Mi *amorina* estaba a salvo y, por lo que parecía, no estaba herida.

Qian la tenía en sus garras, con la pistola apretada contra la sien mientras el odio y la violencia me recorrían las venas.

—Suéltala —espeté, conteniendo a duras penas mi furia—. O juro por Dios que arrasaré esta nave aunque nos mate a todos en el proceso.

Si algo le pasaba a Athena, estaría muerto de todos modos.

—Pensé que teníamos un acuerdo —dijo Danil, su voz fría.

Qian se rio.

—Sugeriste un matrimonio, pero ¿de qué sirve si la mujer ya está casada? —Lanzó una mirada aburrida a Athena—. Quizás una amante —reflexionó.

—Sobre mi cadáver.

Torció la boca mientras me miraba, mas guardó silencio. Ambos sabíamos que no le importaría que yo muriera, pero antes liberaría a Athena de sus garras. Me negaba a morir antes.

La madre de mi hijo no sería el peón de nadie.

Sacudiendo la cabeza, me observó.

—Estoy dispuesto a dispararte ahora mismo.

—Sería un error intentarlo.

—¿Ya terminaron ustedes dos o podemos sacar a mi hermana de este barco? —señaló Danil, haciendo un gesto entre nosotros—. Encantado de verte, Athena. ¿Has estado en Tinder últimamente?

Mi esposa soltó una carcajada estrangulada.

—He estado algo ocupada. Casándome y siendo secuestrada.

—Deja de alargar esta mierda, Danil —escupió Qian—. Está claro que intentabas joderme.

Danil se sacudió una pelusa imaginaria de la camisa mientras yo me tambaleaba al borde del abismo. Lo único que quería era pegarle un tiro al hijo de puta y agarrar a mi mujer. Pero el diablo quería negociar.

Entrecerré los ojos.

—Escucha, devuélveme a mi esposa y te dejaremos que resuelvas tu mierda con Danil.

—No, las reglas han cambiado. Una unión entre nuestras familias ya no es suficiente. No con la reputación dañada que tiene tu hermana Nicki.

Danil no perdió el ritmo.

—En realidad, iba a recomendar un matrimonio entre tu hermana, Mei Long, y yo, pero me gusta cómo piensas. Deberíamos reforzar nuestra relación comercial con un matrimonio entre tú y mi hermana Nicki también. Cuantos más seamos, mejor.

La expresión de Qian se volvió estruendosa y Athena hizo una mueca de dolor cuando su agarre se tensó.

—¿Has perdido la puta cabeza, Danil, o has olvidado que Alexandra mató a mi hermana? Ustedes, los Popov, lo empezaron todo. —Su dedo en el gatillo de su pistola se tensaba. Yo mantenía el mío apuntando al punto entre sus ojos.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué carajos estaba tu hermana en la casa de mi padre en Grecia? —preguntó Danil mientras guardaba su pistola en la funda y metía las manos en los bolsillos.

—Ve al jodido punto, Popov —siseó Qian—. ¿Mei está viva?

Danil se balanceó sobre su talón, con los ojos clavados en el hombre.

—Lo primero es lo primero, negociaremos las condiciones.

Y esto era lo que hacía a Danil Popov exitoso y despiadado.

—O tal vez le meta una bala en la cabeza a tu hermana —argumentó Qian.

Gruñí, mostrándole una sonrisa amenazante.

—Si le haces un rasguño, Qian, puedes olvidarte de saber algo de tu hermana. Tienes tres segundos para decidirte.

—Uno... dos... tres —contó Danil, mostrándole una fría sonrisa—. Sabía que elegirías sabiamente. Ahora, libera a Athena a su marido y negociaremos.

El conflicto bailaba en sus ojos mientras se debatía entre la necesidad de venganza y la de conocer la verdad sobre su hermana.

Empujó a Athena hacia delante y ella tropezó, aunque la atrapé mientras Qian apuntaba a Danil con su arma.

—Ahora habla —exigió.

—Mis contactos se enteraron de un pequeño secreto que guardaba Alexandra. —Empezó Danil—. Deberías haber atrapado a Alexandra cuando tuviste la oportunidad, despellejarla viva e interrogarla sobre los detalles de su traición. Sus secretos. En vez de eso, la dejaste escapar por entregarte a Athena.

*Pezzo di merda.*

Abracé a Athena, queriendo protegerla del egoísmo de su madre. Sus ojos se clavaron en mí, mirándome como si fuera un rey. *Su rey.*

—Sabía que Atticus o uno de ustedes llegaría a ella. —Qian no estaba equivocado. Los días de Alexandra bajo el sol estaban contados—. Ahora explica qué demonios quieres decir —bramó Qian.

Parecía estar tan harto de payasadas como el resto de nosotros.

—Emigró de vuelta a Estados Unidos, embarazada y con una bebé bajo un pasaporte falso. Mei Windsor, exactamente la misma edad y fecha de nacimiento que Mei Long.

Sin duda, Alexandra tenía intención de utilizarla como su as bajo la manga si alguna vez surgía la necesidad.

Sus manos se cerraron en puños a los lados.

—¿Dónde está? ¿Y por qué no iba a utilizar Alexandra esa ventaja para salvarse a sí misma y a su hija?

Danil se encogió de hombros.

—Porque la jodió. La familia Windsor, que adoptó a Mei, es prácticamente de la realeza. Si los jodes, estás muerto.

—La llevaré de vuelta a mi país. Allí no podrán tocarla.

Danil dejó escapar un suspiro sardónico.

—Yo no contaría con ello. Además, Mei quiere mucho a sus padres, y sospecho que tu forma de... hacer negocios no será de su agrado.

—¿Por qué hablas como si la conocieras?

El labio de Danil se curvó en una sonrisa petulante, casi retorcida.

—A diferencia de ti, yo investigo. En realidad deberías haber mirado a tu familia y preguntarte cómo acabó tu hermanita en casa de Atticus en primer lugar.

—Mi madre —respondió Qian—, se enamoró de Alexandra durante una de sus visitas a Grecia, acompañando a mi padre. Alexandra sabía que Atticus estaba a punto de dejarla, así que las dos mujeres planearon escaparse como en un cuento de hadas.

—¿Qué?

—¿Qué carajos? —dijo Danil—. ¿Es una broma?

—¿Me ves riéndome, Popov?

Athena se enderezó, pero no se apartó.

—Mi madre es... pero no, no puede ser. Lleva persiguiendo hombres desde que tengo uso de razón.

—Quizás estaba experimentando —La voz de Qian se endureció—. Pero te aseguro que es verdad. Mi padre decapitó a mi madre como consecuencia de su traición.

El silencio llenó la sala. Todos nos evaluamos unos a otros, considerando esta nueva información.

—¿Dónde está mi... Dónde está Alexandra? —Al parecer, Athena ya no podía referirse a Alexandra como su madre. No es que pudiera culparla. Ella había causado tanto dolor y sufrimiento.

—A estas alturas, imagino que Lykos Costello la tiene retenida en mi calabozo. —Qian permaneció en silencio, con la mirada fija en Athena y en mí—. Tiene los días contados.

Escuché el suave jadeo de Athena y le froté la espalda. Ya se había expuesto lo suficiente como para saber que no había ninguna posibilidad de que Alexandra Kosta siguiera viva. No con el daño que había causado.

—¿Incluso si tu mujer se opone a mantenerla encarcelada? —indagó Qian.

—No lo haré —replicó Athena, con expresión pálida—. Es decir, no me opongo. Ya es suficiente. —Respiró hondo antes de exhalar—. Me gustaría tener una última charla con ella y entender por qué, pero no te pediré que le perdones la vida.

—De acuerdo. Quiero que me asegures que Alexandra Kosta estará muerta antes de que acabe la semana —exigió Qian—. Nada de esconderse bajo otro nombre o con el jefe de la mafia española.

—Lo estará —confirmé.

—Pero Mei no puede casarse contigo, Danil. —No me sorprendió la respuesta de Qian Long—, Ya está prometida, el acuerdo se firmó cuando nació. Así que a menos que acabes con toda esa familia...

—Considéralo hecho. —Danil sonrió satisfecho, sin romper el contacto visual con su futuro

cuñado.

—Además, si vuelves a acercarte a Athena —añadí—. me aseguraré de que tu apellido sea borrado de este planeta.

—Lo mismo digo —afirmo Danil.

La mano de Athena apretó la mía, e imaginé que toda la brutalidad de este mundo probablemente le resultaba desconcertante.

—Ahora que hemos dejado eso atrás... —Danil dirigió la conversación de nuevo a los negocios—. Después de firmar un contrato, que me una a Mei, y Nicki a ti...

—No quiero a tu maldita hermana. No necesito una mujer que suspira por otro hombre. Además, está jodidamente loca.

Athena resopló suavemente.

—Mira quién habla.

Danil se encogió de hombros.

—Exacto. Y no está sujeto a negociación. —Mi cuñado tenía ganas de morir—. Además, me cederás la mitad de tu negocio de drogas y construcción, tanto en Asia como en África. —El labio de Qian se curvó ante las escandalosas exigencias, pero sabía que lo tenían acorralado.

—Míralo de esta manera —le dije, ayudándole—. Estás invirtiendo en tu familia.

—Malditos Popov —murmuró—. Han sido una maldición desde el primer día.

## **CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS**

## ATHENA



La doctora Ferrari me tomaba los signos vitales en nuestra habitación en casa, Manuel me sujetaba de la mano como si tuviera miedo de que desapareciera si me soltaba.

No podía apartar la mirada de él. Mi esposo siempre había sido absurdamente atractivo, pero su barba incipiente me daba ganas de arrancarle la ropa.

—Tengo que decirte algo —susurré, desviando la vista hacia la doctora. Desde que salimos del yate destruido de Qian, no habíamos tenido ni un momento a solas. Danil, Soren y Umbrio volvieron al castillo con nosotros, donde esperaban mi madre y los hombres que la tenían prisionera.

Sin embargo, antes de que pudiera producirse algún tipo de reencuentro, Manuel me llevó directamente a nuestro dormitorio para que me examinaran, por segunda vez en menos de veinticuatro horas.

El silbido de la ecografía sonó como música para los oídos de todos.

—Me encuentro bien —protesté.

—Hazlo por mí, *Amorina*. Quiero escuchar por mí mismo que todo está bien con nuestro hijo.

—El estrés también puede ser malo para el bebé —intervino la doctora Ferrari—. *Oh*, casi lo olvido. Tengo las fotos del ultrasonido del.. chequeo de ayer.

La máquina del corazón empezó a pitar salvajemente.

—*Ma che cazzo?* —Manuel carraspeó, sus ojos se desviaron hacia el monitor—. ¿Es el bebé o Athena? ¿Qué pasa?

La doctora se acercó y desconectó la máquina del corazón.

—Todo está en orden. *Mamma* y el bebé están bien.

Manuel apretó sus labios contra los míos. Me encantó el calor de su boca, sentir su cuerpo cerca de mí.

—Porque ella es fuerte.

—Lo es. La pequeña y su *mamma* lo están haciendo genial.

Levantamos la cabeza.

—¿Qué? —Me quedé con la boca abierta—. ¿Vamos a...?

—*Cazzo* —murmuró la doctora Ferrari, girando la cabeza entre nosotros—. Se me escapó. Lo siento mucho. Van a tener una niña.

Manuel sonrió.

—Una niña —repetí al mismo tiempo que Manuel susurraba la misma expresión.

Compartimos una mirada, una expresión indescriptible en su rostro.

—¿Esperabas... un niño? —le pregunté, con la incertidumbre rodeándome el corazón.

La doctora Ferrari salió de la habitación, la puerta chasqueó suavemente tras ella.

Manuel se enderezó y me abrazó más fuerte.

—Estoy encantado de que sea una niña. Será nuestra princesita que se convertirá en una reina implacable. —Se aclaró la garganta—. Soy el hombre más afortunado del mundo.

Me aparté un poco para verlo a los ojos, que lucían oscuros y brillantes.

—Te amo. —Se me quebró la voz—. Poco a poco me fui enamorando, y puede que al principio no supiera lo que era, pero no hay duda. Te amo, Manuel.

—Joder, *Amorina*. —Cerró los ojos, aspirando profundamente.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas, aunque no me molesté en secármelas.

—Tenías razón desde el principio. El amor no tiene por qué doler. Tal y como dijiste. —Le rodeé la cintura con los brazos y lo miré—. Te amo y me haces tan feliz. Me haces sentir segura, y siempre que estoy contigo, siento como si estuviera... en casa.

Dejó escapar un suspiro sardónico.

—¿A pesar de que te embaracé?

—Como tú dijiste, se necesitan dos. —Mis labios se encontraron con los suyos y chillé cuando me levantó. Instintivamente, mis piernas rodearon su cintura.

Me agarró la barbilla con una mano y me echó la cabeza hacia atrás para poder mirarme.

—Dímelo otra vez —me exigió.

—Te amo —suspiré contra sus labios—. Calmas mi corazón, mi mente y mi alma, y no hay nadie en quien confíe más que en ti, esposo.

Mi espalda se apoyó contra la pared y él me besó, dominante y áspero, destinado a consumirme. Me deslicé por su cuerpo, sin separarme.

Su lengua se introdujo en mi boca, lamiéndome y haciéndome gemir. Ya no había barreras, solo nosotros y nuestro amor.

Su mano se deslizó entre mis piernas, a lo largo de la piel sensible de la cara interna de mi muslo, y me estremecí con su contacto. Me agarró las bragas y me las arrancó.

—Esposo, mi cajón de lencería necesitará reabastecerse si sigues así —murmuré, rozando con mi boca su barbilla cubierta de barba—. Y no seré indulgente con tu cartera.

—Cuento con ello. Mi esposa se merece lo mejor.

Manuel introdujo dos dedos implacables en mi interior, arrancándome un gemido de la garganta.

—Mierda. —Ronroneé.

—Siempre estás tan lista para mí, *Amorina*. —Sus dedos empezaron a moverse dentro de mí—. Joder, tan húmeda y codiciosa. Justo como me gusta.

No pude resistir el estremecimiento, mis pezones palpitaban. Mis extremidades temblaban mientras sonidos eróticos salían de mis labios.

—Dime otra vez que me amas. —Carraspeó.

Sonreí, con los labios hormigueantes y magullados.

—Te amo. Muchísimo. Me haces tan feliz.

Se desabrochó rápidamente los pantalones y liberó su polla dura como una roca. Un gemido de necesidad brotó de mis labios cuando me levantó y me obligó a rodearlo con las piernas.

Empujó dentro de mí, llenándome hasta el fondo. Estaba completamente a su merced. Quería que supiera que confiaba en él incondicionalmente. Su entrepierna golpeaba mi clítoris hinchado y yo recibía todo lo que él me daba.

El placer fue en aumento hasta que lo único que escuché fue el golpeteo de piel contra piel, mis gemidos desesperados y sus gruñidos.

—Te amo... —Me temblaba la voz—. Te amo, te amo...

Su ritmo disminuyó y tomó mi labio inferior entre sus dientes.

—Soy tuyo para siempre, *amore mio*.

Había caído tan profundamente que no podría encontrar una salida, aunque quisiera. Él era mi faro en la tormenta, mi refugio en la tempestad.

—Te amo —susurré con ternura—. Ahora, por el amor de Dios, por favor, fóllame, esposo. Duro.

Manuel me penetró. Se retiró del todo y volvió a penetrarme, golpeando mi sensible clítoris justo en el punto exacto.

—Carajo... eso es... te amo... —Vi estrellas detrás de mis párpados.

El orgasmo que me golpeó fue fuerte, interminable, hasta que sollocé en sus brazos. Sus labios chocaron contra los míos mientras él se introducía con más fuerza y rapidez en mis paredes, que se cerraban con fuerza, hasta que su semen salió disparado dentro de mí.

No dejó de devorarme la boca, su lengua bailaba con la mía mientras su esperma caliente me ensuciaba los muslos y ambos nos estremecíamos al liberarnos.

Mis ojos se cerraron mientras su esperma caliente empapaba mis paredes internas. Estaba tan aturdida que olvidé todo lo que había pasado en las últimas veinticuatro horas.

Mi esposo me soltó y se acomodó, abrochándose los pantalones, mientras yo lo único que podía hacer era observarlo. Luego me levantó en brazos y me llevó al baño, donde me limpió suavemente los muslos.

—Gracias por amarme —musité. Nuestros ojos se encontraron en el espejo y sonreí suavemente—. Eres el hogar que he estado buscando.

Sus labios rozaron ligeramente los míos.

—Eres todo lo que he estado esperando.

## **CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE**

## MANUEL



Casi la pierdo.

La idea era aterradora.

Athena era la única mujer que me había hecho sentir fuera de mí con esa necesidad carnal. Pero también era oscura e intensa, suave y consumidora.

Me rodeó el cuello con los brazos y apretó sus labios contra los míos, besándome con una desesperación que fluía por mis propios huesos.

—Te amo —pronunció contra mi boca, con la respiración entrecortada.

Si repitiera esas palabras cada minuto de cada día, mi corazón seguiría acelerándose en mi pecho.

—Yo también te amo. Tienes mi corazón, *Amorina* —confesé por lo bajo—. Para siempre.

Ella sonrió un poco, su respiración se calmó.

—Tendré cuidado con él. Ten cuidado tú también con el mío.

—*Sempre* —juré, poniendo su mano en mi pecho—. Nunca te lastimaré.

El silencio llenó el espacio entre nosotros mientras ella asimilaba mis palabras.

—Conocí a mi padre esta noche —notificó con la frente apoyada en mi hombro.

Me puse tenso. ¿Lo había planeado Atticus con Qian? La traición de uno de sus padres ya era bastante mala, ¿pero la de ambos...?

—¿Te hizo daño? —Mi voz era baja pero firme.

—No.

—¿Qué quería?

Levantó la cabeza y nos miramos durante unos largos segundos.

—Quería que me fuera con él, pero no quise.

—Me sorprende que no te obligara.

—Aunque lo hubiera intentado, habría luchado contra él. Quería volver contigo. —Su voz se quebró y me desgarró el pecho. Tenía que estar agotada.

La ayudé a quitarse el vestido y a ponerse una de mis camisas, y luego la llevé a la cama.

Suspiró cuando me coloqué a su lado y la acurruqué bajo las sábanas. Inhalé profundamente.

—Cuéntamelo todo.

Empezó con el ataque en la clínica, luego cómo descubrió la traición de su madre. Todas las cosas que había dicho Qian, y luego su padre.

—Dijo que Qian no me mataría porque me necesitaba como ventaja. Creo que sabe lo de Mei.

No me sorprendería. Danil heredó de su padre su aguda lógica y su habilidad para los negocios.

Antes de que pudiera preguntarle algo más, los párpados de Athena cayeron y se quedó profundamente dormida, con sus suaves ronquidos llenando el espacio que había entre nosotros. Dormimos envueltos el uno en el otro, más unidos que nunca.



Un golpecito en la puerta me despertó.

Miré el reloj de la mesita de noche y vi que eran solo las cinco de la mañana. Athena estaba tumbada sobre mi pecho, respirando contra mi piel.

Cuando estaba a punto de volver a dormirme, volvieron a llamar a la puerta. La coloqué lentamente boca arriba y la cubrí, luego me paré de la cama y me puse unos pantalones y una camisa, sin abrochármela, y salí de la habitación, cerrando la puerta tras de mí.

Danil y Lykos estaban en el pasillo, con los ojos inyectados en sangre y el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—Alexandra fue envenenada —habló primero Danil.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Mi padre. No tiene mucho tiempo —respondió, pasándose una mano agitada por el cabello oscuro.

—Está preguntando por su hija —refunfuñó Lykos—. Personalmente, yo no la dejaría ver a Athena.

—Esto es para mi hermana —gruñó Danil—. Ella también necesitará una despedida.

—¿Cómo demonios entró Atticus aquí? —siseé.

—Creo que nos siguió desde el barco —admitió Danil.

—Joder, Athena me dijo que Atticus estaba en el barco. —Danil me lanzó una mirada de sorpresa—. ¿Lo tienes?

Danil dejó escapar un suspiro sardónico.

—Está claro que no conoces a mi padre. No lo encontraremos hasta que esté listo.

—¿Qué quería de ella? —Lykos exigió.

—Quería llevársela con él, pero ella se negó a ir.

—Debe haberse enterado de que Alexandra traicionó a Athena y eso lo impulsó, encendiendo su ira.

—Si Atticus piensa que de alguna manera va a entrar en nuestra buena gracia, no lo hará —declaró Lykos—. Voy a acabar con él.

—Lo mataré mil veces si se le ocurre hacerle daño. —Me pasé la mano por el cabello—. Aunque no creo que esa sea su intención.

—No lo es —confirmó Danil—. Quiere enmendar todos sus errores como padre. Ve a Athena como una segunda oportunidad, pero el problema es que estar unido a Atticus Popov significa peligro. No podemos permitirlo.

—No obstante, nadie te está pidiendo que me permitas nada. —La voz de mi mujer llegó desde atrás y todos nos giramos—. Danil, me salvaste la vida. Dos veces. Pero eso no te da derecho a trazar quién debe o no debe estar en mi vida. —Carajo, me encantaba esta versión de mi esposa. En algún punto del camino, había encontrado partes de sí misma que la convertían en una reina. *Mi reina*.

Danil le dedicó una sonrisa.

—Lo siento, hermanita. No puedo evitarlo. Sin embargo, por ti, lo intentaré.

Athenaladeó la cabeza, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Hazlo, hermano. Por mí.

A juzgar por la expresión de Danil, lo había sorprendido. Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro.

—Tú y yo nos llevaremos muy bien.

—Buenos días, *moglie*. —Le rodeé la cintura con el brazo y ella se inclinó hacia mí—. Siento haberte despertado tan temprano.

Levantó la cabeza para darme un beso y yo la complací, luego se volteó para mirar a Lykos.

—¿Y tú eres...?

Maldición, es cierto. Aún no había conocido a su tío.

—*Amorina*, este es Lykos Costello.

Se enderezó y frunció el ceño.

—¿Mi tío?

Lykos dio un paso adelante y le extendió la mano.

—Me alegro de conocerte por fin.

Athena parpadeó.

—Me encontré contigo. En París. —Lykos asintió—. ¿Me estabas siguiendo?

—Yo... Tu hermano y yo... llevamos mucho tiempo vigilándote.

Le di un beso en la frente a Athena.

—Las presentaciones familiares tendrán que esperar un poco, *Amorina*. Tu madre fue envenenada. No le queda mucho tiempo de vida.

## **CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO**

## ATHENA



**M**i madre se está muriendo.

Sentía que el pecho me iba a estallar. Sabía que no debería sentirme así, teniendo en cuenta su traición.

Mi madre había hecho su cama y ahora iba a morir en ella. Aunque no era tan sencillo. No podía odiarla. No podía celebrar su muerte.

—Llévame con ella, por favor.

Con los pies descalzos sobre el mármol italiano, caminé en silencio junto a mi marido, mi hermano y mi tío detrás de nosotros.

Bajamos las escaleras, el espacio se volvía más frío y estrecho a cada paso. Los pasos de los hombres resonaban en el pasillo de piedra, el aire cada vez más pesado y frío. El olor a suciedad y almizcle era más intenso cuanto más nos adentrábamos en el calabozo.

Manuel me levantó en brazos y agradecí su calor.

—¿Estás bien? —inquirió suavemente, rozando mi mejilla con los labios.

—Sí.

Me estreché más contra él, aferrándome a su fuerza. En tan poco tiempo, mi marido y su amor se habían convertido en lo más importante para mí. Puede que nuestro matrimonio no empezara como un cuento de hadas, pero acabaría como tal. Estaba decidida a que así fuera.

Nos detuvimos y la puerta de hierro se abrió. Allí estaba sentada mi madre, encorvada con la cabeza apoyada en las rodillas mientras se mecía de un lado a otro.

Me zafé de los brazos de mi esposo, corrí hacia allá y me arrodillé frente a ella.

—¿Mamá?

Sentí como un *déjà vu* de todos aquellos años cuando los miembros de la *Tríada* la acorralaron y la hirieron en nuestro apartamento. Yo también había corrido hacia ella, preocupada por su dolor.

Levantó la frente y sus mejillas se llenaron de lágrimas. Tosió y le goteó sangre por la comisura de los labios.

—*Yavrum* —dijo con voz débil, mientras sus ojos desenfocados buscaban mi rostro. Se me hizo un nudo en la garganta. Hacía tanto tiempo que no la oía llamarme bebé—. Viniste.

—S-sí —balbuceé, rodeándola con los brazos mientras las emociones me aplastaban los pulmones.

—Me odias, ¿verdad, *Yavrum*?

Negué con la cabeza.

—No te odio.

Podía merecer un castigo, sin embargo, no podía encontrar odio en mi corazón. No en este

momento.

—Tu padre vino por mí —contó—. Me hizo pagar.

Se me heló la sangre.

—¿Q-qué hizo?

Cuando se enderezó, hizo una mueca de dolor.

—Me envenenó. Por lo que te... hice.

Se me revolvió el estómago.

—Yo no le pedí que hiciera eso. —El frío me erizó la piel. Mi mirada se dirigió a mi esposo, luego a mi hermano y a mi tío—. ¿Hay algo que puedan hacer por ella? —supliqué, con lágrimas cayendo por mi rostro.

Danil fue quien respondió.

—No sabemos qué le dio.

—Podemos llevarla al hospital —razoné, aunque sabía que la cuestión no tenía sentido. Había hecho demasiado daño y sería un blanco para siempre.

Mamá me agarró la mano.

—Atticus regresará para terminar el trabajo. —Hizo eco de mis propios pensamientos. Miró detrás de mí—. Y si no lo hace, otros lo harán.

Bajé los hombros.

—¿Por qué, mamá? —pregunté. Se volteó y sus ojos encontraron a mi esposo—. ¿Por qué tantos secretos y mentiras? Podríamos haber... —No sabía qué palabras estaba buscando. ¿Sido felices? ¿Estar seguras? ¿Contentas?—. No lo entiendo —susurré.

Ella respiró profundamente antes de exhalar.

—Todo empezó con mis padres... tus abuelos. —Tosió, su cuerpo temblaba, y le froté la espalda—. Estuvieron a punto de meterme en un manicomio.

Me quedé en *shock*.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque... me enamoré... —Tragó saliva—. De una mujer.

Se oyeron jadeos detrás de mí, mas me centré en mi madre y en los secretos que había guardado toda su vida. ¿Alguna vez la conocí? Siempre había hechizado a los hombres que caían rendidos a sus pies. Los utilizaba para su protección y su propio beneficio, pero nunca estuvo enamorada de ellos. Podía tomarlos y dejarlos sin pensarlo dos veces.

¿Fue por esa mujer? ¿La madre de Qian Long? Aunque no podía ser, porque según Qian, su hermana había nacido hacía veintitrés años.

—¿Qué le pasó a esa mujer? —Respiré—. ¿Quién era?

—Una amiga del colegio de una familia normal. Mis padres la mandaron matar.

—Eso es horrible —dije, asimilando la verdad sobre mis abuelos.

Me dedicó una sonrisa un poco enloquecida.

—Pero les enseñé. La vengué, acabé con sus vidas antes de que pudieran encerrarme. —Contemplé el rostro pálido de mi madre, los fantasmas en sus ojos que habían cautivado tantos corazones—. Luego me fui a vivir con mi hermana, a la que todo el mundo quería. ¿Pero quieres saber lo más gracioso?

No estaba segura de querer, aunque de todos modos respondí igual.

—De acuerdo.

—Ella resultó ser la loca. —Soltó una carcajada, con los ojos enloquecidos—. Su hija perfecta se volvió loca y a la que intentaron internar resultó estar bien.

—Eso es discutible. —Alguien se burló detrás de mí y lancé una mirada fulminante por

encima del hombro.

Mamá soltó una carcajada amarga.

—Puede que sea una asesina, pero no estoy loca.

Negué con la cabeza, aunque sinceramente, era difícil estar de acuerdo. Había hecho algunas locuras.

—Eras joven y necesitabas comprensión, no ser juzgada.

Sonrió tristemente, jugando con su cabello.

—Siempre la hija buena.

Me dolía el corazón por ella a pesar de los actos monstruosos que había cometido. Había sido traicionada por sus padres, ocultando su amargura y su ira al mundo. Empecé a pensar que la historia de mi madre era una tragedia porque no tenía por qué acabar así, si tan solo sus padres le hubieran dado apoyo y comprensión.

—¿Así que en realidad no te gustaba mi padre? O... mi esposo.

Se encogió de hombros.

—No me gustó que me rechazaran —admitió, la primera nota de sinceridad en su voz—. Todo el mundo me desprecia siempre. Nunca soy lo bastante importante, pero mi hermana sí lo era.

Fue entonces cuando me di cuenta de que las heridas de mi madre eran más profundas de lo que nadie hubiera podido imaginar, pero ella había excavado casi todo.

—Yo no lo hice —señalé.

Parpadeó y pasaron dos latidos antes de responder.

—Pero lo hiciste, *Yavrum*. Cuando lo elegiste a él antes que a mí. —Se me escapó un suspiro tembloroso, la inseguridad de mi madre mirándome por primera vez. O tal vez estuvo ahí todo el tiempo y yo estaba demasiado ciega para verla—. Él... ellos... —Inclinó la barbilla hacia mi esposo, mi hermano y mi tío—. Ellos te dejarán. Eso es lo que hace la gente en este mundo. Siempre se van cuando les conviene.

—Te equivocas —repliqué en voz baja. Mentiría si dijera que la idea de perder a mi nueva familia y amigas no me asustaba, no obstante, mis amigas habían estado conmigo en las buenas y en las malas. Mi hermano y mi tío llevaban años velando por mí. Eso tenía que servir de algo y demostrar que estarían a mi lado. Y solo por eso sentí un pequeño alivio.

Dejó escapar un suspiro de incredulidad, interrumpido por un ataque de tos.

—El tiempo me dará la razón.

—¿Y Mei Long? —Danil intervino, interrumpiendo el intento de mi madre de sembrar semillas en mi mente y mi alma—. ¿Y su madre, que fue decapitada porque se enamoró de ti?

—Li, la esposa del jefe de la *Tríada*, era infeliz. Yo era infeliz. Odiábamos este mundo, pero dejarlo y empezar de nuevo solas fue... duro. Pero juntas, fuimos valientes. Yo la ayudaba con su recién nacida, e hicimos un plan. Teníamos mucho en común incluso antes de saber de mi embarazo. Ella se enamoró, y poco a poco yo también, mas no podía admitirlo. Ni a ella ni a mí misma. Sin embargo, estábamos unidas y queríamos salir, así que planeamos nuestra fuga. Si bien todos supusieron que incendié la casa de Atticus por celos, en realidad fue para poner en marcha nuestro plan.

—¿Cuál era el plan? —indagó mi tío.

—Conseguir que tú, Lykos Costello, me expulsaras —respondió ella débilmente. Las fuerzas la abandonaban.

—¿Y cómo ibas a saber que te echaría?

Ella rio débilmente.

—Sabía que una vez que supieras lo que hice por Atticus, no tendrías otra opción. Así que me aseguré de que te enteraras. Fui a casa de Atticus donde Li me estaba esperando con la pequeña Mei. Se derrumbó. No podía dejar a su hijo atrás, así que me rogó que me quedara con su bebé mientras ella se quedaba con su hijo, y prometió reunirse conmigo. Le supliqué que no se fuera, pero estaba decidida. Antes de irse, me preguntó si la amaba. Quería escuchar esas palabras y yo no quería... no podía... decírselas. Temía que si lo hacía, acabaría igual que la última vez. Con otra muerte de la mujer que amaba en mis manos.

Estaba tan jodidamente ciega. Sí, no había pasado mucho tiempo con mi madre desde mis días en el internado, pero me parecía inconcebible no haberlo visto antes. No conocía a mi madre en absoluto.

—¿Así que nunca se lo dijiste?

—Sabía que no acabaría bien, no obstante, acepté su plan. Me llevé a la bebé y el dinero y quemé la casa. Li volvió con su marido para robarle a su hijo, y planeábamos encontrarnos en New York.

Tragué saliva.

—Sin embargo, nunca llegó.

Esta historia no excusaba su comportamiento ni su traición, pero había hecho lo que creía necesario para sobrevivir. Fueron su familia y las circunstancias las que la empujaron a ello.

—No lo hizo —Sus ojos se empañaron—. Habríamos sido tan felices. Nosotras dos y las dos niñas que habríamos criado como hermanas. Si Li no hubiera insistido en traer a su hijo...

Estaba mal a muchos niveles que hubiera querido que la mujer que amaba dejara atrás a su hijo.

—¿No se te ocurrió que si me lo hubieras dicho, te habría ayudado? —Mi tío sonaba ligeramente amargado. Tal vez él podría haber cambiado el curso de su vida, mi vida, y haberle dado el final feliz, con el que siempre había soñado.

—Li me atormenta todos los días —confesó tras un largo rato de silencio—. Murió y yo necesitaba desesperadamente confesar que no era unilateral. Que yo también lo sentí. Existir sin ella era una tortura. —Me ardían los ojos porque sabía que no había forma de salvarla. Llevaba tanto tiempo luchando contra sus propios demonios que se había convertido en uno—. Pero tú, Athena, y Mei me mantuvieron en pie. La promesa que le hice a Li de que me aseguraría de que su hija fuera feliz.

—¿Lo es? —pregunté, comprendiendo por fin por qué mi madre desaparecía de repente durante mi infancia. Estaba visitando a Mei Long, una hermana que nunca estuvo destinada a serlo.

Ella asintió.

—Lo es, y no forma parte del mundo de la mafia. Es lo que quería para ambas.

—¿Cómo convenciste a la familia Windsor para que te permitieran formar parte de su vida? —cuestionó Danil—. No son precisamente conocidos por dejar entrar a extraños en su círculo familiar.

Ella se encogió de hombros.

—Era la cláusula del acuerdo de adopción. Tenía que visitar a Mei como su tía para poder establecer una relación con ella. Pensaron que era mi hija y, como estaban desesperados por tener una niña, aceptaron.

—Jesucristo, mamá, ¿por qué no te la quedaste? Podríamos haber estado las tres juntas.

Me acarició las mejillas, mirándome con una sonrisa triste.

—Por la misma razón que tuve que alejarte de mí y enviarte a un internado. No era seguro.

Los miembros de la *Tríada* la habrían encontrado si se hubiera quedado conmigo. No sabían de mi embarazo, así que estabas a salvo. Al menos por un tiempo.

—Tantos secretos y mentiras —murmuré, descorazonada. La mano de Manuel se posó cómodamente en la parte baja de mi espalda, siendo mi roca una vez más. Era tan fácil sucumbir a todos los secretos, pero en lugar de eso, elegí rendirme a su protección y amor—. ¿No te preocupaba que te atraparan? ¿Qué lastimaran a todos a mi alrededor? ¿O a tu nieto?

Perdoné su traición hacia mí, mas me costó perdonar su traición hacia mi bebé. Su decisión de entregarme a la *Tríada* podría haber causado la muerte de mi bebé.

Hizo un gesto con la mano.

—Sabía que irían por ti, tu esposo, tu tío o tu padre. Resultó que fueron los tres. —No podía excusarla basándome en su suposición. ¿Y si hubieran llegado demasiado tarde?—. Estoy tan cansada —susurró, cerrando los ojos—. Cansada de la gente. Del ruido interminable. De los hombres. Me gustaría irme a dormir y no despertar jamás.

Un sollozo ahogado salió de mi garganta, la realidad de sus palabras me golpeó. Cumpliría su deseo demasiado pronto. Lloré. Por su corazón adolorido. Por el mío. Por la crueldad de este mundo y de los humanos, mis abuelos, que la juzgaban cuando lo contrario podría haberla ayudado a prosperar.

Entonces, como si los ángeles hubieran decidido poner fin a todo y darle un respiro, exhaló su último aliento. La muerte invisible y fría recorrió la mazmorra y se hizo el silencio, únicamente interrumpido por mis suaves llantos.

No supe cuánto tiempo lloré ni cómo me encontré en el dormitorio con Manuel abrazándome, meciéndome suavemente como si fuera una niña. El tiempo no era esencial cuando se trataba de dolor.

—Tu madre está en un lugar mejor, *Amorina*. —Me consoló.

Levanté la cabeza, con las mejillas manchadas de lágrimas.

—¿De verdad lo crees?

Asintió.

—Lo sé. Créeme, esto es lo mejor. —Sabía que ella no le importaba. No había muchos hombres a los que les importara, no es que pudiera culparlos considerando todos los estragos que ella causaba—. Piensa en nuestra bebé.

Me llevé la mano al estómago, frotándomelo cariñosamente.

—¿Y si acabas odiándome? —solté sin darme cuenta de que las palabras de mi madre habían conseguido plantar una venenosa semilla de duda en mi mente—. ¿O Danil y mi tío? Sería mucho peor encontrar una familia y luego perderla que no tenerla nunca para empezar.

—Imposible. —Me dio un suave beso en la frente—. Hay una razón por la que les agradas tanto. La razón por la que yo te amo. Tu corazón no está muerto. El corazón de Alexandra llevaba muerto mucho tiempo. —Me acarició las mejillas manchadas de lágrimas y me rozó el labio inferior con su pulgar—. La vida funciona de maneras misteriosas, y la nuestra acaba de empezar.

## **CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE**

## ATHENA



**M**i esposo tenía razón, la vida actúa de maneras misteriosas.

Nunca pensé que conocería a mis medios hermanos, pero aquí estaban, junto con mi tío, asistiendo al funeral de mi madre como apoyo moral. Y nunca pensé que encontraría el amor, aunque escribí sobre ello, mas aquí estaba con mi esposo, que se había metido en mi vida y me había apoyado en tantas cosas en tan poco tiempo.

Mi vida había cambiado. Las traiciones dejaban huella, no obstante, una cosa era segura. Si no hubiera sido por alguna de esas traiciones, no habría encontrado al hombre que no solamente me salvó, sino que me mostró el significado de la lealtad y el amor. Y no habría conocido a mis medios hermanos y a mi tío, que se negaron a alejarse de mí.

Y ahora, había llegado a un punto en mi vida en el que tenía más familia de la que sabía qué hacer con ella y era una sensación tremendamente buena.

Habían pasado tres días desde el envenenamiento de mi madre. Lloré mucho durante esos tres días porque, aunque me había mentido, manipulado y hecho daño, su vida no era la mejor y, por mucho que el dolor de su traición siguiera vivo y fresco, tenía que reconocer su propio dolor. Mi madre fue defraudada por las personas que más quería. Esperaba sinceramente que por fin estuviera en paz.

Mi padre vino a visitarme anoche, mientras mi esposo y mi nueva familia estaban ocupados con los preparativos funerarios de última hora. Estaba furiosa con él, aunque, a regañadientes, tuve que darle la razón. Mi madre no se encontraba bien y no había ninguna garantía de que no viniera también tras mi bebé con el tiempo.

Ni siquiera me molesté en preguntarle cómo sabía que estaba embarazada. Supuse que se lo había dicho Danil.

El funeral de mi madre tuvo lugar un día de diciembre inusualmente cálido. La luz del sol se extendía por el cementerio de varios siglos de antigüedad mientras mi familia y mis amigos acudían a presentar sus respetos vestidos con trajes y vestidos negros de diferentes tonalidades.

Una ligera brisa me alborotó el vestido que abrazaba mis curvas, pero fue el brazo de mi esposo alrededor de mí lo que me mantuvo con los pies en la tierra, su amor y sus cuidados más cálidos que el sol del verano en el sur de Italia.

—Avísame si necesitas algo. Te esperaremos en la casa. —Isla me apretó la mano en señal de consuelo antes de alejarse con su propio marido, y pronto le siguió el resto.

Volví a mirar la sencilla lápida. Decía:

**ALEXANDRA KOSTA BOTTELLI.**

**LA SOPRANO QUE TRAJÓ MÚSICA Y ALEGRÍA A MUCHOS. QUE FINALMENTE ENCUENTRES LA PAZ Y EL AMOR.**

Madre cometió muchos errores en su vida. Sí, fue defraudada por sus padres y ciertas decisiones la arrinconaron, aunque fácilmente podría haber sido diferente para ella. Si no hubiera nacido en una familia de mafiosos con una mentalidad anticuada y cerrada.

Tragando saliva, me giré para mirar a mi esposo. El amor que tuve la suerte de encontrar. Bueno, más bien fue él quien me encontró a mí, pero da igual.

Estaba a mi lado y tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para sostenerle la mirada. Me acarició la mejilla y luego los labios.

—¿Cómo estás, *Amorina*?

Levanté un hombro.

—No tan mal como debería considerando que acaban de enterrar a mi madre.

—Como dice su lápida, está en un lugar mejor. Sé que no es fácil para ti.

Fruncí el ceño.

—Eso mismo. Sé que es mejor que se haya ido. Podría haberle perdonado muchas cosas, no obstante, hacerle daño a nuestra bebé... —Un músculo se tensó en su mandíbula y un brillo vidrioso cubrió sus ojos oscuros. Sabía que él no podría perdonarle que me hiciera daño a *mí*, y mucho menos a nuestra hija—. Es que... bueno, podría haber acabado de otra manera.

Asintió.

—Podría haber sido así, pero al final, Alexandra eligió mal.

Le rodeé la cintura con los brazos.

—Lo sé, aunque de alguna manera ella me trajo a ti, así que le estaré agradecida por eso.

Agachó la cabeza y sus labios se encontraron con los míos.

—Creo que el destino siempre tuvo planes para ti y para mí. Solo estaba esperando su momento.

Me levantó en brazos y se dirigió lentamente hacia el coche mientras yo rozaba con mis labios su mandíbula cubierta de barba incipiente.

—Mas la espera valió la pena.

Sonrió.

—Desde luego que sí, señora Marchetti.

## EPÍLOGO

## MANUEL



### *Un año después*

**E**ntré en el vestíbulo con Umbrio a mis espaldas, sintiéndome aliviado de volver a mi *castello* y ansioso por ver a mis seres queridos.

—Estás terriblemente contento de volver a casa —comentó secamente—. Nos apuraste tanto que tuvimos que dar la vuelta al mundo en doce horas.

—Maldita sea, claro que sí. —Estaba de mal humor porque no nos quedamos en China después de nuestra reunión para que pudiera probar algunos de sus frutos—. Tengo una esposa y una bebé a las que eché mucho de menos mientras jugaba a la diplomacia.

Se rio entre dientes.

—Como si Qian fuera a arriesgarse a hacer enojar a su hermana, o a Danil en todo caso.

Dejé escapar un suspiro sardónico.

—Ahí es donde te equivocas. El hombre se arriesgaría a la ira de todos por Nicki.

El aria resonó y seguí las melodías por toda la casa, mientras Umbrio me seguía y fastidiaba. Lo ignoré y me centré en la hermosa voz de mi esposa, que de algún modo conseguía destrozarme con ella y recomponerme cada vez.

¿Me convertía en un debilucho? Tal vez. Me importaba una mierda.

Unos pasos más y encontré a mi mujer y a mi hija entre viñedos y limoneros.

Me detuve bruscamente y Umbrio casi chocó conmigo. Le lancé una mirada fulminante y le dejé claro que si emitía algún sonido, le dispararía. Puso los ojos en blanco y se esfumó mientras yo volvía a fijarme en la imagen más hermosa de bienvenida a casa que un hombre pudiera desear.

Con un sencillo vestido amarillo y descalza, Athena sostenía a nuestra hija, balanceando las caderas y meciéndola para que se durmiera mientras cantaba suaves melodías de ópera. Valentina, nuestra preciosa niña, miraba fijamente a su *mamma* con una expresión tan inocente y confiada que me golpeó justo en el pecho.

Ellas dos eran todo mi mundo y libraría mil guerras para protegerlas y hacerlas felices. Tal y como le prometí a mi joven esposa.

Y sabía que ella era feliz.

En el último año de nuestro matrimonio, aprendí que cuando Athena cantaba arias, estaba más feliz. Cuando estaba ansiosa, tarareaba. Cuando estaba enojada, se callaba. Pero cuando estaba furiosa, lo que únicamente ocurría si alguien amenazaba a nuestra hija o a mí, prendía fuego al mundo.

La voz de Athena se quebró y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Mis dos personas favoritas en todo el mundo. —Fue mi saludo.

—Mira, Valentina —murmuró mientras se apresuraba hacia mí, sus pies descalzos silenciosos contra la hierba—. *Papà* está en casa.

La alcancé a mitad de camino y rodeé su cintura con la mano, abrazándolas a las dos. Presionando mi boca contra la suya, se abrió, dejándome devorarla. No importaba cuántas veces la hubiera tenido, nunca me cansaba de ella. Era completamente adicto a mi mujer y estaba bajo su hechizo, pero ella también estaba bajo el mío.

—Te extrañé. —Carraspeé contra su boca.

—Nosotras también te hemos echado de menos. —Athena bajó la mirada hacia nuestra hija, con una suave sonrisa en los labios—. ¿Verdad, Valentina?

Nuestra hija emitió un suave susurro e incliné la cabeza para darle un beso en la frente.

—*Papà* también te extrañó, mi pequeño *tesoro*.

*Cazzo*, esto era la felicidad, el cielo en la tierra. Todo estaba bien en el mundo cuando estaba con ellas, en nuestro paraíso.

—¿Cómo estuvo el viaje? —preguntó Athena, sabiendo que todo lo que tuviera que ver con Qian y Atticus acabaría yéndose a la mierda—. ¿Todo salió bien?

Apreté mi frente contra la suya.

—Como era de esperarse. Pero todos salieron vivos.

Ella sonrió.

—Eso es una ventaja. —Pasé los dedos por el espeso cabello oscuro de nuestra hija mientras sus ojos se adormecían. Era hora de otra siesta—. ¿Quieres cargarla un rato, *Papà*? — Me enderecé, ya acercándome a ella, y mi mujer soltó una risita—. Nunca tienes tantas ganas de abrazarme.

—Te equivocas —pronuncié, sujetando ahora a mi hija con una mano y a mi esposa con la otra—. Te mostraré cuánto más tarde, *Amorina*.

Ella inclinó su rostro hacia mí.

—Cuento con ello, esposo.

Sí, todo estaba jodidamente bien en el mundo.



Cerré la puerta de la habitación de la bebé lo más silenciosamente posible.

Dormir a Valentina fue como organizar una guerra. Comparada con mis sobrinos, era una niña difícil, que nos ponía la vida patas arriba, pero no cambiaría nada.

Nos turnábamos a la hora de acostarla. A veces incluso formábamos equipo cuando Valentina se ponía de muy mal humor, no obstante, mi *amorina* y yo lo superábamos juntos.

Los primeros meses fueron duros. Casi habíamos olvidado lo que significaba dormir una noche entera, pero cada día era más fácil.

Sin embargo, esta era *nuestra* familia. A la que protegería con mi vida.

Un par de manos delicadas rodearon mi cintura y la fragancia de mi mujer me envolvió.

—¿Estás listo para ponerte salvaje, esposo?

Me di la vuelta y encontré a mi mujer de pie frente a mí... desnuda.

*Cazzo*.

Era la mujer más hermosa que jamás había visto. No importaba que me despertara a su lado todos los días, seguía dejándome sin aliento.

—Siempre estoy listo para ti, *Amorina*.

La cargué en brazos, me dirigí a nuestro dormitorio y cerré la puerta con el pie. Athena hundió las manos en mi camisa, riendo. Tenía las mejillas ruborizadas y los ojos le brillaban como esmeraldas. Estaba preciosa.

Me encantaba verla juguetona y traviesa.

—¿Cómo he tenido tanta suerte? —Carraspeé, apretando los labios contra los suyos—. Tengo la esposa y la hija más hermosas del mundo.

—Me embarazaste —bromeó—. Aunque creo que a mí me tocó la mejor parte del trato. Un marido guapo que inspira todas mis novelas y que me hizo el mejor regalo de todos con Valentina. —Me rozó la cara con sus suaves labios antes de besarme profundamente—. Ahora bájame —murmuró contra mi boca.

—¿Por qué?

—Porque quiero que me folles la boca. Y hace tiempo, te prometí un *teabagging*.

Reprimí mi risa sorprendida. Jesucristo, esta mujer me convertía en una bestia hambrienta, y su apetito sexual era tan insaciable como el mío.

La puse en pie y me tomó la mano, aplastando mi palma sobre su corazón palpitante.

Entonces empecé a desabrocharme la camisa. Su garganta tragó saliva mientras deslizaba las manos por mi abdomen hasta llegar al cinturón y desabrochármelo.

Se arrodilló frente a mí mientras me bajaba los pantalones y los bóxer.

Una lujuria carnal por ella endureció mi polla y ella sonrió.

—Alguien está ansioso. —Ronroneó.

Me liberó la polla, la rodeó con las manos y sacó la lengua para lamer la punta. Mis dedos se clavaron en su cabello oscuro mientras gemía.

—¿Te gusta?

—Cazzo, me gusta. —Me miró fijamente, sin dejar de acariciarme de arriba abajo—. Olvídate del *teabagging* y chúpamela.

Era propio de mi mujer no obedecer, pero eso también me encantaba de ella. En lugar de eso, pasó la lengua por la corona, lamiendo las gotas de semen.

—Mmmm. ¿Vas a follarme la boca, esposo?

Abrió la boca, llevándome al fondo de su garganta. El zumbido que hizo vibró a través de mí y casi me hizo estallar allí mismo. Sabía exactamente lo que tenía que darme.

Se relajó y me dejó usar su boca, con su aliento caliente a mi alrededor.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, la baba le caía por la barbilla, y la visión hizo que mi polla se hinchara dolorosamente.

Me retiré de su calor húmedo y ella respiró con fuerza.

—¿Te gusta que te folle la boca?

Su respuesta fue abrir los labios y sacar la lengua.

Agarrándole el cabello con más fuerza, le penetré su cavidad a un ritmo cada vez más rápido.

Metió una mano entre los muslos, tocándose.

—¿Estás mojada por mí?

Sus movimientos se aceleraron entre sus muslos, el sonido de su piel resbaladiza y mis embestidas se mezclaron.

—Mmmm.

Salí de ella con un gruñido.

Athena se lamió los labios.

—¿Por qué paraste?

La levanté y la tiré sobre la cama. Cayó de espaldas con un chillido de alegría, pero antes de que pudiera hacer algo, nos dio la vuelta y se sentó a horcajadas sobre mí.

Su mano acarició mi dura polla y me introdujo lentamente en su interior.

Inclinó la cabeza hacia atrás con un gemido mientras bajaba hasta que me introduje por completo en su coño hinchado. Se mordió el labio inferior, con la lujuria y la adoración brillando en sus ojos.

Arqueó la espalda y empezó a moverse despacio, sin prisa.

Ella se sentía como el hogar. Joder, ella *era* mi hogar.

Giró las caderas, cabalgándome como a mí me gustaba, con el éxtasis grabado en sus hermosas facciones.

Sus pechos rebotaban y yo estiré una mano y se los pellizqué, haciéndola gemir.

Mi verga se engrosó en su interior y ella soltó un gemido ahogado. La agarré por las caderas y empecé a penetrarla desde abajo, con fuerza y rapidez.

Sus sonidos eróticos resonaban en el aire, incitándome a seguir.

—¡Oh, Manuel... sí... sí...! —gritó mientras se derrumbaba a mi alrededor, ordeñándose. Yo la seguí hasta el borde y mi propio placer explotó al mismo tiempo.

Ella cayó sobre mi pecho y yo recorrí su cuerpo con mis manos.

—Te amo —le dije acariciándole el cabello—. Tanto, joder.

—Yo también te amo, *marito* —suspiró pasándome los dedos por el pecho.

—Tu pronunciación mejora cada día —elogié.

Se rio suavemente.

—Algún día tendré que seguirle el ritmo a mi pequeña diablilla.

La rodeé con mis brazos.

—Tengo la sensación de que Valentina nos va a mantener a ambos alerta.

Nos miramos a los ojos, y su amor me devolvió la mirada. Y supe que el futuro que nos esperaba sería feliz. Pasaría el resto de mi vida demostrándole lo mucho que significaba para mí.

**FIN**

## ¿QUÉ SIGUE?

*Muchas gracias por leer **Espinas de Deseo**. Si te gustó, por favor, deja una reseña. Tu apoyo significa mucho para mí.*

*Si tienes sed de más debates con otros lectores de la serie, puedes unirte al grupo de Facebook, **Eva's Soulmates** <https://bit.ly/3gHEe0e>*

*El siguiente libro de la serie es el de Giovanni Agosti, **Espinas de Sangre**. [Preordena aquí](#)*

## SOBRE LA AUTORA

¿Tienes curiosidad por conocer los otros libros de Eva? Puedes consultarlos aquí.

Libros de Eva Winners: <https://bit.ly/3SMMsrN>

Eva Winners escribe novelas románticas de todo tipo, desde enemigos a amantes hasta libros que despiertan sentimientos. Sus héroes a veces son villanos, porque también ellos necesitan amor, ¿verdad? Sus libros están impregnados de un toque de suspenso y misterio, una buena dosis de angustia, una pizca de violencia y oscuridad, y mucha pasión abrasadora.

Cuando no está trabajando y escribiendo, pasa los días en Croacia o Maryland, soñando despierta con su próxima historia.

## ENCUENTRA A EVA:

Visita [www.evawinners.com](http://www.evawinners.com) y suscríbete a mi boletín.

Grupo FB: <https://bit.ly/3gHEe0e>

Página FB: <https://bit.ly/30DzP8Q>

Insta: <http://Instagram.com/evawinners>

BookBub: <https://www.bookbub.com/authors/eva-winners>

Amazon: <http://amazon.com/author/evawinners>

Goodreads: <http://goodreads.com/evawinners>

TikTok: <https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/>